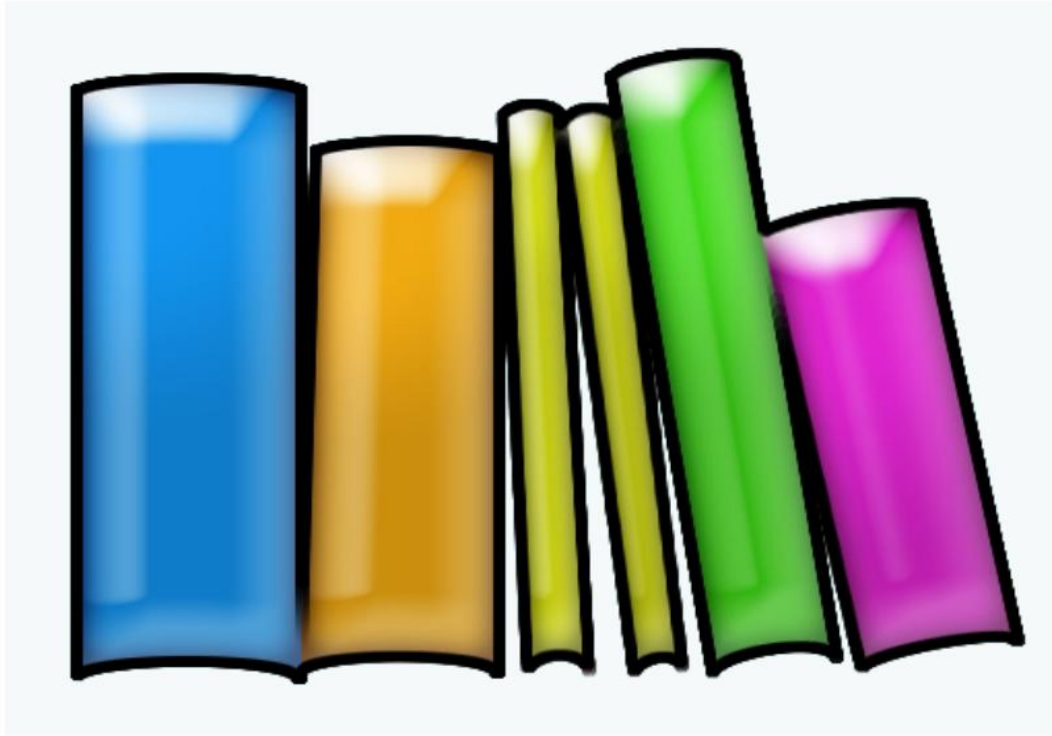


Clara Tahoces



Gothika

Produced by calibre 0.6.13

OceanofPDF.com

Gothika

Clara Tahoces

OceanofPDF.com

Por experiencia sé que es mucho más sencillo alimentarse en las afueras de las grandes ciudades. Y Madrid no es una excepción. A las horas que salgo suele haber menos personas en la calle, lo cual facilita bastante la labor de los cazadores de la noche. Simplemente seleccionas tu alimento y lo sigues hasta que se dan las condiciones precisas para el ataque.

Aquella noche le tocó el turno a un chaval que acababa de bajarse de una moto que conducía otro chico de una edad similar a la suya. Lo lógico hubiera sido que se metiera en uno de los portales mal iluminados de aquel barrio, pero desgraciadamente para él no fue así. Continuó caminando por una de las avenidas sin saber que le seguía. Me pregunto por qué su amigo no lo dejó directamente en la puerta de su casa.

Se detuvo sólo un instante, el tiempo justo para encenderse un canuto y reanudar su camino. Llevaba unos auriculares y tarareaba muy bajito una balada de Aerosmith. Lo seguí arropada por la oscuridad. Podía haberlo atacado en aquel momento, pero decidí esperar por si algún curioso se asomaba a la ventana. Percibí que iba a cruzar un descampado. Con el tiempo había aprendido a desarrollar mi intuición como un sentido más, igual que el tacto o la vista. Infinidad de veces había comprobado que era capaz de saber ciertas cosas de manera asombrosa, sin hacer ningún esfuerzo. Esperé un poco más, acechando a mi presa sin prisa, esperando el instante justo para atacar. Ese tiempo llegaría cuando mi intuición lo ordenase, no antes.

Cuando pensé que era la oportunidad apropiada me acerqué por detrás. Es mucho mejor sorprender a las presas por la espalda, sobre todo si son grandes. De este modo apenas tienen tiempo de reaccionar y cuando quieren darse cuenta ya es demasiado tarde.

El ataque debe ser limpio y preciso, pero sobre todo... fulminante. El canuto se le había apagado y tuvo que detenerse en medio del descampado para sacar el mechero. Mientras agachaba la cabeza para extraerlo de uno de sus bolsillos, me abalancé sobre él con mi pañuelo, ya convertido en improvisada soga y apreté con fuerza para impedir que se moviera. Aun así, pataleó un poco. Siempre lo hacen. Se llama instinto de supervivencia. Pero mi posición era mucho más aventajada que la suya. Lo tenía bien agarrado. Era mi comida y no iba a permitir que se zafase.

Sentí cómo las venas de su cuello se iban hinchando. Se había puesto rojo como un tomate y luchaba desesperadamente por soltarse. Infeliz. No se daba cuenta de que también yo ejercía mi instinto de supervivencia. Pronto dejó de patalear. Estaba inconsciente. Si hubiera seguido apretando, habría muerto. Siempre me ha maravillado la facilidad con la que es posible poner fin a la vida de alguien. Nueve meses dentro de la panza de su madre para acabar muriendo en apenas nueve segundos.

Ya en el suelo, me guardé el pañuelo hasta la siguiente ocasión e hiqué con avidez mis dientes en su yugular. Su sangre estaba caliente y entraba a borbotones en mi garganta. Es sublime, embriagador. Algo que un humano jamás podrá apreciar. Bebí y bebí hasta saciar mi sed, hasta que la euforia me dijo que había que parar. Demasiada sangre puede producir una extraña sensación de mareo haciéndonos perder, por unos instantes, el contacto con la realidad. Es un instante peligroso en el que podemos olvidarnos de dónde estamos, quiénes somos y hacia dónde debemos ir. ¿No son ésas las grandes preguntas que siempre se ha formulado la humanidad? Es entonces cuando hay que parar, abandonar el cuerpo y huir. Si no respetásemos esta regla, en alguna ocasión terminaríamos siendo capturados o destruidos.

Curiosamente, nunca fue tan fácil como ahora obtener sangre fresca con la que saciar mi sed. Cada período histórico ha tenido para mí sus ventajas e inconvenientes. En otros tiempos, un crimen como el que acababa de cometer no hubiese supuesto ninguna clase de investigación por parte de las autoridades. Sin embargo, en contraposición, las supersticiones sobre seres como yo habrían dificultado mucho el hallazgo de víctimas disponibles. Eran pocos los que se atrevían a vagar por las calles pasadas las horas de luz, lo que frecuentemente me obligaba a internarme en casas particulares en busca de la ansiada sangre. Por otra parte, la población tampoco era tan numerosa y a veces debíamos conformarnos sólo con las sobras.

Sin embargo, en el presente las supersticiones aparentemente no existen. Por supuesto que la gente sigue creyendo en asuntos sobrenaturales, pero de otra manera más sofisticada. Han cambiado vampiros, hombres-lobo y demonios por brujas de tres al cuarto, líneas 806 y ovnis. Paradójicamente, el progreso y la tecnología se han transformado en mis mejores aliados. Mis actos constituyen a todas luces la obra de algún chalado que se cree poseído por Drácula. Estadísticamente hablando, hay tantos enfermos o más que aseguran ser el conde Drácula como Napoleón.

Mientras pensaba en ello, todavía inclinada sobre el cuerpo del joven, saqué una gran jeringuilla y extraje la mayor cantidad de sangre que pude de sus venas. Llené con precisión una bolsa entera. A fin de cuentas, no todas las noches eran tan propicias como ésta y había que prevenir la llegada de las horas bajas. Ésta era una práctica habitual desde que después de la Primera Guerra Mundial la tecnología me había facilitado la posibilidad de congelar mis botines. Nadie mejor que yo conocía la horrible sensación que se experimentaba cuando no tenía nada que llevarme a la boca. Cuando no veía claro el desenlace de una de mis actuaciones prefería abstenerme. Éste había sido el secreto de supervivencia durante tanto tiempo.

Tras rematarlo, arrastré el cadáver hasta un montón de hojas secas y lo oculté, aunque sin entretenerme mucho. Ya se encargaría alguien de hacerlo aparecer. A fin de cuentas, todos los días se producen crímenes en las grandes ciudades.

Tenía aparcado el coche en un lugar discreto. Lo primero que hice fue introducir la bolsa con la sangre en una pequeña nevera portátil. No podía arriesgarme a que se estropeará. Después, sólo tuve que conducir tranquilamente hasta mi refugio.

Había vivido en muchos lugares, pero ninguno tan confortable como mi actual hogar, un sitio discreto provisto de toda suerte de comodidades. Por necesidad soy nómada. Con el tiempo me di cuenta de que no era aconsejable permanecer mucho tiempo en una misma ciudad. Aquél era un riesgo al que no debía exponerme.

Antes de acostarme, ya con tranquilidad, ingerí más sangre. No había quedado saciada por completo. Era importante hacerlo. De otro modo, al día siguiente estaría demasiado débil para cazar. Por fin me acurruqué en la cama y me sumí en un sueño profundo. No hay nada más agradable que ese momento, cuando por fin te sabes alimentada y a resguardo de posibles miradas indiscretas. Mi último pensamiento consciente, como otras tantas noches desde hacía muchos años, fue para tía Emersinda. «¡Maldita hija de puta!», susurré antes de caer vencida por completo.

Analisa no pudo contener un gritito de sorpresa al leer la escueta nota. Hacía años que no sabía nada de tía Emersinda y de pronto los acontecimientos se precipitaban. La nota no aclaraba gran cosa y el cochero que la portaba tampoco sabía mucho más al respecto. Al interrogarle, todavía en el umbral de la puerta, sólo explicó que no trabajaba para ella. Únicamente le habían pagado para llevar aquel mensaje urgente y trasladar a Analisa de vuelta, en caso de que accediera a realizar el viaje, hasta la casa de su tía, en las afueras de Estepa. Doña Emersinda era una mujer muy acaudalada y su doncella le había pagado a cuenta una sustanciosa cantidad por cumplir con este cometido sin hacer demasiadas preguntas.

--¿Vendrá conmigo, señorita? Se nos echará la noche encima y los caminos no son buenos.

Al parecer, aquel hombre de aspecto desaliñado se sentía tan incómodo con aquella situación como la propia joven. Aunque se dio toda la prisa que pudo, había sido un viaje largo, tortuoso y agotador. Deseaba ver cumplido su cometido y regresar junto a su familia lo antes posible.

Analisa se quedó en silencio un momento. No supo qué responder. Tantos años de mutismo y ahora todo era premura. Aquél era un viaje de muchos días y tampoco sabía muy bien lo que se encontraría. ¿Cómo podía estar segura de que aquel hombre decía la verdad? ¿Y si no lo había enviado su tía? ¿Y si todo era una estratagema para apartarla de Madrid y hacerle algún daño?

Pedro --así se llamaba el hombre-- advirtió una sombra de turbación en su rostro.

--Su doncella me dio esto --se apresuró a decir mientras extraía de uno de los bolsillos de su raída casaca un pequeño saquito de terciopelo verde--. Me pidió que se lo entregase como prueba de que lo que digo es cierto.

Analisa lo asió con cuidado. En su interior había un objeto que le resultaba vagamente familiar. Era un camafeo con la efigie de tía Emersinda tallada en ónice. Era un regalo que el padre de Analisa había hecho a su hermana muchos años atrás, antes de que dejaran de tratarse. Era la última moda a mediados del siglo XVIII. La joven se sorprendió de que aún lo conservara.

Releyó la nota una vez más. La caligrafía se le antojó temblorosa aunque recta, monótona y picuda. Y la rúbrica, enmarañada. Apenas se distinguía la inicial de su nombre.

Querida sobrina:

La vida se me escapa. Eres mi única familia y la soledad me corroe. Necesito tenerte a mi lado unos días. En este mundo sólo me quedas tú. Ven a mí y te haré inmensamente rica.

Con cariño,

E.

OceanofPDF.com

--¿Sabe si se encuentra enferma?

--No. Ya se lo expliqué. Sólo traté con la doncella. La señora vive muy apartada del pueblo. Ella no pisa por allí.

--Pase un momento a la cocina --sugirió Analisa--. María le dará algo de sopa caliente y pan. Después échese una cabezada. Mientras, haré los preparativos para el viaje.

Había tomado la decisión de acompañarlo. Aunque desconocía los motivos por los cuales su padre había perdido el contacto con su hermana, era obvio que tía Emersinda necesitaba ayuda. No podía dejarla en la estacada. Nunca se lo perdonaría.

El viaje no pudo ser más desagradable. Al frío cortante de aquel desapacible mes de septiembre se sumaba la posibilidad, nada despreciable, de ser asaltados por bandoleros en cualquier momento. Esta molesta idea planeó sobre su cabeza durante los diez días que duró el trayecto. Tuvo mucho tiempo para pensar e incluso para arrepentirse de aquella precipitada decisión. Sin embargo, cuando le abordaban este tipo de pensamientos se acordaba de tía Emersinda. La imaginaba desvalida y demacrada, postrada en una cama, víctima de alguna terrible enfermedad que le iba consumiendo poco a poco la vida. Llegó a imaginarse una sombría llegada en la que su doncella le comunicaba que el tedioso viaje había resultado en balde porque tía Emersinda, finalmente, había fallecido.

Se detuvieron lo justo. Era necesario que los caballos pudieran descansar y alimentarse de cuando en cuando, y también tenía que hacerlo el propio cochero, quien a medida que avanzaban los días tenía peor aspecto como consecuencia de las escasas horas de descanso. Además, las circunstancias les obligaban a parar en lugares poco recomendables para una joven de su porte. Pero no quedaba otra solución, así que Analisa decidió que era mejor resignarse ante el frío y los escasos y correosos alimentos de las posadas. Aun así, no podía evitar sentirse amenazada y en constante tensión. De hecho, sólo pudo relajarse una vez que, por fin, divisaron el gran caserón de tía Emersinda.

Pasaban pocos minutos de las nueve de la mañana cuando el carruaje se detuvo frente a la puerta principal de su extensa propiedad. El tiempo parecía haberse detenido en aquel lugar. Estaba tal y como Analisa lo recordaba, aunque las imágenes que acudían a su memoria eran vagas y difusas. Sólo era una niña cuando lo visitó por última vez. Sin embargo, no advirtió cambios apreciables, al menos en el exterior. El jardín continuaba igual de desangelado.

Patro, la doncella, estaba sobre aviso de su llegada. Tía Emersinda le había comunicado que posiblemente su sobrina llegaría un día de éstos, por lo que había hecho acopio de leche, pan y huevos. Les instó a entrar sigilosamente. La señora se encontraba descansando en esos momentos y no deseaba ser molestada hasta pasado el mediodía.

Analisa entró sin hacer ruido seguida del cochero. Aunque, debido a las dimensiones del lugar, era improbable que pudiese oírlos, no quería perturbar su descanso. La doncella condujo a Analisa hasta la sala de estar y pidió a Pedro que la siguiera para abonarle los reales restantes por su encargo. Se lo había ganado con creces. El hombre, visiblemente impaciente por marcharse cuanto antes, rehusó el desayuno que le ofreció la doncella. Se limitó a cobrar y, después de despedirse, desapareció rápidamente por donde había venido.

Patro era una mujer de mediana edad, ruda y parca en palabras. Tan sólo se limitó a servirle el desayuno y a preparar el agua para que pudiese darse un baño caliente después del largo y penoso viaje. Tras conducirla a una de las habitaciones, se dispuso a cerrar la puerta para continuar con sus tareas cotidianas.

--¡Espere un momento! --espetó Analisa, viendo que se iba sin ofrecer ninguna explicación--.
¿Cuándo podré ver a la señora?

--No lo sé. Supongo que se despertará por la tarde.

--¿Pero, qué le ocurre exactamente? ¿Qué mal le aqueja? --preguntó Analisa, desconcertada--. La nota que me envió no aclaraba nada.

--No sabría qué contestarle, señorita Analisa --su rostro denotaba que ella también lo ignoraba--. Tiene un mal muy grande que le impide caminar y, al parecer, dormir bien por las noches. Yo sólo me acerco aquí por las mañanas y apenas me cruzo con ella. Me hace saber lo que desea por escrito. Luego, en el pueblo, mi sobrino, el Candi, me hace entender lo que quiere que haga. No sé leer --confesó bajando la mirada.

No quise herir sus sentimientos. Era evidente que la mujer se avergonzaba de su analfabetismo.

--Bueno, ¿y qué se supone que debo hacer hasta ese momento?

--No lo sé, señorita. Esperaba que usted pudiese descifrar la nota que encontré esta mañana en el aparador del salón --contestó apresurándose a sacar un papel arrugado que había guardado en el bolsillo del delantal.

Analisa lo tomó intrigada. Era la misma caligrafía temblorosa.

Mi querida sobrina:

Si llegas mientras estoy reposando, aprovecha tú para hacer lo mismo. Estarás cansada después de un viaje tan tedioso. Me reuniré contigo a partir de las cuatro. Pídele a Patro cuanto necesites; ella te lo proporcionará. Espero que te sientas como en tu casa.

E.

Advirtió que Patro la miraba expectante, quizá aguardando alguna nueva orden que cumplir.

OceanofPDF.com

--Todo está bien, Patro. Puede retirarse y continuar con lo que hacía.

A la expectación de volver a encontrarse con su tía se sumó el desconcierto de darse cuenta de que Emersinda no parecía una mujer agonizante. Durante el viaje se había trazado una imagen de tía Emersinda muy diferente a la de la mujer que ahora tenía ante sí. Si bien era evidente que para desplazarse necesitaba el concurso de una aparatosa silla de ruedas, no lo era menos que, a pesar de los años transcurridos, físicamente la recordaba casi igual. ¿Qué edad tendría ahora? El tiempo no había contribuido a conferirle una imagen decrepita, ni mucho menos propia de encontrarse al borde de la muerte. Pero también era posible que sus distorsionados recuerdos de niñez la engañaran.

Tía Emersinda pareció adivinar sus pensamientos.

--Querida, pareces sorprendida. ¿No te alegras de verme?

--Claro que sí. Es sólo que...

--¿...Suponías que ibas a encontrar algo diferente?

--La nota parecía muy apremiante y yo te veo prácticamente igual que hace años.

--No dejes que mi físico te confunda --contestó esbozando una leve sonrisa-. Lo cierto es que me estoy muriendo. Los médicos no han dejado una puerta abierta a la esperanza. Me consumo día a día.

Parecía difícil de creer. Era evidente que se había arreglado para la ocasión. Se había maquillado y perfumado en exceso. Aun así, apostaba que, si se desprendía de la peluca que cubría su cabeza, su cabellera no mostraría demasiadas canas.

Analisa no pudo decir nada. Cuando se disponía a hacerlo, tía Emersinda sufrió un fuerte ataque de tos y una convulsión que la obligó a echarse para adelante. Su sobrina temió que fuese a caerse de la silla de ruedas. Con un gesto, pues no podía articular palabra, señaló la mesilla de noche. Analisa se dirigió rápidamente hasta ella y cogió una botellita recubierta de plata labrada. ¿Se referiría a eso? Se lo acercó. Emersinda lo tomó como si le fuera la vida en ello. Lo destapó e ingirió ávidamente un sorbo. Permaneció unos segundos en silencio intentando recuperar el resuello, que a la joven se le hicieron interminables. No le extrañó que le costara respirar en un ambiente tan cargado. Las ventanas estaban cerradas y las cortinas, echadas. La atmósfera en la habitación era sencillamente impura.

--No sé qué sería de mí sin el láudano.

Después de este episodio, a Analisa ya no le quedaron dudas de que su tía se encontraba aquejada de un grave mal.

--¡Zorra asquerosa! ¡Ojalá te pudras en el infierno! --gritó Analisa despertando súbitamente. ¿Es que no podía dejarla en paz ni en sueños? Siempre lo mismo. Durante años su recuerdo la había perseguido como una ingente sombra sin forma. Cada vez que encontraba un momento de tranquilidad, se presentaba haciendo de su vida una pesadilla.

Analisa tenía hambre. Se incorporó y miró el reloj. Era un poco pronto para salir, no tanto por la luz como por la hora. Con el paso de los años había descubierto que la luz no era un grave problema. La curiosidad le había permitido desterrar un buen número de mitos en torno a los seres como ella. Con todo, las cuatro de la tarde no parecía una hora apropiada para lanzarse a la calle en busca de víctimas.

Era cierto que las criaturas como Analisa «funcionan» mejor de noche, pero la luz, en contra de la creencia popular, no contribuye a acabar con ellos. Sin embargo, sólo quienes se han aventurado a arriesgarse más de lo recomendable son partícipes de este gran secreto de vida. Analisa lo había descubierto hacía años cuando, después de la transformación, se vio

abocada a tocar un crucifijo por error. Al ver que no le ocurría nada, atesoró el valor suficiente para acariciarlo; así fue como descubrió que resultaba inocuo. Dicha revelación fue la piedra de toque para iniciar otras terribles experiencias, como la «prueba de la luz». Pero ¿por qué ocurría esto? ¿Se había producido una mutación en la especie o aquellos mitos eran sólo producto de un temor ancestral que les impedía ahondar en sus propias raíces? Analisa no conocía las respuestas.

3

Alejo se sentía descorazonado. La entrevista con el editor había sido un completo desastre. Al parecer, sólo estaba interesado en libros por encargo.

--Escribes bien, pero de momento sólo necesitamos el libro de cocina para solteros.

--Yo no sé gran cosa sobre cocina --repuso Alejo, alucinado por aquella insólita propuesta. ¿Qué coño tenía que ver aquello con el esquema de novela que le había enviado hacía una semana?--. No veo claro que pueda escribir un libro de esas características.

--Eso mismo dijiste cuando te encargamos *El jardinero en casa* y mira qué bien quedó. Hasta mi mujer se lo ha leído --explicó resuelto Juan Montalvo, director editorial de Editamos.

--¿Y qué hay de mi novela?

Montalvo se tomó un segundo antes de responder. No quería ofenderle, pero Editamos no publicaría nunca una novela de esas características. No sabía cómo explicarle que a su historia le faltaba interés. Aquello era, sin duda, lo peor que se le podría decir a un autor.

--Deberías trabajar un poco más la idea: darle un par de vueltas; cambiarla, si es preciso. No digo que esté mal, pero le falta emoción, fuerza. El tema

no engancha lo suficiente. Si no somos capaces de atrapar al lector en la primera página, Editamos no puede arriesgarse a publicarla --dijo al fin--. Pero eso no significa que no puedas hacernos otras propuestas. Y, por supuesto, contamos contigo para el libro de cocina.

«Hay que joderse», pensó Alejo. Y se lo decía precisamente a él, que apenas sabía freír un huevo. La cocina le importaba un rábano, igual que la jardinería. Había publicado *El jardinero en casa* bajo pseudónimo. No quería que la gente le asociara a ese tipo de libros. Estaban bien para especialistas, pero no era su caso. Pensaba que, cuando finalmente consiguiese publicar algo decente, no lo tomarían en serio. De hecho, si Montalvo había consentido en publicar su libro con un pseudónimo probablemente era porque la firma de Alejo Espinal no valía un pimiento.

Tal vez Montalvo estaba en lo cierto. Ya había intentado probar suerte en otras editoriales y siempre obtuvo la llamada por respuesta. Era consciente de que no resultaba sencillo publicar en España. Si no conocías a alguien dentro de la editorial, lo normal era que tu proyecto acabase en la papelera. Ni siquiera se molestaban en leerlo; no había tiempo para ello.

Al menos Montalvo le escuchó cuando le envió su primera novela, aún inédita. Cuando tres años atrás le citó en su despacho no cabía en sí de júbilo. Se convenció de que estaba interesado en editar su novela sobre piratas. Sin embargo, la decepción se hizo patente cuando Montalvo le indicó que necesitaban a alguien como él para sacar adelante algunos proyectos de otra índole. *Bricolaje para todos* había sido su primer libro con Editamos. A éste le seguirían *Crea tu propio botiquín* y, finalmente, *El jardinero en casa*. Tres largos años de trabajo intenso y no había escrito una sola línea que hubiese nacido de su corazón.

Libro tras libro, siempre albergó la secreta esperanza de «colar» alguno de sus propios proyectos, pero esta nueva propuesta confirmaba sus más oscuros temores.

Mientras se dirigía a la boca del metro se preguntó si alguna vez se convertiría en un escritor de verdad. Para él, un escritor no era alguien que

simplemente escribía por encargo. Era alguien que lograba consagrar su vida a la literatura. Pero, a qué negarlo, el dinero que entraba a través de Editamos no era suficiente para cubrir sus necesidades mínimas. Anhelaba la llegada del día en que podría dejar su trabajo como teleoperador en una importante e impersonal firma de venta por catálogo para poder dedicarse por entero a los libros... a sus propios libros.

Entre tanto, debería conformarse con firmar sus trabajos bajo pseudónimo y plantearse la posibilidad de escribir algo lo suficientemente impactante como para que Montalvo se arriesgara a editarlo. Tenía que ser una idea diferente por completo a todas cuantas se habían asomado a su cabeza en los tres últimos años... o quizá en sus treinta y cuatro años de vida.

Al acercarse el tren sintió la tentación de dejarse caer bajo sus ruedas, pero una fuerza desconocida le mantuvo aferrado al suelo mientras la larga serpiente de vagones desfilaba frente a él. «Por muchas cosas que te pasen, siempre hay gente que está peor que tú», se dijo para consolarse. Se vio reflejado en los cristales de las ventanillas y sólo pudo apreciar el rostro de un joven asustado ante su futuro. Aunque aquella tarde se había adecentado --siempre lo hacía cuando iba a reunirse con su editor--, su pelo negro ensortijado le confería el aspecto de un niño travieso que se había escabullido antes de ser peinado.

El vagón estaba lleno. Notó los empujones de la gente por hacerse con un sitio donde agarrarse, pero no le importó. Iba tan absorto en sus pensamientos que tenía la impresión de viajar completamente solo.

Al apearse del vagón en dirección a la salida aprovechó para arrojar a la papelería la carpeta de plástico que había sido su fiel compañera en los tres últimos años. En ella atesoraba sus ideas literarias. Debía llenar su cabeza con otras nuevas que le facilitasen la posibilidad de seguir soñando. Ya era hora de que el pirata Ojo Negro, la princesa Aquitania y el mercader de Oriente diesen un golpe de timón a sus erráticas vidas.

Justo cuando introducía la llave en la cerradura se dio cuenta de que no había nada potable en la nevera. Era viernes y aquella semana había tenido

turno de mañana, pero siempre se las había ingeniado para posponer el momento de ir a la compra. No había leche, ni café, ni huevos... Ni siquiera un triste paquete de merluza congelada. Lo que sí quedaba era media botella de whisky.

Se sentó junto a ella en el sofá, puso el televisor y comenzó a beber al tiempo que se atontaba con el programa del corazón de turno. No había nada más en la tele, sólo aquellos espacios televisivos que parecían haber tomado el relevo a la mismísima Inquisición. Hoy linchaban a una actriz que, según juraba y perjuraba el invitado presente en el plato, ejercía la prostitución callejera. Como «prueba» esgrimía haberla visto en la calle de la Montera a las doce de la noche. «¿Y qué otra cosa podía estar haciendo a esas horas en un lugar como aquél?», se preguntaba el presentador.

Esta última parte ya no pudo escucharla. Se había quedado dormido en el sofá, abrazado a la botella vacía. Tal vez soñaba con la princesa Aquitania o el mercader de Oriente.

Lo despertó el teléfono. Podía sentir el vibrador del móvil en el bolsillo trasero del pantalón. Era Silvia, su novia. Se había olvidado por completo de ella. ¿Qué hora sería? Miró el reloj. Eran más de las once.

--¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás? --su tono denotaba más preocupación que enfado.

--Estoy en casa.

--¿En casa? ¿Y qué haces ahí? Te estoy esperando.

--Lo sé. Tienes razón. Ya sé que habíamos quedado a las diez y media en tu casa. Ahora mismo iba a llamarte. No pensé que fuese tan tarde --mintió para no herirla--. He tenido problemas con el editor y no me siento con ánimos para salir a cenar.

--¿Qué problemas? ¿Qué ha pasado? ¿Ha rechazado tu novela?

--Básicamente, sí. Pero me ha encargado un libro de cocina.

--¡Eso es genial!, ¿no?

Para ella, el hecho de escribir un libro por encargo, aunque fuese de necrológicas, constituía ya de por sí una noticia digna de celebración. No entendía lo que significaba para Alejo el rechazo de sus proyectos literarios. Él había tratado de explicárselo, pero Silvia consideraba que un encargo implicaba una posición de seguridad dentro de la editorial, al menos durante el tiempo que perdurase el proyecto. Tampoco comprendía por qué Alejo se empeñaba en utilizar un pseudónimo en vez de firmar con su nombre. Siempre le resultaba embarazoso explicar a sus amigas que su novio era un escritor que se negaba a firmar con su nombre porque se avergonzaba de sus libros. «Es muy modesto», les decía.

--Bueno, ya sabes que a mí eso no me gusta. Además, tú sabes mejor que nadie que no tengo ni puta idea de cocina.

--Si te han encargado el libro es porque creen que puedes escribirlo. Y eso significa que en el fondo les gusta cómo escribes. ¿Qué quieres que te diga? A mí no me parece tan mala noticia.

--Ya sé que tú sí estás contenta --comentó en tono resignado--. Al menos me ayudarás con las recetas, ¿no?

--Sí. E incluso te perdono el plantón de esta noche, aunque hayas sido un desconsiderado que no ha tenido la decencia de llamarme.

--Tienes razón, cariño. No volverá a ocurrir. ¿Quedamos mañana para comer?

La vida en casa de tía Emersinda discurría lenta y monótona. Convivir con una mujer tan enferma no era un plato de gusto para Analisa, así que decidió armarse de paciencia y esperar con resignación el momento del óbito. Era obvio que se produciría tarde o temprano, así que juzgó que lo oportuno era hacerle la vida lo más agradable posible durante los días que le restasen.

Era bien cierto que sus costumbres resultaban peculiares, al menos para Analisa, que no estaba acostumbrada a pasar tanto tiempo sin poder comunicarse verbalmente. Emersinda pasaba buena parte del día descansando, así que sus charlas eran reducidas. Además, las veces en que parecía más animada a hablar sufría constantes ataques de tos que la obligaban a echar mano del láudano.

Patro no resultaba un gran apoyo en este sentido. Su conversación era muy limitada y se circunscribía a las cuestiones domésticas. La buena mujer no daba para más. Sin embargo, Analisa no desesperaba; no en vano era una joven acostumbrada a la disciplina reinante en los orfanatos. En ellos se había desarrollado buena parte de su adolescencia.

Al morir Julián, su padre, su madre había contraído una extraña enfermedad que había ido minando poco a poco su ya de por sí trastocada vitalidad. Analisa siempre lo achacó al duro golpe que supuso para ella su muerte. Su padre siempre había sido un hombre jovial, quizá un poco estricto con su educación, pero justo.

Su posición era bastante acaudalada, pero no tanto como la de su hermana mayor, Emersinda. Aunque ser el único varón le permitió heredar buena parte de los bienes de sus padres, Emersinda consiguió una situación mucho más aventajada gracias a su madrina. Ésta, que adoraba a Emersinda, levantó testamento a su favor.

El afán de Julián por administrar adecuadamente su fortuna lo había convertido en un hombre prudente y estricto, aunque también respetado. Siempre manifestó que cuando llegara el día en que él faltase no deseaba que su mujer y su hija pasaran penurias que las forzaran a depender de la

ayuda económica de los demás. Y luchó hasta el último día por que así fuera. Por eso, Analisa aún no podía alcanzar a comprender los motivos por los cuales tomó tan drástica decisión.

La primera noche que la joven pasó en casa de tía Emersinda contribuyó a evocar los dolorosos recuerdos de su niñez, los cuales creía arrinconados en lo más oscuro de su mente. Fue un 14 de abril cuando los terribles hechos se desencadenaron vertiginosamente. Había ido con su madre a escoger unas telas con las que la costurera le confeccionaría un elegante vestido para la fiesta que ofrecerían con motivo de su decimoquinto cumpleaños. Su padre se quedó solo en el estudio que tenía acondicionado en el piso superior de la vivienda pues, según explicó, tenía que ultimar unos papeles que debía presentar a un comerciante de paso por la ciudad.

Nada hacía presagiar el fatal desenlace. Por la mañana, su padre le regaló una pulsera que perteneció a su madre y se había mostrado tan cariñoso como solía, es decir, poco, pues era un hombre al que le costaba exteriorizar sus sentimientos. Claro que ella era consciente de que la quería mucho, pero nunca supo manifestarlo con palabras o caricias, sino con regalos.

Después, los tres habían comido juntos prácticamente en silencio, sólo roto por los comentarios de Analisa, quien se sentía excitada ante la proximidad de su fiesta. Estuvieron escogiendo las telas hasta las seis y media y, más tarde, su madre y ella merendaron en una confitería.

Al regresar, Analisa, emocionada, se apresuró a subir las escaleras para hacer partícipe a su padre de las nuevas adquisiciones. La puerta del estudio solía estar entreabierta, pero aquella tarde permanecía cerrada. La joven llamó varias veces y, al no obtener respuesta, giró el pomo con cuidado. El espectáculo que se encontró no podía ser más sórdido: su padre se balanceaba colgado de una soga que pendía de una de las vigas del techo.

A partir de ese instante su vida se trastocó por completo. Mariana, su madre, entró en estado de shock. Apenas hablaba y se negaba a comer, sintiéndose incapaz de hacer frente a aquella situación familiar. Analisa poco podía hacer. A la pena que ella misma sentía había que sumar la de ver

a su madre en esas lamentables circunstancias.

Cuando comenzaron las alucinaciones (un día empeoró y llegó a afirmar que podía ver a su esposo muerto e incluso comunicarse con él) un amigo de su padre se hizo cargo de la situación. Éste juzgó que una niña no debía ser partícipe de unas condiciones de vida tan insanas, por lo que decidió mandar a Analisa interna a un colegio.

De poco sirvieron las protestas de la joven. Ella deseaba permanecer junto a su madre, quien era todo lo que le quedaba. Bueno, ella y tía Emersinda. Nunca supo por qué simplemente no fue enviada con ella o por qué, dado que su madre se encontraba totalmente incapacitada, Emersinda no se personó para hacerse cargo de su educación. Pero Analisa era únicamente una niña, sin poder de decisión alguno frente a los adultos.

Estos recuerdos le habían impedido pegar ojo. De niña, su madre siempre le decía que las pesadillas eran sólo la «comida» de los monstruos de la noche; que bastaba con retirársela y ellos desaparecerían. Sin embargo, esta vez no eran pesadillas lo que la atormentaban; era su pasado, un pasado que quería desterrar por completo de su cabeza.

Decidió levantarse. Por la hora que era, calculó que Patro ya habría llegado. En efecto, ahí estaba. La encontró en la cocina descargando la compra que Analisa le había encargado el día anterior.

--Buenos días, Patro.

--Buenos días, señorita. ¿Qué va a querer hoy para desayunar?

--Sólo una tila --respondió Analisa somnolienta.

Patro la miró de reojo. También ella advirtió que no había pasado una buena noche.

--¿Le ocurre algo? La veo muy desmejorada.

--No he dormido muy bien.

--A ver si le va a dar a usted también por no dormir, que ya bastante tenemos con la señora.

--¿Cuánto tiempo lleva sirviendo aquí?

--Ya va para seis meses, señorita --contestó mientras calentaba el agua.

Analisa pareció sorprendida. No sabía por qué, pero había supuesto que llevaba años al servicio de su tía.

--¿Y quién le servía antes? ¿Lo sabe usted?

--La Felisa, una moza del pueblo.

Por la expresión de su cara, Analisa percibió que el tema parecía incomodarla.

--¿Y bien? ¿Qué pasó con ella?

--No lo sé, señorita --manifestó con rabia contenida--. Aún estamos esperando a que se digne a asomar por el pueblo.

--¿Y eso por qué?

--No me tire de la lengua, señorita. No me tire de la lengua...

--Hable, pues, Patro --dijo impacientándose. Aquella mujer era exasperante. Había que sacarle las palabras a golpe de fusta--. Estoy interesada en conocer la historia.

--La muy... --se contuvo-- desapareció del pueblo dejándole a deber a mi esposo siete reales y medio.

--¿En concepto de qué, Patro?

--Mi esposo es zapatero, ¿sabe usted? La Felisa le encargó unos zapatos y nunca pasó a recogerlos.

--¿Y desapareció así, sin más?

--Sí, señorita, sin dar razón de su paradero a nadie en el pueblo. Luego hemos sabido que tenía otras cuentas pendientes con el panadero y la lechera --explicó visiblemente azorada--. ¡Y a Dios gracias que la señora se avino a hacerse cargo de ellas!

--¿Dice que mi tía pagó sus deudas?

--Sí, todas. ¡Por éstas que si aparece se va a enterar de quién es la Patro! --exclamó llevándose los dedos índice y pulgar a los labios.

--¿Está usted segura?

--¡Digo!

--¿Y por qué haría mi tía una cosa así?

--La verdad, señorita, no lo sé, y tampoco quise preguntar. Cuando vimos que la Felisa no se personaba, tuvimos el atrevimiento de venir a la casa por si le había dejado algo dicho a la señora... Pero resultó ser que ella estaba tan sorprendida como nosotros, pues hacía días que la Felisa no asomaba por aquí y había mucha faena por cumplir. Entonces le dijo a mi esposo que se haría cargo de las deudas pero que necesitaba una nueva doncella... Y aquí me tiene.

--¿Y está usted contenta aquí?

--Señorita, por el amor de Dios, no me haga usted más preguntas. Aún resta mucha faena por hacer y se me echa la hora encuna --repuso regresando a su mutismo. Cuando quiso darse cuenta observó que la mujer, con el

plumero en la mano, se dirigía hacia el salón.

Ya por la tarde, Analisa pudo hablar con su tía. Ésta percibió que su sobrina no se encontraba bien.

--Querida, no tienes buena cara. ¿No irás a enfermar tú también?

--No he dormido bien.

--¿Qué te ocurre? Pareces inquieta.

--No es nada --respondió Analisa sin entrar en detalles. Todavía le resultaba demasiado doloroso hablar de ello.

--Querida, soy tu tía y no me gusta verte así. ¿No vas a contármelo? Salta a la vista que no es una nadería.

Analisa se mantuvo en silencio. Meditaba si debía responder. Hacerlo quizá supondría intensificar aún más los fantasmas de la niñez. Pero, por otra parte, eran muchas las preguntas que se agolpaban en su cabeza. Había algo que siempre la había corroído.

--¿Por qué dejasteis de tener contacto mi padre y tú?

Emersinda no parecía muy sorprendida. Tal vez esperaba que tarde o temprano surgiese esa conversación.

--Bien quisiera saberlo --contestó con amargura--. Nunca me explicó los motivos por los que decidió alejarse de mí.

--Tuvo que pasar algo...

--No, que yo sepa.

A Analisa no la contentó esa explicación. Aun sin saber qué había ocurrido realmente, estaba segura de que había pasado algo importante. Sus

recuerdos no podían ser tan engañosos. Recordaba a la perfección cómo su padre, después de una violenta discusión con su hermana, las instó a preparar cuanto antes el equipaje. Ni su madre ni ella pudieron escuchar cuál había sido el motivo de la disputa, pues la discusión se desarrolló a puerta cerrada.

Pasaban el verano en casa de su tía cuando tuvo lugar aquel episodio. Su padre siempre se negó a hablar de ello y mucho menos a comentar por qué regresaron precipitadamente a Madrid.

Tía Emersinda pareció captar sus elucubraciones.

--Sólo se me ocurre un motivo por el que pudo enfadarse...

--¿Cuál?

--Me cuesta explicarlo, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que le quería. No quisiera ensuciar su memoria...

--¡Por favor! --suplicó--. Es importante para mí.

--Lo sé, querida. Por eso mismo. No me hagas hablar. ¿No crees que es preferible dejar las cosas tal como están?

--¡No lo es! --exclamó--. Por favor, no puedes imaginarte lo que he padecido desde que papá... --comprobó que aún le costaba pronunciar en alto la palabra-- nos dejó.

--No sé si debo...

--¡Por favor! --rogó de nuevo.

--Muy bien, si es tu deseo... Pero, antes que nada, quiero que seas consciente de lo mucho que te quiero. Y estoy segura de que tu padre también te adoraba --dijo con tono apesadumbrado.

Antes de proseguir, volvió a requerir la ayuda del láudano. Analisa le acercó rápidamente la botellita de plata.

--Siempre te tuve por una niña muy, muy especial.

Analisa la escuchaba con gran atención.

--Un día le propuse hacerme cargo de tu educación. Deseaba que tuvieses los mejores maestros. Como sabes, mi posición económica siempre fue mejor que la suya. Estaba dispuesta a correr con todos los gastos de tu manutención a cambio de que vinieses a vivir conmigo.

--¿Y qué ocurrió? ¿Por qué se enfadó tanto? --preguntó Analisa sin comprender todavía.

--Supongo que la idea de que te trasladases a vivir conmigo le enfureció.

--¿Por qué?

--Decía que quería apropiarme de su hija. No me preguntes por qué. Yo sólo hice una sugerencia bien intencionada. Tu padre, mal que me cueste aceptarlo, siempre tuvo un carácter inseguro. Ya desde niño se disputaba conmigo el cariño de tus abuelos. Estaba convencido de que ellos me querían más a mí y nunca fui capaz de persuadirle de que eso no era cierto.

--¿Tenía celos de ti? --inquirió Analisa, sorprendida por aquella revelación.

--¡Dios me perdone si me equivoco...! Pero estoy convencida de ello. Y no sólo lo creía yo. Tus abuelos también lo sospechaban, sobre todo después de lo que ocurrió aquel día... cuando éramos niños.

--¿Qué día? ¿Qué ocurrió?

--Querida, el pasado es el pasado y no quiero remover más este asunto. A mí también me duele hablar sobre ello. Conversemos sobre cualquier otro tema --sugirió haciendo un gesto de negación con la mano.

Pese a los intentos de Analisa por saber qué había pasado, no consiguió que Emersinda articulase una sola palabra más.

5

Darky: hola

Nébula: hola, kien eres?

Darky: m llaman darky

Nébula: pro ese no s tu nombre, vrdad?

Darky: no. n realidad m llamo violeta, tu?

Nébula: ana. k edad tns, darky?

Darky: 19. tu?

Nébula: si t lo dijera, no m creerias

Darky: prueba a ver

Nébula: + d 200 a  s

Darky: claro...

Darky: y seguro k tb eres 1 hija d la estirpe d la noxe

Darky: cmo afirman casi todos Is k ntran a ste canal...

Nébula: si, n efecto

Darky: jajaja

Darky: yo no lo soy

Darky: pro a veces m gustaría serlo

Darky: n cualkier caso, la gente m mira cmo si lo fuera

Nébula: y eso xk?

Darky: x mi aspecto, no ntienden nada

Nébula: t rexazan?

Darky: si. n la facultad ndie s m acerca

Darky: pro m da =. solo stoy esperando

Nébula: y k esperas?

Darky: la muerte

Darky: se k moriré prnto

Darky: lo se dsd pekeña

Nébula: d dnd eres?

Darky: d 1 pueblo d valencia

Nébula: y xk crees algo así?

Darky: no lo creo, lo se

Nébula: piensas k la muerte s hermosa?

Darky: s lo + sublime k puede pasarte n la vida

Nébula: hay cosas + sublimes...

Nébula: créeme

Darky: k cosas?

Nébula: la no-muerte

Darky: k sabs sobre ella?

Nébula: k s posible

Nébula: pro antes hay k MORIR PRA RENACER

Darky: he hablado en muxas personas k presumen d ser vampiros

Darky: pro aun no he dado en nadie k d verdad lo sea

Nébula: hsta ahora...

Así se inició la primera conversación entre Nébula y Darky. Esta última solía entrar al chat «Góticos de la noche». Allí buscaba el contacto con personas afines a su manera de ver la vida. Para ella ésta era, básicamente, un trámite que cumplir para alcanzar la ansiada muerte. Desde niña había sido su gran obsesión. Su madre no entendía por qué había heredado aquel carácter macabro. Ni su marido --quien había fallecido en accidente automovilístico cuando Violeta tenía sólo seis años-- ni ella le habían inculcado semejantes ideas destructivas.

Por su décimo cumpleaños pidió un ejemplar de *Drácula*, de Bram Stoker, y un cuaderno especial de dibujo. Ambos objetos la acompañaban dondequiera que fuera. Aun sin comprender del todo su significado, había subrayado con rotulador rojo las frases que más le habían impactado y,

cuando se le preguntaba algo que la incomodaba, respondía haciendo suyo algún pasaje de la inmortal novela.

Dibujar era otra de sus grandes pasiones y, según comentaban sus primeros maestros, tenía cierto talento para ello, aunque las temáticas escogidas no eran precisamente las más apropiadas para una niña de tan corta edad. Era difícil acceder a su adorado cuaderno, así que Filo, la madre de Violeta, se las tuvo que ingeniar para hojearlo aprovechando un descuido de la niña. Lo que vio la dejó perpleja y horrorizada. ¿Quién podía haberle metido esos pensamientos en la cabeza? ¿Por qué no podía dibujar lo mismo que otros niños de su edad? ¿De dónde habían surgido calaveras, cementerios, zombis y ataúdes?

Pronto se granjeó una extraña reputación entre sus compañeros de colegio. Los que no le tenían abiertamente miedo se metían con ella debido a sus aficiones. La insultaban, escupían y hasta pegaban cuando los profesores no estaban delante. Violeta, que era una niña silenciosa y retraída, se limitaba a responderles que tarde o temprano todos acabarían muertos.

Su madre decidió tomar cartas en el asunto llevando a su hija a un psiquiatra infantil de Valencia. En Rótova, su pueblo natal, no existía ninguno especializado en niños, aunque, de haberlo habido, con total probabilidad tampoco habría conducido a su hija a él por temor a convertirse en el blanco de las habladurías del pueblo.

Tras examinar a la niña, el doctor Pérez-Valentí concluyó que padecía un trauma no superado originado por la prematura y trágica muerte de su padre. Según su dictamen, el accidente que había segado la vida de su progenitor contribuyó a generar en la pequeña una sensación crónica de inseguridad. Para ella la vida se había convertido sólo en una situación precaria que podía finalizar en cualquier momento, lo que --según su ojo experto-- le impedía echar raíces o relacionarse con normalidad. Pero tal vez fue peor el remedio que la enfermedad. Pérez-Valentí era un ferviente defensor de los psicofármacos, así que se limitó a recetarle antidepresivos infantiles y a recomendarle a su madre que trajese a Violeta a consulta cada quince días.

Sin embargo, la niña no parecía experimentar mejoría alguna. Lejos de disminuir, sus extrañas aficiones fueron en aumento. Pronto se hizo coleccionista de esquelas. Guardaba sobre todo aquéllas que le parecían curiosas, ya fuese por la causa de la muerte del finado o por incluir en el texto algún mensaje familiar que le resultaba enigmático. El caso es que se hizo con una nutrida colección que, desde luego, no podía mostrar en público sin levantar miradas de horror y desaprobación.

En verano, esas mismas miradas se encargaban de recordarle que su pueblo se hallaba a pocos minutos de la playa; un lugar que Violeta se negaba a visitar sistemáticamente porque decía que odiaba el contacto del sol con su delicada piel. Siempre estaba blanca. Las pocas veces que lo hizo, obligada por su madre, no consintió en separarse un segundo de la sombrilla. Y cuando tuvo suficiente edad para decidir con qué ropa quería acudir, se presentó vestida de negro.

A medida que Violeta se hacía mayor comprendió que la soledad sería una constante durante el tiempo que durase su vida. No podía compartir sus pensamientos con nadie, y mucho menos con el doctor Pérez-Valentí, quien la sometía a tediosas sesiones en las que se empeñaba en hacerle revivir la dolorosa muerte de su padre. Éste juzgaba que haciéndola hablar sobre el accidente terminaría por entrar en razón. No obstante, las sesiones quincenales eran una auténtica tortura psicológica para Violeta, quien no entendía por qué no la permitían ser simplemente como era.

Después de varios años de tratamiento, Filo decidió dejar a su hija por imposible. El doctor no había logrado desterrar de la cabeza de Violeta sus funestas ideas y sus honorarios no eran precisamente asequibles para una mujer de posición económica modesta, como era su caso. Por otra parte, Filo no estaba muy conforme con el diagnóstico del médico. Había muchos niños que, desgraciadamente, habían perdido a sus padres y no por ello se comportaban como lo hacía su hija. Advirtió que no había nada que hacer cuando Violeta cumplió quince años y le pidió como regalo un edredón negro y un esqueleto hinchable para colocarlo sobre la cama. Entonces supo que no iba a cambiar y que, aunque sus costumbres le desagradaran, a fin de

cuentas era su hija, así que buscó con dedicación los regalos que le había pedido --cosa que, por cierto, no resultó sencilla-- y se los entregó sin hacer ningún gesto o comentario que indicase descontento por su parte.

En contra de lo esperado y teniendo en cuenta que sus compañeros no le facilitaban mucho las cosas, Violeta obtenía unas notas excelentes. Destacaba sobre todo en dibujo, filosofía y literatura. Y muy pronto tuvo claro que quería estudiar Bellas Artes, así que en cuanto pudo se matriculó en la Universidad Politécnica de Valencia, mientras los fines de semana trabajaba en un videoclub de Gandía para obtener dinero con el que hacerse con su música favorita, la de grupos como Bauhaus, Cradle of Filth o Dead can Dance. Todos ellos hablaban en sus letras de la muerte con una naturalidad pasmosa.

Al principio, el encargado del videoclub no estaba muy convencido con su incorporación. Decía que su aspecto siniestro terminaría por alejar a la clientela. Sin embargo, cuando comprobó que se sabía prácticamente todos los títulos de las películas de memoria, especialmente las de la sección de terror, tuvo que admitir que Violeta hacía su trabajo igual o mejor que cualquiera de los empleados que había tenido antes a su cargo.

Aquella noche Violeta ansiaba regresar pronto a casa. Desde que había descubierto el chat «Góticos de la noche» ya no se sentía tan sola. A través de sus contactos con otros muchachos similares supo de la existencia de algunos locales en Valencia en los que podía reunirse con ellos sin que nadie la mirase con miedo o desprecio. Era un verdadero alivio no sentirse tan extraña como el resto del mundo le había hecho creer que era.

Valoraba en especial sus recientes conversaciones con Nébulas. Sólo la conocía desde hacía una semana, pero consideraba que podía confiar en ella. A través del chat le había prestado bastante interés. A pesar de que no la conocía personalmente, se había mostrado más amable que el resto de la gente con la que trataba desde hacía años.

Y esa noche Nébulas le había prometido que le demostraría que era una

auténtica hija de la Estirpe de la Noche. Desde luego, semejante afirmación requería una prueba excepcional. En el transcurso de la tarde, mientras colocaba los vídeos devueltos por los clientes en sus estantes correspondientes, había sopesado si realmente quería someterse a un experimento de aquella naturaleza. «¿No será Nébula una de esos chiflados que andan sueltos por el mundo?», se había preguntado más de una vez. A fin de cuentas, no la conocía de nada. ¿Y cuántas personas en su sano juicio afirmarían pertenecer a la estirpe de los no-muertos? Sin embargo, Nébula parecía razonar a la perfección y, sobre todo, ¡se encontraba a más de cuatrocientos kilómetros! ¿Qué mal podía hacerle si ni tan siquiera sabía con exactitud dónde vivía? Este argumento terminó por convencerla del todo.

Nada más llegar se dirigió a su habitación. Su madre dormía en el cuarto contiguo. La casa no era muy grande, así que tendría que ser cuidadosa para no despertarla con el ruido del teclado. Tal como le había pedido que hiciera, encendió un par de velas negras, apagó la luz y esperó en el canal a que apareciera.

Nébula se presentó puntual a la cita. Tras explicarle que aquella noche irrumpiría en su mente para averiguar cuáles eran sus sueños, le requirió que hiciese exactamente lo que ella le ordenara sin omitir un solo paso. Debía acostarse y repetir una palabra clave, que previamente habrían convenido entre las dos, hasta quedarse dormida. La idea parecía divertida.

--Sólo una palabra me separa de ti --le había dicho.

--¿Y si por la mañana no logro acordarme de mi sueño? Casi nunca soy capaz de recordar lo que sueño la noche anterior.

--Lo sabrás, créeme. Lo recordarás perfectamente --sentenció Nébula.

Violeta se dispuso a hacer lo que Nébula le pedía. La palabra escogida, como no podía ser de otra manera habiendo sido elegida por la propia joven, era «muerte». Ya tumbada en la cama la repitió una y otra vez

despacio, muy despacio, saboreando cada letra, hasta que finalmente perdió la conciencia y penetró en el mundo de Morfeo. Ya en estado onírico, no pudo apreciar que, a pesar de que la ventana de su habitación permanecía cerrada, una ráfaga de viento había apagado las velas...

6

Desde que Analisa llegó a casa de su tía era incapaz de dormir bien. Se despertaba varias veces durante la noche bañada en sudor y alterada. A veces, cuando esto ocurría, tenía la desagradable sensación de que había alguien más en su habitación. Aunque le producía cierto pudor reconocerlo, este sentimiento lograba aterrarla. La verdad es que, analizando las causas, la cama que ocupaba era bastante cómoda, así que su incapacidad para descansar no podía deberse a factores físicos.

Por otra parte, tampoco se veía obligada a realizar grandes esfuerzos, ya que, antes de irse, Patro solía dejar hechas las tareas más tediosas. Todo parecía obedecer a cuestiones emocionales. Aún pesaba sobre ella la losa que tía Emersinda había dejado caer con aquella insinuación acerca de su padre y la insólita relación que, al parecer, había existido entre éste y su hermana. A la incertidumbre de no saber con exactitud lo que había pasado, se sumaba la negativa de Emersinda a desvelar más detalles sobre lo ocurrido. Esto sólo contribuyó a desatar su imaginación, cosa nada recomendable, sobre todo cuando se dispone de buena parte del día para perderse en cavilaciones.

De alguna manera, Emersinda se sentía responsable de esta situación, así que un día decidió ponerle remedio ofreciendo a su sobrina un saquito que --según explicó-- contenía algunas hierbas relajantes absolutamente inocuas. Pero, eso sí, para que surtiese efecto era imprescindible que lo llevara colgado al cuello.

--No creo que sea necesario. Tarde o temprano el cansancio podrá conmigo y acabaré durmiendo igual que antes.

--Querida, no me discutas. Soy mucho mayor que tú y sé lo que te conviene. Además, quiero que antes de acostarte tomes una infusión que me recomendó el médico cuando empezaron mis dolores.

Analisa aceptó a regañadientes estos consejos. Muy a su pesar, se colgó al cuello el antiestético saquito de olor penetrante y cada noche, antes de acostarse, bebía la dichosa infusión de gusto amargo. Como si de un ritual se tratara, se acercaba al dormitorio de Emersinda y ésta diluía en su taza unos polvillos de color marrón y de olor infecto que atesoraba en una cajita que siempre guardaba bajo llave.

--Es por tu bien. Dentro de poco te encontrarás mucho mejor --repetía cada noche.

Sin embargo, lejos de mejorar, Analisa se encontraba cada vez más agotada.

--Estas cosas requieren su tiempo --explicaba Emersinda cuando Analisa le sugería dejar a un lado las infusiones--. ¿No querrás enfermar tú también?

Se diría que Emersinda parecía obsesionada con ver restablecida la salud de su sobrina. No había una sola noche, por muy mal que se encontrara, en la que olvidase suministrarle los polvillos reparadores. Tal vez era consciente de que le quedaba muy poco tiempo y quería enmendar los errores cometidos en el pasado.

Por su parte, la joven había empezado a retomar el cariño que de pequeña había sentido por su tía. A Analisa le enternecía ver cómo aquella mujer, casi con un pie en la tumba, se desvivía por cuidar de ella igual que, de haber vivido, lo hubiese hecho su propia madre. Pero, a pesar de los cuidados que le prodigó Emersinda, sus terrores nocturnos no desaparecieron. Seguía advirtiendo aquella presencia en su habitación. A veces, cuando reunía suficiente valor para prender un candil y ver qué ocurría, descubría ^son alivio que sus temores eran infundados. No había nadie. Sin embargo, hubo una noche en la que llegó a sentir auténtico pavor.

Ocurrió cuando ya se encontraba acostada en la cama después de haber tomado la infusión. Como era habitual, sintió que la invadía aquel sopor capaz de inmovilizar cada músculo de su cuerpo. Paradójicamente, su mente continuaba inquieta. Ya avanzada la noche, de pronto, escuchó pasos fuertes y contundentes en la casa y, en concreto, oyó espantada cómo parecían pasearse por el pasillo que conducía a su propia alcoba. Aplicando la lógica, era imposible que fuese Patro, pues ésta sólo venía por las mañanas. Intentó incorporarse para encender el candil que habitualmente reposaba sobre su mesilla de noche, pero se sentía tan débil y mareada que fue incapaz de realizar movimiento alguno.

--¡Emersinda! ¿Eres tú? --acertó a preguntar.

Los pasos se detuvieron en seco. No hubo respuesta.

Tan pronto pronunció estas palabras se dio cuenta de lo equivocado de sus suposiciones. ¡Era imposible que los pasos fueran de su tía! Por un momento había olvidado que se hallaba atada a una silla de ruedas.

¿Quién era, entonces, la persona que se paseaba por la casa? ¿Habría entrado un extraño con objeto de robarles o atacarlas? No había que desdeñar en absoluto esta inquietante posibilidad. Los bandoleros no eran algo impropio de aquella zona. Solían refugiarse en la sierra y atacar en los caminos, pero quizá aquella noche, por algún motivo, habían cambiado su modo de operar. Mientras se planteaba esta posibilidad, advirtió que se reanudaba el sonido de los pasos. Entonces hubo algo que la aterrorizó por completo: no era un hombre. En ese momento tuvo la certeza de que el taconeo sólo podía ser provocado por unos zapatos de mujer.

Sin embargo, no fue la convicción de saber que las únicas personas que habitaban la casa eran su tía, impedida, y ella lo que la aterró sobremanera, sino la constatación de que se encontraba a merced de aquella pavorosa situación. Era incapaz de incorporarse para prender el candil o de moverse para esconderse en un lugar seguro. ¿Qué podía hacer? ¿Pedir ayuda? De nada serviría. La casa se encontraba lo suficientemente alejada del pueblo como para que nadie pudiese prestarles auxilio.

Pasó el resto de la noche acongojada. Ni siquiera una vez que los pasos cesaron fue capaz de llegar hasta el orinal para hacer sus necesidades. Le daba vergüenza admitirlo, pero al llegar la mañana descubrió que se había orinado encima.

Ya con la luz del día Analisa percibió las cosas de modo diferente. La pesadilla había finalizado y ahora trataba de buscar explicaciones razonables para lo acontecido. Tras darle muchas vueltas, comprobó cómo el miedo que la había atenazado se transformaba en furia hacia Patro. ¿Quién si no podría haberla asustado la noche anterior? Después se arrepintió de este arrebato, pero en aquel segundo fue incapaz de contenerse.

Puesto que las sábanas se hallaban mojadas y pegajosas, se levantó más pronto que de costumbre... Su furia fue en aumento cuando observó que todo se encontraba en perfecto orden. Tampoco echó en falta ningún objeto de valor. De mala gana se dirigió a la cocina, preparó el desayuno y esperó allí mismo a que la doncella llegase.

--¡Señorita, qué susto me ha dado! --exclamó Patro al encontrársela en la cocina cuando entraba con la cesta en la que llevaba la compra.

Analisa no le dio ni los buenos días. Tenía las cejas enarcadas, su oscura y larga cabellera revuelta, y los brazos en jarras.

--¿Le pasa algo? --preguntó Patro, sorprendida al verla en aquella postura--. No tiene muy buen aspecto.

--Hay algo importante que debo preguntarle. Y no quiero embustes --repuso Analisa con firmeza.

--¡Ay, señorita! --acertó a decir Patro visiblemente nerviosa--. ¿Qué es lo que ocurre? Me está usted asustando.

--¿Entró usted ayer por la noche en la casa? Y no me diga que no, porque sé que fue usted.

--¡Virgen santa! ¡Claro que no! --contestó con un quiebro en la voz--. ¿Qué iba yo a hacer aquí por la noche?

--No lo sé. Esperaba que usted me lo explicase --dijo Analisa con cara de pocos amigos--. Anoche oí sus pasos paseándose por la casa.

--¡Que no, señorita! ¡Se confunde usted! Pregúntele a mi esposo si no me cree.

--No necesito preguntarle a su esposo. Nadie más tiene llave de la casa excepto usted, así que déjese de embustes y dígame qué vino a hacer aquí a esas horas.

--¡Nada, señorita! ¡Le juro por mi niña que yo no estuve aquí anoche! --repitió empezando a desmoronarse--. Es más, si me apura, no vendría aunque la señora me pagara mucho más por ello.

--Está usted mintiendo y, francamente, no entiendo por qué lo hace.

Aquello fue demasiado para la mujer. Se puso a sollozar sin poder contenerse por más tiempo. En ese instante, Analisa supo que Patro no mentía. Se fijó discretamente en sus zapatos. Eran planos, sin tacón alguno. Pero, si ella no había sido, entonces, ¿quién?

--Señorita, yo puedo ser muy ignorante y muy burra --expuso la doncella entre pucheros--, pero no soy una embustera. Y si no está contenta conmigo, me lo hace saber, me marchó por donde he venido y aquí paz y después gloria.

--Patro, no se sulfure usted --dijo Analisa suavizando su tono y sus ademanes--. No era mi intención ofenderla, ni mucho menos, pero comprenda que me he pegado un susto de muerte y no se me ocurre otra explicación coherente para lo sucedido.

Patro apreció en estas palabras una disculpa. Sabía que eso era lo máximo que le concedería al servicio alguien de su porte.

--Señorita, con todos mis respetos, ¿no lo habrá soñado usted?

No. No lo había soñado. De eso estaba segura.

No quiso mencionar este extraño incidente a su tía y ordenó a Patro que hiciese lo propio. Podría crearle una angustia innecesaria, sobre todo teniendo en cuenta su delicado estado de salud.

Aunque a partir de ese momento Patro no volvió a hacer referencia directa a lo ocurrido, Analisa percibió que la doncella la miraba con otros ojos. No era una mirada de reproche, tampoco de enojo, sino de franca preocupación por su salud. Lo supo porque había contemplado esa misma expresión en los ojos del médico que trató a su madre cuando enfermó después de la muerte de su marido. Pero no había nada que Analisa pudiese hacer para convencerla de que lo que escuchó no era producto de su imaginación. Además, de ningún modo hubiese sido oportuno ofrecerle explicaciones al servicio. La joven se abstuvo de comentar nada.

--Señorita, perdone si me entrometo donde nadie me llama --dijo un día Patro rompiendo el hielo--, pero tiene usted cada día peor aspecto.

--¿A qué se refiere, Patro?

La doncella, que estaba desplumando una gallina con brío, detuvo por un momento su actividad.

--Mírese... --contestó la doncella--. Da lástima verla así. Con lo lozana y buena moza que usted era...

--¿Era? ¿Qué quiere decir, Patro? Hable claro.

--Si la señorita da su permiso...

--Lo doy, lo doy --dijo Analisa impaciente. Aquella mujer tenía la virtud de ponerle los nervios de punta--. Explíquese de una vez.

--Para mí que pasa demasiado tiempo encerrada en casa de la señora --concluyó mientras arrancaba otro manojo de plumas al animal--. La señora está enferma, pero usted va a acabar cayendo también si no se airea un poco. Tiene una cara fatal.

Analisa la escuchaba en silencio. Aquella mujer tenía más razón que un santo. No podía rebatir sus argumentos. No había salido de allí desde su llegada. Y de eso hacía ya más de un mes.

--Mañana comienza la feria del ganado --continuó Patro--. Halará mucha fiesta y algarabía en el pueblo. ¿Por qué no se viene usted con nosotros y así le da un poco el sol?

--¿Con nosotros?

--Con mi esposo y conmigo. Si quiere usted, él puede venir a buscarnos en el carro.

--No sé, Patro --repuso confundida--. ¿Y qué hago con mi tía? ¿Y si le ocurre algo en mi ausencia?

--Iríamos por la mañana. A esas horas, la señora siempre está durmiendo. Es cuando más tranquila está.

Era verdad. De hecho, Emersinda había prohibido terminantemente que se la molestase por la mañana.

--Me da no sé qué.

--Señorita, diga que sí. Que le va a sentar muy bien un poco de aire.

Finalmente, se dejó convencer. A fin de cuentas, no había nada malo en marcharse unas cuantas horas. Tía Emersinda, seguramente, ni advertiría su ausencia. Además, las primeras horas del día se le hacían largas y aburridas en aquella casa apartada de todo.

A media mañana apareció Antonio, el esposo de Patro. Era un hombre hosco y peludo. Se presentó con un viejo y destartado carro de madera tirado por una mula. Era incómodo, pero serviría para trasladarlos hasta la feria. Patro parecía radiante. Se notaba que el mero hecho de estar junto a su esposo la hacía inmensamente feliz.

Analisa, por su parte, se acomodó como pudo en un rincón. Le costaba mantener el equilibrio. Se sentía mareada y débil, así que el aire fresco y el sol --tal como había predicho Patro-- se convirtieron en un auténtico bálsamo. Sin embargo, de haber tenido noticia de los desagradables acontecimientos que se desarrollarían poco después, sin duda habría preferido quedarse en casa de su tía.

Cuando llevaban un buen trecho recorrido, Antonio notó que algo extraño estaba ocurriendo fuera del «trazado» del camino. El estado de la vía principal era infernal. Las piedras, los baches, las ramas y otros impedimentos hacían que de cuando en cuando el esposo de Patro tuviese que apearse del carro para eliminar los obstáculos que les impedían avanzar. Fue en una de estas paradas cuando Antonio creyó advertir algo anormal.

--Parece que hay gente monte arriba. Voy a ver qué ocurre. Esperen aquí --comunicó dirigiéndose a ambas mujeres.

Dicha indicación sobraba, al menos para Analisa. Aquello estaba cubierto de zarzales y ortigas. Ni por todo el oro del mundo se habría bajado del carro. El hombre tardó una eternidad en regresar y, cuando lo hizo, tanto Patro como Analisa lo notaron bastante alterado.

--¿Qué ocurre que has tardado tanto? --preguntó Patro disgustada--. Tanto

sol puede hacer mal a la señorita.

--¿Recuerdas cómo era la ropa que llevaba la Felisa? --inquirió Antonio haciendo caso omiso.

--¡Qué sé yo! ¿A qué viene ahora mentarla?

--¿Felisa? --preguntó Analisa recordando la conversación que había mantenido con Patro sobre la anterior doncella de su tía.

--¡La misma! --contestó Antonio--. Hay gente allí... -explicó señalando hacia el monte-- que cree que está muerta.

--¿¿Muerta??

--Han encontrado un cuerpo semienterrado --dijo con voz entrecortada--. No se sabe aún, pero las ropas parecen las suyas. Patro, igual tienes que venir a comprobarlo. Tú la conocías mejor.

--¡Virgen santa! Si hay un muerto yo no me apeo.

Analisa permaneció en silencio.

--Debes venir porque no saben qué hacer con el cuerpo --expuso su esposo intentando convencerla--. Habrá que darle sepultura, digo yo.

--¡Que no, Toño! ¡Que yo no voy! ¡Madre del amor hermoso! ¡Que tenga que pasarme esto a mí! --dijo persignándose.

Pese a su negativa, finalmente fueron los tres. Analisa no quiso dejarla sola en aquel trance. De camino, Patro no acababa de asimilar lo ocurrido.

--¿Muerta, dices? ¿Y de qué ha muerto?

--Pues está claro que la han matado. Si no, ¿qué haría su cuerpo bajo unas piedras? --razonó Antonio.

--¡Con lo joven que era la pobre! ¿No habrá sufrido un accidente?

--Que no, que no puede ser. A ésa la han matado...

Al fin llegaron al fatídico lugar. Varios hombres discutían acaloradamente qué paso se debía dar. Unos decían que había que sacarla para darle cristiana sepultura; otros, que era mejor esperar a que apareciera la autoridad.

Patro, obligada literalmente por su esposo, que tiraba de ella amarrándola del brazo, tuvo que acercarse para ver la vestimenta de la pobre desgraciada. El cadáver se hallaba irreconocible. Viendo que no le quedaba otra alternativa, se armó de valor y procuró fijarse sólo en las ropas que llevaba. Analisa esperó apartada del grupo. No tenía ningunas ganas de contemplar otro muerto. Bastante había tenido ya con descubrir el cadáver de su padre ahorcado.

--¡Ay, que sí! ¡Que sí que es ella! --exclamó compungida--. ¡Que ésos son su falda y su chal!

La emoción fue demasiado fuerte. Nada más pronunciar estas palabras, cayó desplomada al suelo. Analisa y Antonio se acercaron para reanimarla. La mujer no volvía en sí. Por suerte, uno de los hombres presentes portaba consigo un botijo. Analisa mojó su pañuelo y se lo aplicó en la frente y en la nuca, mientras Antonio, ayudándose de un sombrero, le daba aire como podía.

Entre tanto, los hombres dilucidaban qué hacer con el cadáver. Llegaron a la conclusión de que allí no podían dejarla. Seguramente, alguna alimaña había escarbado la tierra hasta dar con él y abandonarlo en ese lugar sólo contribuiría a que otras bestias diesen buena cuenta del macabro festín. Finalmente, pensaron que era mejor envolverlo en una manta y llevarlo al pueblo.

Esta tarea no resultó nada sencilla. El cadáver presentaba un aspecto horrible y su hedor, aun tapándose la nariz, se hacía insoportable. Seguramente llevaba allí cerca de seis meses, justo el tiempo que Felisa había estado desaparecida.

Había transcurrido más de un mes desde la conversación de Alejo Espinal con Juan Montalvo, su editor, pero en ese tiempo ninguna idea magistral se había asomado a su cabeza. Por el contrario, aquel mes estaba resultando muy duro y estresante. En el trabajo oficial apenas le concedían un respiro. Regalo+, la empresa de venta por catálogo para la que trabajaba, se había transformado en una réplica del mismísimo infierno. Las exigencias de objetivos de venta necesarios para permanecer en la empresa --a los que los directivos se referían como «la curva»-- eran cada vez mayores.

Además de la venta por catálogo que Regalo+ ofrecía a sus clientes, los productos de la empresa también se anunciaban ahora en varias cadenas de televisión nacionales. Cada vez que se proyectaba uno de sus *spots* sonaba un timbre. En ese instante daba igual lo que los empleados estuvieran haciendo. Debían dejar cualquier otra actividad para dedicarse única y exclusivamente a atender las llamadas telefónicas en espera --que podían ascender a más de trescientas-- y, sobre todo, a convencer a quienes llamaban de que aquél era el producto que necesitaban.

Por supuesto, tampoco les estaba permitido realizar o recibir llamadas telefónicas personales, al menos de manera oficial. Según la empresa, las conversaciones eran grabadas para cerciorarse de que su clientela recibía el mejor trato posible. Y, con esta misma excusa, los supervisores se reservaban el derecho de «pincharlas» cuando lo estimaban oportuno.

Con la entrada en vigor de esta nueva normativa interna, auspiciada por la llegada de un nuevo jefe, la vida en Regalo+ resultaba mucho más complicada y competitiva. El salario base era reducido, por lo que el

incremento de sueldo por incentivos se había fomentado hasta límites insospechados. Si alguna vez Alejo tuvo amigos allí, ahora se habían transformado en sus competidores directos. Lo más triste era que, si no entraba en el juego, se quedaba atrás.

Con un trabajo así había poco tiempo para pensar en ideas, tramas, personajes o simples detalles como el color del sombrero que llevaría el protagonista. Por no tener, Alejo no tenía ni tiempo de ir al baño con tranquilidad. Si invertía más de diez minutos, un supervisor del equipo se presentaba en la puerta del aseo para investigar a qué se debía aquella demora.

Su *book* (así llamaban a su mesa de trabajo) debía permanecer completamente libre de objetos personales tales como fotos, libros u otros papeles que, supuestamente, podrían deteriorar la imagen de la empresa, aunque quizá aquello sólo era un pretexto más para evitar que se distrajeran de sus objetivos.

Los empleados de Regalo+ desarrollaban su trabajo frente a un espejo. Ésta fue una de las innovadoras ideas que el nuevo jefe introdujo. Según les explicó, ello contribuiría a potenciar su expresividad, su capacidad de gesticulación y, por tanto, sus opciones de persuadir a los clientes indecisos.

No tenía tiempo para nada que no fuera efectuar o recibir llamadas comerciales. En teoría, los trabajadores disponían de cinco minutos libres por cada hora trabajada. Habían acordado acumular ese tiempo para tener un respiro de veinte minutos. Sin embargo, el nuevo jefe, un auténtico aprendiz de Joseph Goebbels, les hacía recuperar aquellos minutos obligándoles a salir más tarde.

Alejo había considerado la posibilidad de buscar otro empleo, pero resultaba complicado cuando existían letras por pagar y cuando, además, carecía de tiempo para asistir a entrevistas de trabajo. A duras penas había conseguido hojear algunos libros de cocina para planificar el esqueleto de su nuevo libro con Editamos. Pero ¿y su novela? ¿Dónde había quedado su proyecto? Simplemente no existía. No había novela porque no atesoraba

ninguna idea excitante que proponerle a Montalvo. Sus sueños habían muerto en la papelera del metro.

Pensaba en ello mientras caminaba hacia la casa de Silvia. Pese a su considerable estatura, se le veía cabizbajo, encorvado y triste. Su novia quizá había advertido su apagado estado anímico, ya que rara vez lo invitaba a comer si era ella quien tenía que cocinar.

Cuando le abrieron la puerta se asustó. «¿Quién es este tío con pinta de zombi?», pensó.

--Es mi hermano --dijo Silvia en un susurro, aprovechando que Darío se había ido a la cocina.

«Imposible», pensó Alejo. No era factible que aquel chico con pinta de enterrador fuera de su misma sangre.

--¿Tu hermano? ¡Anda ya! No se parece en nada a ti. ¿Comerá con nosotros?

--Más bien se quedará una temporada --respondió Silvia con una mueca de disgusto--. ¡Shhh! ¡Calla, que ya viene! Luego te lo explico todo.

¿Por qué no quería hablar delante de él? A Alejo le pareció todo un poco extraño. ¿No sería más bien un antiguo ligue que se había presentado sin avisar? No. En seguida, descartó esta posibilidad. Silvia Salvatierra no tenía tan mal gusto. Además, no pegaban ni con cola. Por lo que sabía, procedía de una «familia bien». Era demasiado pija, así que, aunque se esforzase, era incapaz de imaginársela saliendo con un tipo así. ¿Por qué le habría dicho entonces que era su hermano? Y, sobre todo, ¿de dónde habría salido semejante esperpento?

Los tres se sentaron a la mesa. Darío parecía un tipo realmente curioso. Alejo lo escudriñaba con disimulo mientras su novia servía espaguetis a la carbonara. Sus ropas negras parecían imitar las de un personaje escapado de una novela de la época romántica. «Han debido de costarle un pastón»,

pensó Alejo. Ese tipo de vestimenta no se encontraba en tiendas al uso. Llevaba un crucifijo de diseño al cuello y unos anillos de plata muy llamativos. Uno de ellos representaba una macabra calavera. Tenía el cabello teñido de negro, la raya de los ojos pintada con lápiz negro y el rostro ligeramente empolvado de blanco, lo que, decididamente, le confería un aspecto lúgubre. Era difícil determinar su edad, pero seguro que era menor que Silvia.

Sólo se escuchaba el ruido de los cubiertos rozando los platos.

--¿Sabes, Darío? Alejo es escritor --comentó Silvia rompiendo el incómodo silencio que se había creado.

--¿Escritor, dices?

--Bueno, aún me falta mucho para ello --repuso Alejo.

--No seas modesto, Alejo. ¡Claro que es escritor! --exclamó Silvia dirigiéndose a Darío--. No le hagas caso. Ha escrito varios libros.

--Escritor. Igual que Bram Stoker, el mayor talento que ha dado la literatura universal --señaló Darío.

--Ya me gustaría a mí que alguno de mis libros vendiera tantos ejemplares como *Drácula* --explicó Alejo suspirando.

--*Drácula* es una obra magistral, cargada de simbolismo y fiel a los hechos históricos --expuso Darío orgulloso, como si la hubiese escrito él mismo.

--Estoy de acuerdo en que es una obra magistral. De eso no cabe duda. Pero yo no diría que es «fiel a los hechos históricos» --le contradijo Alejo mientras partía un trozo de pan--. Se trata de una recreación literaria.

Darío, que estaba a punto de llevarse el tenedor a la boca, lo dejó caer con estrépito sobre el plato, como si Alejo hubiera proferido una blasfemia.

--¿Cómo una recreación literaria? ¿No existen acaso los vampiros?

--¿Habéis visto lo que ha pasado esta mañana en el metro? --interrumpió Silvia intentando cambiar de tema--. Al parecer, la línea 6 se ha estropeado durante varias horas.

Su intento resultó estéril.

--¿De verdad me estás preguntado si existen los vampiros? ¡Bromeas, claro!
--señaló tras hacer una breve pausa. Después, recobró la sonrisa.

--No, no bromeo. Hablo muy en serio --repuso Darío con un extraño rictus en su boca--. No creer en los vampiros es lo que les confiere la posibilidad de seguir matando.

«Si de verdad lo piensa, este tío está como una puta cabra», pensó Alejo.

--No puedo creer que estés hablando en serio --manifestó perplejo.

--¿Por qué no cambiamos de tema? --intervino Silvia--. Es evidente que no os pondréis de acuerdo en este asunto.

--Que no existen los vampiros sólo puede decirlo alguien falto de información.

«¿Me está llamando ignorante el enterrador éste?», pensó Alejo para sus adentros.

--¿Falto de información? Lo único en lo que podría darte la razón es en que existen personas, muy enfermas, por cierto, que cometen crímenes escudándose en que son vampiros. Eso es todo.

--Eso es lo que «ellos» quieren que creamos --comentó Darío en tono enigmático--. Es parte de su plan para dominar el mundo.

Aquello era demasiado.

--¡Ah! ¿Sí? Pues, sin ánimo de ofender, te contradices. Tú, con tu aspecto, pareces uno de «ellos». Y apuesto a que eres de los que duermen con una ristra de ajos y un crucifijo bajo la almohada.

--¿Ves? ¡Falta de información! En contra de la creencia popular, los vampiros no se ven afectados por el ajo.

--¡Bueno, ya está bien! --dijo Silvia con cara de desagrado--. Dejadlo ya de una vez, por favor. ¿No veis que esta conversación no va a ninguna parte? Además, me duele la cabeza y no tengo ganas de escuchar discusiones absurdas.

Ambos se callaron.

Alejo por respeto a su novia.

Darío por respeto a su hermana.

Sí que era su hermano.

Por increíble que les pareciese a quienes lo conocían, Darío Salvatierra era el hermano menor de Silvia.

Un caso perdido.

Su historia era simple, pero incomprensible para todos. Darío había sido un niño aparentemente normal. Ambos hermanos habían acudido a los mismos colegios privados. Su padre era un prestigioso abogado que había logrado destacar defendiendo casos difíciles pero sonados. Ganó la mayoría de ellos, por lo que pronto alcanzó renombre en la profesión. Siempre quiso facilitar a sus hijos todo aquello a lo que él no había tenido acceso, ya que durante su juventud se había visto abocado a padecer muchas carencias.

Su trabajo lo mantenía mucho tiempo fuera del hogar, así que la trayectoria

de sus hijos terminó por escapársele de las manos. Su mujer había sido la encargada de seguirla, aunque tampoco había estado muy pendiente. No tenía una especial vocación maternal. Formaba parte de una familia acomodada y había crecido acostumbrada a la buena vida. Cuando decidió casarse con aquel joven abogado todo fueron pegas. «No te cases con él --le dijeron--. No podrá satisfacer tus necesidades económicas. Tú estás acostumbrada a otra vida.» Sin embargo, estaba perdidamente enamorada y desoyó las advertencias. Por suerte, su marido no la defraudó y consiguió hacerse con una sólida posición económica, pese a lo cual siempre fue mirado con reservas por su familia política.

En cualquier caso, no consideraron que hubiera motivo de preocupación. Ambos niños sacaban buenas notas, eran aplicados y cumplían las expectativas que tenían puestas en ellos.

El punto de inflexión se produjo durante la pubertad. Aunque sus padres no lo advirtieron, Silvia sí percibió un ligero cambio en su hermano. Nunca habían existido secretos entre ambos y, de repente, notó que empezaba a ocultarle cosas. Intentó hablar con él para saber qué ocurría, pero no obtuvo respuesta.

Un día decidió registrar su habitación. La noche anterior le había parecido que escondía algo bajo su uniforme escolar. Sabía que lo que iba a hacer no estaba bien, pero le preocupaba la posibilidad de que pudiera estar consumiendo drogas. No se le ocurría otra explicación mejor para aquel cambio obrado en su carácter. Sin embargo, lo que vio en uno de sus cajones la dejó horrorizada: ¡había un murciélago muerto envuelto en un pañuelo! Lo soltó asqueada y el pequeño animal se precipitó contra el suelo. Entonces se dio cuenta de que tenía una cuña de madera clavada en el pecho.

Dudó qué hacer. ¿Debía callarse o dar cuenta de lo sucedido a sus padres? Finalmente, decidió recogerlo todo y dejarlo tal como estaba. Intentaría hablar con su hermano para comprender qué lo había llevado a sacrificar a aquel pobre animal.

Las explicaciones que ofreció no fueron convincentes. Adujo que el murciélago se coló por la ventana de su habitación y que tuvo miedo de que pudiese morderle y transmitirle la rabia. Según aseveró, lo atrapó con ayuda de una sábana y cuando se disponía a devolverlo a la calle, se dio cuenta de que el animal ya no respiraba.

Su rostro reflejaba tal desolación y congoja que Silvia sintió lástima de él, a pesar de que su versión no explicaba en modo alguno por qué el murciélago tenía un trozo de madera clavado en su diminuto cuerpo ni por qué su hermano lo guardaba en uno de sus cajones. Le rogó entre lágrimas que no dijera nada a sus padres. Bastante culpable se sentía ya por lo ocurrido como para que le cayese un severo castigo. Silvia sabía que si su padre se enteraba de aquel episodio no se limitaría a echarle una bronca; posiblemente, lo castigaría durante meses. Darío juró que no volvería a pasar. Todo había sido un error de cálculo. Él nunca había querido hacer daño al animal.

Efectivamente, ya no volvería a ser tan descuidado. Se preocuparía por hacer las cosas de otra manera.

En su nuevo mundo coexistían vampiros y demonios. Nadie supo nunca por qué. Darío jamás habló de una extraña experiencia que había protagonizado y que lo marcó para siempre.

Tanto si la vivencia fue auténtica como si no, Darío la asumió como algo real. Al principio, aquello lo aterrorizó. Se negaba a salir solo por la noche. Estaba convencido de que existían seres malignos que esperaban una oportunidad para atraparlo. Pasó varios meses en un estado de ansiedad permanente. Tenía pesadillas recurrentes, apenas comía y su rendimiento escolar se vio radicalmente alterado. Intentó hablar con su padre, pero éste estaba siempre tan ocupado que nunca parecía encontrar el momento. En cualquier caso, tenía miedo de confiarse a los demás. Era un asunto demasiado delicado y comprometido. Seguro que su padre no iba a creerle. Tampoco lo harían su madre y su hermana. Se sentía como un extraño en su propia familia. ¿Cómo explicarles que había visto con sus propios ojos un...?

Sin embargo, con el tiempo su miedo fue transformándose en curiosidad. Leía todo lo que caía en sus manos sobre el mundo de los no-muertos. Existía mucha más información al respecto de lo que en un principio había sospechado, aunque había que saber dónde buscarla. Pronto descubrió que el tema ya no le provocaba tanta congoja, sino más bien una extraña fascinación. Llegó a sentirse como un ser privilegiado que manejaba información vedada al resto de los mortales. Otros podían leer sobre el universo de los vampiros, sí. ¡Pero él era partícipe de ese mundo!

La gente no entendía que lo que leía no eran simples leyendas populares inventadas por campesinos supersticiosos. Darío Salvatierra creía que existía un poso de realidad. Su investigación sobre el mundo vampírico terminó por ser primordial en su vida. Pero lo único que consiguió fue que sus amigos se apartaran de él espantados. A pesar de que nunca les había hablado de su experiencia, todos habían advertido misteriosos cambios en su comportamiento. No parecía el mismo. Su manera de actuar se les antojaba la de un paranoico.

Un día tuvo noticia de la existencia en Londres de una sociedad dedicada por entero al estudio de los vampiros, la London Vampire Society, liderada por un tal Michael Carrigand. Como es de suponer, le faltó tiempo para ponerse en contacto con él y también con otro curioso personaje, Dean Lancaster, que afirmaba ser descendiente directo de lord Byron. Ambos no sólo estaban convencidos de la existencia de los no-muertos, sino que cada uno, a su manera, se dedicaba a buscarlos para acabar con ellos.

Tras pagar una cuota de doce libras, se convirtió en miembro de la sociedad y accedió a todo el caudal de información acerca del vampirismo del que disponían. A través de sus contactos se percató de que para «cazar» vampiros había que proceder con extrema cautela. Carrigand, por ejemplo, había sido condenado en 1974 a cuatro años de cárcel por presentarse en el cementerio de Highgate --un camposanto londinense que sirvió de inspiración a Bram Stoker para escribir su famosa novela-- acompañado por un grupo de seguidores deseosos de emprender la «caza» del famoso vampiro que, según numerosos testimonios, habitaba entre sus lápidas. En

su frenética persecución profanaron varias tumbas, sacaron a los muertos de éstas y clavaron estacas de madera en los cadáveres que les resultaron sospechosos. Finalmente, Carrigand fue condenado por los delitos de profanación, mutilación de cadáveres y tenencia ilícita de armas.

Darío pensó que la mejor manera de aprender acerca del mundo de los que no mueren era mimetizarse con «ellos» en los ambientes que acostumbraban a frecuentar. Creía firmemente que los actuales vampiros no podían haber sobrevivido en lugares apartados de la civilización, sino que, por fuerza, debían de camuflarse adrede entre la multitud para llevar a cabo sus oscuros planes. También supuso que el mundillo en el que mejor podrían pasar desapercibidos era el de la subcultura gótica.

Todas estas elucubraciones le hicieron decidirse a cambiar su vestuario, su peinado y, en definitiva, su concepción de la vida para transformarse en lo que él denominaba un «cazador oculto». Sin embargo, no contaba con que el mundo gótico acabaría por atraparle a él. De tanto frecuentar el ambiente acabó por integrarse en él de un modo sorprendente. Empezó a cogerle el gustillo a la música de grupos como Marilyn Manson, Moonspell, Rammstein, Evanescence, Sisters of Mercy... Y trabó algunas amistades en locales góticos de Madrid como Dark Hole, 666, Phobia, Heaven, Mission...

Sus padres estaban desesperados. No sabían qué hacer. Primero probaron con buenas palabras, luego con castigos y, por último, con amenazas. Pero de nada habían servido estas tácticas. A Darío parecía importarles un bledo que lo desheredaran.

«Si es que se pasa todo el día escuchando al travestí ése», había dicho su padre refiriéndose a Brian Warner, el líder de Marilyn Manson. Por su parte, su madre no dormía tranquila por las noches desde que se enteró de que el llamado «asesino de la katana» era fan de algunos de los grupos que también le gustaban a su hijo. Quería a Darío, pero la aterraba el hecho de pensar que ya no era su niño. Se había transformado en un ser extraño y frío que vagaba por la casa sin hacer el más mínimo esfuerzo por comunicarse con ellos. No se le ocurría qué podía estar pasando por su cabeza.

La gota que colmó el vaso se produjo cuando una noche los despertaron a las tres de la mañana para comunicarles que Darío se encontraba detenido. Al parecer, había intentado emular a Carrigand y a Lancaster en el cementerio de la Almudena. Por suerte para él, la ley no era implacable en este sentido, aunque lo que había hecho era un delito tipificado en el artículo 526 del Código Penal. Como su padre era un excelente abogado, consiguió que el castigo se redujera a una pequeña multa.

Después de sufrir esta humillación, el padre de Darío decidió echarlo de casa. Ya habían tenido bastante con aguantar sus extravagancias. «No pega ni golpe y encima ensucia el buen nombre de la familia», explicó a su mujer. Ambos determinaron que aquello le vendría bien para aprender a sentar la cabeza. Sin dinero en el bolsillo y sin un techo donde cobijarse, no tendría más remedio que ponerse a trabajar para salir adelante.

Silvia había omitido los detalles más escabrosos de la historia. Aun así, Alejo la miraba entre horrorizado y fascinado. Había estado a punto de extraer del bolsillo de su gabardina un pequeño bloc de notas que siempre llevaba consigo. Por lo común, su libreta estaba repleta de detalles que le habían parecido curiosos y de descripciones de posibles personajes. Sin embargo, ahora sus páginas se encontraban en blanco. Pero no la sacó porque la gabardina estaba en el recibidor y no le pareció oportuno tomar notas mientras su novia le refería, conteniendo las lágrimas, todo aquel dramón familiar.

Después de haberse enzarzado en aquella absurda discusión acerca de la supuesta existencia de los vampiros, Darío se levantó todo airado, tomó su levita de cuero negro y se marchó --según él-- a buscar trabajo. Los padres de Silvia le habían prohibido acoger a su hermano bajo su techo. Tenía que aprender a valerse por sí mismo. Pero el joven la había llamado con voz temblorosa sin saber qué rumbo tomar y Silvia no había tenido corazón para cerrarle las puertas de su casa. A fin de cuentas, se trataba de su hermano pequeño. Le dijo que podía quedarse, pero sólo unos días. Y, por supuesto, sus padres no debían enterarse de que estaba con ella.

Alejo permaneció pensativo el resto de la tarde. Sospechaba que había encontrado una historia que contar.

8

A causa de los trámites que se desencadenaron tras el descubrimiento del cadáver de la antigua doncella, Analisa no pudo regresar a casa antes de las seis. Lo que había empezado como un apacible día de asueto se había transformado en una horrible pesadilla de la que deseaba despertar cuanto antes. Sin embargo, allí la esperaba una sorpresa harto desagradable. Su tía había sufrido una crisis en su ausencia. La encontró desvanecida en su habitación con la campanilla aún en su mano. La pobre mujer había intentado llamarla en vano. En la maniobra debió de caérsele la peluca y, en contra de lo que en un principio había pensado acerca de su inexplicable lozanía, descubrió que apenas tenía unos cuantos mechones de pelo desigualmente repartidos por su cabeza.

El susto fue considerable, pues en un primer instante creyó que estaba muerta. Intentó reanimarla zarandeándola por los hombros repetidas veces, pero la mujer no volvía en sí. Aterrada, se dirigió a la cocina, tomó una jarrita de vinagre y se la acercó a la nariz. Al momento, la anciana comenzó a toser apartando de sí el líquido de olor penetrante.

Una vez recuperada, Emersinda no la reprendió, pero Analisa advirtió cómo se dibujaba una mueca de decepción en su rostro. Se sentía muy culpable; aquella salida podría haberle costado la vida. Era evidente que su tía necesitaba una dedicación constante. Pensó en excusarse contándole lo sucedido con la infortunada Felisa, pero descartó la idea. En su estado, una noticia de esa magnitud sería como propinarle un golpe con un atizador. Nuevamente, optó por permanecer en silencio.

A la hora de la cena le preparó una sopa de gallina con puerros y patatas, pero al acercarse a su habitación para desearle buenas noches se dio cuenta

de que ni siquiera la había tocado. La cuchara permanecía intacta al lado del tazón. No entendía cómo podía resistir tanto tiempo sin apenas ingerir alimento.

--Deberías esforzarte y comer aunque sólo sea un poco.

--¿Para qué? Haga lo que haga, moriré. Todo cuanto me resta es ver pasar el tiempo entre estas cuatro paredes --fue su desoladora respuesta.

Analisa enmudeció. ¿Qué podía decir ante un comentario así?

Se la veía desanimada y triste. Nunca, desde su llegada, la había notado tan abatida. Analisa determinó que no volvería a separarse de la anciana hasta que se produjera el fatal desenlace. Esa mujer no merecía llevarse un disgusto a causa de su imprudencia.

Después de tan terrible día, la joven supuso que aquella noche sería incapaz de pegar ojo. Sin embargo, nada más beberse la infusión cayó presa de un sopor que la dejó sumida en un profundo sueño. A pesar de ello, pasada la medianoche la despertó una extraña sensación de angustia. Quiso incorporarse para prender el candil, pero no había ningún fósforo en la mesilla. No obstante, la habitación no estaba a oscuras por completo, pues la luz de la luna se filtraba a través de la ventana. De pronto sintió una presencia.

Escuchó un sonido que no supo identificar. ¿Habría alguien más en su habitación? Trató de agudizar sus sentidos y lo oyó de nuevo con mayor claridad. Era como si algo se arrastrara o se restregara contra el borde de su cama. Instintivamente, se tapó los ojos con la sábana. En el fondo la espantaba averiguar qué podría provocar aquellos sonidos, que cada vez se hacían más audibles. Además, comenzó a notar una leve sacudida. Parecía como si alguien tirase de la colcha por la zona de los pies.

Permaneció inmóvil varios minutos hasta que se armó del valor suficiente para apartar la sábana que cubría su rostro. Fue entonces cuando pudo intuir cómo una sombra cruzaba fugazmente por los pies de la cama. No podía ser

la de una persona, a menos que se hubiera agachado. Sin embargo, poseía cierta corpulencia. Fuera lo que fuese, dio media vuelta y volvió a restregar su cuerpo contra la colcha. Un olor extraño, penetrante y muy desagradable, inundó la estancia. Poco después escuchó un gruñido y comprendió de qué se trataba. Allí, junto a sus pies, había un gigantesco lobo. Aquella certeza la obligó a encoger las piernas hasta convertirse en un ovillo. Después, la tensión pudo con ella y sufrió un desmayo.

Cuando despertó, era mediodía y la bestia ya no estaba. ¿Lo habría soñado? No. No había sido una pesadilla. ¡Estaba segura! Aún se percibía su espantoso olor en la estancia. Pero no existía una explicación lógica para lo ocurrido. ¿Cómo habría entrado en la casa si estaba todo cerrado? ¿Por dónde habría salido? ¿O acaso no había salido y estaba aguardándola agazapado en otro lugar de la casa? Esta posibilidad la sumió en la incertidumbre. Permaneció callada. Todo estaba en completo silencio.

En más de una ocasión le oyó comentar a Patro que en la región vivían bestias como el jabalí, el gato montes, la gineta y el lobo, aunque lo normal es que tendieran a huir del hombre. No acertaba a comprender cómo había entrado aquella fiera en la casa y, menos aún que, de haberlo hecho, no la hubiese devorado en cuanto detectó su presencia. A fin de cuentas, era una presa fácil para una bestia hambrienta.

Se asomó con precaución desde el umbral de la puerta de su habitación. Todo parecía en orden, así que se dirigió hacia la habitación de su tía. Sintió un gran alivio cuando comprobó que la puerta estaba cerrada. El lobo no podría haber entrado. Sin embargo, para salir de dudas giró el pomo. Como de costumbre, la puerta estaba cerrada con llave. No entendía por qué su tía tenía la manía de encerrarse por dentro. «¡Bendita manía!», pensó. Era mejor no insistir. No se imaginaba explicándole que la molestaba sólo porque tenía la sospecha de que había entrado un lobo. ¡Pensaría que estaba trastornada! Sobre todo cuando, tras registrar cuidadosamente la casa, evidenció que no había ni rastro del animal salvaje.

Poco a poco fue asimilando el hecho de que quizá todo había sido un sueño.

Una pesadilla terrorífica, sin duda, pero un sueño a fin de cuentas. No sabía qué le ocurría con exactitud, pero desde su llegada se sentía diferente. Vulnerable, débil y acongojada. ¿Y si había heredado el mal de su madre? ¿Y si todo era un proceso que acabaría conduciéndola a la demencia? ¿Serían esas visiones el comienzo de una terrible enfermedad que marcaría fatalmente su existencia? Intentó desechar esas lóbregas ideas.

Necesitaba hablar con alguien. Entonces reparó en que Patro no había acudido a hacer las faenas. ¿Qué le habría pasado?

No lo supo hasta el día siguiente. Todavía muy afectada, Patro apareció con los ojos enrojecidos. La impresión recibida tras el hallazgo del cadáver de Felisa la había turbado hasta tal punto que había sufrido un vahído que la postró en la cama todo el día. Se excusó como pudo y se dispuso a comenzar sus labores.

--¡Ha sido horrible, señorita!

--Y más para usted, que la conocía bien.

--¡Ay, Virgen santa! No me perdonaré haberla tratado de ladrona cuando en realidad la pobre estaba...

No pudo seguir. La abandonaron las fuerzas.

--Patro, no se sienta culpable. ¿Quién le iba a decir a usted que estaba muerta? A veces las personas desaparecen de la noche a la mañana dejando deudas.

--Eso es lo que me carcome los adentros --musitó--. Tenía que haberme dado cuenta de que algo malo le había pasado.

--¿Y cómo iba usted a saberlo? Deje de martirizarse.

--¡Que sí, que sí! --insistió--. Si estaba cantado.

--¿A qué se refiere?

--No le dé cuartos al pregonero, señorita. Es mejor que no lo mente.

--¡Por Dios santo, Patro! Hable usted lo que tenga que hablar.

--Si es que la Felisa no ha sido la única... --dijo al fin.

--¿Cómo?

--¿Ve usted? Si es mejor callar. No quiero que se lleve una sofoquina.

--Me la voy a llevar si no me dice qué es lo que ocurre. No se puede tirar la piedra y esconder la mano.

--¡Ay, señorita! Si es que hay alguien muy malo por estos lares. Que lo sé de buena tinta.

--¿Qué sabe exactamente?

Entonces Patro soltó el plumero y se acercó un poco más a Analisa.

--Ya han matado a otras mozas --susurró muerta de miedo.

Analisa demudó su semblante.

--Que sí --prosiguió--. No se habla de otra cosa en el pueblo. Primero fue la Ceferina, luego la Rogelia y ahora...

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

--¿Pero qué está usted diciendo? ¿Está segura de eso?

--¡Digo! ¡No voy a estarlo! Que sí, señorita Analisa. ¡Se lo juro por mi niña! --dijo llevándose la mano derecha al corazón.

Al instante, una terrible sospecha se apoderó de la joven.

--¿Y no habrá sido una bestia? ¿Un lobo, por ejemplo?

--Para mí que no.

--¿Cómo puede aseverarlo?

--Perdone mi atrevimiento, pero una, aunque inculta, no es tonta. Y me parece a mí que las bestias no se andan con miramientos a la hora de seleccionar a sus víctimas, digo yo.

--Dice bien. ¿Y...?

--Que todas eran mujeres jóvenes y lozanas... --se detuvo un momento antes de proseguir. Hablaba muy bajito, casi cuchicheando-- ¡como usted!

Analisa notó una punzada en el corazón y por un momento sintió que la sangre se le helaba en las venas.

--Y le digo más: todas trabajaron aquí antes que yo.

--¿Qué está insinuando, Patro? --preguntó Analisa desconcertada.

--Nada. Y si le ha parecido que insinuaba algo, retiro lo dicho. Lo único que pretendía era explicar por qué pienso o, mejor dicho, pensamos en el pueblo que no puede haber sido un animal.

--Es terrible lo que me cuenta.

--Lo es, lo es. Por eso, señorita, si yo fuera usted me andaría con mucho ojo. ¡El mismísimo Maligno anda suelto!

Violeta recorrió a paso vivo la distancia que la separaba de la taquilla.

--He comprado por Internet un billete a Madrid.

Él la miró perplejo. «¡Vaya pintas!», pensó. «Parece Morticia Adams.»

--¿Sólo ida?

--Sí.

--Aquí tiene. El tren sale dentro de dos horas.

--Gracias.

Ya en el tren, se acurrucó junto a la ventanilla, se cubrió el torso y los brazos con su cazadora negra y cerró los ojos. Por suerte, no viajaba nadie junto a ella. Había cargado música de Evanescence en su reproductor de MP3. Cerró los ojos intentando escapar de las miradas inquisitoriales de algunos de los viajeros del vagón. «La gente se aburre mogollón --pensó--. ¿Es que no tienen nada mejor que hacer?»

Tendría que estar acostumbrada. Sin embargo, no acababa de comprender por qué su aspecto les resultaba tan provocador. A fin de cuentas, no se metía con nadie. «Pronto todo cambiará. Nébula no es como ellos.»

Los acontecimientos se habían desencadenado con rapidez desde que Violeta le permitiera entrar en su mente. Le había dicho que *le* demostraría la magnitud de su poder y lo hizo. Cuando se quedó dormida aquella noche, Nébula se introdujo en sus sueños... y en su mente. Lo que Violeta ignoraba es que a partir de ese instante se desataría una lucha mental sin cuartel.

--Ahora estoy dentro de tu cabeza y me perteneces.

--¿Qué tengo que hacer? --preguntó, incapaz de controlar sus sueños.

--Hablaamos mañana en el chat. Te contaré tu sueño y recibirás nuevas instrucciones.

--Hasta mañana, Nébula --musitó Violeta, aún en estado onírico.

Darky: ers tu, nébula?

Nébula: si

Darky: anoxe m dijiste k t esperara aki

Nébula: xica obediente

Nébula: kieres comprobar si se lo k soñaste, verdad?

Darky: lo sabes?

Nébula: soñaste en tu padre

Nébula: sta muerto, pro n tu sueño aun vivía

Nébula: tu eras 1 niña y el t llevaba a 1 feria y t compraba algodón d azúcar

Nébula: eras feliz

Darky:...

Nébula: sorprendida?

Darky: sinceramente, no creí k fueras capaz d adivinarlo

Darky: cmo lo has hecho?

Darky: cmo sabes k mi padre sta muerto?

Darky: kien eres n realidad?

Nébula: solo 1 palabra m separaba d ti

Nébula: n ste instante ya no existe esa barrera

Darky: cmo? no ntiendo...

Darky: creí k slo era 1 juego

Darky: no puedes metrte n mi cabeza si yo no kiero

Nébula: pro, n I fondo, si kerias

Nébula: t pedi permiso y m lo concediste

Nébula: tu misma m invitaste a ntrar, rcuerdas?

Nébula: ahora m perteneces

Darky: creo k no kiero seguir hablando contigo

Nébula: compra 1 billete a madrid. yo t guiare hsta mi

Nébula: deja una nota a tu madre pra k no s preocupe, dspues, formatea I disco duro, ndie debe conocer mi existencia

Darky: y si m niego?

Nébula: inténtalo si eso t hace feliz, pro...

Nébula: descubrirás k lo único k t hará dixosa a partir d ste momento s poder servirme

Nébula: y yo t doy la oportunidad d hacerlo

Ni siquiera pudo intentarlo. Víctima de un terrible «hechizo», Violeta hizo todo cuanto Nébula le ordenó: sacó un billete a través de Internet, metió sus cosas en una mochila, formateó el disco duro del ordenador y, por último, escribió una nota a su madre antes de abandonar su casa para dirigirse a Valencia. Allí tomaría el tren.

Mamá,

No te preocupes por mí. Me marchó en busca de mi destino. Soy mayor de edad y no quiero crearte más problemas en el pueblo. He encontrado un trabajo en otra ciudad. Seguro que te alegrarás. Perdóname por todos los quebraderos de cabeza que has padecido por mi culpa. Te quiero.

Tu hija,

Violeta

No se trataba exactamente de un hechizo, sino de una cualidad que poseían Analisa y los de su estirpe. Su capacidad de manipulación era tan inmensa que, a pesar de la amenaza soterrada que se intuía en las palabras de Nébula, Violeta había empezado a enaltecer su figura. No en vano la avalaban largos años de experiencia. Aunque ella todavía no lo sabía, aquel influjo iría en aumento. Desde esa noche algo la carcomía por dentro. Sentía emociones encontradas hacia aquella mujer: odiaba cómo la había conducido hacia su terreno, pero también se sentía incapaz de luchar contra su poder arrollador. Por increíble que parezca, Violeta no estaba asustada ante la idea de haberse convertido en su esclava. En realidad, lo que la atemorizaba era la posibilidad de dejar de serlo.

Al llegar a Madrid tomó un taxi. Se sorprendió dando una dirección desconocida. «Yo te guiaré hasta mí», le había dicho Nébula. Una vez que

el taxista se marchó, caminó hasta una casa aparentemente normal. No había adornos ostentosos ni tétricos, ni nada especial que pudiera hacer pensar que allí podría refugiarse un no-muerto.

Llamó al timbre y fue recibida por una mujer de hipnótica mirada y de rara belleza, aunque de aspecto bastante normal. «Desde luego, no parece salida de ultratumba», pensó Violeta desconcertada. La idea que se había forjado acerca de los vampiros era totalmente diferente. Gracias a su empleo en el videoclub había visto infinidad de películas en las que los no-muertos eran presentados como seres siniestros y despiadados. Y aquella mujer no parecía ni lo uno ni lo otro. Tampoco era demasiado corpulenta. Al menos, no lo suficiente como para, llegado el caso, ser capaz de reducirla físicamente.

Sin embargo, ahí estaba, frente a la puerta de su casa. Sin mover siquiera un dedo había logrado que Violeta tomara un tren dejando atrás su antigua vida.

--¿Eres Nébulas?

--Adelante, Darky. Te estaba esperando.

«Habla con mucha seguridad. ¿Seré tan previsible que no ha dudado ni por un minuto que acabaría viniendo?», pensó Violeta.

--Por supuesto. Sabes que tu sitio está aquí, conmigo.

Violeta empalideció. ¿Era capaz de leer sus pensamientos?

--No me subestimes, querida --fue su respuesta.

La casa en sí parecía más normal que la propia habitación de Violeta, de la que tanto se había quejado su madre. No había velas negras, ni cruces invertidas, ni ataúdes, ni nada extraordinario que pudiese levantar sospechas acerca de las oscuras actividades que se desarrollaban allí.

La hizo pasar a una sala donde pudo observarla con más detenimiento. Tenía el cabello negro como el azabache. Era largo, sedoso y liso. Su piel era pálida o acaso se había maquillado el cutis con polvos de arroz. Sus ojos eran llamativos, de color verde intenso. Había algo inquietante en ellos. Poseían una expresión extraña, como si su dueña estuviera de vuelta de muchas cosas. Medía cerca de un metro setenta y era extremadamente delgada, lánguida y delicada. Si alguien le hubiera preguntado por su edad, no habría sabido qué responder.

--¿Qué tal el viaje?

--¡Un coñazo! Viajar sola es lo peor, Nébula.

--No me llames así. Puedes llamarme Ana.

--Yo prefiero que me sigas llamando Darky. Violeta no me gusta.

La joven estaba muerta de miedo. Mientras su anfitriona estaba cómodamente sentada, la joven permanecía de pie en un rincón de la habitación. Su mirada le producía escalofríos. Sentía que la estaba escudriñando. Tenía la sensación de que detrás de aquella apariencia de fragilidad se escondía un ser poderoso e implacable. Jamás debió pisar aquella casa, y ahora se encontraba dentro de la boca del lobo.

--Acércate, Darky. No tengas miedo de mí --susurró.

Quiso negarse, pero no supo cómo. Se sentía fascinada.

--Vamos, ven aquí. Te aseguro que no te arrepentirás.

--¿Qué vas a hacerme? ¿Vas a... matarme?

Ella, que tantas veces había soñado con la muerte, estaba ahora cara a cara con ésta. Y, aunque nunca lo habría imaginado, sentía miedo.

--No, tranquila. Voy a ofrecerte algo que muchos mortales ansian conseguir.

No te resistas. Será mejor para ti.

Sus palabras sonaban suaves y melódicas. ¿Pero qué es lo que pretendía?

Violeta obedeció. No había escapatoria posible. Esa mujer ejercía sobre ella un influjo que no concedía tregua.

Ana permanecía sentada en un sofá azul. Junto a él había una mesa baja en la que reposaba una caja de madera de unos treinta centímetros. Violeta observó cómo abría la caja y extraía una afilada daga. Incapaz de tomar el control de sus piernas, se acercó hasta situarse frente a una mujer a la que momentos antes había subestimado.

--Agáchate.

No era necesario gritar. Se encontraba bajo su yugo. Incondicionalmente.

Después observó cómo Ana aproximaba la daga a su dedo meñique y se infligía un pequeño corte.

--Bebe --ordenó acercando el dedo a la boca de Violeta.

«¿Qué hago? ¿Bebo o no bebo? ¿Y por qué coño me siento tan fascinada?», se preguntaba. Violeta sabía que los ambientes góticos eran de por sí un poco «bisexuales», pero ella no se consideraba ambigua en absoluto. Más de una vez se le habían insinuado chicas góticas. Aquello era lógico dentro de su submundo, pero Violeta nunca había sentido atracción sexual alguna por una mujer. Era parte del juego, de los roles que adoptaban los góticos de cara al exterior. De puertas adentro era diferente. La explicación era bien simple: algunos góticos muy metidos en su papel apreciaban la bisexualidad por considerarla un componente más de la estética pseudovampírica. Para ellos estaba bien vista porque cuando un vampiro atacaba a sus víctimas no tenía en cuenta si eran hombres o mujeres, ya que lo que de verdad le interesaba era su sangre.

Sin embargo, no parecía que Ana pretendiera chupar su preciado fluido; era

más bien ella quien le ofrecía el suyo propio.

«¿Por qué hace esto? ¿Qué es lo que busca de mí? ¿Sentirá la misma atracción que siento yo?», se preguntaba la joven. Todo lo relativo a Ana le resultaba un completo enigma, pero ya no había escapatoria, no se veía con fuerzas para luchar contra sus deseos.

Violeta obedeció. Chupó la sangre que manaba del corte, primero, con timidez; después, con tanta ansia que Ana se vio obligada a retirar el dedo con brusquedad.

--¡Basta! ¡Es suficiente!

La joven se sintió decepcionada. Le había entregado una golosina para después arrebatársela sin piedad. Desde luego, no era la primera vez que Violeta probaba el líquido rojo. Siempre que se cortaba por accidente, por ejemplo, al pasar las afiladas hojas de un libro, se llevaba por instinto el dedo a la boca. Así es como había descubierto su sabor metálico y único. Incluso, a veces, se había cortado en secreto sólo con objeto de poder sentir ese extraño gusto en su boca. Pero la sangre de Ana no era como la suya. Su sabor era mucho más excitante. Probarla constituyó una experiencia única que ansiaba ver repetida cuanto antes.

--Ahora nos une un vínculo de sangre --le dijo su anfitriona--. Al probar el «maná eterno» que corre por mis venas ya no existirá nada más en este mundo capaz de saciar tu sed. Me servirás sobre todas las cosas y me adorarás por encima de tu vida porque sabes que sólo yo puedo proporcionártelo.

--Sí --repuso Violeta como un autómatas--. Haré todo cuanto me ordenes.

De modo que Felisa no había sido la única. Desde que Patro le hiciera

partícipe de aquellos macabros crímenes, Analisa se sumió en la incertidumbre y el desconcierto. Se le hacía imposible creer que en aquella región se ocultaba un despiadado asesino capaz de acabar con la vida de varias jovencitas saliendo indemne de sus execrables actos. Pero los hechos eran los hechos. Y ella misma había visto el cuerpo sin vida de una de aquellas desgraciadas mujeres.

El miedo de Patro era real y palpable. La doncella estaba aterrorizada. Incluso se había planteado la posibilidad de dejar de trabajar en casa de Emersinda. Su esposo no siempre podía venir a buscarla y a veces se veía obligada a regresar a pie, sola, por aquellos caminos. A fin de cuentas, el cadáver de Felisa había aparecido muy cerca de la casa de su tía. Sin embargo, había desechado esa posibilidad porque necesitaba el empleo para mantener a su hija, una pequeña de seis años.

¿Y el lobo que había visto Analisa con sus propios ojos? ¿Era real o sólo producto de su imaginación? ¿Lo soñó? Imposible. ¿Pero por dónde accedió a la casa si estaba todo cerrado? Ella misma comprobó puertas y ventanas al día siguiente de su aparición. Si el animal había podido entrar, quizá también podría hacerlo el asesino.

¿Tenía que dar cuenta de lo sucedido a su tía o debía callar?, se preguntaba Analisa. Hacerlo podría suponer un duro revés para su ya de por sí maltrecha salud. Sin embargo, no ponerla sobre aviso era exponerla al peligro. Concluyó que tenía que hablar con ella y contarle lo ocurrido, aunque sólo fuera en parte.

Con esta idea en la cabeza se dirigió a su habitación. Sin embargo, hubo algo que la hizo desistir. En un rincón se fijó en unos zapatos. Eran de su tía; se los había visto puestos en varias ocasiones.

Emersinda se dio cuenta de que algo la preocupaba. Su sobrina estaba pensativa.

--Querida, ¿ocurre algo?

--Estos zapatos son tuyos, ¿verdad?

--Sí. ¿Por qué lo preguntas?

Analisa permaneció en silencio. Puede que se estuviera volviendo loca, pero estaban manchados de barro. ¿Cómo era posible? Su tía no salía de casa y aunque lo hubiera hecho, no podía caminar. Entonces, ¿por qué estaban sucios?

--Estos zapatos están manchados de barro.

--¡Qué extraño! No tengo la menor idea de a qué puede deberse. Bien sabe Dios que me encantaría poder meterme en barrizales e incluso brincar sobre ellos, pero, como bien sabes, en mi estado eso resulta del todo imposible.

Si no había sido ella, ¿quién había recorrido el pasillo aquella noche?

--Alguna explicación tiene que haber --dijo Analisa empezando a inquietarse.

--La única que se me ocurre es que Patro los haya tomado prestados, sin mi permiso, claro. ¿Sabes?, hace tiempo que desconfío de esa mujer. Me resulta muy descarada. Pero, en los tiempos que corren, encontrar doncella no es nada fácil. Y no puedo valerme por mí misma.

Analisa sintió ganas de contarle lo ocurrido con sus anteriores doncellas. Sin embargo, se contuvo.

--¿Ibas a decir algo, querida?

--¿Por qué no te fías de Patro?

--Una mujer mayor y enferma, como yo, dispone de mucho tiempo para pensar, pero sobre todo para observar --dijo bajando el tono--. Uno de los motivos por los que quise que vinieras a esta casa es porque no me ofrece confianza. Es muy ambiciosa y yo... yo estoy desvalida.

--¿Qué quieres decir?

--Temo que quiera apoderarse de mi fortuna, que, a fin de cuentas, será tuya algún día. Hay detalles que me inquietan.

--¿Qué detalles, tía? No me dejes así.

--Cosas que no he querido referirte para no asustarte. Bastante tienes ya con cuidar de mí.

«¿Por qué susurra si estamos solas? Patro se ha marchado hace varias horas. ¿Se encuentra tan amedrentada como para no hablar de un asunto tan delicado en alto?», se preguntó.

--¡Por favor! --suplicó Analisa--. Si ocurre algo malo es preciso que lo sepa.

--Son muchas cosas. Al principio no les di importancia, pero varias noches he oído pasos en la casa y, desde luego, no eras tú. Te llamé repetidas veces y no contestaste. Además --apostilló--, se escuchaban antes de que tú vinieras a hacerme compañía.

--¡Yo también los he escuchado! No quise decirte nada para no preocuparte.

--¿Ves? --dijo abriendo mucho los ojos--. Empezaba a pensar que estaba perdiendo el juicio. La única persona, además de nosotras, que tiene llave de esta casa es ella.

Analisa se sentía aturdida. Patro tenía sus manías, pero siempre le había parecido buena persona.

--Pero hablé con ella de esto y me lo negó. La presioné bastante y, la verdad, me pareció que no mentía.

--¡Porque es una especialista en eso! Lo manipula todo. Si le preguntas por mis zapatos, también lo negará. ¿Y quién si no los ha usado sin mi

consentimiento?

--Pero ella no calza tu pie. Además, me he fijado en que siempre lleva zapatos planos.

--Es que yo creo que lo hace para fastidiarme más que por necesidad. No sé si sabes que su esposo es zapatero. ¿Para qué iba ella a querer mis zapatos si no es para asustarme?

--¿Le pregunto a ver qué dice esta vez?

--Hazlo si quieres. Verás cómo intenta manipular la situación en su favor.

Hizo una pausa para llevarse la mano al pecho. Parecía agotada.

--Acércame el láudano. Me siento terriblemente fatigada.

Analisa obedeció.

--Tía, debes descansar. Ya hablaremos de esto en otro momento --expuso tendiéndole la botellita.

--No, no. Hay algo más que debes saber. A veces he temido por mi vida. Como bien sabes, mi fortuna es un dulce que muchos quisieran comer. Y tú, sin imaginarlo, representas una amenaza, porque ella sabe que es mi intención dejártelo todo. Estoy segura de que en el fondo me detesta.

--¿Quieres que le diga que no vuelva por aquí?

--No. Ni se te ocurra. Eso sólo empeoraría las cosas. Si sabe que desconfiamos de ella hasta ese punto, quién sabe cómo reaccionará. No olvides que conoce esta casa al dedillo y que sabe que estamos solas. Por favor, ten mucho cuidado y, sobre todo, no te fíes de ella. Esa mujer me produce escalofríos.

Al día siguiente, aunque bastante acongojada por todo cuanto le había referido Emersinda, Analisa se armó de valor y se atrevió a preguntar a la doncella.

La encontró en la cocina limpiando los cristales. Cuando la vio aparecer con los zapatos en la mano, dejó lo que hacía y fue a cogerlos.

--Señorita, ¿quiere que se los limpie? --preguntó con una mueca de fastidio.

--No son míos. Son de mi tía. Como sabe, ella no puede caminar. Quisiera que me explicara por qué están cubiertos de barro.

OceanofPDF.com

--¿Y cómo quiere que lo sepa?

--La señora no puede andar y yo no me los he puesto. ¿No los habrá cogido usted?

--¡Por supuesto que no! Señorita, ni siquiera calzo su pie. Como puede comprobar --dijo señalando sus zapatos-- los míos son mucho más pequeños. Además, no me gustan los zapatos altos, me resultan incómodos para faenar --dijo con tono ofendido.

Analisa dudó. Pero ¿qué otra explicación lógica cabía?

--¿Y qué sugiere usted que ha pasado? ¿Se habrán manchado ellos solos?

--No tengo la menor idea. ¿Le ha preguntado a la señora? Quizá ella sepa algo al respecto.

--Da la casualidad de que sí se lo he preguntado. Y, claro está, ella no lo sabe. Es absurdo sólo pensarlo.

Patro no parecía muy sorprendida por aquellas acusaciones. Se limitó a cepillar los zapatos. Quizá determinó que una nueva discusión no la favorecería en absoluto.

--¡Pero diga algo! ¡No se quede callada! Algo tendrá que responder, digo yo.

--Tendría muchas cosas que decir, señorita. Pero en boca cerrada no entran moscas.

--¡Ya estamos! --dijo Analisa alzando la voz por primera vez--. Tiene el don de sacarme de quicio. Si tiene algo que contar, hágalo de una vez, pero no lance insinuaciones sibilinas sin ofrecer explicaciones.

--No son insinuaciones sibi... lo que sea --dijo en un susurro--. No creo que deba decir nada porque usted no va a creerme.

Parecía más asustada que enfadada.

--Por favor, Patro --dijo la joven recuperando la compostura--, diga lo que sea. ¿No se da cuenta de que su silencio empeora las cosas? Bastante intranquila me encuentro ya por todo lo que me contó sobre las doncellas.

--Es que todo puede estar relacionado, señorita. No se crea, también yo estoy muerta de miedo.

--¿Qué quiere decir?

--¿No le parece raro que todas las difuntas trabajaran aquí?

--Parece evidente que el asesino es alguien que merodea por esta zona. Tal vez las seguía cuando volvían al pueblo al acabar su jornada.

--¡Ay, Virgen santa! ¡Qué miedo tengo, señorita! Yo no quiero decir nada, pero ¿por qué no me hace caso y se vuelve para la capital? ¿Es que no ve usted que aquí está pasando algo muy extraño?

--¿Qué trata de insinuar?

--Nada, ¡válgame Dios!

--Sí lo hace, pero no habla claro y no entiendo por qué.

--Usted váyase... mientras pueda. Es todo cuanto se me ocurre.

--¿Por qué tiene tanto interés en que me marche?

--¡Madre del amor hermoso! Yo no tengo interés alguno. Sólo se lo digo por su bien. Le repito que el Maligno anda suelto.

«¡Cuánta razón tenía tía Emersinda! ¡Esta mujer es una enredadora! Mejor me callo. Es conveniente obrar con cautela. Tal vez esté compinchada con alguien del pueblo», pensó la joven.

--¿Lo harás, verdad? --preguntó Alejo.

--No sé, cariño. No me parece una buena idea --contestó Silvia.

Alejo cogió sus manos, se las aproximó a la mejilla y las acarició con suavidad.

--Por favor, habla con él. Estoy seguro de que si tú se lo pides, accederá.

--No le caíste muy bien. Además, lo que mis padres quieren es que se centre y se olvide de ese mundo siniestro en el que vive.

--¿Y tú crees que lo hará sólo porque le han cortado el grifo? Yo diría que no. Cuanto más le presionéis, peor. Al menos, estando conmigo podré controlarlo.

Silvia se tomó su tiempo antes de contestar.

--Hay cosas que no sabes. No te he contado todos los detalles y no me hace ninguna gracia que, mientras tú juegas a «Bram Stoker», su obsesión pueda verse alimentada.

--¿Qué cosas?

Silvia le refirió el escabroso asunto de la profanación de tumbas en el cementerio de la Almudena.

--¿Ves? Si esa noche hubiera estado conmigo, seguro que no se habría atrevido a tanto. No le habría dejado saltar la tapia.

--Le caíste como el culo. No va a querer ayudarte en tu novela y mucho menos te permitirá que te conviertas en su «niñera».

Alejo la besó en los labios. Fue un beso tierno aunque fugaz.

--Sé que no empezamos con buen pie, pero tú déjalo de mi cuenta. Estoy seguro de que en el fondo es un pedazo de pan, como tú.

Alejo se abstuvo de decirle que en realidad le parecía un *freakie*.

--Déjame pensarlo. Es todo cuanto puedo decirte ahora. Además, ¿por qué no te centras en tu libro de cocina? ¿Por qué página vas ya?

Todos los días le hacía la misma pregunta y él aún no había comenzado a escribir. Se sentía desmotivado. Además, el escritor creía que la calidad de un libro no se medía por el número de páginas que tenía. Pero Alejo ya sabía que era inútil explicarle esto a Silvia. Estaba empeñada en que un libro de esas características era lo que él necesitaba.

--Sabes que eso no es lo mío. Estoy harto de encargos. Por favor --suplicó Alejo--, no me quites la posibilidad de escribir sobre algo realmente interesante.

Cuando ponía esa cara de cordero degollado, era incapaz de negarle algo.

--Lo pensaré --concluyó.

Tras la discusión con el novio de su hermana, Darío Salvatierra agarró su costosa levita y se fue a la Gran Vía a ver una película sobre vampiros que acababan de estrenar. Había dicho que iba a buscar trabajo sólo para no preocupar a Silvia. Lo único que le faltaba era que también ella lo echara de su casa. «Menudo gilipollas el tal Alejo. No sé cómo puede salir con ese listillo», pensó.

Con el poco dinero que le quedaba compró una bolsa de palomitas y miró la película sin apenas pestañear. En el cine, la gente gritaba; él se reía y a ratos se enfurecía por lo mal ambientado que estaba el filme. Después, se dirigió a la tienda de tatuajes de un conocido. Lo encontró tatuando una gran cobra en el hombro de un chico.

--¿Tú sabes dibujar? --le preguntó el tatuador.

--Pues no, pero puedo aprender.

--El negocio está fatal y sólo necesito un novato para acabar de cagarla. Aquí hay mucho follón, Darío, y no puedo dedicarme a enseñar a un principiante. Lo siento.

--Aprendo rápido.

--En este mundillo no se pueden cometer errores. Hay que tener buen pulso y oficio; si no, la clientela se larga a la competencia. No sé, tío, lo más que puedo hacer es darte la dirección de un colega que tiene una tienda de ropa gótica. Igual ahí te dan curro.

«Otra negativa y sin un duro en el bolsillo», pensó. Darío se lamentó de haberse gastado sus últimos euros en el cine. Ahora no le quedaría más remedio que pedirle un préstamo a su hermana.

Entre unas cosas y otras, regresó a casa pasadas las doce. Entró de puntillas, procurando no hacer ruido, y se acurrucó en el sofá-cama que había en el comedor. Aquella noche le dio por pensar. Se dijo que su hermana sí había sabido cómo conducir su vida. Tras terminar la carrera de Derecho, se colocó en el bufete de un amigo de su padre y no le iba nada mal. Su progenitor la había apoyado en todo cuanto había emprendido. A veces, Darío sentía celos porque creía que Silvia era su ojito derecho.

«¿Y yo? ¿Qué tengo yo?», se preguntó. Nunca consiguió terminar sus estudios de antropología y jamás se había sentido respaldado por su familia. La única que le hacía algo de caso era Silvia. Era una pija recalcitrante, sí, pero él la adoraba. Siempre lo había protegido y cuidado como si fuese su hijo en vez de su hermano. «Y ahora --pensó-- la puedo meter en un buen lío si papá y mamá se enteran de que estoy viviendo aquí.»

A la mañana siguiente se levantó temprano. Dormía mal desde que tuvo el encuentro con el «ser de los ojos rojos». Silvia ya se había ido a trabajar. El café estaba hecho; sólo tuvo que calentarlo en el microondas. Se preparó un

par de tostadas con mantequilla y mermelada. Después, se dio una ducha y se dirigió a pie a Darkgotic, la tienda de la que le había hablado el tatuador. Al salir, el portero del bloque le echó una mirada de desprecio. ¿O acaso era de temor?

Cuando llegó, la tienda aún estaba cerrada, por lo que tuvo que hacer tiempo en la calle. Un nutrido grupo de los negocios que configuraban el submundo gótico seguían las pautas de comportamiento de sus clientes. ¿Para qué abrir a las diez si éstos no se iban a presentar antes de las doce? Por su manera de ver la vida, muchos góticos terminaban buscando ocupaciones nocturnas.

No era la primera vez que Darío pisaba aquella tienda. Había estado allí varias veces, aunque siempre como cliente. No había demasiados lugares a los que dirigirse para comprar ropa gótica. La mayoría se hacía por encargo. El usuario les explicaba con exactitud qué deseaba y ellos --por un precio nada asequible-- se dedicaban a transformar su fantasía en realidad. Darío se sentía bien en ese tipo de locales, ya que nadie le miraba como lo había hecho el portero aquella mañana.

--Vengo de parte de Bloodfinger. Estoy buscando trabajo.

--¿Sabes de corte y confección? --preguntó el encargado.

--No, pero puedo atender a la clientela. Sé bien qué tipo de cosas buscan.

--Es que no nos hace falta un dependiente. Lo siento. La mayoría de la ropa se hace por encargo. Si supieras corte y confección quizá tendríamos trabajo para ti. La confección de este tipo de ropa es laboriosa y lleva su tiempo. Pero, bueno, eso tú ya lo sabes --dijo señalando su levita.

Al salir, preguntó el precio de un crucifijo de plata labrada que había en el escaparate. Costaba sesenta euros. Demasiado caro. No podía permitírselo. Los buenos tiempos se habían acabado.

A la hora de comer se compró un perrito caliente. Lo devoró con avidez y se dirigió caminando hacia el cementerio de la Almudena. Quería ver a

Raúl, su amigo del alma. Llevaba varios años enterrado en aquel lugar. A pesar de la considerable extensión del recinto, Darío sabía bien dónde se encontraba el nicho de su amigo. No había vuelto a verlo desde que ocurrió el incidente judicial. Se había mantenido alejado del cementerio para evitar problemas.

Pero hoy, más que nunca, necesitaba su compañía. Se sentía desamparado. La versión oficial sostenía que Raúl se había suicidado, pero lo cierto es que nadie encontró motivos que justificaran su decisión. Darío estaba convencido de que en realidad se había quitado la vida porque no supo controlar su miedo. Estaban juntos la noche en la que vieron al «ser de los ojos rojos». Darío consiguió salir adelante, pero Raúl era más débil y se quedó en el camino.

Habían ido a la fiesta de cumpleaños de un compañero de clase. Pasadas las once, como ambos vivían cerca, decidieron regresar juntos. De la oscuridad surgió de repente una sombra alta, una figura misteriosa que empezó a seguirlos. Conscientes de la situación, los adolescentes apretaron el paso hasta que pudieron dar esquinazo al extraño ser, que caminaba con paso suave y sigiloso. Se ocultaron en un soportal y observaron cómo esa cosa pasaba de largo sin llegar a advertir que estaban escondidos.

Estaban muertos de miedo y contenían sus respiraciones entrecortadas para evitar que los jadeos pudieran delatarles. Al cruzar por delante de su posición, se fijaron en sus ojos. ¡Eran rojos como carbones ardientes! Aquella no era una persona, ¡tenía el rostro desdibujado! No fueron capaces de distinguir sus facciones, sólo sus ojos malignos, que ya nunca podrían olvidar. Permanecieron escondidos un buen rato. Temían que si abandonaban su escondite aquel ser podría atraparlos. Sólo cuando se sintieron un poco más seguros salieron corriendo despavoridos, cada uno hacia su casa.

Ésa fue la última vez que Darío vio con vida a su amigo. Al día siguiente se enteró de que Raúl se había quitado la vida. Nadie se explicó jamás por qué lo hizo y el joven no se atrevió a decir nada. Aún se sentía demasiado

impactado por lo ocurrido. Con el tiempo quiso hablar, pero pensó que nadie iba a creerle, así que guardó en secreto su terrorífica vivencia.

Darío se agachó. El nicho de Raúl se encontraba en la parte baja del mural. Acarició la foto de su amigo; estaba deteriorada por las inclemencias del tiempo.

--¿Cómo estás, Raúl?

No hubo respuesta.

Permaneció en el camposanto hasta que anocheció hablándole, contándole chistes y explicándole todo cuanto le había sucedido desde la última vez que fue a verle. A pesar de las circunstancias, era su mejor amigo y siempre estarían juntos.

12

Analisa estaba convencida de que Patro ocultaba algo aunque no sabría determinar qué era. Tal vez su tía estaba en lo cierto con respecto a ella. «¡Pobre Emersinda! ¡Cuánto miedo debió de pasar! Inválida, aislada y a merced de una mujer cuyas intenciones no están claras», pensó la joven.

Lo que más le había sorprendido de la doncella era su capacidad para inventar patrañas. Parecía tratarse de una embustera que quizá llegaba a creerse sus propias mentiras. Su capacidad de engaño era sólo equiparable a su ambición. Si todo cuanto le había referido eran elaboradas estratagemas, ¿le habría mentido también con respecto a la extraña muerte de las anteriores doncellas? Tal vez, excepto Felisa --cuyo cadáver había podido contemplar con sus propios ojos--, las otras estaban vivas y a salvo en sus casas. Ojalá fuese así.

Sin embargo, las lágrimas y los temores de Patro parecían tan auténticos que Analisa aún albergaba dudas que no se atrevía a formular en voz alta y

que no le permitían serenar su espíritu. En esa historia había algo que no terminaba de encajarle.

La situación era insostenible. Tenía que salir de dudas. No era posible mantener a una persona trabajando en casa si no confiaba en ella. Así pues, la joven decidió indagar por su cuenta. Hasta ahora sólo había recibido informaciones parciales, sesgadas. Lo que precisaba era la opinión de alguien objetivo.

El único lugar donde podría hallar respuestas era el pueblo. En consecuencia, planeó un viaje a escondidas de su tía y de Patro, aunque Analisa tuvo que pedirle a Patro que avisara a Pedro, el cochero con el que había viajado desde Madrid, se cuidó mucho de exponer los motivos reales de su salida.

Aprovechó para ir por la mañana, cuando la doncella se encontraba inmersa en las labores domésticas en casa de su tía. No quería dejar a Emersinda sola, así que se propuso no pasar fuera demasiado tiempo. De este modo evitaría que Patro tramara alguna artimaña a sus espaldas.

Analisa pidió al cochero que la condujera hasta la iglesia de Santa María de la Asunción. Era un edificio frío y lóbrego, de estilo gótico-mudejar, construido entre los siglos XV y XVI. Allí se encontró con don Pascual, el párroco, un hombre de edad avanzada, desdentado y calvo. Tras saber quién era, el religioso dejó sus ocupaciones a un lado y se dispuso a atenderla.

--Padre, ¿conoce usted a Patrocinio, la esposa del zapatero?

--Claro que sí, hija. Éste es un pueblo pequeño.

--No sé si sabe que ella sirve en casa de mi tía.

--Lo sé, lo sé. Aquí nos conocemos todos y precisamente, Patro es una de mis feligresas más piadosas y devotas. No se pierde un oficio aunque caigan chuzos de punta.

Analisa esbozó una mueca de extrañeza, pero pensó que aquello no significaba nada. Algunos grandes devotos habían resultado ser a la postre grandes hipócritas.

--Padre, confidencialmente, ¿qué opinión le merece esta mujer?

--¿Qué quiere que piense? Es una feligresa temerosa del Señor, una madre estupenda y, por lo que tengo entendido, una amantísima esposa.

Su asombro iba en aumento: aquello no encajaba en absoluto con las acusaciones de su tía. Parecía evidente que alguien mentía, pero... ¿quién?

--Eso me pareció a mí también, pero...

--¿Pero qué, señorita Analisa?

--¿Puedo hablarle con franqueza sabiendo que cuento con su discreción?

--Puede y debe --repuso el religioso--. Todo cuando le ocurre a mi rebaño es de mi incumbencia.

--Han pasado algunas cosas extrañas que no sé bien cómo debo interpretar y necesito saber si Patro es una persona de fiar.

--De mi absoluta confianza. A veces, sólo por su afán de ayudar, me prepara comida caliente y pan. Es más, en cierta ocasión me encontré postrado en cama, incapaz de valirme por mí mismo, y ella, bendita mujer, me atendió como si fuera su propio padre.

--¿No es ambiciosa y embustera?

--¡Por Dios santo! Esa mujer es incapaz de lanzar un embuste aunque le vaya la vida en ello --apostilló--, y mucho menos de conocer el significado de la palabra ambición. ¿Pero por qué tiene usted tan mal concepto de esa cándida mujer? --preguntó frunciendo el ceño--. Es cierto, y seguro que no le descubro nada nuevo, que es más bruta que un arado. Eso no voy a

discutírselo. Sin embargo, no la creo capaz de esconder ni un solo pensamiento impuro.

--Apenas la conozco. Sólo intento esclarecer algunas cosas y ya veo que usted tiene muy buen concepto de ella.

--Lo tengo, es cierto. No puedo más que dedicar palabras amables y caritativas a tan noble alma.

--Una cosa más, padre...

--Pregunte, pregunte sin miedo. Es preferible preguntar que acusar sin fundamento.

--¿Sabe qué les ocurrió a las anteriores chicas que trabajaron para mi tía? Tengo entendido que murieron en extrañas circunstancias.

--¡Ay, sí! Fueron hechos muy luctuosos y desagradables. No quiera usted estar al tanto de eso. ¡Es mejor ni mentarlo! --exclamó haciendo grandes aspavientos.

--Si no le importa, cuénteme lo que sepa sobre ese asunto.

--¿Qué quiere que le cuente? Las asesinaron. Eso es todo --dijo el párroco persignándose--. Joven, créame: habita un alma maligna por estos contornos, un secuaz del diablo capaz de absorber la sangre a los mortales con tal de consagrarse a la vida eterna que le ofrece el Innombrable.

De modo que Patro no mentía. Analisa sintió cómo se le hacía un nudo en la garganta. Era como si la sangre hubiese dejado de fluir por sus venas. No le quedó más remedio que apoyarse en uno de los fríos bancos de la iglesia.

Don Pascual advirtió su turbación.

--¿Se encuentra bien? ¡Por el amor de Dios, siéntese si advierte que va a desplomarse!

Analisa obedeció. Notó que las fuerzas la abandonaban.

--¿Qué tiene? ¿Qué mal la aqueja?

La joven no contestó. Oía la voz de don Pascual en la lejanía, como si le hablara desde el pulpito. Luego todo fue oscuridad; se había desvanecido.

El párroco se dirigió a la pila, extrajo un pañuelo de su sotana, se santiguó y lo empapó con agua bendita. Después, se lo aplicó en la frente y en la nuca. La joven estaba tan blanca como una plancha de mármol.

--¿Se encuentra mejor?

--Sí --balbuceó la joven volviendo en sí--. Ya me encuentro bien.

--No tiene buena cara. Está muy pálida.

--Ha debido de ser la presión del corsé.

--¿Y qué son esas marcas que he observado en su cuello? --inquirió el párroco horrorizado.

--¿A qué marcas se refiere?

--¡A éstas! --dijo al tiempo que las tocaba con la punta del dedo índice--. ¿Le duelen?

Analisa negó con la cabeza.

Había mentido a un ministro del Señor. Y lo peor es que no sabía qué le había impulsado a hacerlo. Tenía aquellas heridas desde hacía un par de días y desconocía qué las había originado. Además, se encontraba débil, cansada e inquieta.

--¿Seguro? Parecen muy profundas. ¿Ha sangrado?

--No, que yo sepa. Debe de haber sido algún mosquito.

--Lo dudo. Son demasiado penetrantes. Debe verla un médico de inmediato --advirtió don Pascual alarmado--. ¿Por qué no me acompaña a casa del boticario? Él sabrá cómo proceder.

De nuevo una fuerza misteriosa se adueñó de ella impeliéndola a mentir.

--¡No! ¡Imposible! Debo regresar junto a mi tía. Me está esperando para almorzar.

Por supuesto que Emersinda no estaba esperándola para comer. ¡Nunca comían juntas!

--Pero sólo será un momento. Vive muy cerca.

--No insista, padre. Se lo agradezco de todo corazón, pero tengo que marcharme. Mi tía, mi tía... me necesita.

13

Violeta levantó la trampilla con sigilo. Se cuestionaba si debía o no descender por ella. La había descubierto por pura casualidad, cuando tropezó con la alfombrilla que la cubría. Nunca había visto algo semejante en la casa de nadie, aunque, debido a su carácter solitario, tampoco había frecuentado demasiadas casas que no fueran la de su madre.

Abajo todo era oscuridad.

«¿Qué habrá ahí?», se preguntó.

Desde que Ana le diera a beber la sangre de su dedo, algo en la actitud de Violeta se había modificado. Ansiaba el momento en que aquella desconocida volviera a suministrarle otro trago de vida. Sólo fueron dos o tres gotas, pero habían bastado para proporcionarle un cúmulo de emociones tan excitantes que no era capaz de concebir una experiencia más

sublime que aquélla. Ana ejercía sobre la joven una fascinación sin parangón en su corta existencia.

Cuando cayó la noche, la no-muerta se marchó sin darle ninguna explicación y Violeta se sintió un poco ofendida. «¿Significa su silencio que no confía en mí?» Ana no le había prohibido salir de la casa y, aunque la lógica le dictaba que debía huir mientras pudiera hacerlo, era incapaz de abrir la puerta que la separaba de la libertad. De haberlo intentado, quizá habría descubierto que se hallaba cerrada con llave. Se limitó a deshacer su mochila y a colocar sus cosas en la habitación de los invitados. Se sentía intranquila, pero se quedó dormida con más facilidad de la que esperaba. Pasadas las cuatro de la madrugada oyó pasos. Ana había regresado. Violeta no se atrevió a moverse. Temía que pudiera molestarla sentir vulnerada su intimidad, así que permaneció callada hasta que de nuevo se hizo el silencio.

A la mañana siguiente descubrió que aquella misteriosa mujer dormía en una habitación protegida por una puerta especial que sólo podía ser franqueada introduciendo una clave numérica, lo cual hacía imposible acceder allí.

Violeta notó un gusanillo en el estómago; tenía hambre. No había ingerido ningún alimento desde que pisara esa casa, por lo que se dirigió a la cocina en busca de algo que llevarse a la boca. Pero descubrió que no había nada comestible. Los armarios estaban vacíos y la nevera parecía un elemento decorativo. No había nada dentro.

No sabía cómo actuar. ¿Debía salir a comprar algo de comida o tan sólo limitarse a esperar instrucciones de su anfitriona? Decidió aguardar a que se levantara. Estuvo viendo la televisión buena parte de la mañana hasta que se cansó de no hacer nada. Estaba muy aburrida. Entonces fue cuando se puso a deambular por la casa. Junto a la cadena de música observó, entre otros muchos CD, un buen número de discos de música clásica. Puso uno al azar y se dejó envolver por su suave melodía. Después, se dedicó a examinar el resto de las habitaciones. Todo parecía normal, aunque para su gusto, quizá era un poco frío e impersonal.

Mientras caminaba por uno de los pasillos se tropezó con una alfombrilla. Entonces fue cuando se percató de que había quedado al descubierto una trampilla secreta. Sintió curiosidad y acabó por sucumbir a la tentación. Aquella trampilla debía de conducir a algún sitio interesante. De otro modo, no estaría oculta.

Acertó a pulsar a tientas el interruptor de la luz.

En el sótano se ocultaba una habitación carente de toda decoración. Parecía más bien un almacén. «¿Pero un almacén de qué?», se preguntó Violeta.

Lo supo muy pronto. La habitación estaba llena de modernos congeladores. Había espacio suficiente para conservar cientos de saquitos de pescado. Sin embargo, al abrir uno de los asépticos electrodomésticos descubrió que no había ni pescado, ni croquetas, ni hielo... ¡sólo sangre!

Contempló el «botín» que ocultaba su anfitriona primero con estupefacción y después con interés. La sangre de Ana poseía un poder adictivo. «¿Será este líquido igual de mágico y delicioso que el que probé ayer?», pensó.

--¿Quién te ha dado permiso para bajar aquí? --preguntó una voz a sus espaldas.

Violeta se giró asustada. Ana estaba de pie junto a la trampilla. Ni siquiera la había oído bajar. Estaba descalza y aún llevaba el camisón. Era evidente que acababa de levantarse de un profundo sueño, pero aun así a Violeta se le antojó arrebatadoramente bella.

--Tropecé sin querer con la trampilla. Yo, yo... --titubeó la joven--. Fue sin querer. Me aburría y...

--Está bien, no pasa nada --la interrumpió Ana--. Tarde o temprano ibas a descubrir mi «cámara secreta».

--Lo siento. No pretendía inmiscuirme en tus cosas.

Ana avanzó hacia ella, tomó la bolsa de sangre que Violeta tenía entre sus dedos y la colocó en su lugar como quien atesora una reliquia. Después, cerró el congelador de un golpe brusco y seco. El sonido retumbó por toda la estancia.

Violeta retrocedió acongojada.

--Querida Darky, esto es lo más cerca que estarás de *mi* sangre. No quiero que vuelvas a tocar estos botes salvo que te lo ordene. ¿Está claro?

Su voz sonaba firme, pero suave. El poder de su mirada era hipnótico y su voz... Aquella voz sonaba como un arrullo, como una canción de cuna.

--Sí. No volverá a ocurrir.

--Estarás hambrienta.

--Sí, pero no he encontrado nada comestible en la cocina.

--¿Tanto como para apoderarte de *mi* comida? --preguntó señalando los congeladores.

--No. Jamás haría nada que pudiera perjudicarte --contestó sin saber qué la había impulsado a pronunciar esas palabras. Era como si, en determinados momentos, fuera otra persona la que hablara por su boca.

--Buena chica --dijo dándole una palmadita en la espalda mientras la conducía por las escaleras hacia el piso superior--. No creo que quieras que me enfade. Cuando esto ocurre tengo muy mal carácter. Créeme, no te conviene verme en ese estado. Y ahora te daré algún dinero para que vayas a comprar *tu* comida. Conmigo no te faltará de nada. Considérate mi invitada especial. Y si te portas bien --añadió mirándola fijamente a los ojos--, puede que te ofrezca un poco más de mi propia sangre. Sé que te gustó la experiencia, ¿verdad?

El rostro de Violeta se transformó. La sola posibilidad de recibir unas gotas más de su sangre privilegiada provocó que le diera un vuelco el corazón.

Ana le entregó algún dinero.

--Ve también a comprarte ropa.

--¿Por qué? ¿No te gusta la que llevo?

--Me encanta, Darky, pero no quiero que llames la atención. Debemos pasar desapercibidas. Recuerda que la gente no puede saber quién soy realmente.

--Aunque lo pregonase a los cuatro vientos, nadie me creería.

--Eso es cierto, pero la gente puede imaginarse cosas que en nada nos beneficiarían. ¿Nunca has escuchado el tópico que afirma que la fuerza de los vampiros reside en que nadie cree en su existencia?

--Sí.

--Pues, es una gran verdad, Darky. Y ahora ve a comprar. No me gusta que mis invitados pasen hambre. Después charlaremos. Tengo algunas propuestas para ti.

Violeta salió a la calle. Se sentía pletórica. Por fin había encontrado un sentido a su vida. Para su desgracia, ni siquiera sopesó la posibilidad de escapar.

Aún mareada, Analisa subió precipitadamente al carruaje. Don Pascual la seguía unos pasos por detrás intentando darle alcance.

--¡Señorita, espere! No creo que esté en condiciones de irse.

--Padre, ya le he dicho que me encuentro bien --mintió de nuevo impulsada por aquella misteriosa «voz» que parecía haberse apropiado de su mente.

Don Pascual era un hombre tenaz y tiraba de la portezuela del carruaje para evitar que la cerrara.

--No puede irse sin más. Debemos averiguar qué son esas profundas marcas que tiene en el cuello --explicó intentando convencerla--. Sepa que usted no ha sido la única ni la primera.

Analisa, que tiraba a su vez hacia adentro, aflojó un poco la tensión dejando resbalar el guante que cubría su mano.

--¿Qué quiere decir, padre?

--Para aliviar el alma de los enfermos viajo mucho a otros pueblos de la zona --explicó restregando la manga de la sotana contra su frente. A pesar del frío reinante, don Pascual se sentía asfixiado por la carrera--. Y en mis viajes he visto cosas que no creería.

La joven sintió que se le revolvían las tripas. En el fondo sabía que debía escuchar las palabras del sacerdote. Sin embargo, había algo que le impedía emplear el sentido común. Era como si una fuerza misteriosa se hubiera apoderado de ella obligándola a hacer y a decir cosas que, en el fondo, iban contra su manera de sentir y de pensar.

--Padre, lamento no poder seguir escuchándole. Mi tía está muy enferma y me necesita. Debo irme. Ya hablaremos otro día --dijo Analisa cerrando la portezuela de un golpe seco.

--Quizá no haya otra ocasión.

Pedro, el cochero, no entendía nada. El clero siempre había disfrutado de un gran poder sociopolítico, y jamás había visto a nadie tratar de aquella manera a un ministro del Señor. Así pues, cuando Analisa le dio la orden de azuzar a los caballos no supo a quién obedecer, si a la mujer que le había contratado o al sacerdote.

--¿No me ha oído? --inquirió la joven--. Le he dicho que nos marchamos.

--¡Espere! --gritó don Pascual tocando con los nudillos en el cristal de la ventanilla--. Si no quiere escucharme, al menos tenga esto --dijo sacando algo del bolsillo--. Es usted muy cabezota. Espero que no tenga que arrepentirse de su decisión.

La joven observó el objeto que don Pascual le tendía. Era una fina cadena de la que pendía un crucifijo.

--Está bendecido --explicó el religioso.

Esta vez Analisa fue incapaz de negarse. Abrió la portezuela y tomó la cruz a regañadientes. Después, le dio las gracias con brusquedad y ordenó a Pedro que iniciara la marcha.

De camino a casa de Emersinda, Analisa sopesaba qué iba a decirle a su tía. Era evidente que la había mentido, al menos en lo tocante a Patro. Había algo muy extraño en todo aquel asunto y la joven había empezado a recelar de su pariente. Tal vez Patro tenía razón cuando le dijo que lo mejor era que se marchara de aquella casa. La «voz» interior había desaparecido y de nuevo era capaz de pensar con claridad. Oscuros presagios atenazaban su espíritu. Sentía que algo terrible iba a ocurrir, pero no imaginaba qué. Por puro instinto, asió con fuerza la cruz entre sus manos.

Cuando a lo lejos divisó la casa, ya había tomado una determinación. No había nada más que discutir: al día siguiente regresaría a Madrid. Prepararía su equipaje y descansaría antes de partir. No se encontraba bien: se sentía débil, apática y mareada. Y aquellas marcas de su cuello le dolían a rabiar. Notaba calor en la zona y palpitaciones, como si su corazón se hubiera desplazado hacia el cuello.

Analisa comunicó su decisión a Pedro. Esperaba que éste pudiera llevarla en su carruaje.

El cochero se sentía desconcertado.

--¿Mañana? ¿Un viaje tan largo?

--Sí. A primera hora. Le pagaré generosamente.

--Perdone mi atrevimiento, señorita Analisa, pero antes me ha parecido oírle mencionar que su tía estaba muy enferma y que no podía dejarla sola.

La joven no estaba dispuesta a ofrecer explicaciones.

--¿Puede hacer el viaje o no? Debo saberlo de inmediato. Si usted no está disponible, tendré que buscar a otra persona.

Viendo que se arriesgaba a perder la oportunidad de ganar un dinero, Pedro asintió con la cabeza.

--Bueno, es un poco precipitado, pero hablaré con mi esposa y mañana la recogeré hacia las nueve. Debo dar tiempo a los caballos para que descansen.

--Perfecto. Mañana a las nueve le estaré esperando --dijo bajándose del carruaje.

Con las prisas no advirtió que había olvidado el crucifijo en el asiento. No lo echaría en falta hasta horas después de haberse puesto el sol.

Al entrar en la casa se tropezó con Patro. Estaba a punto de marcharse después de su jornada laboral.

--¡Ah, Patro! Está aquí todavía.

--Sí, pero ya me iba, señorita.

La doncella parecía distante. No era de extrañar, después de las acusaciones que había recibido.

--Si no tiene prisa, me gustaría hablar con usted un momento.

--Claro, señorita. Lo que usted mande.

--Verá, quería decirle que he decidido regresar a Madrid. Y también deseo darle las gracias por todo cuanto ha hecho durante mi estancia en esta casa.

Patro abrió los ojos como platos. Estaba realmente sorprendida. Parecía imposible que la joven hubiera entrado en razón. ¿Qué le habría hecho cambiar de parecer? Sus palabras sonaban como una disculpa, y no era habitual que los señores se excusaran ante los sirvientes.

--No comprendo, señorita. ¿Dice que se marcha?

--Sí. Mañana a primera hora. Pedro vendrá a buscarme. Se lo comento por si quiere aprovechar el viaje para acercarse con él en lugar de venir por su cuenta.

--¿Y su tía? ¿Lo sabe? ¿Piensa llevarla consigo?

La joven no estaba dispuesta a esclarecer los motivos que la habían llevado a adoptar aquella medida. Hacerlo supondría dejar a Emersinda en una posición más que embarazosa. No podía decirle que sospechaba que había algo anormal en su comportamiento.

--No, ella se queda. Su salud es demasiado delicada para realizar un viaje de esta naturaleza.

Patro se dio cuenta de que la joven no iba a darle más explicaciones.

--Bien. Entonces, si lo desea, mañana puedo traer algo de pan y queso para prepararle algo de almuerzo para el trayecto.

--Me parece muy oportuno. Hasta mañana, Patro.

--Hasta mañana, señorita.

Después de que Patro se marchara, Analisa se dirigió hacia su habitación para preparar el equipaje. Al pasar cerca de la alcoba de su tía, a la que creía dormida, oyó cómo la llamaba.

--¡Analisa, Analisa!, ¿puedes venir?

La joven obedeció.

La encontró tendida en la cama acariciando su inseparable camafeo. Jadeaba y parecía tener dificultades para respirar. Al verla en ese lamentable estado le asaltaron los remordimientos. «¿Seré capaz de marcharme dejándola en estas condiciones?», se preguntó. Sentía lástima por ella, pero aun así era incapaz de olvidar todos sus embustes, que casi habían logrado acabar con su cordura. No se fiaba de su tía. Había algo siniestro en aquella mujer. «¿Y si no está tan enferma como sostiene?», pensó con el corazón en un puño.

--Querida, no he podido evitar escuchar que te vas.

Analisa se quedó petrificada. ¿Cómo podía haberla oído si su habitación se encontraba alejada de la cocina? Además, la doncella y ella habían hablado en tono bajo. No sabía qué responder. Pensaba decírselo, pero no había tenido tiempo de planear cómo lo haría. No esperaba tener que darle explicaciones tan pronto.

--Sí. Finalmente he decidido marcharme.

--¿Y cuándo ibas a decírmelo? ¿O quizá no pensabas hacerlo?

Sus ojos echaban fuego, pero su voz sonaba débil y entrecortada.

--Si no te lo he contado antes es porque acabo de decidirlo y pensaba que estabas dormida.

--Pero, en cambio, te ha faltado tiempo para pregonarlo entre el servicio --replicó la anciana--. Y más sabiendo todo lo que te conté sobre esa pérfida mujer.

Analisa no pensaba ceder. La decisión estaba tomada.

--Ése es uno de los motivos por los que regreso a Madrid. Sé que me has estado mintiendo con respecto a Patro. No es la mujer perversa que me has hecho creer que era.

--¡Oh, sí que lo es! ¿Ves? Por fin ha conseguido su objetivo: ponerte en mi contra para que me abandones.

No había vuelta atrás. Sus tejemanejes ya no surtían el efecto deseado.

--No ha sido ella. He pedido referencias en el pueblo y, al parecer, nadie es capaz de apreciar la maldad que tú presupones.

--¿Qué se puede esperar de la gente del pueblo? Son todos igual de zafios e ignorantes.

--Un sacerdote no mentiría y don Pascual afirma que es una excelente persona.

Emersinda guardó silencio. Su rostro reflejaba que era consciente de haber perdido la batalla.

--Entonces, te vas. Pero al menos pasarás aquí la noche, ¿no?

--Sí. Me quedaré esta noche. Me iré a primera hora.

--¡No sabes cuánto me apena tu decisión! Creí que podríamos llevarnos bien. ¿Estás segura de lo que vas a hacer?

--Lo estoy.

--Me has decepcionado.

Avanzada la tarde se desencadenó una estrepitosa tormenta. Desde la ventana del salón Analisa veía el cielo y las ramas de los árboles iluminados, amenazantes y tenebrosos. Rogó para que terminara pronto. De otro modo, los caminos quedarían embarrados y se haría muy difícil viajar en esas condiciones. Y, dadas las circunstancias, no quería tener que pasar

una noche más en aquel lugar. El solo hecho de imaginarlo le provocaba escalofríos.

Cenó frugalmente. Aún sentía opresión en el pecho. Los mareos tampoco habían desaparecido. Se encontraba cada vez más débil y el dolor punzante en el cuello le había provocado fiebre, así que se acostó temprano. Antes de hacerlo, tocó con los nudillos en la puerta de la habitación de Emersinda. Quería despedirse. Sabía que, debido a sus extraños horarios, por la mañana no la vería.

--¡Márchate! Ve a descansar. ¡Para mí has muerto! --fue la agria respuesta que recibió a través de la puerta.

Analisa no tomó la infusión que le había recomendado su tía, pues únicamente había contribuido a acrecentar sus males. Se cubrió el cuello con un foulard y se acostó. Sólo deseaba dormir, descansar y aislarse de todo. Las últimas palabras de Emersinda habían logrado ensombrecer su estado de ánimo. No comprendía su manera de reaccionar. Aquel «para mí has muerto» había calado hondo en su espíritu.

Antes de que tuviera tiempo de apagar el candil, una ráfaga de viento helado lo extinguió. En ese momento sintió un desasosiego parecido al que había experimentado la noche en que apareció el lobo en su alcoba y pensó en encomendarse al Señor, pero reparó en que no tenía el crucifijo que le había entregado don Pascual. No sabía en qué momento lo había extraviado, pero lo cierto es que ahora no contaba con su protección. No sabía por qué se sentía tan inquieta. En realidad, no había un motivo claro para sus temores, pero éstos eran tan reales como la fuerte tormenta que se desarrollaba en el exterior.

De vez en cuando los relámpagos iluminaban la estancia. Intentó desterrar los siniestros presagios que la atenazaban y, lentamente, lo consiguió. Por fin entró en un duermevela. Sin embargo, al cabo de unas horas un potente trueno le despertó. Adormilada y desorientada, su instinto la hizo mirar hacia la puerta de la alcoba.

Sintió que el corazón le daba un vuelco.

¡Estaba abierta!

Lo que le aterrorizó no fue tanto la certeza de saber que la había cerrado antes de acostarse, sino la incertidumbre de ignorar quién la había abierto.

Entonces le pareció oír algo. Permaneció en silencio, estremecida, sin atreverse a mover un solo músculo.

--Cuatro esquinitas tiene mi cama...

¡Alguien cantaba en su habitación!

--¡Dios mío! ¡Ayúdame! --gritó desesperada.

--... cuatro angelitos que me acompañan...

La voz sonaba infantil, como la de una niña que recita su oración antes de acostarse. En aquel momento percibió el movimiento de dos diminutas antorchas rojas que se desplazaban de un lado a otro al son de la canción. ¡Juraría que eran unos ojos!

En ese momento, la joven tuvo la certeza de que un demonio había entrado en aquel lugar. Horripilada, comenzó a rezar en susurros.

--... dos a los pies... dos a la cabecera... --prosiguió la voz.

Analisa elevó el tono del Padrenuestro, aunque intuyó que no iba a servirle de mucho.

--... y la Virgen María por compañera, que me dice:...

La oscuridad era total, pero se dio cuenta de que aquella voz melódica y dúctil se acercaba hacia donde estaba.

--... duerme y reposa, que yo te cuidaré...

La tenía encima, pegada a su oído. Podía sentir el aliento gélido de aquel ser en su garganta. Finalmente, sucumbió a la suave melodía...

--... de las malas cosas.

De pronto, un relámpago iluminó la habitación y pudo verla. ¡Era Emersinda! Estaba arrodillada junto a ella, sin su silla de ruedas. Era evidente que no la necesitaba para nada. La joven estaba paralizada. Quería gritar e incorporarse, pero, por algún motivo desconocido, no era capaz de hacerlo.

--Por más que le llames, tu Dios no vendrá a protegerte --le susurró al oído.

Después, todo fue oscuridad.

15

--Ropa negra --apuntó Darío.

--¿De verdad es necesario que me disfrace? --preguntó Alejo mientras ponía patas arriba su ropero. Por más que miraba entre sus cosas no lograba encontrar nada que al gótico le pareciera adecuado.

Darío le devolvió una mirada asesina. «¡So gilipollas!», pensó.

--Te guste o no, si quieres venir conmigo es necesario que te vistas como yo lo hago --impuso Darío revisando la ropa que Alejo había apartado--. Esto no sirve --dijo desechando una camisa negra con volantes--. Por lo que veo, te va el rollito a lo Bisbal.

Alejo, avergonzado, recuperó su camisa y la ocultó con disimulo en uno de los montones. No recordaba en qué momento la había adquirido, pero seguro que estaba enajenado cuando lo hizo.

--Esto puede valer --prosiguió Darío rescatando unos pantalones de cuero negro.

--Es un poco absurdo, ¿no? ¿Qué más da cómo me vista si a fin de cuentas voy a pagar mi entrada?

--Lo hacen para preservar el buen ambiente. Si todo el mundo entrase vestido con ropa de colorines, los locales góticos dejarían de serlo. Es verdad que en algunos hacen la vista gorda, pero no en los que yo frecuento. Además --dijo señalando la ropa que Alejo vestía en aquel momento--, así no vienes conmigo.

Alejo llevaba unos simples vaqueros, una camisa blanca y un jersey verde.

--¿Por qué no? ¿Qué le ocurre a mi ropa?

--Porque me da vergüenza. Me ha costado lo mío ser aceptado en esos ambientes para que alguien como tú venga a arruinar mi reputación.

--Pues sí que sois abiertos y permisivos tú y tus amiguitos góticos.

Sólo llevaba un par de días en casa de Alejo y resultaba evidente que Darío no se sentía nada cómodo con su nuevo alojamiento.

Se había armado de valor para pedirle prestado dinero a su hermana. Estaba desesperado. ¿Qué iba a hacer sin trabajo y sin fuente alguna de ingresos? Sin embargo, cuando vio su cara entristecida supo que algo iba mal y se abstuvo de pedirle nada.

--¿Qué ocurre? --preguntó sentándose a su lado en el sofá.

--Ha llamado papá.

--¿Y qué ha pasado para que estés así? Yo no le dije que iba a venir aquí. No puede saberlo.

--Ya lo sé. Pero no es tonto y se lo huele. Mañana vendrán mamá y él a cenar.

--¿A qué hora? Me marchó y punto. Ya veré dónde me meto, no te preocupes.

--No es sólo por eso. Tarde o temprano se van a enterar de que estás viviendo aquí.

--Y no quieres problemas, ¿es eso?

--En parte sí. Ya sabes que no me gusta andar con mentiras, y menos a ellos.

--No quiero meterte en un marrón. Me voy y se acabó --dijo Darío levantándose del sofá.

--¡Espera! ¡No seas así! --exclamó Silvia agarrándole de la manga de la camisa--. Siéntate un momento.

Darío obedeció.

--Hay algo más. Se me ha ocurrido una idea. Bueno, en realidad, no ha sido a mí, sino a Alejo.

--Si ha sido a Alejo, sólo puede ser alguna gilipollez. Ya sé que no debo meterme donde nadie me llama, pero aprovecho para decirte que tu novio no me gusta un pelo.

--Ya me he dado cuenta, pero tú no lo conoces. Cuando lo hagas, estoy segura de que cambiarás de opinión.

--No tengo intención de conocerlo, aunque si le veo le saludaré por deferencia hacia ti.

Silvia encendió un cigarrillo, aspiró y echó el humo hacia un lado para no molestar a su hermano.

--Pues que sepas que se ha ofrecido para cederte su casa el tiempo que haga falta. Y, la verdad, sería una buena solución para todos. Así no tendríamos que andarnos con mentiras. Además, vive bastante cerca. Podríamos vernos a menudo.

Darío se quedó de piedra.

--Pues no lo entiendo. Se nota que tampoco él me aguanta.

--Puede que al principio fuera así, pero ha cambiado de opinión.

--Querrá ganar puntos delante de ti.

--No es por eso por lo que lo hace. En realidad, quiere hacer un trato contigo.

--¿Un trato?

--Él te hace un hueco en su casa y tú le llevas a conocer esos ambientes que frecuentas.

--¿Cómo? ¿Y para qué carajo quiere venir conmigo?

--Te dije que Alejo escribía, ¿verdad? Pues bien, cuando discutisteis sobre lo de los vampiros se le ocurrió una idea para una futura novela. Por eso quiere que le enseñes ese ambiente tan «alegre» que, inexplicablemente, tanto te apasiona.

--¿Ves? Ya sabía que iba a ser alguna gilipollez.

--No me parece mal trato.

--¡Ni de coña!

--¿Pero por qué?

--Lo primero es que un tío como él, en ese tipo de locales, iba a dar el cante que te cagas y lo segundo es que paso de rollos raros.

--No seas tonto, Dari --dijo en tono cariñoso--. ¿Qué tiene de malo que salgáis juntos unas cuantas noches? Charláis, os tomáis una copita, le

presentas a gente de ese mundillo. En fin, lo mismo que harías si el primo Carlos viniera a Madrid.

--Que no, que no tiene ni punto de comparación. Paso de esa movida.

Pero al final Darío se dejó convencer.

--¿Sólo traes esa maleta? --le preguntó Alejo al abrir la puerta.

Silvia y su hermano se habían presentado sin avisar y su casa estaba desordenada.

--Sí. Cuando me fui no pude llevarme nada más --musitó Darío aún impactado por la decisión que acababa de tomar. «¿Cómo es posible que me haya dejado liar?»

--Cariño, ¡cómo tienes la casa! Parece una leonera --intervino Silvia.

--Lo sé, lo sé --contestó Alejo mientras quitaba de en medio unos calcetines sucios que en algún momento había abandonado sobre el sofá--. Tienes razón. Si hubiera sabido que ibais a venir, la habría recogido.

Junto a una mesa llena de papeles se podía ver un ordenador portátil, unas gafas, una libreta de notas y varias tazas de café vacías.

--¿Estabas trabajando en el libro de cocina?

Nunca le había visto emprender un proyecto con tanta desgana como aquel encargo. Por eso, al ver la pantalla del ordenador encendida sintió cierta satisfacción.

--¿No era sobre vampiros? --inquirió Darío extrañado.

Alejo se acercó a la mesa y cerró la tapa del ordenador de golpe.

--Sí. Pero antes tiene que acabar otro sobre cocina --se apresuró a contestar Silvia.

Alejo no quería que su novia viese lo que había estado haciendo en realidad. Para acceder a convencer a su hermano, le había puesto como condición que acabase el encargo de Montalvo. ¿Cómo iba a decirle que todavía no había escrito una sola línea?

Decidió cambiar de tema.

--Sólo te pondré una norma --explicó Alejo dirigiéndose a Darío--: limpia lo que manches.

Antes de marcharse, Silvia le dio algún dinero a su hermano. No podía quedarse, tenía que irse a casa para atender a sus padres.

Y ahí estaban los dos, Darío y Alejo, frente a frente.

--No quiero que te lleves una falsa impresión --comentó Darío rompiendo el hielo--. Me caes como una patada en los huevos.

--Me parece estupendo. El sentimiento es recíproco.

--Bien.

--Vale.

Después de aquella «profunda» conversación, el escritor condujo a su huésped hasta un pequeño cuarto en el que habitualmente guardaba sus libros y algunos papeles. Luego, cenaron en silencio salchichas con patatas fritas congeladas y, acabada la cena, el joven gótico se retiró a leer. Alejo miró de soslayo el título del libro que Darío llevaba en sus manos: *Los monstruos de la noche*.

--Tendrás que prestármelo, ¿eh?

Darío no contestó; se limitó a asentir con la cabeza mientras desaparecía por el pasillo. Después, se metió en su nueva habitación y cerró la puerta

para tener algo de intimidad. Desde que abandonara la casa de sus padres se le había olvidado lo que era eso.

Alejo permaneció en la sala de estar leyendo y tomando algunas notas. Pensó que aquel plan no iba a resultar sencillo. Si deseaba que Darío se abriese y le contase las cosas que quería saber, tendría que ganarse su confianza. Pero no imaginaba cómo podría conseguirlo.

16

Pasaban pocos minutos de las nueve de la mañana cuando el carruaje se detuvo frente a la puerta de la casa. De él descendieron Pedro y Patrocinio. Esta última llevaba una cesta, tal como le había prometido a Analisa, con pan recién hecho, queso de oveja y una jarra de leche para el desayuno.

Como de costumbre, la doncella abrió la puerta con su llave y se dirigió a la cocina. Pedro la seguía unos pasos por detrás.

--¡Señorita, señorita --gritó la doncella--, ya estamos aquí!

No hubo contestación.

La casa estaba silenciosa y tranquila.

El cochero y la doncella se miraron extrañados.

--¿Se habrá quedado dormida? --se atrevió a preguntar Pedro.

--Quién sabe.

Decidieron esperar en la cocina a que la joven diera señales de vida. No era apropiado que el servicio entrara a su alcoba para despertarla. Por tanto, Patro se colocó el delantal y empezó a calentar la leche. Por su parte, Pedro se sentó en una silla junto al mostrador y se preparó un tentempié. Primero partió con su navaja una rebanada de pan y, después, un gran trozo de queso. Mientras comía, intercalaba los bocados con tragos largos de vino de

una bota que siempre llevaba consigo. El frío era traicionero por aquellas fechas y le vendría bien para el viaje. Pero el tiempo transcurría y la señorita no se presentaba. Ya eran casi las diez y Pedro había empezado a impacientarse.

--¡Tantas prisas, tantas prisas y ya son casi las diez!

--En esta casa son así. Un día dicen una cosa y al siguiente hacen lo contrario.

--Los señores son todos iguales. A más alcurnia, menos consideración -- criticó el cochero.

--¡Digo! ¡Pero aquí se llevan la palma! Nunca había trabajado para nadie tan extraño como la señora, que duerme de día y supongo yo que vivirá de noche.

--Pues a mí la señorita no me parece mala gente --comentó el cochero profiriendo un sonoro eructo después de engullir su desayuno--. Y digo yo, ¿no le habrá ocurrido algo? Ayer no tenía buena cara y, hasta donde sé, tuvo un vahído en el pueblo.

--Mala cara sí tenía, sí.

--¿Y por qué no vas a ver?

--¿Yo? ¡Estás loco si crees que voy a asomarme a su habitación!

--¿Y qué? ¿Vamos a esperarla aquí toda la mañana? Si está indispuesta no voy a perder todo el día.

--Pues si está indispuesta que llame, que para eso tiene la campanilla -- sentenció Patro.

--Creo que deberías asomarte y picar a su puerta.

--¡Te digo que yo no voy!

--Iría yo mismo, pero la señorita podría molestarse. ¡Anda, ve! Sólo te acercas y llamas a la puerta, a ver si contesta.

Fue, aunque maldiciendo entre dientes.

Pasado un rato, Patro regresó con cara de preocupación.

--¡No contesta! ¿Qué hacemos?

--¿Has picado bien? A ver si no te ha oído.

--¡Que sí! Que tiene que haberme oído por fuerza.

--¿Y no has entrado?

--¿Yo? ¡Válgame Dios! Ahí no entro ni aunque me paguen el doble. Me da miedo. Desde que hemos llegado tengo esa misma cosa que se me puso en las tripas el día que apareció el cadáver de la Felisa. ¡Mira que si la señorita está muerta también!

--¡Qué va a estar muerta! ¡No seas ceniza! Alguien tendrá que entrar, digo yo.

--Pues vamos los dos --dijo Patro con un hilo de voz.

La mujer estaba realmente asustada.

Frente a la habitación de Analisa, volvieron a llamar con insistencia.

--Señorita, ¿se encuentra bien? --gritó Pedro.

Silencio.

--¡Señorita, por favor, si puede oírnos, abra la puerta!

Más silencio.

--Abre la puerta, Patro. Aquí ocurre algo raro.

--Abre tú, que a mí me da no sé qué.

No deseaba hacerlo, pero no le quedó más remedio. Pedro giró el picaporte y abrió la puerta con precaución. No sabía qué podrían encontrarse al otro lado. Aunque no quería que Patro lo notara, también él se sentía inquieto. Estaba convencido de que algo muy desagradable les aguardaba. Y no se equivocaba. Analisa estaba tendida en su cama... muerta. Tenía los ojos abiertos, el cabello revuelto y la garganta destrozada. Sobre su cuello se dibujaban dos heridas punzantes cubiertas de sangre coagulada. Sobre las sábanas había algunos pelos de color parduzco, cortos y fuertes, como los de un animal. No cabía duda de que había sido atacada por alguien o por algo. De sus labios manaba un hilo de sangre seca.

--¡Lo sabía! Sabía que iba a pasar algo malo. ¡Ha sido el mismo demonio! --gritó Patro.

Aquello fue demasiado para la doncella, que no halló mejor defensa que el desmayo. Como atraída por un imán, se precipitó contra el suelo sin que Pedro pudiera hacer nada por evitarlo. El cochero se encontró entonces solo ante una terrible papeleta. ¿A quién debía atender? ¿Al vivo o al muerto? Pensó que, por desgracia, poco o nada podía hacer por la joven que estaba sobre la cama, así que se dedicó a abanicar a la doncella con su sombrero. De pronto, reparó en la existencia de la señora de la casa: doña Emersinda. ¿Dónde estaría? ¿Tendría conocimiento de la extraña muerte de su sobrina?

Por fortuna para Pedro, Patrocinio no tardó en volver en sí. Cuando la doncella abrió los ojos y recordó el panorama que la había llevado a perder la consciencia, estuvo tentada de volver a desmayarse. Pero el cochero no se lo permitió. Notó que éste le daba un par de suaves bofetadas para impedir un nuevo desvanecimiento.

Una vez que Patro se hubo recuperado, los sirvientes decidieron que lo mejor sería ir a buscar a la señora. Al principio, Patro no fue partidaria. Decía que la señora era muy rara y que desde el principio de empezar a servir doña Emersinda había dejado muy claro que no debía ser molestada por la mañana. Por este motivo siempre encontró dificultades para llevar a

cabo la limpieza de su habitación. Luego terminó por acostumbrarse y hasta daba gracias a Dios por no tener que cruzarse con ella a diario.

Se sorprendió mucho el día en que la señorita Analisa llegó y más lo hizo todavía cuando descubrió que la joven no se asemejaba en nada a su tía. De hecho, la recién llegada parecía saber aún menos sobre su tía que la propia doncella. De otro modo, no se explicaba cómo había accedido a venir a aquel lugar tan lejano de su residencia en Madrid sólo para cuidar de una mujer tan misteriosa como intratable.

En otros tiempos doña Emersinda era bien distinta. En el pueblo todavía se recordaba cómo hacía muchos años la señora había sido una mujer caritativa, sociable y bondadosa. Sin embargo, su carácter cambió de manera radical, sin que nadie en la zona pudiera explicarse los motivos, y aquellos años en los que doña Emersinda parecía feliz y cercana pasaron a la historia. En la actualidad, la gente murmuraba sobre sus extravagantes costumbres y sobre todo acerca de las extrañas muertes relacionadas, de algún modo, con su casa o con ella misma.

Su elevada posición socioeconómica le había permitido permanecer impune sin que nadie se atreviese a realizar una investigación que sirviera para aclarar si existía una relación directa entre la muerte de sus doncellas y doña Emersinda. A fin de cuentas, todas habían trabajado para ella y, sin embargo, la enigmática mujer ni siquiera había sido interrogada al respecto. Tal vez era cierto aquel dicho que afirmaba que el dinero es capaz de taparlo todo. Pero ahora era innegable que existía una razón más que poderosa para que alguien se aventurara a pedirle cuentas. Su sobrina había sido brutalmente asesinada y ella no podía quedar al margen de lo sucedido como en otras ocasiones.

No obstante, cuando, después de haber llamado a su puerta sin obtener respuesta, Pedro reunió las fuerzas necesarias para penetrar en la alcoba de la señora, descubrió que ella también estaba muerta. Pero, en su caso no encontraron signos visibles de que se hubiera producido una muerte violenta.

Violeta se sentía muy a gusto en casa de Ana. Al menos, así era durante buena parte del día. Sin embargo, en algunos momentos no podía impedir que aquella ansia se adueñara de ella y la condujera a un sentimiento de extrema angustia cuya naturaleza no podía entender o, quizá, no comprendía porque temía ahondar en algunas de las emociones que a ratos la invadían.

No entendía, por ejemplo, por qué Ana se había negado a convertirla en un ser como ella. Para esto hubiera sido preciso que después de darle a probar su sangre la hubiera matado. Sin embargo, con su negativa, ahora no era del todo humana ni, por supuesto, no-muerta. Darle a probar su sangre inmortal le había generado una constante sensación de avidez, y no sólo de comida terrenal; se pasaba el día ansiando que Ana le proporcionara otro soplo de eternidad. Para no morir de inanición debía obligarse a seguir ingiriendo alimentos, pero éstos, sin duda, ya no le proporcionaban el mismo placer que antes de haber probado el fluido sagrado. Comer se había convertido en un trámite a cumplir.

La joven a veces pensaba que Ana sólo la tenía a su lado para resolverle cuestiones mundanas que ella no podía o no quería asumir. Limpiaba, se encargaba de los recados que requerían una presencia física y de que todo estuviera a punto cuando la no-muerta se despertara. Menos cocinar para ella, hacía de todo.

Y eso es justamente en lo que se había convertido: en su sirviente o, mejor dicho, en su esclava, y no en un sentido sexual (quién sabe si esto hubiera agradado a Violeta), sino en la acepción más amplia de la palabra. Desde que la esclavitud fuera abolida definitivamente en 1888, se había acabado -- al menos en apariencia-- con el sometimiento físico, pero no con otras formas de opresión que continuaban dominando el mundo de manera solapada.

Violeta se había transformado, sin siquiera sospecharlo, en su esclava. Y lo más grave de todo es que era feliz con su nueva condición. Así funcionaba el poder manipulador de los vampiros: eran capaces de recrear las ilusiones más poderosas y atractivas con tal de hacerse con el control de lo que les interesaba. Y aquella mujer no era una excepción dentro de su complejo engranaje regido por jerarquías. Cuanto más antiguos eran los vampiros, más poderosos se tornaban. Y Ana, sin duda, era un alma vieja. Sólo un ser más pretérito que ella habría podido dominarla o esclavizarla a su antojo.

De vez en cuando, la no-muerta le suministraba un poco más de su sangre, sólo un par de gotas, pero tan concentradas que continuaban obrando el efecto deseado de dependencia entre esclava y ama. Violeta era un ser dependiente, una adicta a Ana. ¿Pero hasta qué punto? Ana quería saberlo con certeza, y por eso había maquinado una prueba, la definitiva.

Se encontraban en el salón y la vampira acababa de darle a beber un par de gotas de su sangre. Violeta estaba sentada en la alfombra, a los pies de la no-muerta, sintiendo aquel éxtasis ponzoñoso, inigualable a nada que hubiera conocido con anterioridad. Tenía los ojos cerrados y su cabeza, ladeada, reposaba sobre las piernas de Ana. Fue entonces cuando ésta la agarró suavemente del pelo y le dijo al oído:

--¿Qué serías capaz de hacer por mí?

--En estos momentos cualquier cosa.

--¿Cualquier cosa? ¿Estás segura?

--Sí.

--¿Serías capaz, por ejemplo, de matar por mí?

El tono de su voz sonó neutro; no demostraba demasiado interés en la conversación, sobre todo teniendo en cuenta que acababa de lanzar una idea atroz.

--¿Matar?

Aunque la palabra «muerte» no la hacía estremecerse, «matar» era algo bien distinto.

--Sí. ¡Matar!

--Nunca he matado a una mosca. Sinceramente, no sé si podría hacerlo.

--Antes has dicho que harías «cualquier cosa» --le recordó recalcando sus palabras.

--Cualquier cosa... menos eso.

--¿Ni siquiera por mí? No es tan difícil, te lo aseguro. Además, si ansias convertirte algún día en alguien como yo, no tendrás más remedio que hacer ese tipo de cosas.

--Si me hubieras pedido que me matara en vez de matar, te habría dicho que sí sin apenas dudarlo. Pero lo otro, lo otro... --titubeó-- es monstruoso y me da miedo.

A Ana le habría resultado muy sencillo convencerla con un simple pase mesmérico, una cualidad adscrita a la capacidad de manipulación de la que gozaban los no-muertos, sobre todo después de haberla «enganchado» dándole a probar su sangre al menos tres veces. No obstante, lo que Ana deseaba era lograr que la joven obedeciera sin tener que obligarla.

--Querida mía, conociéndote, pedirte que te mates no tiene ningún mérito. ¡Ya sé que harías eso por mí! Lo que quiero saber es si estarías dispuesta a matar en mi nombre, sólo por agradarme.

Violeta no contestó. Se limitó a agachar la cabeza pensativa.

En vista de su actitud, Ana prosiguió:

--No sé si te has fijado, pero en esta zona de la ciudad hay infinidad de gatos.

Violeta asintió.

--Uno más, uno menos: ¿a quién puede importarle?

--Eres perversa --musitó en voz baja.

La joven se temía lo peor.

Ana hizo oídos sordos.

--Ahora debo salir. Pero si a mi regreso encontrara la cabeza de uno de esos felinos encima de esa mesa, me harías inmensamente feliz.

--¡No me pidas eso, por favor! ¡Eso no! --rogó Violeta, todavía bajo los efectos de la embriaguez.

--No debería pedirte algo así. Pero sé que lo harás, porque me quieres. Y por eso deseas verme feliz, porque sabes que cuido de ti y porque sabes también que si estoy contenta atenderé mejor tus necesidades.

Violeta no tuvo tiempo ni fuerzas para replicar. Apenas hubo pronunciado aquellas palabras, Ana tomó su abrigo y desapareció en la noche.

Esa vez no cerró la puerta de la calle con llave.

Ana se había marchado hacía al menos una hora. Tras debatirse entre la razón y el corazón, Violeta se dirigió hacia la caja en la que la no-muerta guardaba su daga. Era una pieza antigua, preciosa, que cualquier persona normal habría atesorado sólo como parte de una colección. Pero Ana no era una persona normal. Técnicamente, ni siquiera era una persona. Y, en contra de lo que Violeta había pensado la primera vez que la vio, no se trataba de un ser inofensivo ni mucho menos indefenso. Tal y como había podido constatar, el poder que ejercía sobre ella era inmenso. De hecho, ni siquiera necesitaba mover una mano para conseguir que Violeta hiciera ciertas cosas, cosas como la que se disponía a llevar a cabo.

Cogió el arma con las manos temblorosas.

--Terminemos cuanto antes con esto --murmuró.

No tenía ni idea de cómo iba a capturar a un gato callejero. A priori le parecía una tarea hartó complicada. A veces había intentado llamar a los felinos con los que se cruzaba en Rótova con el clásico «psss, psss» y éstos siempre se habían escabullido sin hacerle el menor caso. Sin embargo, esta vez iba preparada. Amparada por la oscuridad, salió con la daga escondida en su cazadora vaquera. Era una de las prendas «normales» que había adquirido con el dinero de la vampira.

Llevaba un bol con leche, una bolsa de magdalenas y la funda de su almohada. Caminó hasta un lugar de difícil acceso, apartado de miradas indiscretas, y colocó el cebo en espera de realizar su captura. «Con uno será suficiente. Ella ha dicho uno, no más.» Le repugnaba sobremanera lo que iba a hacer, pero no podía evitarlo. Se sentía incapaz de luchar contra la influencia maléfica de Ana.

Violeta se escondió detrás de unos matorrales y esperó con paciencia la llegada de los mininos. Aquella noche hacía bastante frío. La joven tiritaba y sentía cómo sus piernas temblaban, pero no era el frío lo que la obligaba a estremecerse, sino el miedo.

Después de un rato, comenzó a escuchar maullidos cercanos. Los gatos empezaron a salir de sus refugios atraídos por la comida. Habría al menos siete u ocho ejemplares reunidos en torno a las magdalenas que Violeta había esparcido por el suelo.

Entonces, se acercó despacio con la daga en la mano, como si fuera uno de aquellos felinos. Decidió que iría a por el más débil y, en un descuido, atrapó al más pequeño y lo metió en la funda. Mientras el resto de sus compañeros huían alarmados, el animal se debatía en el interior de la funda con uñas y dientes, luchando por escapar de aquel lugar oscuro y asfixiante. Violeta dudó unos instantes antes de asestarle la primera puñalada, lo que le valió varios mordiscos punzantes en sus manos.

Lo apuñaló repetidas veces hasta que dejó de moverse. Lo hizo así para evitar al animal una terrible agonía. Después, llorando y con los ojos cerrados, sin querer mirar la carnicería que había provocado, extrajo el gato muerto con cuidado. Estaba sudoroso y chorreaba sangre por todas partes. Sin pensarlo dos veces, le cortó la cabeza, tiró el cuerpo al descampado y guardó el trofeo en la funda.

Horrorizada por lo que había hecho, salió corriendo a trompicones, tropezando con todo lo que hallaba a su paso. Se odiaba a sí misma y lloraba desconsolada. Nunca había derramado tantas lágrimas, ni siquiera el día que su padre se mató. En esa fecha era demasiado pequeña para tener conciencia de lo que había pasado. Sin embargo, aquella noche Violeta era plenamente consciente de haber perdido su inocencia.

Despertó de un sueño profundo, oscuro y aterrador. Más tarde le sería imposible describir lo que sintió. Por muchos años que pasaran jamás llegaría a transmitir el miedo, el frío y la angustia que atenazaron su corazón. Notaba una presión en el pecho y una fuerte punzada en la garganta. Estaba mareada hasta tal punto que su cabeza parecía hundirse en un abismo de sombras y notaba cómo su cuerpo viajaba en una barcaza camino del Averno. Sin embargo, lo que más la estremeció fue descubrir que no podía moverse, que se encontraba encajonada en un diminuto receptáculo.

La oscuridad era completa. No sabía dónde se hallaba, pero estaba segura de que era un lugar incómodo, húmedo y lóbrego. Creyó escuchar afuera el sonido de la lluvia y percibió el olor penetrante a tierra mojada y a musgo.

¿Dónde estaba? ¿Qué le había ocurrido? ¿Qué le había hecho su tía? ¿Por qué no era capaz de moverse? Sus recuerdos eran vagos y difusos. La congoja y el desasosiego se apoderaron de su mente y conoció el terror en todas y cada una de sus fases.

El corazón le galopaba en el pecho y el oxígeno no alcanzaba sus pulmones. Procuró respirar por la boca y coger aire, pero cuanto más lo intentaba peor se sentía. Sus sienes palpitaban y su cabeza parecía estar a punto de estallar. Hizo un esfuerzo sobrehumano y logró mover el brazo derecho. Lo elevó hasta que se dio cuenta de que algo cubría su cuerpo. Al tacto parecía un cristal. No tardó en imaginarse que estaba aprisionada en el interior de una caja estrecha. Aquel pensamiento la aterró y heló la sangre en sus venas. ¡Tenía que buscar una escapatoria y salir! ¡Su vida se extinguía!

Hay quien afirma que la desesperación y la certeza de saber que nos encontramos en un trance mortal es capaz de hacernos obrar proezas inimaginables, acciones que ni siquiera serían concebibles en situaciones normales. Ahora podía confirmar que eso era cierto. Aún desconocía cómo había logrado reunir las fuerzas necesarias para golpear con tanta saña su prisión de cristal. Pero, por desgracia, muy pronto se dio cuenta de que sus puños no eran lo bastante fuertes para quebrantarla. Sintió cómo la sangre caliente cubría sus manos transformándolas en ajados manojos de nervios marchitos, en inservibles rastros de carne y dolor.

Gritó hasta desgañitarse y, lejos de desanimarse, golpeó todavía con mayor ímpetu el cristal; con sus puños, sus uñas y sus pies, agitando todo su cuerpo hasta que la funesta caja que la apresaba se balanceó y se deslizó de la mesa sobre la que estaba depositada. Entonces cayó, y Analisa con ella. El cristal quedó hecho añicos. Cerró los ojos en un vano intento de preservar su rostro de los cortes, pero en seguida supo que estaba sangrando. No le importó. ¡Estaba libre!

Tardó un tiempo en asimilar que había sido depositada en un ataúd y que se encontraba encerrada en el panteón familiar junto a algunos de sus antepasados. Pero ellos estaban muertos --ése era su lugar-- y ella... ¡viva!... O eso quiso creer. Sólo podía haber sido víctima de un error fatal, de una angustiosa confusión, de una cruel burla del destino que, una vez más, se empeñaba en jugar con su equilibrio mental, con su cordura.

La penumbra le permitió adivinar que a su lado, sobre un catafalco, reposaba un féretro idéntico al suyo, de madera con una ventanilla de

cristal. «¿Quién habrá dentro?», se preguntó. Aunque tenía las manos destrozadas, hizo un esfuerzo por incorporarse desde el suelo. Necesitaba saber quién la acompañaba en aquel fatídico viaje hacia la muerte.

Embargada por el espanto, se aproximó hasta el féretro. Se inclinó sobre el cristal y miró. Fue un momento espantoso, terrible. La oscuridad reinante era tal que, muy a su pesar, fue incapaz de distinguir las facciones del muerto y no halló forma de iluminarlo. Lo único apreciable era un reflejo, el brillo de un objeto. Descubrió con horror que el difunto llevaba colgado al cuello el camafeo de la pérfida Emersinda. ¡Era ella quien reposaba en aquella caja! ¿Quién si no? ¡La aborrecía con todos sus sentidos! A pesar de que se alegraba de su muerte, ahora nunca podría descubrir qué le había hecho aquel ser monstruoso. Golpeó el cristal con frenesí, maldiciéndola aunque sabía que ella ya no podría escucharla.

Salir del panteón no le resultó tan complicado como creía. Aunque se trataba de una construcción sólida, algunas partes del recinto eran acristaladas, así que se las arregló para romper los cristales. Rasgó su mortaja blanca y se colocó unas improvisadas vendas alrededor de sus maltrechas manos. Después, con ayuda de los trozos de madera más grandes de su ataúd, golpeó con fuerza los cristales buscando la libertad. Fuera del panteón llovía, hacía un frío terrible y era noche cerrada. Analisa salió tambaleándose, a trompicones.

Vagó sin rumbo. No sabía dónde se encontraba.

--¡Madre abadesa! ¡Madre abadesa! --exclamó sor Angustias.

La madre abadesa se despertó súbitamente. La voz de sor Angustias retumbaba por las paredes del convento de Santa Clara de Jesús.

--Madre abadesa, ¿puede oírme?

--¡Schhh! ¡Claro que puedo! ¡Y, seguramente, todo el convento! --contestó sin ocultar su fastidio--. ¿Se puede saber por qué no está en su celda, como las demás?

--Pero, madre abadesa, es que creo que ocurre algo extraño.

--Pero, pero... siempre con «peros». ¿Cuántas veces habré de decirle que hay que respetar la regla de silencio? --dijo abriendo la puerta de su celda.

Sor Angustias la aguardaba al otro lado con una vela encendida.

--Lo siento, madre abadesa, pero he creído conveniente avisarla.

--¿Qué ocurre, sor Angustias?

--Escuché cómo alguien llamaba insistentemente a la puerta del convento. Me he asomado y he visto a una mujer vestida de blanco.

--¿Y qué es lo que quiere a estas horas? Sabe perfectamente que no es nuestra misión atender cuestiones de extramuros.

--No lo sé. Apenas me había asomado a la cancela cuando se desplomó. Para mí que está más muerta que viva. No podemos dejarla a la intemperie.

Mientras las religiosas hablaban, se dirigían caminando hacia la puerta del edificio.

--Eso no es asunto de esta comunidad. Debemos velar por el mantenimiento del orden y el recogimiento en el interior de la casa del Señor.

--Pero, madre...

--Sin «peros», sor Angustias --concluyó tajante la superiora.

Justo en ese instante se escucharon unos gritos espantosos; provenían del exterior. Una mujer pedía auxilio con desesperación. Hasta la madre abadesa se estremeció al escucharlos.

--¡Rápido, las llaves!

Al abrir la puerta encontraron a Analisa tirada en el suelo. Tenía las manos tapadas con trapos ensangrentados y su rostro cubierto de sangre.

Las religiosas se horrorizaron ante aquel espectáculo.

--¡Ayúdeme a meterla dentro! --ordenó la madre abadesa.

Algunas de las hermanas de la comunidad se habían despertado con los gritos y se habían reunido en torno a la puerta principal. Cuchicheaban entre ellas, pero no se atrevían a aproximarse a la recién llegada.

La madre abadesa, consciente del revuelo que se había originado, impuso su autoridad.

--¡Hermanas, no se queden ahí! ¡Vamos, vamos! ¡Regresen a sus celdas!

Las monjas obedecieron de inmediato. Conocían de sobra el genio de su superiora.

Entre sor Angustias y la madre abadesa cargaron el maltrecho cuerpo de la joven y lo condujeron hasta una de las celdas vacías. Era una habitación austera amueblada con una cama y una mesilla de madera sobre la que había una vela. No sin grandes esfuerzos, la acostaron sobre el camastro.

--Sor Angustias, avise a la hermana Ramira. Dígale que venga con sus enseres.

La hermana Ramira tenía algunos conocimientos médicos. Acudían a ella cada vez que alguna de las monjas se sentía indispuesta.

--Y despierte también a la hermana Ignacia. Pídale que caliente una escudilla del potaje de la cena. Si no ha sobrado, dígale que prepare algo caliente. Esta mujer está helada.

La primera en llegar fue la hermana Ramira. Aún medio dormida y con el hábito mal colocado se presentó en la celda junto a sor Angustias.

--¡Hermana Ramira! --dijo la madre abadesa al verla de esa guisa-- ¡Un poco de decoro!

--Lo siento, madre abadesa --se disculpó bajando la cabeza con sumisión--. Las prisas tienen la culpa.

La hermana Ramira era una mujer menuda y delgada. Rondaba los sesenta años, aunque aparentaba muchos menos. Por este motivo, sus compañeras pensaron al principio que era demasiado joven para ejercer las funciones médicas del convento. Sin embargo, sus conocimientos sobre todo tipo de enfermedades terminaron sorprendiéndolas.

Sor Ramira se colocó el hábito como pudo y se aproximó a la cama donde yacía Analisa.

--¡Que el Señor se apiade de ella! --exclamó al ver su cara y sus manos--. ¿Qué le habrá ocurrido a esta pobre mujer?

--Eso no es asunto nuestro --contestó la madre abadesa con aspereza--. Haga lo que pueda por ella, si es que se puede hacer algo, y no se interroga acerca de cuestiones mundanas.

La hermana Ramira obedeció. Primero limpió las heridas de la cara. Entonces se dio cuenta de que eran superficiales. Sin embargo, cuando retiró los trapos que cubrían sus manos a modo de improvisadas vendas, descubrió que estaban destrozadas. No sólo tenían cortes profundos, sino que, además, estaban severamente dañadas por los golpes que había propinado al cristal intentando salir de su ataúd.

Después de las curas, la hermana Ramira pidió a sor Angustias que trajera unas mantas.

--Hay que hacerla entrar en calor. ¡Está fría como los bancos del refectorio!

De una bolsa extrajo una pequeña botella que contenía aguardiente. La aproximó a la boca de Analisa y dejó caer unas gotas sobre sus labios. En

ese momento, la joven tosió y entreabrió los ojos haciendo un esfuerzo por comunicarse y hablar.

--No estoy muerta... No lo estoy.

Su voz sonaba extremadamente débil y lejana.

--¡Claro que no! ¡Tranquila, tranquila! --dijo la madre abadesa intentando calmarla--. Está en buenas manos. Descanse ahora y no se fatigue más, que no le sobran las fuerzas.

La hermana Ignacia apareció con una escudilla de potaje caliente y un trozo de pan rancio.

--Aquí está la comida, madre abadesa. Si fuera necesario, aún queda un poco en el puchero.

--Gracias, hermana Ignacia. Puede retirarse. Ya nos encargamos nosotras --explicó la madre abadesa cerrándole la puerta en las narices. Quería evitar posibles cotilleos.

Entre sor Angustias y sor Ramira incorporaron a Analisa para que pudiera comer, pues la joven no tenía fuerzas ni para eso. Analisa estaba muerta de hambre y devoró el guiso con avidez. Sin embargo, nada más acabar, para horror de las religiosas presentes, la joven sufrió unas náuseas terribles y acabó vomitándolo todo.

Las monjas limpiaron el desaguisado tapándose la nariz con ayuda de sus hábitos y después pensaron que lo mejor era dejarla descansar y no forzarla a comer, al menos de momento.

--Hermanas --dijo la madre abadesa con tono solemne--, no quiero que nadie pise esta celda sin mi consentimiento. No deseo que la vida en nuestra comunidad se vea alterada por la llegada de esta desgraciada mujer.

--Sí, madre abadesa --contestaron al unísono.

--Y otra cosa: no se les ocurra comentar nada al resto de las hermanas de lo que aquí han visto esta noche o de lo que puedan ver en los próximos días. Quiero que guarden la más absoluta discreción sobre la recién llegada. En cuanto pueda caminar abandonará este convento. ¿Está claro?

Las dos asintieron.

Alejo estaba perplejo. La gente con la que se habían ido cruzando desde que salieran de casa los miraba con desconfianza y temor y, de repente, al franquear la puerta de The Gargoyle todo parecía haber cambiado. Ya nadie los observaba aviesamente y el colorido de la calle se había esfumado dejando paso a una «película» en blanco y negro. Ésos eran los colores predominantes en aquel especial universo al que ahora tenía acceso el escritor. Una cosa era compartir su casa con Darío Salvatierra y otra muy diferente encontrarse en una sala repleta de «Daríos». Los patrones se repetían sin excepción: ropas negras combinadas con toques de blanco, lila o rojo.

Aquella noche Darío vestía un traje de chaqueta de terciopelo al más puro «estilo enterrador» escapado de una novela de Poe. Como nota de color había introducido en su vestuario un chaleco de raso de color verde botella. Alejo llevaba un pantalón de cuero negro y la inseparable levita de Darío. Éste había refunfuñado mucho, pero al final consintió en prestársela. «En el fondo no es mal chaval», pensó el escritor. Sin saberlo, Alejo emulaba a Brandon Lee en *El cuervo*. Brandon, hijo del malogrado Bruce Lee, había perdido la vida en un absurdo --y nunca del todo aclarado-- accidente acaecido durante aquel rodaje y, por algún extraño motivo, el filme se había convertido en una película de culto para muchos góticos.

Ya en la barra, Darío pidió dos absentas. Alejo supo más tarde que aquélla era una bebida muy popular en los ambientes góticos, especialmente desde que apareciera en una escena de la adaptación cinematográfica que del *Drácula* de Stoker había realizado Francis Ford Coppola en 1992. No en

vano esa bebida de color verde «la va vajillas» --aunque existen otro tipo de absentas de diferentes tonalidades-- era la preferida del siniestro conde, quien se refería a ella como «el afrodisíaco del yo». En la película el conde Drácula introducía a su amada Mina en el ritual de la absenta. Servía una parte de licor en una copa. Después, sobre una cucharilla especial agujereada en su base, colocaba un terrón de azúcar y vertía agua encima. Al contacto con el agua y el azúcar, la absenta cambiaba de color volviéndose turbia. Y el conde le decía a la joven: «El hada verde que vive en la absenta quiere tu alma. Pero tú estás a salvo conmigo.» Era, sin duda, una escena turbadora e inquietante, pues simbolizaba el pecado al que Mina estaba a punto de sucumbir.

Sin embargo, Drácula no era el único que había sabido apreciar las propiedades de la absenta; un nutrido grupo de escritores, pintores y artistas cayeron rendidos a sus efluvios: Wilde, Baudelaire, Hemingway, Van Gogh, Manet y Picasso, entre otros muchos. Todos ellos encontraron alguna suerte de inspiración en la absenta, bebida que a la postre se convirtió en fuente de problemas y desvarios hasta el extremo de ser prohibida en varios países como Suiza, Francia o Gran Bretaña. No obstante, en la Península Ibérica nunca se detuvo la producción de absenta y, a pesar de que en la actualidad en otros países se consumía una absenta extraída de una variante de la receta original, en España y en Portugal, para deleite de los defensores de la mítica bebida, se había conservado la receta original.

Darío oteaba el local en busca de alguno de sus colegas mientras el escritor tomaba buena nota mental de las lentillas amarillas del camarero, que simulaban los ojos de un vampiro. En la pared, unas fotos en blanco y negro llamaron su atención. En ellas aparecía un hombre dentro de un ataúd en distintas posiciones. Se fijó con atención. La cara del modelo era siempre la misma... ¡la del camarero! Éste, que había percibido su asombro, sonrió satisfecho porque intuía el golpe de efecto que acababan de ocasionar las imágenes en el recién llegado.

En seguida se le acercaron dos jóvenes de edad similar a Darío y lo saludaron dándole un leve beso en los labios. Alejo se sorprendió, pero no dijo nada; ya le preguntaría luego por qué lo hacían. Dentro de la estética

gótica era habitual saludarse de este modo. Era parte de la ambigüedad adscrita al simbolismo de los vampiros.

--¿Quién es ése? --preguntó uno de ellos mirando a Alejo de reojo.

--Es un primo de Burgos.

--Creía que no tenías familia fuera de Madrid --comentó con recelo.

--Hacía mucho tiempo que no sabíamos de él.

Pronto se reunieron con otros góticos que también lo saludaron del mismo sorprendente modo que había observado con anterioridad, pero era evidente que no se fiaban del recién llegado, pues nadie se atrevió a presentarse oficialmente o a dirigirle la palabra. Se limitaron a hacerle un gesto con la cabeza. Alejo se sintió desplazado, pero evitó hacer comentarios. A fin de cuentas, era consciente de que se trataba de un mundillo muy reservado. Tampoco le hacía sentirse muy cómodo el hecho de hallarse rodeado de gente que en su mayoría cubría sus ojos con gafas de sol de espejo, como si la escasa luz de The Gargoyle pudiera dañarlos.

Después de un rato de cuchicheos al oído, los amigos de Darío salieron a la pista de baile. El local era bastante grande, al menos había tres barras. La decoración resultaba de lo más pintoresca. Por un momento, el escritor tuvo la sensación de estar en la biblioteca de Sherlock Holmes, rodeado de estanterías con libros de *atrezzo* y falsos candelabros con velas.

--No son muy sociables que digamos --comentó Alejo.

--Ya te lo advertí. No es fácil hacer amigos aquí.

--Ya. Ya me he dado cuenta.

--De todos modos --dijo Darío saliendo en su defensa--, están inquietos. No se fían mucho de los recién llegados porque hace un par de semanas apuñalaron a una chica en este local.

--¿Qué? ¿De veras?

--Sí. No me lo han dicho, pero apuesto a que piensan que eres un «madero» infiltrado.

--¿Por qué?

--Porque, hasta la fecha, la policía no ha conseguido averiguar nada.

--¿Y tú qué sabes de eso?

--¡Nada! ¿Qué quieres que sepa? Ni siquiera estaba aquí cuando ocurrió.

--Algo habrás oído, digo yo.

--Poco, la verdad. Hay mucho mutismo. Además, ¿a ti qué cojones te importa eso?

--Pues sí me importa. Cualquier historia extraña puede ser un buen arranque para mi novela.

--¡Tu novela! Es lo único que te preocupa, ¿verdad?

--En estos momentos, sí --confesó--. Y no sé por qué te caigo tan mal, tío. Yo no te he hecho nada.

Darío no contestó. Se limitó a alejarse sin decir nada. El escritor observó desde la barra cómo se aproximaba a una joven gótica para pedirle que bailara con él.

Después de haberse bebido tres absentas, Alejo se sentía mareado. Aun así, intentaba grabar en su mente todo cuanto sucedía a su alrededor, ya que extraer una libreta en esas circunstancias no habría resultado conveniente. Estaba apoyado en la barra y se sentía como un pasmarote. Darío había desaparecido de su campo visual y allí, solo, empezaba a pensar que todo había sido un error. Aquel tema le venía grande y tampoco sabía si las andanzas de los góticos eran tan interesantes como para armar con ellas el

esqueleto de una novela. En aquellos instantes dudaba de la idea que tan genial le había parecido en su día.

Absorto como estaba, no advirtió que alguien lo observaba desde el otro extremo de la barra. Una mujer de mirada turbadora había posado sus ojos en él, pero no reparó en ello hasta que se giró para pedir otra absenta. Entonces vio que aquella extraña le hacía un gesto para que se aproximara hacia ella. Estaba sentada sobre un taburete, sola.

--¿Tienes papel? --le preguntó.

Alejo creyó que le pedía un papel para liarse un porro.

--No, no fumo.

--Me refiero a que si necesitas un papel... para escribir --repuso divertida ante su desconcierto.

--No tengo nada que escribir --manifestó confundido.

«¿Cómo sabrá que quiero tomar notas?», se preguntó.

--Me pareció que querías apuntar algo.

--¿Vienes mucho por aquí? --preguntó Alejo cambiando de tema.

--A veces.

Se sentía como un idiota delante de la extraña. Cuanto más la miraba mayor fascinación ejercía sobre él. No sabía sobre qué charlar, pero algo era seguro: no quería dejar de hablar con ella, aunque sólo fuera capaz de decir tonterías en su presencia.

--¿Te han dicho alguna vez que tienes una cara como antigua?

--¿Me estás llamando vieja?

--¡No, no, en absoluto! Quise decir que tus facciones son... son tan perfectas como las de una virgen de un cuadro antiguo.

--¿Tengo cara de virgen?

--En el sentido pictórico --puntualizó Alejo, sin poder hacer nada para que su voz no sonara temblorosa.

No podía evitarlo: se estaba poniendo agradablemente nervioso.

--¿Y, en el otro sentido, qué parezco? ¿Una puta, tal vez?

--No he querido decir eso ni mucho menos --dijo bajando la mirada.

Era evidente que estaba jugando con él. ¡Y lo peor es que le gustaba su juego!

--¿En qué trabajas? --preguntó la desconocida.

--Soy teleoperador.

En el fondo no era mentira.

--Tienes cara de escritor.

--Las apariencias engañan --repuso Alejo haciéndose el interesante.

--Eso es cierto. Nunca se sabe con quién puedes estar hablando.

--¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

--A sobrevivir.

No quiso ahondar en esa cuestión. Intuyó que, seguramente, trabajaba haciendo algo que detestaba, como le ocurría a él mismo en Regalo+, por lo que decidió cambiar de tema.

--¿Y te gusta este local?

--¿La verdad? No demasiado.

--¿Y, entonces, por qué vienes?

--Por lo mismo que has venido tú: para observar a la gente.

Alejo estaba cada vez más sorprendido.

--Aquel chico te hace señas --comentó dirigiendo sus increíbles ojos hacia la pista de baile.

Alejo se giró y vio a Darío. Efectivamente, le hacía señas para que fuera hacia él. «¡Qué inoportuno!», pensó.

--¿Me disculpas un momento?

--Claro. Ya nos veremos.

Daño lo esperaba junto a una columna. Al llegar hasta su posición lo agarró por las solapas y lo arrastró detrás, fuera del campo de visión de la desconocida que permanecía en la barra.

--¿Qué coño pasa? --inquirió molesto.

--¿Por qué hablabas con ésa?

--Porque es la única que se ha dignado dirigirme la palabra en este local de mierda.

--Pues yo juraría que estabas ligando.

--¡No digas gilipolleces! Te recuerdo que salgo con tu hermana. ¿Qué pasa con ella?

--¡Nada! Pero no te acerques a esa tía.

--¿Por qué?

--Porque me da mala espina.

--Es encantadora.

--Puede ser, pero tiene fama de rarita. No me fío de ella.

--¿Fama de rarita? ¿Pero tú te has mirado a un espejo? Te recuerdo que aquí somos todos igual de raritos, incluido yo mismo.

--¡Vale, como quieras! --concluyó Darío dando por finalizada la conversación.

Alejo ansiaba regresar junto a la misteriosa «rarita». Sin embargo, cuando salió de detrás de la columna, comprobó que su silla ya estaba ocupada por otra persona.

La buscó por todo el local sin éxito.

Se había volatilizado.

Eran las seis de la mañana. Sor Angustias se levantó adormilada. La noche había sido más larga que de costumbre y, debido a los acontecimientos acaecidos la madrugada anterior, apenas había podido pegar ojo. Después de asearse, hacia las seis y media, al igual que el resto de las almas que habían recibido el Hábito Santo en el convento de Santa Clara de Jesús, se dirigió al coro para Laudes. Se cruzó con la hermana Ramira, pero ninguna realizó comentario alguno; aún se encontraban bajo la regla de silencio, sólo quebrantada por los cantos pausados de Laudes. Después, todas juntas hicieron oración mental durante media hora más y se dispersaron para asistir a misa y recibir la comunión.

Una vez finalizada ésta, hacia las ocho y media, las sirvientas del Señor fueron al refectorio para tomar un humilde desayuno. No corrían buenos tiempos en el convento y los alimentos escaseaban. Después, cada cual se enfrascó en sus quehaceres diarios. Sor Angustias era una de las encargadas de la faena del lavado de los hábitos. Era una tarea tediosa y pesada que a ninguna le gustaba realizar, y todavía menos en invierno. El frío cuarteaba su piel como si fuera una cuchilla y al restregar las gruesas telas de los hábitos contra la piedra del lavadero no era infrecuente que sus manos acabaran sangrando. Sor Angustias no pudo evitar dirigir sus pensamientos hacia la misteriosa mujer de blanco que ahora descansaba exhausta en una de las celdas del convento. Aquella pobre infeliz sí que tenía las manos severamente castigadas. Sor Angustias oró por ella y por su pronta recuperación. No sabía qué había podido ocurrirle ni por qué se hallaba en aquel lamentable estado, pero su enigmática llegada había contribuido a alterar la paz del recinto. De hecho, algunas hermanas ya se le habían acercado con intención de conocer los detalles de lo ocurrido.

Mientras lavaba recibió la orden de presentarse ante la madre abadesa. Acudió a su despacho de inmediato y se encontró allí con la hermana Ramira, que también había sido convocada.

--¡Adelante, no se queden ahí! --indicó la madre abadesa--. Pasen y cierren la puerta.

Las religiosas obedecieron.

--Bien. Se preguntarán por qué las he congregado --dijo en tono solemne--. Hablaré sin rodeos. Como saben, se plantea un conflicto. La presencia de una extraña nos pone en un compromiso de difícil resolución. Somos una comunidad de clausura y, por tanto, no nos está permitido acoger a personas ajenas. Pero, obrando en caridad cristiana, no he podido sustraerme a los designios del Señor. Si nuestro amado Padre ha querido que esta pobre desharrapada haya llegado hasta nosotras, tiene que existir un poderoso motivo, aunque, francamente, en estos momentos se me escapa.

Hizo una pausa para tomar aire.

Sor Angustias y sor Ramira permanecían de pie. La madre abadesa estaba sentada junto a su mesa de trabajo. Desde allí dirigía los asuntos del convento con mano férrea.

--Tal y como ya les indiqué ayer, no deseo que la vida de nuestra comunidad se vea alterada lo más mínimo por este acontecimiento, así que ustedes dos, que ya han tratado con la recién llegada, serán las únicas personas autorizadas para dirigirse a ella.

--Sí, madre abadesa.

--Sor Angustias, usted se encargará de llevarle las comidas a su celda --indicó quitándose las gafas, que le proporcionaban una mirada aún más inflexible de la que habitualmente tenía--. Y usted, sor Ramira, se ocupará de los cuidados médicos que precise esa mujer.

La madre abadesa prosiguió.

--Intenten, en la medida de lo posible, no comunicarse con ella más que lo justo e imprescindible. Recuerden que lo que le haya sucedido no es asunto de esta comunidad. Y, si ella les habla, tomen buena nota de cuanto les

refiera y notifíquenmelo al instante. Y, por favor --recomendó enarcando las cejas con gesto adusto--, no le den cuartos al pregonero con cuchicheos entre el resto de las hermanas. Si me entero de que han incumplido mis directrices, pueden estar seguras de que las convocaré a capítulo de culpas. ¿Está claro?

--Sí, madre abadesa.

--Nada más, de momento. Pueden retirarse. Vayan ahora a atenderla. Esa mujer debe de estar hambrienta.

Al salir del despacho, sor Angustias miró de reojo a la hermana Ramira. Ambas estaban deseosas de comentar la conversación que acababan de sostener, pero no se atrevieron; el capítulo de culpas acechaba a la vuelta de la esquina.

Mientras sor Angustias se dirigía hacia la cocina para pedir las sobras del desayuno, la hermana Ramira fue a su celda para recoger el botiquín. Se encontraron justo ante la puerta de la habitación de la enferma.

--¡Jesús bendito! --exclamó sor Angustias al ver la cara de Analisa--. Esta mujer está muy pálida.

Analisa dormitaba, pero su rostro no reflejaba placidez, sino agitación. Sudaba a mares a pesar de que en la celda hacía frío.

Sor Ramira procedió a retirar los vendajes de sus manos para limpiar las heridas. Después, le aplicó paños fríos en la frente y en la nuca. Poco a poco la enferma fue recobrando el sentido.

--¿Se encuentra mejor? ¿Tiene hambre? --preguntó sor Angustias.

--Ha sido un error --susurró con voz débil--. Se equivocaron conmigo. No estoy muerta --dijo Analisa haciendo esfuerzos sobrehumanos por comunicarse.

--¡Cálmese! No malgaste energía.

--Me llevaron al panteón con ella, pero yo estoy viva... ¡Viva!

Las religiosas se miraron extrañadas. No entendían el sentido de sus palabras.

--No sé qué opina usted, sor Ramira, pero para mí que esta mujer delira.

--Es posible. Tiene fiebre --repuso aplicando de nuevo los paños fríos sobre su frente.

--Debe comer --dijo sor Angustias aproximándole un tazón de leche caliente.

Sin que le diera tiempo a reaccionar, sor Angustias vio con estupor cómo la joven la agarraba por los brazos para acercarse el tazón a la boca. Bebió con ansia, derramando la leche por los bordes. Sin embargo, nada más finalizar lo vomitó todo sobre el hábito de la religiosa. Sor Angustias se apartó espantada.

--Voy a cambiarme. Ahora mismo regreso y lo limpio --informó, mientras salía de allí horrorizada.

La hermana Ramira estaba extrañada. No entendía por qué la joven devolvía todo lo que ingería.

--Busquen a Patro y díganle que no he muerto. Ella sabrá qué hacer --explicó Analisa en un raptó de lucidez.

A Sexta, las almas del convento de Santa Clara de Jesús retomaron los rezos antes de dirigirse al refectorio para la comida comunitaria. Aquél no era el momento más apropiado para informar a la madre abadesa del estado de la recién llegada, pues las religiosas debían comer en completo silencio escuchando a la hermana lectora. Era viernes; por tanto, tocaba la lectura de la regla. Sor Angustias y sor Ramira, sentadas una enfrente de la otra, cruzaron miradas de preocupación. Ambas sabían que, lejos de mejorar, la

recién llegada parecía haber empeorado, al menos en lo tocante a su salud mental. Lo cierto es que aquella pobre mujer parecía haber perdido el norte.

Tras la comida las religiosas, aprovechando el tiempo del recreo, se personaron en el despacho de la madre abadesa para informarla de todo cuanto había sucedido.

--Y dice algo de que fue encerrada por error en un panteón --apuntó sor Angustias.

--¿Cómo? ¿Encerrada en un panteón?

--Pero no se puede tener en cuenta ese comentario --explicó la hermana Ramira quitándole hierro al asunto--. Delira a causa de la fiebre.

--¿Y ha comido? --quiso saber la madre abadesa.

--Bebió con avidez un tazón de leche, pero al instante me lo vomitó todo encima --repuso sor Angustias, aún asqueada ante aquel desagradable recuerdo.

--Y, bien, hermana Ramira, ¿cuál es su diagnóstico? ¿Sabe ya qué mal aqueja a esa mujer?

Por lo general, siempre sabía qué debía responder a esa pregunta. No era éste el caso.

--No sabría decirlo a ciencia cierta. Los vómitos me tienen desconcertada --contestó bajando la mirada--. Tal vez cuando se le pasen las fiebres ella misma pueda explicar la causa de su lamentable situación.

--¿No sabe lo que le ocurre? ¡Lo que nos faltaba! --resopló la madre abadesa con fastidio.

--Mencionó a una tal Patro. Dijo que ella sabría qué hacer... --insinuó la hermana Ramira.

--¡De ningún modo! Eso sería violar la clausura, y, tal y como tiene la cabeza esa pobre desamparada, seguramente ni siquiera exista alguien con ese nombre. Limítense a seguir con los cuidados e infórmenme de la evolución de la enferma.

Después del silencio mayor y de Nona, que se desarrollaba en el coro para rezar la corona franciscana, sor Angustias y sor Ramira intentaron en vano que la recién llegada probara bocado. Sor Angustias apareció con una escudilla de puchero, un guiso típico de la región cocinado a base de garbanzos, gallina, huevos, calabaza y hierbabuena. Aquel día el convento no disponía ni de gallina ni de huevos, así que el guiso resultaba un poco insustancial.

Fue inútil. La joven volvió a vomitarlo todo, así que las monjas retornaron cabizbajas a sus quehaceres diarios hasta Vísperas, momento en el que regresaron al coro para rezar la letanía, el rosario de la Virgen y otras devociones.

Ya en la cena, escucharon en el refectorio, como cada viernes por la noche, la lectura del testamento de Santa Clara. Y allí mismo rezaron Completas, tras lo cual todas las hermanas volvieron a sus celdas; todas menos sor Angustias y sor Ramira, que se afanaron una vez más para que la mujer de blanco comiera; no fue posible: de nuevo devolvió el alimento que había ingerido.

--Sor Angustias, en confianza, empiezo a estar seriamente preocupada por esta mujer. No sé qué mal puede albergar en su interior que la impide asentar la comida.

--¿Lo intentamos de nuevo después de Maitines? --preguntó sor Angustias.

Antiguamente, maitines tenía lugar a medianoche. Con los años, comenzarían a celebrarse por la mañana. La avanzada edad de algunas de las hermanas así lo aconsejaba.

--Sí. Y, en caso de que vuelva a arrojar, informaremos de ello a la madre abadesa. Lo más curioso es que sus heridas externas parecen haber

cicatrizado a buen ritmo. Exteriormente, parece casi restablecida.

Analisa se sentía a las puertas de la muerte. No sabía por qué se encontraba tan mal, pero por más que intentaba comer para recuperar sus fuerzas, sólo sentía arcadas ante los guisos conventuales. Tenía hambre, sí, pero su estómago no parecía dispuesto a asimilar la comida. Imbuida en su particular calvario, había llegado a imaginar que los alimentos que las monjas le facilitaban estaban agrios o, incluso, podridos.

No obstante, lo peor no era la imposibilidad de mantener la comida en su estómago; lo que realmente la aterró fue descubrir que sentía un instinto animal cada vez que sor Angustias se acercaba a ella con la escudilla en las manos. No podía obviar por más tiempo que era capaz de advertir el palpito de sus venas a través de las telas de su grueso hábito. Aun sin ver su cuello, percibía el flujo de la sangre por aquel cuerpo caliente y vivo. Jamás le había ocurrido algo así. Por tanto, no imaginaba cómo podría reaccionar la siguiente vez que sintiera el cuello de sor Angustias aproximarse hacia ella. Un sentimiento idéntico experimentaba cuando la hermana Ramira se sentaba en su cama para aplicarle las curas.

«¡No puedo creer lo que he hecho!», se decía Violeta tirándose del pelo. Se lo repetía una y otra vez para apartar de su cabeza la monstruosidad que acababa de cometer. Sin embargo, la carita de aquel gato pardo con los ojos entornados y el pelaje cubierto de sangre se le aparecía a cada instante recordándole en qué se había transformado. «¡Soy una hijaputa sin escrúpulos!», se repetía para torturarse, como si con ello pudiera borrar los últimos acontecimientos.

--Estoy orgullosa de ti --le había dicho Ana al ver cumplido su objetivo.

--No debí escucharte, no debí hacerlo.

--Pero lo hiciste y ahora no tiene sentido que te tortures. El gato no va a volver a la vida por ello.

--¿Cómo puedes vivir así?

--Tú querías ser como yo, ¿recuerdas? Querías saber qué se sentía estando en mi piel. Soñabas en secreto con ello. Ahora ya lo sabes.

--No imaginaba que fuera tan... tan espantoso.

--Te acostumbras, querida Darky. Te acostumbras a casi todo --manifestó Ana con mirada vidriosa.

Esa mirada... Nunca antes la había percibido en la no-muerta. Siempre parecía tan segura, tan fría y calculadora que no acertaba a interpretar aquella mirada acuosa. ¿Era aquel ser capaz de experimentar sentimientos? ¿Sentimientos humanos?

Duró sólo unos instantes. Su rostro demudó en seguida y regresó a su habitual semblante imperturbable. Había sido tan fugaz como el paso de un cometa. «Tal vez sólo ha sido un espejismo», pensó Violeta.

Debía admitirlo de una vez: se encontraba bajo el poderoso influjo de una no-muerta, de un ser manipulador, egoísta y sin sentimientos de clase alguna, de un ser capaz de dominar su mente con tan sólo el chasquido de los dedos. Se sentía fatal por lo que había hecho, pero sabía que, de volver a pedírselo, pese a los remordimientos que ahora la asaltaban, obraría del mismo modo.

«¿Qué diría el doctor Pérez-Valentí si tuviera oportunidad de volver a examinarme? ¿Cuál sería su dictamen profesional? Seguro que pensaría que he desarrollado una personalidad sociopática y me atiborraría de pastillas», pensó Violeta. ¿Pero cómo convencer al doctor de que la joven tal vez sólo se había transformado en una versión descafeinada del inefable Rendfield, el esclavo del conde Drácula? En cualquier caso, siempre existiría una gran diferencia entre Violeta y Rendfield. Éste se hallaba encerrado en un hospital y, por tanto, era inofensivo para la sociedad. Sin embargo, Violeta

permanecía libre, al menos desde el punto de vista físico. Por suerte para ella, el doctor Pérez-Valentí jamás volvería a sondear su mente.

A veces se preguntaba cuál sería la historia de Ana y qué le habría ocurrido hasta llegar a ese punto. Si ella era su sirvienta, ¿a quién estaba sometida su anfitriona? ¿Quién la habría convertido en lo que era? ¿O quizá fue siempre así? No, eso no era posible. Toda historia tenía un comienzo, un principio, un origen... Las personas no nacían con una condición vampírica a sus espaldas. ¿O sí?

En apariencia nada hacía presagiar que Ana estuviera bajo el yugo de otro vampiro. Había registrado su casa palmo a palmo: cada recoveco, cada cajón, cada estante. Nada. No había nada extraño que constituyera una pista, lo cual la intrigaba aún más. Había explorado todo. Todo excepto su habitación. Nunca había tenido acceso a ella, y no por falta de ganas. Se encontraba cerrada a cal y canto bajo un sofisticado sistema de seguridad con clave numérica. Si atesoraba algún vestigio del pasado, algún recuerdo, sólo podía permanecer oculto en aquel lugar. Pero Ana no era estúpida. No. No lo era en absoluto, y se guardaba muy mucho de teclear los números mágicos en su presencia.

También cabía la posibilidad de que hubiera borrado todas las huellas de su pasado tirando todo cuanto la recordara lo que un día fue. Pero todos conservamos algo, por pequeño que sea, de nuestro pasado. Y, si no era así, ¿por qué mantenía aquella habitación fuera de su alcance? ¿Qué escondía allí que mereciera tantas molestias y tantos cuidados?

Al principio ni siquiera sopesó la posibilidad de acceder al dormitorio, pero, pasado el tiempo, entrar en aquella habitación se había convertido para Violeta en una auténtica obsesión. Había probado infinidad de combinaciones aprovechando sus ausencias nocturnas sin éxito. Sólo cabía aguardar a que la no-muerta tuviera un descuido, a que cometiera un desliz que le permitiera penetrar en su particular santuario.

Aquella noche Ana regresó antes de lo previsto y no de muy buen humor.

«Casi me pilla», pensó Violeta con alivio. Un par de minutos habrían bastado para encontrarla sentada frente a la puerta de su dormitorio probando toda suerte de combinaciones.

No había comido. Lo sabía por el brillo de sus ojos. Había aprendido a distinguir entre un vampiro bien alimentado y otro hambriento. Cuando no se había saciado el brillo de su mirada desaparecía dejando paso a una expresión opaca, sin vida. Ése era uno de los pocos momentos en los que podía advertirse su condición de no-muerta. Pero incluso para descubrirlo había que conocerla un poco.

Por lo general, la falta de alimento también se reflejaba en su carácter. Se tornaba malhumorada, irascible y despótica. Suerte para la gótica que había abundancia de sangre en los congeladores. No era lo mismo --afirmaba la no-muerta--, pero servía para paliar sus ansias.

Sin esperar la orden, Violeta se adelantó a sus deseos. Bajó corriendo al sótano y tomó una dosis de uno de los congeladores. Fue a la sala de estar y encontró a Ana, ya en camión, tumbada en el sofá. Se la veía más lánguida que de costumbre.

Sin decir nada, le tendió la bolsa de sangre.

Ana la tomó con cuidado y la depositó sobre la mesa esperando a que se descongelara. Estaba ansiosa, pero no podía introducirlo en el microondas. ¡Aquello sería un verdadero sacrilegio!

Violeta estaba de pie junto a ella, esperando instrucciones.

--Sé lo que estás pensando. Pero tú no puedes entenderlo --espetó la no-muerta.

--Entonces, explícamelo. Me gustaría poder comprenderlo.

--Aunque suene mal decirlo, no todas las sangres son igual de sabrosas, Darky --informó al tiempo que hacía un gesto para que Violeta se sentara junto a ella, a sus pies.

La joven obedeció. La encantaban aquellas charlas fugaces. La vampira no solía hacer este tipo de concesiones. Era muy reservada, y por ello había aprendido a no hacer demasiadas preguntas. Era consciente de que el verdadero conocimiento vampírico era algo sobre lo que Ana no siempre estaba dispuesta a hablar. Facilitar demasiada información acerca de su forma de vida era, en cierto modo, revelar que los no-muertos también poseían algunos puntos vulnerables. Y, a la larga, conocer sus debilidades podía contribuir a destruirlos.

Sin embargo, de vez en cuando Ana hablaba acerca de su condición de no-muerta y lo hacía con total naturalidad, igual que un maestro se dirige a su discípulo. Violeta ignoraba qué la impulsaba a hacerlo. Tal vez la soledad acumulada durante largos años le pesaba como una losa, o acaso la estaba preparando para convertirla en alguien como ella. En cualquier caso, la joven la escuchaba siempre con atención. Y lo hacía porque sabía que todo cuanto la no-muerta explicaba jamás podría encontrarlo reflejado en ningún libro sobre vampiros al que pudiera tener acceso.

--En realidad, ningún carnívoro podría disentir sobre ello --prosiguió la no-muerta mirándola con una extraña fijeza.

Su mal humor había quedado atrás, dejando paso a la melancolía.

--¿En qué se diferencian?

--Para que lo entiendas, querida Darky, no es lo mismo comer un filete de ternera joven y jugosa que otro de carne vieja y correosa.

--En eso estoy de acuerdo.

--Ni siquiera un vegetariano, si lo supiera, consentiría en comer un tomate manipulado genéticamente teniendo la posibilidad de acceder a otro cultivado a la antigua usanza --explicó mientras le acariciaba el pelo.

--No es lo mismo beber sangre congelada que tomarla aún caliente directamente del cuello de la presa. Pero a veces --confesó después de una

pausa-- no queda más remedio.

--¿Y qué te lo ha impedido esta noche? --preguntó con timidez.

--Eso, querida, es algo que no voy a contarte hoy. Quizá otro día.

--Me gustaría poder ver cómo lo haces.

Violeta se sorprendió por haber pronunciado aquellas palabras. En el fondo no quería verlo. ¿O sí?

--No es agradable, Darky. No lo es para un profano y, con franqueza, no creo que estés preparada para ello.

Violeta calló. Eran tantas las emociones que la asaltaban que prefirió no decir nada. ¿Era posible que la odiara y la amara al mismo tiempo?

«¿Me estaré volviendo loca?»

Ana respondió adelantándose a sus pensamientos.

--En el amor siempre hay algo de locura, mas en la locura siempre hay algo de razón --sentenció--. No lo digo yo. Lo dijo Nietzsche. ¿Hay algo más que quieras preguntarme?

--En realidad, sí.

--Pues hazlo ahora. Tal vez en otro momento no esté dispuesta a contestar a determinadas cosas.

--Ya sé que no todas las sangres son iguales. Eso me ha quedado claro. Pero, aparte de las diferencias de sabor entre ellas, ¿existe algo más que las distinga?

Ana permaneció en silencio unos instantes, tras los cuales se dispuso a contestar.

--Sí. ¿Tienes idea de lo que es la esencia del alma?

--No.

--Pero al menos sí podrás imaginar lo que es la esencia de una persona.

--¿Su perfume? ¿Su olor corporal?

--Más o menos --indicó tomando la bolsa de sangre ya casi descongelada--. Cuando bebemos sangre de una presa, podemos apreciar la esencia de esa persona o, mejor dicho, de su alma. Cada persona tiene impresas unas vivencias. Tú tienes las tuyas y por eso eres como eres. No hay dos Darkys --dijo señalándola con el dedo índice--. Ni siquiera los gemelos son iguales, porque cada uno ha recibido una serie de impactos, de experiencias, de señales que han contribuido a marcar su trayectoria.

--¿Puedes saber lo que ha vivido una persona cuando bebes su sangre? ¿Te refieres a eso?

--Es difícil explicarlo sin que puedas llegar a sentirlo, pero sí. Básicamente, así es. No es que pueda saber lo que ha vivido esa persona; es que soy capaz de verlo y, en cierta manera, de aprender de ello.

--¿Quieres decir que la sangre que hay en esta bolsa te hará «ver» cosas? --preguntó sorprendida.

--Esta sangre no es la más idónea. En este caso --pronosticó--, será un mal «viaje», una experiencia desagradable. Por ello no me gusta la sangre «muerta» y por eso me pongo de mal humor cuando no hago lo que tengo que hacer y soy considerada con algunas presas.

--¿Me estás diciendo que hoy le has perdonado la vida a alguien? --dijo Violeta sorprendida ante aquel arranque... ¿humano?

--Puede ser --contestó con ambigüedad acariciando la bolsa de sangre, que por fin se había licuado--. Y ahora déjame sola. Comer es un acto más íntimo de lo que la gente supone.

Violeta obedeció y se retiró a su habitación. Ana se levantó del sofá, puso *La creación* de Haydn y, en su compañía, ingirió aquella dosis de sangre muerta.

Muy pronto las heridas físicas de Analisa cicatrizaron por completo. Para sor Ramira, se trataba de un hecho inexplicable que sólo podía ser achacado a la intercesión de la muy antigua y venerable madre sor María de Santa Clara, auténtica alma mater de aquel lugar, que había sido elegida abadesa del convento en 1613 y cuya vida estuvo plagada de innumerables pruebas y de incontables sucesos tan piadosos como extraordinarios.

Procedente de noble cuna, muy pronto escuchó la llamada del Señor y no dudó en abandonar la comodidad del hogar familiar para cumplir a rajatabla con los designios del Altísimo. De ella se decía, por ejemplo, que aborrecía el comercio con los seglares. Para evitarlo dispuso que otra hermana con una voz muy similar a la suya bajara al torno a atender a los extraños haciéndose pasar por ella.

Siempre hizo suyo el voto de pobreza evitando usar ropas nuevas. Por este motivo entregaba a otras hermanas los hábitos de nueva confección. En cuanto a su calzado, sus sandalias eran tan viejas que más bien parecían instrumentos de tortura que se le clavaban en los pies. Ésta era la razón por la que solía andar descalza aun en fechas en las que el frío era extremadamente severo.

Era frecuente encontrarla tendida en el suelo en los lugares de tránsito del convento, como los umbrales de las puertas, a fin de que sus hermanas la pisaran al pasar como expiación de sus pecados. Y, siendo ya prelada, ordenó que el resto de sus hermanas le pisaran la boca cada vez que recibía el sacramento de la confesión.

Según se cuenta, en determinadas ocasiones tuvo lo que podría denominarse «arrebatos místicos», en el transcurso de los cuales era capaz de ver al Niño

Jesús en el pesebre y a la Reina del Cielo junto a él. Decidió dejar plasmadas por escrito estas visiones con una pluma ágil y elegante.

Su vida no fue sencilla. Se vio abocada a soportar crueles lances en forma de accidentes y enfermedades, que la llevaron a quedarse ciega, a padecer un cáncer de garganta que la privó de la facultad del habla y a desarrollar pústulas por todo su cuerpo. Y, pese a todo, esta humilde sierva de Dios, lejos de lamentarse, se regocijaba en la ordalia que le había tocado en suerte soportar, y se comportó así hasta el mismo día en que abandonó este mundo.

Pese al tiempo transcurrido desde su óbito, sor María de Santa Clara era venerada en el convento como si de una auténtica santa se tratara.

La hermana Ramira estaba convencida de que las heridas de la recién llegada se habían curado con tanta celeridad debido a su divina intervención. «¿Qué otro motivo podía existir para que se hubiera repuesto tan pronto, si no era capaz de asimilar la comida?», se preguntaba la religiosa.

Sor Angustias era de la misma opinión; no así la madre abadesa, que precisaba de mayores pruebas para calificar de «milagro» aquella curación. Si bien reconocía que había algo extraño en la manera en que se había recuperado, no era partidaria de lanzar las campanas al vuelo con tanta rapidez como sus hermanas.

--Si estuviera sanada del todo, comería como Dios manda. ¡Y no hace más que devolver! --sentenció.

--Esa mujer ha debido de estar sometida a una fuerte tensión y es por eso por lo que vomita el alimento --manifestó la hermana Ramira intentando reforzar la hipótesis del supuesto milagro.

--¡Parece mentira que sea usted mujer de medicina, sor Ramira! No me negará al menos que está demenciada. De haber querido obrar con ella un prodigio, ¿no tiene mayor sentido que sor María de Santa Clara la hubiera curado por completo?

--Pero...

La hermana Ramira se vio interrumpida por la madre abadesa.

--¡No hay «peros» que valgan! --la espetó en tono agrio--. Me da igual si ha habido o no intervención divina. El caso es que esa mujer no pertenece a nuestra comunidad y quiero que se marche cuanto antes.

--¿Y vamos a permitir que abandone esta casa aun sin haber recuperado del todo el norte? --intervino sor Angustias.

--¡Eso es! Le señalaremos la dirección del pueblo y que allí se las apañen con ella y sus asuntos mundanos. Denle un hábito y comida para un día --la expresión de su rostro no ofrecía posibilidad de discusión--. Y háganlo al caer la noche. No quiero que salga a plena luz del día delante de todas nuestras hermanas.

Ambas religiosas salieron del despacho de su superiora cabizbajas y resignadas. No entendían qué mal podía causar al convento la presencia de aquella joven sin pasado.

A la caída del sol, hacia las seis de la tarde, sor Angustias se dirigió a la celda de Analisa. Entonces fue cuando de veras advirtió un cambio sustancial en ella: era la primera vez que la veía totalmente despierta y consciente. Estaba sentada sobre la cama y la miraba con ojos penetrantes. Pero no recordaba que los tuviera tan grandes ni que su mirada fuera tan turbadora.

Al principio se sorprendió al encontrarla en aquella postura, pero no quiso darle mayor trascendencia. Sor Angustias portaba una escudilla de lentes en su mano derecha y un hábito nuevo colgado de su brazo izquierdo. Sor Ramira debía de estar a punto de reunirse con ellas.

--¿Emersinda? Es ése su nombre, ¿verdad? --preguntó no sin curiosidad.

Durante sus delirios había repetido aquel nombre hasta la saciedad.

--¡No! --respondió tajante--. Me llamo Analisa.

--¿Y quién es, entonces, Emersinda? ¿Su madre? ¿Su hermana?

--Mi tía.

Analisa había perdido toda esperanza de comunicar a la religiosa todo cuanto había padecido en los últimos días. Al principio intentó explicarle que había sido víctima de una confusión fatal que había inducido a todos a pensar que estaba muerta, cuando realmente no era así. Sin embargo, lejos de comprender sus razonamientos, las religiosas la habían tomado por una demente, desechando sus reiteradas peticiones de avisar a Patrocinio.

--¿Y sabe dónde está su casa? ¿Podrá llegar hasta ella? Se lo comento porque la madre abadesa dice que, ahora que se encuentra bien, debe abandonar nuestro convento. Por eso mismo le he traído este hábito.

Parecía evidente que sor Angustias era contraria a aquella decisión.

De repente, observó algo raro en la joven. Ésta la miraba fijamente, como una cobra a su presa. Sus ojos le produjeron escalofríos. Por un momento habría jurado que cambiaban de color tornándose rojos. ¡Aquella mirada había logrado asustarla!

Sin saber muy bien qué le impulsaba a hacerlo, decidió abandonar la celda para ir en busca de la hermana Ramira. No quería permanecer más tiempo sola junto a la desconocida. No parecía la misma persona... ¡Y le daba miedo!

Analisa se sentía fatal.

No sabía qué le estaba ocurriendo ni por qué había experimentado tanta ansia y aquella sensación de vacío en la boca del estómago cuando sor Angustias se acercó a ella con el hábito en la mano. Su estómago había protestado igual que lo hacía cuando estaba hambrienta, y, sin embargo, al

ver la escudilla de lentejas se le revolvieron las tripas. ¿Qué mal le aquejaba? Se sentía tan distinta, tan diferente y extraña en su propio cuerpo.

«¿Qué me ha hecho Emersinda?», se preguntaba angustiada.

No quiso quedarse para averiguarlo. Tenía que salir de aquel lugar o quizá sería capaz de cometer una locura.

Se puso el hábito con suma rapidez y asió el manojito de llaves que sor Angustias había dejado abandonado precipitadamente sobre la cama. Entonces, salió con sigilo de la celda y se dirigió hacia la puerta principal. Probó varias de las aparatosas llaves de hierro hasta dar con la adecuada.

«¡Que Dios me perdone por lo que acabo de hacer! ¡Que Dios me perdone, porque yo no puedo!»

Analisa se echó a llorar inundada de rabia y dolor. Las lágrimas corrían por sus mejillas como ríos de sangre fresca, la misma que ahora manchaba su rostro, sus manos y su hábito. De haber sido posible, habría deseado desaparecer de la faz de la Tierra en aquel mismo instante, morir, caer fulminada por un rayo. ¿Pero cómo podía morir si ya no pertenecía al mundo de los vivos?

Si hubiera conservado el crucifijo que le dio el párroco, tal vez ahora no se hallaría ante aquella angustiosa situación, aunque, de haberlo guardado, quién sabe qué habría ocurrido. Aún resonaban en su mente las últimas palabras que recordaba haber escuchado de boca de Emersinda: «Por más que le llames, tu Dios no vendrá a protegerte.» ¿Qué había hecho con ella aquel ser diabólico? ¿Era ahora un demonio, igual que ella?

Analisa abandonó el cuerpo sin vida de la pequeña, lo depositó sobre la cama y, en un gesto tan amoroso como paradójico, lo arropó con la raída colcha que cubría su cama. Jamás podría olvidar su carita, que, extrañamente, reflejaba placidez. Tenía los ojos cerrados y los adorables rizos rubios manchados con la sangre que aún manaba de su delicado

cuello. Después, abandonó su habitación saliendo por la ventana, por el mismo lugar por el que había entrado.

Para su desgracia, comprobó que todos sus males físicos habían desaparecido en el mismo instante en que había probado su sangre inocente. Habían cesado los temblores, los sudores fríos, la ansiedad y el hambre. Pero, en contrapunto, una tormenta de remordimientos y de angustia se había abatido sobre ella como las alas de un gran murciélago.

En su descargo sólo podía argumentar que no lo había planeado.

Tras abandonar el convento de Santa Clara de Jesús bajó la colina y se dirigió hacia el pueblo. Aquellas luces que asomaban al fondo debían de pertenecer a sus casas.

El único motivo por el que quería ir a ese lugar era para buscar a Patro. Había tantas cosas que aclarar. Necesitaba saber, por ejemplo, por qué la habían introducido en un panteón en compañía de su horripilante tía. ¿Se trataba de un complot o de una simple confusión?

Durante su estancia en el convento había dispuesto de mucho tiempo para meditar acerca de su desagradable situación y sólo había podido concluir que debió de ser Patro o Pedro quienes la encontraron desvanecida en su habitación. Y ahora precisaba gritar al mundo que estaba viva.

Eran cerca de las nueve cuando alcanzó la humilde casa en la que vivía Patrocinio junto a su familia. Llamó a la puerta con insistencia hasta que alguien la abrió. Para su sorpresa, no fue Patro quien lo hizo, sino una niña. No tendría más de seis o siete años. Analisa no estaba segura de que aquélla fuera la casa de la doncella, pero recordaba la descripción que una vez la misma Patro había hecho de su hogar.

--¿Vive aquí Patro?

--Sí. Pero mamá no está.

--¿Y dónde se encuentra? Preciso hablar con ella urgentemente.

--Ha ido con papá al funeral.

Al escuchar la palabra funeral, Analisa sintió cómo las piernas apenas la sostenían. Un funesto presagio cruzó por su mente y necesitaba desecharlo.

--¿Funeral? ¿Qué funeral? ¿Quién ha muerto?

--La señorita Analisa y la señora mala --repuso la niña extrañada, pues todo el mundo en el pueblo sabía que ambas habían muerto.

La joven no supo qué decir. Sus fuerzas la abandonaban, su cabeza daba vueltas, sentía un dolor punzante en el estómago y unos temblores incontrolables en los brazos y en las piernas.

La niña debió de advertir algo raro en aquella mujer de hábito marrón y blanco.

--¡Abuela, abuela! Hay una monja en la puerta que pregunta por mamá --exclamó, dejando el asunto en manos de los mayores.

--No hace falta que la llames, niña. Ya vendré en otro momento.

Cuando la abuela se asomó a la puerta, Analisa ya había desaparecido.

--¿Monja? ¿Qué monja ni qué ocho cuartos? ¡Anda para adentro que se va el calor! --masculló la abuela enojada.

«¿De verdad estoy muerta? ¿Y por qué puedo caminar, hablar, pensar y sentir?»

Aquella dulce niña le había abierto los ojos. En aquel momento no era capaz de definir su estado. Apenas recordaba nada de la noche fatídica en la que Emersinda abandonó la silla de ruedas para abalanzarse sobre su cuello. Sus recuerdos eran vagos, más parecidos a un mal sueño que a un

acontecimiento real y palpable. Todo lo relacionado con aquella noche estaba envuelto en una espesa nebulosa.

Arropada por la oscuridad, permaneció escondida en las inmediaciones de la casa. No sabía qué hacer. Se debatía entre marcharse o quedarse allí, agazapada. Estaba desesperada. Su mundo, sus creencias y su propia vida se habían venido abajo en un abrir y cerrar de ojos. Todo parecía haberse derrumbado y sólo quedaba sitio para los temblores, los sudores fríos y ese dolor punzante que martilleaba sin cesar la boca de su estómago... Y para el miedo. Se sentía aterrada ante el hecho de que sólo era capaz de recrear una imagen monstruosa, un pensamiento imposible de formular en voz alta: el recuerdo del cuello de aquella niña palpitando bajo su camisón rosa bordado con puntillas de ganchillo.

«Dios mío, ¿qué me ocurre? ¡Ayúdame, por favor! ¡Haz que esto pare! ¡Yo no soy como Emersinda! ¡No soy así!»

Pero sí lo era. Al menos, lo sería a partir de aquella noche.

A través de la ventana vio, como si de sombras chinescas se tratara, cómo la niña era conducida por su abuela hasta su habitación. La vio arrodillarse junto a la cama y rezar. Al finalizar, su abuela le dio un beso y la arropó. Después apagó la vela y abandonó la estancia.

La oscuridad reinaba cuando Analisa se acercó sigilosamente a la ventana que daba al cuarto de la pequeña. Tocó en el cristal con los nudillos, suavemente. No quería asustarla.

--¡Abre la ventana, por favor!

La niña dudó, pero al fin obedeció. Aquella figura bañada por la claridad de la Luna parecía la de la monja que había llamado antes preguntando por su madre, y una monja nunca podría hacerle mal alguno.

--Déjame entrar, pequeña --susurró con dulzura--. Fuera hace frío.

Estaba seguro. Aquellos gritos provenían de la habitación que ocupaba Darío y no del patio de vecinos, como había sospechado en un primer momento. Alejo Espinal se incorporó y miró la hora en el despertador. Eran más de las tres de la mañana. ¿Por qué gritaba de aquella manera? ¿Qué le pasaba?

Los muros de la casa parecían contruidos con papel de fumar, así que Alejo dedujo que, si él se había despertado a causa de las voces, tal vez también lo habría hecho el vecino de al lado.

Aún desorientado, encendió la luz de la mesilla. Se levantó trabajosamente, se puso las zapatillas y se dirigió a la habitación de Darío. Los gritos no habían cesado. «¿Qué es lo que grita?», se preguntaba mientras caminaba por el pasillo.

Mencionaba a un tal Raúl.

--¡Raúl, no te dejaré morir!

Abrió la puerta y encendió la luz, pero aun así Darío no se despertó. Daba vueltas en el sofá-cama bañado en sudor. Su pelo, habitualmente domado por la gomina, estaba revuelto y encrespado, y continuaba vociferando entre sollozos.

--¡No se ha suicidado! ¡Deben creerme!

Se le veía tan asustado y vulnerable que Alejo sintió lástima por él.

Dudó qué hacer. ¿Debía despertarle bruscamente y acabar con su sufrimiento?

«A lo bestia, no --sopesó--. A ver si le va a dar un infarto.» Finalmente, optó por asirlo del brazo con suavidad y zarandearlo un poco.

--¿Qué? ¿Qué? ¿Qué pasa? --gritó Darío dando un respingo e incorporándose de golpe en la cama.

--Tenías una pesadilla. Ibas a despertar a todo el vecindario. ¿Estás bien?

Darío lo miró instintivamente con un gesto de desconfianza. ¿Desde cuándo se preocupaba alguien por él? Eso era nuevo.

--¿Y bien? ¿Qué soñabas? Te confieso que me has acojonado. No te has despertado ni cuando he encendido la luz.

--Nada. No estaba soñando.

--¡Venga ya, tío! Hablabas de un tal Raúl. ¿Quién es?

No estaba dispuesto a contarle su vida a nadie y menos al novio de su hermana.

--No conozco a ningún Raúl --mintió.

--Vale. Como quieras --le espetó apagando la luz--. Pero intenta no soñar en alto. No quiero movidas con los vecinos.

El despertador sonaría a las siete menos cuarto, pero Alejo ya no pudo recuperar el sueño perdido.

Darío tampoco. Era una pesadilla recurrente que le asaltaba de vez en cuando desde la muerte de su amigo Raúl. Cuando creía que la había vencido, regresaba de nuevo. Más de una vez había pensado en contársela a un psicólogo, pero había desestimado la idea porque sabía que hacerlo supondría tener que hablar sobre su vida y enfrentarse a ciertas preguntas para las que no tenía respuesta y que le resultaban dolorosas. Sin embargo, aquella noche al escenario de su pesadilla se había sumado un nuevo personaje: Alejandra Kramer.

Había aparecido casi al final del sueño, justo antes de que Alejo lo despertara. Alejandra había surgido como una exhalación junto a la tumba

de Raúl. Insinuante, bella y provocativa, como siempre. Sin pronunciar una sola palabra le había tendido una pala. ¿Qué pretendía que hiciera con ella?

Su cama estaba hecha un desastre. Se arropó como pudo y se abrazó a la almohada. Las lágrimas empezaron a acumulársele en los ojos nublando su visión. Aquella noche comprobó cómo la evocación de su recuerdo aún tenía el poder de hacerle daño.

Después de una intensa jornada en Regalo+, Silvia esperaba a Alejo con su coche en la puerta. Habían quedado para pasar la tarde juntos. Desde que Darío estaba alojado en su casa, el escritor sentía que había perdido buena parte de su intimidad.

Silvia lo recibió con un beso en los labios. Alejo se quedó un poco frío. Le fastidiaba reconocerlo, pero desde que había conocido a aquella desconocida en The Gargoyle se sentía distinto. Al producirse el contacto entre sus labios, tuvo un *flash-back* del encuentro en el local gótico, pero intentó olvidar sus emociones para centrarse en su novia.

--No tienes buena cara --comentó Silvia.

--Es que no he pegado ojo.

--¿Y eso?

--Tu hermano me desveló a las tres de la mañana y ya no he podido volver a dormir --explicó acomodándose en el asiento del copiloto.

Silvia arrancó el vehículo en dirección al centro. Había un tráfico espantoso.

--¿Ha sido por la música? Hablaré con él. Mis padres siempre se quejan de que la pone demasiado alta.

--No. Tuvo una pesadilla y comenzó a gritar como un poseso. Por cierto, ¿sabes quién es un tal Raúl?

--Era el mejor amigo de Darío. Ha vuelto a soñar con él, ¿verdad?

--¿Era o es?

--Era. Murió. Bueno, en realidad se suicidó.

Alejo enarcó las cejas sorprendido.

--¿Y sueña con él muy a menudo?

--A veces, aunque creí que ya lo habría superado.

--Pues se ve que no. Es más, cuando le pregunté quién era, negó conocer a algún Raúl. ¿Hace mucho que murió su amigo?

--Hace bastantes años.

--Entonces debería ir a un psicólogo.

--Ya se lo dijimos, pero siempre se ha negado.

El siguiente fin de semana Alejo y Darío acudieron juntos a un par de locales góticos. Primero estuvieron en La sepultura y después volvieron a visitar The Gargoyle, el local favorito del joven gótico. Allí permanecieron el resto de la noche. El escritor se sorprendió varias veces mirando en dirección a la puerta. ¿Esperaba ver aparecer por ella a la atractiva desconocida que había conocido en aquel lugar? Posiblemente así era, aunque Alejo no estaba por la labor de reconocerlo. Sin embargo, no se presentó y el escritor empezó a aburrirse como una ostra.

Darío había desaparecido hacía un rato. Anunció que iba a pedir una copa, pero tardaba más de la cuenta en regresar, por lo que Alejo empezó a considerar la posibilidad de que hubiera decidido darle esquinazo para buscar compañías más afines.

Alejo se dirigió al baño para refrescarse un poco la cara, pues el calor dentro del local resultaba sofocante. Al bajar las escaleras que conducían al aseo le pareció escuchar la voz de Darío, pero no estaba seguro, ya que el volumen de la música ahogaba cualquier conversación.

De repente vio cómo Darío era empujado contra una de las paredes del pasillo de acceso a los baños. No pudo ver la cara del agresor porque lo tapaba un muro decorado con terciopelo rojo, pero observó que tenía brazos de estibador.

--¡A mí no me engañas, niñato de mierda! Sé que sabes más de lo que cuentas --le decía el extraño a Darío.

--¡Ya me interrogó la policía! Y usted no tiene ningún derecho a tratarme de este modo.

--Mentiste a la policía. Le dijiste que no estabas aquí la noche en que apuñalaron a Alejandra, pero tú y yo sabemos que es mentira.

Lo tenía bien sujeto por el cuello. Alejo se lo pensó dos veces, pero al fin decidió intervenir.

--¡Eh, oiga! ¿Qué hace? ¡Suéltelo! --vociferó sacando su tono de voz más brusco.

--¡Usted no se meta donde nadie le llama! --replicó el hombre dirigiéndole una mirada fugaz.

--Sí que me meto. Es mi amigo. ¿Se puede saber quién es usted y por qué lo trata así?

Por un momento, soltó a Darío. Éste, sin embargo, permaneció acorralado contra la pared sin atreverse a dar un paso. Alejo comprobó que el extraño no era un adolescente, sino un hombre hecho y derecho «disfrazado» de negro, igual que él.

--Si es su amigo, entonces quizá pueda responderme algunas cuestiones -- dijo focalizando todo su interés en Alejo--. ¿Conocía usted a Alejandra Kramer?

--No. ¿Quién es?

--La joven que apuñalaron aquí mismo hace unas semanas.

Entonces Alejo se dio cuenta de que, a pesar de que los propietarios del local habían intentado borrar las manchas, la moqueta estaba teñida de una capa oscura e irregular que bien podría ser sangre seca.

--No sé nada sobre ese asunto.

--Pero su amiguito sí.

--Aún no ha dicho quién es usted.

--Me ha contratado el señor Kramer, el padre de Alejandra. Estoy investigando su muerte.

--¿Y qué le hace pensar que Darío tiene algo que ver con ella?

El gótico no daba crédito a la reacción de Alejo. ¿Estaba soñando o el escritor le defendía? De pronto, el novio de su hermana había cobrado varios puntos en su escala de valores.

--Tiene antecedentes policiales por profanación de tumbas y se da la circunstancia de que estaba presente la noche en que la mataron.

--Escúcheme, eso no significa nada. Así que, si no es policía, le sugiero que lo deje en paz de una vez. No tiene ningún derecho a acosarlo, y mucho menos a retenerlo.

Alejo se puso entre ambos, haciendo ver al investigador que no estaba dispuesto a permitirle seguir su interrogatorio.

--Muy bien. ¡Perfecto! Usted sabrá lo que hace, pero pienso seguir con mi investigación y si él está implicado reuniré las pruebas necesarias para encarcelarlo. A usted también por encubrirlo.

--Usted lo ha dicho: si está implicado. Pero da la casualidad de que no lo está, así que investigue por otro lado.

Aquel hombre no parecía muy convencido, pero no tuvo más remedio que marcharse. A fin de cuentas, sólo era un detective privado con complejo de matón siciliano contratado por un padre desesperado.

Una joven ataviada con el hábito típico de la Orden de las Clarisas recorrió el pueblo amparada por la oscuridad. Buscaba un lugar en el que ocultarse, y no sólo de las miradas indiscretas, sino también de sus instintos. Pero era una quimera. En el fondo sabía que jamás podría escapar de sí misma.

Era evidente que no debía permanecer por más tiempo en el pueblo, pero tampoco se atrevía a regresar a casa de Emersinda. Tenía varias razones y todas eran poderosas. Muy pronto descubrirían el cadáver de la niña. Cuando esto ocurriera, tarde o temprano saldría a colación la visita de la extraña «monja» que se había presentado en casa de la pequeña momentos antes de que fuera asesinada. Siguiendo este razonamiento, lo más probable era que las autoridades preguntaran en los conventos de la zona. Y, cuando le tocara el turno al de Santa Clara de Jesús, las monjas mencionarían sin duda que habían dado hospedaje a una extraña mujer llamada Analisa, cuya única obsesión era hablar con una tal Patrocinio.

Desde luego, Analisa no era un nombre común. Y como ya se habían producido una serie de extraños sucesos en torno a ella y su tía, el hecho de que ambas estuvieran oficialmente muertas no sería un impedimento para que las gentes del pueblo se reunieran en torno a la casa de Emersinda en busca del monstruo capaz de haber dado muerte a la niña.

No en vano aquéllos eran tiempos en los que el populacho aún estaba convencido de que las brujas campaban a sus anchas por caminos y encrucijadas, y que los demonios anidaban en las almas de los desdichados que tenían la desgracia de caer bajo sus garras. Asimismo, muchos creían a pies juntillas en las visitas nocturnas de íncubos y súcubos, unos misteriosos seres capaces de chupar la sangre a los infelices durmientes y de copular con ellos en contra de su voluntad.

Los vampiros constituían, en realidad, parte del folklore brujeril que tan magistralmente representó Francisco de Goya en muchos de sus óleos y frescos. El vulgo pensaba que los brujos que en vida habían comerciado con el Diablo, una vez muertos, pasaban a formar parte de su legión infernal y que el Maligno los transformaba en criaturas que succionaban la sangre de los vivos durante las horas nocturnas.

Presumiblemente, las personas con una cierta cultura ya no creían ni en brujos ni en no-muertos. Muchos de ellos habían comprendido que estos personajes eran utilizados por el propio cristianismo para ganar adeptos. Para la Iglesia de aquel tiempo, todo el que no permaneciera dentro del redil pasaba a formar parte de un grupo, cada vez más nutrido, del que convenía desconfiar. Sólo los fieles temerosos de Dios podrían hallar refugio en el seno de la Iglesia. De eso se trataba. Sin embargo, aunque se daba por hecho que estas creencias ya sólo estaban arraigadas entre la gente inculta, lo cierto es que esto era mucho suponer.

La propia Analisa había pertenecido al grupo de los racionalistas, y había sido así hasta que se topó de bruces con la cruda realidad que ahora vivía, una realidad cuya naturaleza en absoluto comprendía. La joven se sentía como un monstruo, como una alimaña sanguinaria incapaz de controlar sus actos.

Por otra parte, a la conmoción inicial de «despertarse» en el panteón junto a Emersinda se había sumado una terrible sospecha que crecía por momentos. ¿Y si aquel ser diabólico vivía? ¿Y si no se había extinguido porque ya estaba muerto desde hacía años? ¿Y si había estado conviviendo desde el principio, y sin saberlo, con una no-muerta? ¿Y si todo obedecía a un

calculado plan para convertirla en un ser atroz y despiadado? Y, de ser así, ¿por qué la había escogido? ¿Qué ganaba con ello y cuáles eran sus verdaderas intenciones?

No. No podía regresar a ese lugar. Pero tampoco podía detenerse por más tiempo a pensar. Tenía que huir de allí de inmediato.

Atravesó el pueblo y se dirigió hacia las afueras como una exhalación.

Aquella fue una noche de revelaciones para Analisa.

Una de las primeras cualidades que descubrió acerca de su nuevo estado fue que había cobrado una asombrosa agilidad. Tras probar la sangre de la niña comprobó que era capaz de correr y saltar de manera sorprendente. La debilidad que había experimentado durante los días posteriores a su muerte había quedado atrás dejando paso a unas nuevas habilidades aún desconocidas para ella. Sin embargo, lo que no intuyó mientras atravesaba a gran velocidad campos y caminos fue que necesitaría seguir ingiriendo sangre con cierta regularidad para poder mantenerse en unas condiciones físicas aceptables.

Otra de las cosas que averiguó fue que había desarrollado la capacidad de ver a la perfección en la más absoluta oscuridad. Esto, junto con su nuevo sentido de la orientación, le permitió buscar refugio en un antiguo molino medio derruido. Orientarse nunca había sido su fuerte. No obstante, ahora era capaz de encontrar «sitios seguros» para ocultarse ante cualquier amenaza aunque no conociera la zona en la que se hallaba.

Tan pronto alcanzó el viejo molino, se acurrucó en el suelo y lloró amargamente. Permaneció en postura fetal buena parte de la noche. «¡No lo volveré a hacer! ¡Yo no soy así!», musitaba aterrada.

Analisa por fin sabía lo que era, en qué se había convertido y quién era la responsable de su insufrible tortura. La rabia y el odio se apoderaron de ella. Por unos instantes fue capaz de olvidar su sufrimiento, su miedo, sus

remordimientos y también la carita de la niña muerta para centrarse en el blanco de su ira: su tía.

La sed de venganza se había instalado en su mente y lo había hecho de forma inquietante.

«¡Si está viva, acabaré con ella! Nadie se merece volver a pasar por esto», concluyó.

De pronto advirtió que el Sol pedía paso a la Luna y que la luz del día ganaba terreno a las tinieblas.

Tendría que esperar para llevar a cabo su plan. No estaba segura de que la luz pudiera dañarla, pero recordó las curiosas costumbres de su tía. Ésta jamás permitió que Analisa recorriera las cortinas de su alcoba y la joven nunca pudo verla a plena luz del día. Analisa no era estúpida y sabía que tenía que existir una razón para ello.

Por este motivo, se introdujo en un rancio cajón que halló en el molino, un receptáculo quizá destinado en el pasado al almacenamiento de harina. Se acomodó como pudo para esperar la caída de la noche. Creyó que las horas diurnas se le harían interminables, pero se equivocaba. Poco a poco fue alcanzando el auténtico mundo de las tinieblas, el gran universo de las sombras de la muerte... la Nada más absoluta.

Con la llamada de la oscuridad abrió los ojos. No hizo falta que nadie le comunicara que había llegado el momento de salir de aquel cajón. Su instinto se encargó de hacerlo. Automáticamente volvió a sentirse como una escoria. Aquellas horas no habían contribuido a hacerla olvidar a Teresita, la pequeña a la que había matado la noche anterior.

De haber vivido, pasado mañana habría cumplido siete años. Y quería una muñeca, porque Juanita, la única que tenía, se había roto. Estaba fabricada con paja de la que se empleaba para hacer escobas y, cuando la metía en la cama por las noches, al contacto con su delicada piel, le producía picores

por el cuerpo. Le faltaba un ojo, pero no le importaba. ¡Quería a Juanita! Era su amiga y ahora estaba rota.

--Dios santo, ¿por qué sé todo esto? ¡No quiero saber estas cosas! ¡No quiero! --gritó Analisa angustiada por las nuevas sensaciones que estaba experimentando. Pero las sabía, y sabría otras muchas, cosas que no quería conocer, detalles sobre la vida de la niña, sobre sus inocentes pensamientos y esperanzas que le hacían sentirse aún más miserable.

Supo que Teresita había estado muy enferma, casi al borde de la muerte, pero ya se encontraba mejor. Se sentía feliz porque mamá y papá ya no tendrían que preocuparse más por ella. Podría volver a ayudar a su progenitor con los zapatos. Había aprendido a limpiarlos con betún y le gustaba hacerlo porque se sentía útil y porque en casa no había mucho dinero.

--¡Que pare esto ya! ¡Voy a volverme loca! ¡No quería hacerlo! No quería, pero necesitaba su sangre.

La única manera de acallar esas vivencias ajenas que habían irrumpido en su vida como si de un castigo divino se tratara fue concentrando todos sus pensamientos en Emersinda. ¡Ella era la culpable de todos sus males! ¡Ella y sólo ella la había convertido en un ser aborrecible y destructivo!

--¡Te odio, maldita bruja! --gritó hirviendo de rabia.

Analisa salió del viejo molino como alma que lleva el Diablo. Intuyó qué dirección debía tomar para llegar al cementerio. Tenía que saber la verdad, tenía que averiguar si Emersinda estaba realmente muerta.

Si no lo estaba, la destruiría.

Gracias a sus nuevos talentos buscó la dirección correcta para llegar hasta el cementerio. Sin embargo, a medio camino, comenzó a percibir un fuerte olor a quemado y vio humo, una columna de humo cada vez más espesa.

Se detuvo a observar el panorama y entonces contempló el fuego. Un pavoroso incendio se había desatado en el camposanto. Una inmensa lengua de fuego se extendía por lo que había sido el cementerio y sus alrededores.

Analisa se acercó cuanto pudo, pero al llegar a cierto punto se vio obligada a retroceder. El fuego no perdonaba, lo consumía todo, y el viento era su mejor aliado. Entre horrorizada y sorprendida vio cómo los pocos panteones que aún permanecían en pie terminaban por derrumbarse con estrépito ante sus ojos, encendidos por la rabia y el odio.

No quedó nada en pie.

Emersinda había pasado a la historia.

Para siempre.

Se había llevado toda su maldad al rincón más oscuro del Averno.

La joven habría deseado matarla con sus propias manos, pero eso ya no era posible.

Aquél fue un día aciago para la joven y para el pueblo: ella había perdido la oportunidad de vengarse; los habitantes del pueblo se habían quedado sin el lugar al que dirigirse para llorar a sus muertos.

Rojo.

Estaba todo rojo y chorreaba sangre, sangre fresca y deliciosa. Así era cómo a Violeta le gustaba ahora la carne.

Puso el filete de ternera sobre la sartén y, apenas pasados unos segundos, le dio la vuelta. Apagó el fuego y con ayuda de unas pinzas colocó su comida sobre el plato. Después, se sentó a la mesa de la cocina y se dispuso a

deleitarse con aquel manjar que había comprado esa misma mañana en el supermercado.

--Lo quiero bien tierno --le había dicho al carnicero.

--¿Le pongo algo más?

--Póngame también unas gallinejas y unos entresijos.

Por supuesto, obvió comentarle que pensaba comérselos prácticamente crudos. ¿Para qué, si no iba a entenderlo?

Violeta disfrutaba con esas pequeñas salidas matutinas, consentidas por la no-muerta. En contra de lo que en un principio había pensado, el hecho de vestir con ropas «normales» le producía un secreto placer. Nadie se paraba a mirarla por la calle ni le ponía malas caras. Si su madre hubiera podido verla, seguro que estaría orgullosa de ella. Era una chica vestida aparentemente normal y, sin embargo, nadie podría imaginar que convivía con una no-muerta. Aquello le resultaba tan irónico que casi le hacía reír.

Antes de ir al supermercado se había acercado al tanatorio de la M-30. Allí, puntual a su cita, había recogido su revista favorita, *Adiós*, una publicación editada por la Empresa Mixta de Servicios Funerarios de Madrid, cuya temática era la propia muerte. Y siempre que lo hacía se sentía fascinada por el ambiente que se respiraba en aquel lugar: caras tristes, gente con ojos llorosos y dolor, mucho dolor. Le gustaba imaginar las historias que aquellas personas cargaban a sus espaldas y qué acontecimientos se habían desencadenado para que ahora se encontraran reunidas en torno a una capilla ardiente.

El tanatorio era un lugar que siempre estaba atestado de gente. La muerte no concedía tregua ni siquiera los fines de semana. No entendía de horarios, de fechas, de edades o de posición socioeconómica. La Dama Negra se presentaba simplemente cuando le venía en gana.

«La muy cabrona hace lo que le sale de los cojones en todo momento -- pensaba Violeta mientras recorría los pabellones situados en torno a las

capillas ardientes, simulando que buscaba a los familiares de un finado--. Si supieran que la muerte no siempre es el final, se lo tomarían de otro modo.»

Desde su traslado a Madrid había adquirido la costumbre de acercarse al tanatorio. En Rótova no podía acudir a la funeraria porque todo el mundo la conocía y al poco de emprender esta práctica comenzaron las murmuraciones. Cuando se desataron los cuchicheos entre la gente del pueblo, sustituyó su extraña inclinación por la del coleccionismo de esquelas, que atesoraba en un nutrido álbum. Su madre se quedó horrorizada cuando un día lo abrió pensando que guardaba en él recortes de prensa de sus grupos de música favoritos. Violeta trató de justificarse explicándole que en realidad lo hacía para estimular su creatividad. Aquellos recortes le servían de inspiración para sus dibujos. Leyendo las esquelas podía imaginar cuál había sido la causa de la muerte del difunto para después realizar un bosquejo artístico que representara la escena. Desde luego, su progenitora no comprendió sus motivaciones y, lejos de aprobar su conducta, la castigó sin salir dos fines de semana.

No sabía de dónde le venía esta afición, pero sospechaba que tenía que ver con la muerte de su padre. Era tan pequeña cuando ocurrió la desgracia que su madre determinó que no fuera al entierro. Tal vez en ese momento se creó su fijación.

Dibujar era una de las pocas cosas que Violeta hacía por puro placer, pero desde que había llegado a casa de Ana no había vuelto a tocar un lápiz. Allí no tenía cuadernos ni carboncillos, ni nada que le animara a recuperar su vieja afición, para la que, temáticas macabras aparte, tenía bastante talento. Pensó que era una pena, así que al abandonar el tanatorio se dirigió a una papelería técnica donde adquirió algunos útiles de dibujo. Ana era una mujer generosa que no escatimaba un euro a la hora de complacer sus caprichos y Violeta estaba segura de que no le importaría que gastara un poco de su dinero en satisfacer su pequeña necesidad de hacer algo que realmente le gustaba.

Pasaba buena parte del tiempo sin hacer nada y eso la agobiaba, porque se aburría. Entonces le daba por probar combinaciones numéricas para lograr

abrir la habitación de la vampira. Era consciente de que esa manera de proceder se había convertido casi en una obsesión. Temía que en una de éstas la descubriera con las manos en la masa. Y, francamente, desconocía cómo podría reaccionar la no-muerta. Quién sabe si optaría por matarla sin más, sin llegar a proporcionarle la ansiada conversión.

Otras veces, harta ya de estar encerrada en su casa, aprovechaba las misteriosas salidas nocturnas de Ana para hacer lo propio. Aunque fuera vestida como una persona «corriente», no había olvidado sus raíces oscuras y, de vez en cuando, sentía la necesidad de buscar gente como ella en locales de ambiente gótico.

«Gente como yo. ¿Existe gente como yo? No lo creo. No creo que existan muchas personas que hayan probado la sangre de un no-muerto», reflexionaba mientras masticaba el último pedazo de carne.

La vampira, por descontado, no estaba al corriente de estas escapadas. A Ana no le importaba que Violeta saliera por la mañana, pero por algún motivo que nunca explicó no le hacía gracia que lo hiciera por la noche, y menos aún que frecuentara locales góticos.

Aun así estaba dispuesta a correr riesgos. Aquella noche volvería a salir. Sabía bien que esas fugas constituían una situación de potencial peligro, pero tenía estudiados concienzudamente los horarios de Ana y pensaba que podría salir victoriosa de la prueba. Aunque le aterraba la posibilidad de ser sorprendida *in fraganti*, el hecho de contravenir las normas establecidas siempre la había excitado. Sabía que había varios locales góticos en la capital y estaba dispuesta a conocerlos todos.

The Gargoyle parecía un buen sitio para divertirse. La única pega que podía poner era verse obligada a salir sola, aunque en realidad estaba bastante acostumbrada a ello. La soledad parecía una constante en su vida, igual que en la de la no-muerta con la que convivía. A veces se preguntaba cómo sería ver pasar toda una eternidad sola. Aunque Ana no hablara de ello, sabía que en ese sentido era bastante «humana» y tenía altibajos como todo

hijo de vecino. Unas veces parecía sobrellevar la soledad con gran estoicismo, pero otras había creído intuir un cierto hastío en su mirada.

Allí todo el mundo parecía sentirse acompañado. Todos menos ella, lo cual resultaba paradójico. Se suponía que aquél era el ambiente en el que la joven gótica podría desenvolverse con mayor comodidad. Sin embargo, allí estaba ella, apoyada en la barra de The Gargoyle más sola que la una.

Nunca había sido una persona que entablara una conversación sin ser invitada a ello. Su timidez y su apocamiento la impedían manifestarse tal y como era en realidad. Por eso mismo le sorprendió que aquel joven se acercara a ella con tanta espontaneidad.

--¿Nos conocemos? --dijo el chico sentándose a su lado en la barra.

--Me extraña, pero si tú lo dices...

--No lo afirmo, lo pregunto. En realidad, no creo que nos hayamos visto antes --manifestó dejando su copa sobre la barra--. De otro modo me acordaría de alguien tan interesante como tú.

Interesante era lo mejor que alguien podría decirle. De hecho, era lo mejor que nadie le había dicho en mucho tiempo.

--¿Interesante? ¿De verdad lo piensas?

--Sí. Tu mirada es especial. La expresión de tus ojos me encanta.

Violeta se ruborizó al instante, lo que no la impidió fijarse un poco mejor en su interlocutor. Él sí que era interesante, al menos a los ojos de Violeta.

--Gracias --musitó nerviosa, tanto que sin querer derramó su copa.

Rápidamente se apresuró a coger unas servilletas. Él se adelantó. Extrajo un pañuelo negro de su negra levita y limpió el estropicio.

--No te preocupes por la copa; de todas formas ya estaba medio aguada --comentó el joven restándole importancia al asunto--. ¿Cómo es que no te

había visto nunca antes por aquí?

--No soy de Madrid. Sólo estoy de paso.

--Lástima. Entonces supongo que ya no volveremos a vernos.

--No lo sé. Nunca se sabe.

--A mí me gustaría.

Violeta echó un vistazo a su reloj, pero lo hizo más por escapar del control de su mirada que por estar interesada en la hora. Sin embargo, se dio cuenta de que era tardísimo. Ana debía de estar a punto de regresar a casa.

--Lo siento, tengo que irme.

El joven no hizo nada por ocultar su decepción. Dedujo que aquella chica no estaba en absoluto interesada en él.

--Dime al menos tu nombre.

--Darky.

--Encantado, Darky. Yo soy Darío. Espero que volvamos a vernos algún día.

--Yo también lo espero.

La joven tomó sus cosas y se dispuso a marcharse. Darío se acercó para darle dos besos, pero ella, por timidez, rehusó el contacto. Darío tuvo que conformarse con estrecharle la mano. Entonces se dio cuenta de que del bolsillo de su abrigo sobresalía un objeto extraño, un objeto alargado y fino.

--¿Qué llevas ahí?

--El móvil --mintió ella.

Darío aceptó su explicación, aunque resultaba evidente que aquello no era un teléfono móvil.

--No puedo más! ¡No lo resisto! --gritó Analisa hincando las rodillas sobre el polvo del viejo molino--. ¡¡Necesito sangre!!

Había jurado que no volvería a hacerlo y, sin embargo se debatía entre la razón y sus instintos. Sabía que había tocado fondo y, aunque la decisión era dolorosa, no podía ocultar que las tinieblas estaban a punto de ganar su batalla contra la luz.

¿Qué otra cosa podía hacer si se carcomía por dentro?

En efecto: se pudría lentamente, en el sentido literal de la palabra.

Se miró las manos con espanto. Sus otrora finas y delicadas manos se habían transformado en arrugadas piezas de una maquinaria, su cuerpo, que ya no funcionaba con la precisión deseada. Si hubiera podido contemplarse en un espejo le habría horrorizado el espectáculo que se mostraba ante sus ojos con toda crudeza. Habría descubierto un rostro amoratado y cuajado de arrugas.

La joven observó que una de sus uñas se había desprendido. De sus dedos manaba un líquido amarillento y viscoso que olía mal. Era pus. La escena no podía ser más terrible. Para colmo de males, cada vez que se pasaba la mano por la cabeza se quedaba con un mechón de pelo entre los dedos. Había perdido casi todo su cabello.

Pero todo aquello eran menudencias comparado con el hambre que azotaba sus entrañas, con los temblores y con los hormigueos en su estómago, con las náuseas y, por supuesto, con el dolor agudo y punzante que venía a recordarle sin cesar que ahora era una no-muerta y que precisaba de la maldita sangre para subsistir.

Sin sangre no hallaría la paz.

Sin sangre no habría descanso.

Sin sangre y con sangre ya nada volvería a ser igual.

Decidiera lo que decidiese, su vida, si a eso se le podía denominar vida, estaba destrozada.

Llevaba varios días sumida en ese estado de desesperación, un estado, el de la abstinencia, que, si bien había escogido como única esperanza para cambiar el curso de los acontecimientos, ahora no podía por menos que lamentar. Sus fuerzas flaqueaban, pero no lo suficiente como para que su raciocinio se hubiera visto nublado. Era consciente de que se estaba convirtiendo en un detrito. A menos que hiciera algo por evitarlo, a menos que se cobrara una nueva víctima, no podría hallar la paz, porque lo más cruel de su situación era descubrir que no por abstenerse de beber sangre era capaz de alejar de sí las ansias de obtenerla.

Al principio estaba decidida a «morir» de inanición antes que volver a matar. Creyó entonces que, igual que los místicos eran capaces de vencer a los placeres de la carne, ella sabría cómo controlar la *bestia* que llevaba dentro. Pero se equivocaba: la *bestia* era cada día más fuerte y exigía su ración de alimento con mayor virulencia. No entendía de razonamientos ni de humanidad. Quería lo suyo y lo quería ya.

Su deterioro físico era sólo comparable a sus ganas de volver a catar el elixir de la inmortalidad. Pero lo que Analisa ignoraba era que practicando la abstinencia su parte física no fenecería, sólo se pudriría, y terminaría por transformarse en un ser desprovisto de autocontrol. Había llegado a la conclusión de que cuanto más hiciera por apartar de sí la sangre tanto peor sería la recaída. Era duro reconocerlo, pero ahora se sentía más cercana a Emersinda de lo que jamás habría imaginado, aunque nunca podría perdonarle que no la matara en lugar de convertirla en lo que hoy era.

Por desgracia para las monjitas de Santa Clara de Jesús, el viejo molino en el que se había refugiado la no-muerta era el lugar más próximo al

convento, así que al caer la noche decidió abandonarlo para saciar a la *bestia* inmundada que llevaba dentro.

Analisa atravesó campos y caminos, pero esta vez no lo hizo con rapidez ni con agilidad, pues sus fuerzas se encontraban en franco declive. La joven se había convertido en una sombra, en un autómata movido únicamente por los invisibles hilos de la necesidad.

Igual que un perro de presa, Analisa rastreó el camino de la sangre, de la sangre fresca que bullía tras los muros del convento. Sin embargo, justo al llegar a la entrada del recinto, advirtió algo muy extraño: una fuerza misteriosa le indicó que no era prudente atravesar los muros de un lugar sagrado como aquél. Era preferible valerse de una artimaña destinada a que alguna monja saliera a su encuentro, cosa nada fácil si se tenía en cuenta que las almas que habitaban el edificio tenían prohibido el contacto con el exterior.

Si en aquel momento le hubieran preguntado, no habría podido explicar los motivos que la habían llevado a actuar con tanta reserva. A fin de cuentas, había pasado varios días entre las religiosas sin verse afectada por la sacralidad del recinto y, además, aún recordaba las palabras de Emersinda: «Por más que le llames, tu Dios no vendrá a protegerte.» De algún modo, aquella sentencia daba a entender que el poder del Creador poco o nada podría obrar frente a un ser no-muerto. Sin embargo, algo dentro de Analisa le había revelado que no debía entrar allí, sino que era preciso que consiguiera que alguna de las religiosas saliera al exterior.

Aquella noche descubrió que la *bestia* era capaz de hacer cualquier cosa, lo que fuera, con tal de saciar su apetito. La mentira y el engaño también eran parte de su naturaleza.

Todo estaba tan oscuro que, cuando sor Angustias abrió la portezuela del torno, ni siquiera aproximando una vela pudo ver con claridad a la persona que aguardaba al otro lado. Aun así, creyó intuir la figura de una monja.

Sin embargo, le extrañaron dos cosas: el fuerte olor a podrido y lo tarde que era. Desde luego, aquéllas no eran horas de visitar a nadie, por lo que concluyó que debía de tratarse de algo muy importante.

--¿Hermana? ¿Qué le trae por esta casa en plena noche?

--Es preciso que vea a la madre abadesa. Se trata de un asunto muy urgente.

--¿Qué ocurre y quién es usted?

--Soy la hermana Teodora y traigo un mensaje urgente de parte de don Pascual, el párroco del pueblo. ¿Me puede abrir la puerta? O, mejor aún, salga un momento y le haré entrega de la nota. No quisiera importunar a su superiora si se halla acostada.

--Supongo que estará durmiendo en su celda. ¿Por qué no la pone simplemente en el torno?

--Don Pascual ya me advirtió de su posible negativa. Es natural a estas horas, pero es necesario que se la entregue en mano.

Sor Angustias permaneció en silencio. Nada de aquello le parecía normal.

--Hermana, por favor, apelo a su caridad cristiana. Se trata de una situación muy delicada y comprometida para ustedes --dijo la voz--. Hace mucho frío y estoy cansada. ¿Tanto le cuesta abrir la puerta unos instantes? Le aseguro que no le llevará más de dos minutos.

--No es eso, hermana. La clausura, ya sabe... La madre abadesa me convocaría a capítulo de culpas si se enterara de que he salido de este recinto, aunque sólo sea a la misma puerta.

--Hermana, por favor, ¿cree usted que no se enfadaría igualmente si la despertara a estas horas?

Claro que se enfadaría. Y la hermana Angustias lo sabía perfectamente.

--No sé. Me pone usted en un compromiso.

--Por caridad, abra la puerta un segundo --suplicó la sombra oscura.

Sor Angustias era una buena mujer y se apiadó de su alma.

--Está bien. Pero sólo un momento.

La monja cumplió lo pactado y abrió la puerta, pero permaneció inmóvil en el umbral. Algo --no sabía exactamente qué-- la hizo dudar.

La misteriosa mujer se tapaba el rostro con el hábito. Sólo sus ojos permanecían al descubierto.

--¡Salga! No tiene nada que temer.

Sor Angustias sintió un escalofrío, pero obedeció. La mirada de aquella desconocida era demasiado penetrante como para aceptar una negativa. Impulsada por una fuerza desconocida, cedió.

--¿A qué orden dice que pertenece?

Cuando quiso darse cuenta, Analisa ya estaba junto a ella y tenía sus manos pútridas sobre su cuello.

--No lo he dicho, hermana --contestó la *bestia* con voz gutural.

La monja ni siquiera la reconoció. Aquel ser ya no se parecía en nada a la inocente Analisa. Todo cuanto se había esforzado por reprimir afloró. Y lo hizo con la mayor brutalidad.

Analisa dejó caer el cuerpo de sor Angustias sobre el suelo empedrado de la entrada del convento de Santa Clara de Jesús. Una sensación de vitalidad, la misma que había experimentado al acabar con la vida de la niña, se apoderó de ella. Acto seguido, notó cómo su cuerpo se revitalizaba: sus uñas, su pelo, su rostro y todo cuanto se había podrido en su organismo volvía lentamente a renovarse.

No era prudente permanecer en aquel lugar, así que optó por regresar al viejo molino. El camino de vuelta no tuvo nada que ver con el que había realizado a la ida. Había recuperado sus habilidades vampíricas: la capacidad de correr y de saltar a gran velocidad, de ver en la oscuridad y su sentido de la orientación. ¡De nuevo era ágil y rápida como un lince!

Sin embargo, una vez de vuelta en el molino, se dio cuenta de que junto a sus capacidades especiales también habían regresado la culpa, el miedo y los remordimientos. Y las visiones...

Sor Angustias era una persona buena y temerosa del Señor, si bien nunca quiso abrazar el Hábito Santo. Era la hija mayor de una familia pudiente empeñada en desposarla con un terrateniente que poseía menos escrúpulos que un clan de bandoleros de la serranía. Para colmo de males, su pretendiente era menos considerado que un tratante de ganado con sus reses y tan simple como el mecanismo de un botijo. A todo ello había que sumarle su avanzada edad, su desagradable físico y sus deficientes hábitos de aseo.

Ése fue el motivo principal que llevó a sor Angustias a desposarse con el Señor. Al menos, Éste no la requeriría carnalmente. Le costó mucho adaptarse a la vida en clausura. A decir verdad, aún no lo había conseguido del todo, pero había otras muchas cosas que compensaban su decisión. Aun sin vocación, la vida contemplativa había terminado por cautivarla.

«¡Otra vez no! ¡No quiero saber nada más sobre sor Angustias y su angustiosa vida! ¿Por qué tiene que ocurrir esto cada vez que lo hago? ¿Es éste el precio que tendré que pagar eternamente?», se preguntaba Analisa.

¿Era ése todo el contacto que tendría con los vivos? ¿Es que nunca podría volver a establecer una relación normal con ellos? Analisa ignoraba aún que pasarían muchos años, quizá demasiados, hasta que volviera a desarrollar un contacto «normal» con un humano.

--¡Me has mentido! --dijo Alejo mirando fijamente a Darío Salvatierra--. Y ésta no ha sido la primera vez.

Darío evitó hacer comentarios; sabía que el escritor estaba en lo cierto.

--Me dijiste que no estabas aquí cuando apuñalaron a esa chica y ahora me entero de que no sólo estabas, sino que, para colmo, la conocías.

Alejo estaba furioso. Se había metido a defender al joven sin tan siquiera saber si había actuado correctamente. Se había convertido en un supuesto encubridor de una historia que no le incumbía y no acertaba a comprender los motivos que le habían llevado a hacerlo.

¿Podía alguien garantizarle que Darío no estaba implicado en ese crimen?

La respuesta era no.

--También me dijiste que no conocías a ningún Raúl y resulta que era tu mejor amigo --prosiguió--. Francamente, no entiendo qué puede pasar por tu cabeza. Y lo que es peor aún: no sé por qué coño he salido en tu defensa.

--Porque en el fondo sabes que no he hecho nada.

--No, no lo sé. No tengo prueba alguna que me indique que eres inocente. Y créeme cuando te digo que me encantaría tenerla.

Darío bajó la cabeza igual que lo hacía cuando su padre le increpaba a causa de sus extrañas costumbres.

--¡Di algo, joder! ¡No te quedes callado! Con esa actitud lo único que consigues es que piense que estás pringado hasta la médula.

--Para mí es doloroso, ¿sabes? --fue su escueta respuesta.

El joven gótico contenía las lágrimas, estaba a punto de echarse a llorar. Pero, en lugar de hacerlo, optó por abandonar The Gargoyle a toda prisa.

Alejo lo dejó marchar. A fin de cuentas sólo era un muchacho asustado.
¿Pero a qué le tendría miedo?

El escritor estuvo a punto de seguirlo. Allí no pintaba nada. Pero, cuando se disponía a irse, advirtió la presencia de la misteriosa mujer con la que había charlado varias noches atrás. Estaba en el mismo sitio en el que la encontró aquella vez: sentada en un taburete, sola, oteando el local con interés.

Alejo sintió una señal de alarma. No le convenía. Le atraía demasiado, y eso era peligroso. Aun así, se acercó a ella.

--No sé si me recuerdas --dijo tomando asiento en un taburete cercano--, pero la otra noche dejamos una conversación a medias.

--¿Debería? --dijo ella clavando sus increíbles ojos en los de Alejo.

--No sé si deberías, pero yo no me he olvidado de ti.

En seguida se arrepintió de haber pronunciado esas palabras, podría tomarlo por un plasta.

--¿No está hoy tu amiguito?

¡Sí que se acordaba!

--Acaba de irse. Entonces, deduzco que sí me recuerdas --manifestó el escritor triunfante.

--No te hagas muchas ilusiones, jamás olvido un rostro.

--¿Y tú? ¿Es que siempre vienes sola?

--¿Qué es lo que buscas? ¿Sexo? --le espetó desafiante.

Alejo no esperaba una respuesta tan cortante ni tan directa.

--Es eso lo que quieres, ¿verdad?

Le fastidiaba reconocerlo, pero era cierto. Aquella mujer le atraía muchísimo, tanto como para olvidarse de Silvia por unas horas. No era el momento de planteárselo, pero, de algún modo, sentía que su relación con ella se había vuelto monótona.

--En tu boca suena frívolo.

--¿Y qué pensaría tu novia si pudiera verte ahora?

--No tengo --mintió.

--Ah, ¿no?

--No --mintió de nuevo, aunque esta vez bajó la mirada al hacerlo.

--Creí que eras menos previsible --señaló la desconocida--, pero está claro que me equivocaba.

--No lo soy.

--No sé qué opinaría Silvia sobre eso.

Alejo se quedó de una pieza. ¿Cómo sabía que tenía novia y que ésta se llamaba Silvia? Nadie allí conocía su vida, excepto Darío, y éste había dejado muy claro que nunca se acercaría a esa mujer, aunque fuera la única fémina presente en el local.

--Tú sí que eres imprevisible --dijo sonriendo irónicamente--. ¿Quién te lo ha contado?

--Nadie.

--Mientes.

--No miento. Eres tú quien miente, ¿no crees?

--Vale, tienes razón. Soy un mentiroso. Pero no miento cuando digo que me gustas.

--Déjalo estar. Es mejor que te vayas.

--¿Escrúpulos?

Ella lanzó una carcajada. Sin embargo, la suya no parecía una risa distendida ni natural.

--¿Sinceramente? No imagino a nadie con menos escrúpulos que yo.

--¿Entonces?

--No me apetece sexo esta noche --confesó--. Tengo hambre, pero de otras cosas. Márchate, ¿quieres?

«Que te den por culo», pensó Alejo antes de largarse airado de The Gargoyle.

Alejo no estaba de muy buen humor. Al rechazo sufrido momentos antes se sumaban los remordimientos. «¿Cómo he podido ser tan cabronazo? Me habría tirado a esa tía si ella hubiera querido», se decía mientras caminaba por la Gran Vía hacia Cibeles para coger el buho. Estaba tan ensimismado que no advirtió que alguien lo seguía. Alguien silencioso cuyos pasos no se hacían notar sobre la calzada empedrada y resbaladiza de la urbe. Sólo en cierto momento, cuando los coches se detuvieron ante un semáforo en rojo, pudo advertir un silencio anormal para una ciudad como Madrid. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Entonces, instintivamente, se giró, pero no vio a nadie a sus espaldas.

Al regresar a casa, el escritor encontró a Darío tumbado en el sofá con los ojos llorosos. Cuando se desmaquillaba parecía aún más joven de lo que era. Alejo presintió que aquélla sería una noche muy larga. Dio gracias por que fuera viernes y por no tener que trabajar al día siguiente. El Goebbels, su nuevo jefe, lo habría crucificado si se hubiera presentado con ojeras. «Al

trabajo hay que venir inmaculado, como la Purísima Concepción», recalca una y otra vez con aire de superioridad.

Alejo advirtió que Darío parecía abatido.

Optó por sentarse a su lado en el sofá. Aquel chico tan sólo necesitaba un «empujoncito» para hablar.

--¿Qué te ocurre? ¿Quieres que hablemos?

--Es cierto que te he mentado --se sinceró el joven--, pero no porque tenga nada que ocultar.

Aquella parecía la noche de las mentiras.

--¿De qué conocías a Alejandra Kramer?

--De poco.

El escritor enarcó las cejas con incredulidad.

--No me mires así, es cierto. Ella nunca se fijó en mí. ¡Qué más quisiera!

--Pero intuyo que tú en ella sí.

--Era fantástica, increíble, la chica más atractiva que jamás he visto. Y te puedo asegurar que no era el único que me fijaba en Alejandra. A ella la encantaba llamar la atención. Pudo haberla matado cualquiera.

--¿A qué te refieres exactamente?

--Le gustaba provocar a todos: a hombres y a mujeres. Ya me entiendes.

--No, no entiendo.

--Sabía que estaba buena y la divertía crear falsas expectativas. Cada noche estaba con alguien diferente.

--Ya. Entiendo. Era un poco ligerita de cascos.

--Una calientapollas integral, para ser más exactos. La verdad es que no tengo la menor idea de quién pudo hacerlo.

--¿Y es ése un motivo para cargarse a alguien?

--No debería serlo, pero quién sabe.

--¿Y por qué crees que ese detective está convencido de que fuiste tú?

--No lo sé. Supongo que porque tengo antecedentes por profanación, aunque ésta --aclaró convencido-- también es una larga historia, y porque ese tío, al igual que los «maderos», está muy perdido y no sabe de qué hilo tirar.

--¿Y la policía no averiguó nada? Digo yo que un crimen así, en un local atestado de gente, no pudo pasar desapercibido.

--Eso creo yo, pero, como tú mismo has podido comprobar, el ambiente es cerrado --explicó el joven--. No nos gusta que se nos utilice y la prensa manipula cualquier tipo de incidente para desacreditarnos: que si somos satanistas, que si sacrificamos animales. Y bastante tenemos ya con los putos *skins*.

--Comprendo. Os muelen a leches, ¿no?

--En cuanto tienen ocasión.

--Bueno, ¿y qué hay sobre Raúl?

El gótico mudó su semblante. Acaso eran demasiadas confesiones para una sola noche.

--Me parece que no estoy preparado para hablar de ello.

--¿Se suicidó? --preguntó Alejo sin rodeos.

Darío permaneció unos instantes en silencio. Después, contestó.

--Sí. Ésa es al menos la versión oficial.

--Pero tú tienes otra, ¿no es así?

--Creo que estaba aterrado. Si lo hizo fue por miedo.

--¿Miedo de qué?

--Miedo de quién, querrás decir. Mira --dijo el joven--, esta noche te he contado muchas cosas, demasiadas tal vez, y no quiero hablar sobre Raúl. Todavía no. Y me da igual si no lo comprendes.

--Lo comprendo, pero las pesadillas que tienes no son normales. Si no quieres hablar conmigo, me parece muy bien, pero al menos sincérate con alguien.

--Nadie me creería.

--Tal vez sí. De todas formas, aun en el caso de que no te creyera nadie, te vendría bien para liberar esos viejos recuerdos.

--Lo pensaré. Y ahora me voy a la cama. Estoy muerto.

--¡Espera! Una cosa más...

--Dime...

--¿Recuerdas aquella tía con la que hablé en The Gargoyle?

--¿Cuál? ¿La rarita?

--Sí.

--¿Es que has vuelto a verla? Si quieres un consejo, aléjate de esa mujer.

--¿Has hablado con ella sobre mí?

--¡Claro que no! Sólo la conozco de vista, y tampoco es de las habituales. Esa tía no me gusta un pelo.

Alejo vio cómo el gótico se alejaba por el pasillo para introducirse en la habitación del ordenador.

El escritor se quedó pensativo. Si él no había hablado con ella, ¿cómo sabía entonces lo de Silvia?

Analisa se había asegurado de encontrar al abogado de peor reputación de la capital: Juan de Valera. No estaba dispuesta a perder su fortuna sólo por el hecho de estar muerta. Se había presentado ante él con nombre falso y necesitaba que el letrado, motivado por una cuantiosa suma de dinero, se encargara de validar su nueva identidad sirviéndose de cuantas tretas fueran precisas.

La joven llamó a la puerta del despacho del abogado. Éste la hizo ponerse cómoda antes de comenzar la negociación.

--No entiendo por qué se empeña en que siempre nos encontremos a estas horas tan tardías, aunque, debido a los asuntos que la traen por mi gabinete, empiezo a comprenderlo --dijo mientras extraía unos papeles del cajón de su mesa.

Analisa sonrió con picardía.

--Tengo mis motivos --explicó quitándose los guantes con parsimonia--. ¿Ha seguido mis instrucciones?

--En efecto --comentó, haciéndole entrega de los documentos--. Margarita del Valle. Es lo pactado, y no crea que ha resultado sencillo.

--Ya lo supongo, aunque no podrá tener queja en cuanto a sus honorarios. Voy a pagarle de manera generosa cuanto me ha pedido. Y ahora escúcheme atentamente --comentó en tono confidencial--: éste es el testamento hológrafo del que le hablé. Está escrito de puño y letra por Analisa Guzmán de Realejo y en él consta como única beneficiaria Margarita del Valle.

--Entiendo.

Sus modales eran delicados y cuidadosos. No parecía un hombre desagradable, pero lo era. Había conseguido su excelso patrimonio a través de la extorsión, el chantaje y la mentira. Si había alguien en Madrid que pudiera realizar una gestión de tan oscura índole era Juan de Valera.

--Aquí tiene las señas del albacea. Ahora sólo tiene que presentarse ante él con este documento. Es absolutamente auténtico, así que no tendrá ningún problema.

--Olvida algo: usted no es realmente Margarita del Valle. O, mejor dicho, lo es ahora, gracias a mis gestiones. Se trata de una empresa hartamente arriesgada en la que podría poner en juego mi propia reputación, por no decir mi libertad.

--¿Qué está insinuando? Hable claro.

--Señorita, quiero decir que el precio del que hablamos era válido para el asunto de la identidad, pero no para esta nueva actuación en la que sin duda me juego mucho más que usted. A fin de cuentas, seré yo quien dé la cara.

--¿Y qué es lo que quiere exactamente?

--La mitad de todo.

«¡Maldita sanguijuela!», pensó Analisa.

La joven hervía por dentro y apretaba los puños con fuerza. Ésos eran los inconvenientes de tratar con malhechores de apariencia exquisita, pero

Analisa sabía que no tenía otra opción. Ningún abogado honrado consentiría en hacer un trabajo tan irregular y, a fin de cuentas, ella no estaba haciendo nada inmoral: era su patrimonio.

--¿Sabe usted de cuánto dinero estamos hablando? --inquirió tratando de hacerle cambiar de opinión.

Fue un intento infructuoso.

--Ya supongo que no hace esto por una suma insignificante, pero mi labor tampoco lo será y usted saldrá muy beneficiada de ella.

--¿Y si me niego?

OceanofPDF.com

--No se lo recomiendo, señorita... Por cierto, ¿cuál es su verdadero nombre? Aún no me lo ha dicho.

--Eso no es asunto suyo --le espetó.

--De acuerdo, como quiera. Veo que posee usted un carácter bravo --comentó el letrado en tono burlón--. Pero da igual. Le decía que no se lo recomiendo. Créame, no sería apropiado para sus intereses. Ha de saber que tengo la buena costumbre de cubrirme bien las espaldas y si hablara acerca de usted... --amenazó--. No haga tonterías y todos saldremos ganando.

Analisa permaneció en silencio unos instantes. Después, claudicó.

--De acuerdo. Se hará como usted quiera. Le daré la mitad. Pero sólo cobrará cuando yo reciba el dinero --explicó mirándolo con desprecio.

--Descuide, ya me hago cargo de que ahora no dispone de gran liquidez. Veo que además de bella, es usted una mujer inteligente que sabe lo que le conviene.

Había pasado casi un mes y, ya como Margarita del Valle, Analisa malvivía en una habitación alquilada bajo la promesa de pronto pago. Las gestiones de Juan de Valera se retrasaban más de lo previsto, pero la joven sabía que iban bien encaminadas ya que, a falta de algo mejor que hacer, se había dedicado a supervisar su actuación en silencio. Como siempre realizaba sus averiguaciones de noche, la casera creía que se dedicaba a un oficio tan antiguo como el propio ser humano.

La joven intentaba pasar desapercibida y el hecho de permanecer buena parte del día sin salir de su habitación era objeto de constantes habladurías entre el resto de los inquilinos. Todos daban por sentado que Analisa era una mujer de «vida fácil». Aun así, si la casera no la había echado después de un mes sin recibir un solo real era porque en el fondo sentía pena por ella.

--Está tan delgaducha y tiene tan mala carita... A saber qué circunstancias la habrán obligado a convertirse en una meretriz --decía para justificarla.

Sin embargo, el resto de los inquilinos desconfiaban de ella.

--Quien mal empieza, mal acaba. Y ella ha comenzado por no pagarle. ¡Es usted una santa, doña Leocadia! --le decía la gente.

Una vez que se hubo solucionado el asunto de la herencia, Juan de Valera se lo hizo saber a través de un mensaje enviado con un recadero.

«Ya está todo arreglado. La espero esta noche en mi despacho», decía la escueta nota.

Analisa se presentó en el inmueble a las diez de la noche. No necesitó hacer esfuerzo alguno para pasar inadvertida, ya que a esas horas la calle se encontraba desierta. No obstante, a fin de evitar posibles contratiempos, tomó la precaución de taparse el rostro con un pañuelo.

--Ya puede estar satisfecha --dijo el abogado invitándola a sentarse--. Todo ha ido según lo planeado y está a punto de convertirse en una mujer inmensamente rica.

--¿Dónde están los documentos?

--No tan de prisa, no tan de prisa --dijo haciendo un gesto de negación con el dedo.

--¿Qué ocurre?

--Verá: he estado sopesando la situación y, francamente, el riesgo que he asumido por usted ha sido muy elevado --comentó mientras se despojaba de su americana.

--¿Qué es lo que quiere? ¿Es que no le parece suficiente quedarse con la mitad de todo?

--A decir verdad, no.

El letrado se había puesto en pie. La joven observó con inquietud cómo se desabrochaba la hebilla del cinturón y el chaleco.

--Pero no se preocupe. He hallado el modo de equilibrar esta descompensada situación.

Acto seguido se aproximó a ella y le acarició el cabello y la mejilla con mirada ardiente y lasciva. Analisa se levantó del asiento de un respingo. No estaba dispuesta a permitir que aquel cerdo le pusiera las manos encima.

La joven le dio la espalda.

--Vamos, querida, dese la vuelta, quiero volver a ver esos hermosos ojos. Siempre me ha parecido usted una mujer de una rara belleza. Tiene algo que me inquieta y me atrae al mismo tiempo.

--Haré lo que me pida --contestó sin girarse--, pero acabemos de una vez con los documentos. No me gusta mezclar los negocios con el placer.

--Bien. Si es ése su deseo... --manifestó volviendo a sentarse a la mesa de su escritorio.

Juan de Valera extrajo varios papeles del cajón de su mesa y los fue firmando todos. Había subestimado a Analisa por el simple hecho de ser mujer. ¿Qué podría hacer ella frente al poder arrollador de un hombre como él? Firmaría lo que fuera porque creía que la jovencita no tendría más remedio que claudicar y hacer lo que a él le saliera de la entrepierna. Y, si de esta manera accedía a sus deseos con mayor sumisión, mejor para todos.

Mientras tanto, Analisa se había colocado detrás de él para supervisar que todo se hiciera escrupulosamente.

--Una curiosidad, señorita --dijo el hombre sin levantar la cabeza de los papeles, que firmaba con caligrafía apretada, inflada y picuda--: ¿fue usted quien mató a la tal Analisa?

La operación había terminado. Sólo quedaba un documento por firmar, el que debía rubricar la joven para transferirle la mitad de su dinero al siniestro abogado.

--No, no fui yo --contestó con voz fría y distante.

El abogado seguía sin ver el rostro de Analisa, sólo sentía su presencia a sus espaldas.

--Entonces, ¿quién? He oído mencionar que sufrió lo que podríamos definir como una muerte violenta. De hecho, me hicieron unas cuantas preguntas sobre usted y su procedencia. Nada de qué preocuparse, claro. Salí airoso de todas ellas.

--Sí. Está usted en lo cierto, se trató de una muerte violenta.

Sus últimas palabras sonaron extrañas a oídos de Juan de Valera. Su tono de voz era distinto, gutural y siniestro. El letrado sintió una profunda inquietud y, cuando Analisa posó su férrea y gélida mano sobre su hombro, supo que algo iba decididamente mal. Se giró y vio sus ojos. Sus pupilas estaban tan rojas como un carbón incandescente.

--Es usted un excelente abogado, pero no sé si le habrán dicho que como persona es detestable --le susurró al oído--. Apuesto a que si apareciera muerto sus vecinos sentirían un gran alivio.

El abogado quiso moverse, pero se dio cuenta de que no podía. En contra de lo que había pensado en un principio, aquella mujer poseía una fuerza descomunal, capaz de retenerlo en la silla con tan sólo la presión de su mano.

--¿Aún quiere saber mi verdadero nombre? El otro día estaba muy interesado en conocerlo --preguntó la no-muerta mientras lamía su cuello.

En realidad, lo que hacía era buscar la yugular con el tacto de la lengua, una lengua áspera, igual que la de un lagarto.

Juan de Valera no se atrevió a contestar. En cambio, comenzó a sudar.

¡Estaba aterrado!

--¿Ha firmado ya todo?

Era una pregunta retórica. Sabía perfectamente que los documentos estaban en regla.

Juan de Valera asintió con la cabeza.

--Mi nombre es... A-na-li-sa --le informó antes de abalanzarse hacia su cuello.

Cuando introdujo la llave en la cerradura, Violeta sintió que le flaqueaban las piernas. ¿Y si la no-muerta había regresado ya de su «cacería» nocturna? Se imaginó la escena como si fuera una película de terror: Ana podía estar esperándola sentada a oscuras en la butaca de la sala de estar. Sólo de pensarlo sintió un escalofrío.

Violeta se había retrasado más de la cuenta. Por lo general regresaba mucho antes, pero aquella noche había sido especial: las horas se le habían pasado volando y cuando quiso darse cuenta descubrió con horror que era tardísimo.

Giró la llave con cuidado y abrió la puerta despacio, intentando no hacer ruido. No había ninguna luz encendida. Instintivamente miró hacia la butaca, pero Ana no estaba allí. Todo se encontraba en penumbra y tranquilo, como siempre. Nada que temer. Ya con más tranquilidad encendió la luz, se despojó de su abrigo negro y se dirigió a la cocina.

No había cenado. Tenía guardada un poco de carne picada que ni siquiera se molestó en pasar por la plancha. Cogió una bola de carne del tamaño de una

albóndiga y se la introdujo en la boca. La masticó con deleite y se sirvió un vaso de leche.

«Igual que los masai», se dijo.

Cuando tenía diez años recordaba haber visto un reportaje acerca de las curiosas costumbres de este pueblo africano. Debido a sus creencias, los masai despreciaban la práctica de la agricultura. Para ellos el cultivo de la tierra suponía todo un deshonor. Aún permanecían vivas en su mente aquellas imágenes del rito de la sangre: tomaban a una de sus reses, le clavaban una flecha en la yugular y extraían una cierta cantidad de sangre que introducían en el interior de una calabaza hueca. Pero no llegaban a matarla, sino que cerraban la herida con estiércol. Después, mezclaban el «oro» rojo con leche y orina. Esa mezcla de color parduzco constituía un preciado manjar que bebían extasiados, convencidos de que les proporcionaba fuerza y capacidades mágicas para enfrentarse a sus enemigos y también pensaban que les servía para afrontar toda suerte de enfermedades. No en vano era la bebida de los antiguos moran, los temibles guerreros masai que se habían granjeado una reputación feroz entre el resto de los pueblos vecinos debido al robo de reses.

Lamentablemente, no pudo terminar de ver el reportaje porque en el momento más álgido su madre apagó el televisor.

--¡Ya está bien de guarradas! --exclamó con cara de asco.

--¡Mamá, por favor, no lo quites!

--¡He dicho que se acabó! Esto es una salvajada. Lo que no sé es por qué ponen estos documentales a la hora de la comida.

No hubo forma de convencerla.

La pequeña Violeta se había quedado muy intrigada y quiso indagar más acerca de esa misteriosa cultura para la que beber sangre no sólo estaba bien visto, sino que suponía todo un honor, así que le preguntó a su profesor de dibujo si disponía de algún libro que hablara de los masai. Se lo dijo a él,

pese a que aquello nada tenía que ver con la materia que impartía, porque era con el que mejor se llevaba; siempre salía en su defensa cuando sus compañeros se burlaban de ella.

A don Rogelio le extrañó que una niña de tan corta edad supiera quiénes eran los masai (ni él mismo sabía bien en qué parte del continente africano ubicarlos) y que, además, sintiera tan vivo interés por sus costumbres.

--Son unos negros que viven en África y que siempre van vestidos de rojo -- le explicó la niña.

No tenía muchos datos más sobre ellos, excepto, claro está, el asunto de la sangre, pero aquello prefirió omitirlo por si su profesor reaccionaba igual que su madre. Pero, por fortuna, don Rogelio prometió consultarlo y buscar algún libro para que la pequeña pudiera dibujarlos.

Una semana después, el profesor apareció con un libro que hablaba sobre diferentes pueblos africanos. En él había un capítulo dedicado por entero a los masai que habitaban en Kenia y Tanzania, pero por desgracia no estaba ilustrado con fotografías o con dibujos.

--No importa --repuso la niña con emoción--. ¿Me lo presta de todos modos?

--Claro, lo he sacado de la biblioteca para ti.

Violeta pasó varias noches leyéndolo, y, aunque no entendía la mayoría de las palabras, las anotó todas y las buscó una a una en el diccionario. Según sus profesores, Violeta disponía de una inteligencia privilegiada, aunque desaprovechada quizá a causa de sus problemas de aislamiento. «¿Pero cómo no va a aislarse si sus compañeros la ridiculizan cada vez que tienen ocasión?», pensaba su profesor.

Don Rogelio sentía mucha lástima por ella. Creía firmemente que poseía un don para el dibujo y procuraba no poner cortapisas a su creatividad. Y, si la niña le había pedido un libro para adultos como fuente de inspiración, no sería él quien le negara esa ilusión.

Violeta sonrió al recordar a don Rogelio.

--¡Va por usted!

Después, apuró de un trago la leche que quedaba en el vaso y se dirigió a su habitación. Entró de manera mecánica, sin encender la luz y se sentó en la cama para quitarse los zapatos. En ese momento sintió cómo la fuerza de una garra le tapaba la boca.

La joven quiso gritar, pero no pudo.

--Calma, pequeña --susurró Ana a su oído.

Entonces la soltó.

Violeta estaba muerta de miedo.

Al verla con su vestimenta gótica, Ana supo que la joven le había mentido.

--De modo que has sido una chica mala --susurró en un tono suave, pero no exento de ironía.

La joven pensó que no tenía ningún sentido mentir.

--Sí.

--Me decepcionas, querida, me decepcionas mucho.

--Lo siento. No volverá a ocurrir --dijo Violeta intentando aplacar la ira que comenzaba a dibujarse en los ojos de la no-muerta.

--¿Y crees que ahora podré volver a confiar en ti?

--No lo sé. No tengo ni idea de lo que puede pasar por tu cabeza.

--Querida, me has mentido y eso para mí es una grave ofensa que no puedo obviar de la noche a la mañana.

--Merezco un castigo --dijo Violeta bajo los efectos de su influencia.

--Sí, querida. Lo mereces, pero lo mejor que puedo hacer es no proporcionarte ninguno --contestó en tono enigmático.

--No te entiendo.

--Ya lo entenderás, querida. Habrá un momento en el que desearás que te hubiera castigado --fue toda su respuesta.

En efecto, la no-muerta no hizo nada.

Y nada suponía privarle de su ración de sangre inmortal. No podía existir peor castigo que aquél.

Violeta pasó una semana infernal, víctima de los síntomas típicos de un síndrome de abstinencia. Ella no lo sabía, pero era afortunada al no estar verdaderamente muerta, ya que al menos no llegó a presenciar el desagradable espectáculo de la putrefacción en sus propias carnes, una situación que en más de una ocasión le había tocado experimentar a la no-muerta.

--¡Perdóname, por favor! No volverá a ocurrir, no volveré a mentirte --suplicaba entre sollozos.

Ana ni siquiera se molestaba en contestar. Ése era su castigo y no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer. Así aprendería quién gobernaba su voluntad.

Violeta se debatía entre temblores, sudores fríos y dolores musculares. Era incapaz de pensar en nada que no fuera su sangre inmortal. Ana no estaba dispuesta a que aquella joven marcara el ritmo de su vida. Necesitaba una

persona que la sirviera y su devoción debía ser absoluta, incondicional y sin fisuras.

Cuando creyó que ya había recibido suficiente castigo, le proporcionó unas gotas de su sangre eterna. Violeta lo agradeció, no sin experimentar una gran humillación. De nuevo volvía a ser una persona «normal», capaz de pensar por sí misma sin estar sometida a la esclavitud de su fluido vital.

--Espero que hayas comprendido la lección y que sepas de una vez quién manda --comentó la vampira.

--Sí, Ana. No volverá a suceder --respondió Violeta igual que un robot.

--Buena chica.

Y Violeta regresó a la monotonía de no hacer nada. Sólo el dibujo le servía de válvula de escape. Pasaba buena parte del día dibujando y soñando despierta. Recordaba a aquel chico que se le había acercado en The Gargoyle. Había sido una pena tener que abandonar el local de aquel modo precipitado. Ya nunca sabría si los piropos con los que le había regalado los oídos eran o no sentidos.

Lo más probable era que nunca volviera a verle.

Habían transcurrido muchos años, quizá demasiados, pero las costumbres de Analisa no se habían modificado: continuaba durmiendo de día y alimentándose de noche. Su fortuna le permitía vivir en sociedad de manera holgada y discreta y, desde luego, ya no era tan inocente ni tan escrupulosa como lo había sido al inicio de su conversión. Pero, en el fondo, se sentía inquieta porque temía que en su interior se estaba obrando un proceso irreversible. Era consciente de que con cada nueva víctima perdía una pequeña parcela de su naturaleza humana y muchas veces se preguntaba hasta dónde sería capaz de conducirla la *bestia*.

Sin embargo, sus mayores quebraderos de cabeza no se produjeron, como era de suponer, a causa de su brutal naturaleza, sino como consecuencia del clima político que vivía el país. Se había enrarecido a pasos agigantados y ya no era el más adecuado para sus intereses ni para su singular forma de «vida».

Desde que en marzo de 1808 se produjera el motín de Aranjuez, la situación se había agravado de manera alarmante. No obstante, el momento más amargo se desencadenó el 2 de mayo en Madrid cuando, tras producirse una revuelta popular contra los franceses, los invasores decidieron dar un escarmiento al pueblo. Aquella misma tarde dieron comienzo los fusilamientos, que terminarían con la vida de 2.000 personas.

Debido a todos estos agitados acontecimientos, Analisa se había visto obligada a huir de Madrid para refugiarse en el Sur, no sin antes emprender su particular cruzada contra los invasores, que dejó un reguero de cadáveres de soldados franceses. Entonces descubrió que cuanto más se alimentaba más fuerza y astucia cobraba.

A pesar de que habían pasado muchos años desde que Analisa perdiera todo lazo sentimental con familiares, amigos y conocidos, aún conservaba una pequeña parcela de «humanidad» que la obligaba a situarse al lado de los que sufrían, al lado del pueblo llano, el peor parado en toda esta situación conflictiva. Por eso contribuía a expulsar a los gabachos --así se denominaba a los soldados invasores-- de la única manera que podía hacerlo: alimentándose con su sangre.

Había tomado ciertas precauciones para no perder el control de su fortuna dejando escondida la mayor parte en un lugar al que sólo ella tendría acceso una vez finalizado el conflicto bélico, pero su vasta riqueza no paliaba la inmensa soledad que sentía. No le quedaba nada de su pasado y no conocía a nadie. Todos los rostros con los que se cruzaba le resultaban igual de desconocidos y, a causa de su condición de no-muerta, no le era posible establecer nuevas amistades sin que tarde o temprano su verdadera naturaleza saliera a relucir.

Su prematura muerte la había privado de experimentar muchas cosas que la vida ofrecía al común de los mortales: conocer a alguien de quien enamorarse, tener hijos y, en definitiva, llevar una vida normal. Ahora su única motivación era seguir alimentando a la *bestia*.

Esta suerte de aislamiento le aterraba, porque sabía que cuantos menos vínculos normales mantuviera con seres humanos más crecería su parte brutal. Por eso, aunque ella lo ignoraba, conocer a Jeromín fue un preciado regalo que el destino quiso poner en sus manos.

Analisa malvivía en una casucha que amenazaba con venirse abajo en cualquier momento. Sí, malvivía, aunque era una persona acaudalada que podría haberse permitido boato. Pero la situación requería pasar desapercibida hasta que las aguas se calmaran. De otro modo, los invasores y el pueblo llano se habrían apoderado de su fortuna sin ningún tipo de escrúpulos. Y una vida, la suya, era demasiado larga, por no decir eterna, como para permitirse caer en bancarrota por la guerra. Ignoraba si habría otros como ella, otros no-muertos en su misma tesitura. En su situación, conservar su patrimonio era más una necesidad que un capricho o un acto egoísta.

Una mañana dormía plácidamente cuando unos gritos aterradores la sacaron de su sueño. Analisa habría jurado que provenían de un animal. Sin embargo, dentro de su caja y en completa oscuridad no podía aseverarlo. Sólo cuando escuchó las carcajadas y los insultos de un grupo de hombres comprendió que quien gritaba con desesperación era una persona. Aquellos desalmados se mofaban de un pobre diablo que en su huida había ido a refugiarse justamente en el callejón que daba a su ventana.

El tiempo había permitido a Analisa desarrollar un oído fino y preciso, gracias al cual distinguió las voces de tres hombres que sin piedad daban una paliza a un pobre desgraciado.

--¡Bestia deforme, bésame los pies! --decía uno de ellos mientras los demás le propinaban una lluvia de puntapiés.

--¡En una jaula tendrías que estar! --gritaba otro.

«No es asunto tuyo. Déjalo estar», pensaba Analisa.

Pero la saña y la maldad con la que aquellos hombres trataban al infeliz le impidieron volver a recuperar el sueño. Aunque vampira, aún le quedaba algo de conciencia.

«No puedes hacer nada por él. ¡Es de día! Si fuera de noche otro gallo cantaría», se decía hirviendo de rabia por dentro.

--¡Tu madre tendría que haberte matado al nacer!

El pobre muchacho ni siquiera era capaz de replicar.

«Si no hago algo, le matan.»

Entonces, decidió armarse de valor y salir de su escondite. El caso lo merecía y si la luz conseguía destruirla, al menos le quedaría la satisfacción de haber muerto por una causa noble.

Los vampiros, aunque muertos, poseían un desarrollado sentido de la supervivencia y, desde luego, la posibilidad del suicidio no se encontraba dentro de sus prioridades. De otro modo, Analisa se habría inmolado hacía ya muchos años. De hecho, en cierta ocasión lo había intentado, pero finalmente no tuvo el valor suficiente para llevar a cabo su plan autodestructivo. Sin embargo, la tesitura en la que se encontraba ahora era bien distinta: la vida de un inocente estaba en juego.

Sin pensarlo más, abrió la tapa de su caja, asió una horca y salió al exterior. Al verla aparecer, los agresores no la tomaron en serio. Si hubiera sido un hombre quien portara la herramienta, tal vez la situación habría sido distinta, pero por aquel entonces la opinión de una mujer valía poco menos que el papel mojado.

--¿Qué haces con eso, mujer? ¡Esto no va contigo! --masculló uno de los hombres, al tiempo que otro golpeaba al muchacho con un bastón.

El agredido permanecía en silencio. Acaso se hallaba inconsciente a causa de la brutal paliza. Estaba hecho un ovillo y se tapaba la cara con las manos. Sus ropas estaban sucias, andrajosas y manchadas de sangre. Por su volumen se adivinaba que era un muchacho alto y fornido, mucho más que todos aquellos indeseables, por lo que resultaba extraño que no hubiera hecho nada por defenderse.

Analisa estaba cegada por la luz del sol, pero, aparte de eso, no percibió ningún síntoma anormal que le indicara que la luz podía acabar con ella. En cualquier caso, tal y como estaban las cosas, no podía detenerse a pensar en lo maravilloso que resultaba volver a contemplar el astro rey en todo su esplendor.

--¡Dejadle en paz o le clavo esto al primero que se acerque! --gritó a modo de advertencia.

No podía distinguirlos bien, aunque era capaz de apreciar sus siluetas. Uno de los hombres intentó acercarse a ella para quitarle el arma, así que Analisa, sin vacilar un segundo, intentó clavársela, pero erró el intento. Pero aquel aviso sirvió para que los agresores se dieran cuenta de que no bromeaba. Como estaba despeinada y tenía la vista perdida, la tomaron por una demente.

Los agresores se miraron entre sí y decidieron que lo mejor era marcharse sin meterse en más complicaciones. Ya habían obtenido lo que querían: un poco de diversión maltratando a un joven indefenso.

--¡Maldita ramera! --gritó uno de ellos desde la lejanía.

Cuando el peligro hubo finalizado, Analisa soltó la horca, se aproximó al joven, que aún permanecía hecho un ovillo en el suelo, y se agachó a su lado para comprobar si respiraba.

--¿Puedes oírme? ¿Estás bien?

--Sí --musitó el muchacho entre sollozos--. ¿Se han ido ya los hombres malos?

--Sí. Ya se han ido, pero quizá decidan regresar. ¡Vamos --le instó al tiempo que le agarraba de un brazo--, ven conmigo!

El muchacho se incorporó lentamente.

Al ver su rostro, Analisa lo comprendió todo.

Aquel chico era retrasado.

Ya en el interior de la casa, Analisa limpió sus heridas, pero advirtió que el joven necesitaba un baño urgentemente.

--¿Tienes pan? --preguntó el muchacho.

No tenía ningún alimento que ofrecerle, ya que Analisa no consumía comida humana desde hacía muchos años.

--No, lo siento. No tengo comida.

--Bueno, no importa --dijo emitiendo una risotada que a Analisa se le antojó absurda.

Aquel joven parecía estar siempre alegre y risueño, lo cual resultaba algo chocante en ese momento teniendo en cuenta que acababan de propinarle una monumental paliza.

--Mira, haremos una cosa --dijo la no-muerta--: te daré esta moneda y así podrás comprar lo que te apetezca, ¿de acuerdo?

Cuando el muchacho vio la moneda, empezó a dar brincos y palmadas y a emitir sonidos guturales con la boca.

--Y ahora regresa a casa --le apremió.

El joven obedeció con ojos tristes. Su semblante había demudado en tan sólo un instante. Cuando se puso en pie, la no-muerta advirtió una cojera galopante en su pierna derecha. Aunque era alto y robusto, su actitud no difería de la de un niño pequeño. La no-muerta permaneció en silencio mientras aquel desgraciado abandonaba la casa.

Desde su ventana, y ya con la vista prácticamente recobrada, contempló cómo se alejaba por las callejuelas que conducían al puerto. Analisa le había salvado la vida, pero quizá ella había salido mucho más beneficiada que él. Si no hubiera sido por ese incidente, seguiría condenada a la eterna oscuridad de la noche. Y, por muchos siglos que pasaran, la luz era demasiado hermosa como para olvidarla.

Estaba a punto de hacerlo, de ser infiel a Silvia.

Por lo visto, los remordimientos que le habían asaltado días atrás sólo habían contribuido a alimentar su deseo, que era cada vez mayor. Y ahora estaba a punto de acostarse con la bella desconocida que le tenía subyugado desde el mismo instante en que la vio.

Ana. Ése era su nombre. No sabía mucho más sobre ella. Y quizá era eso lo que la hacía tan atractiva y deseable: su misterio. Tenía el pelo sedoso, como el de las japonesas que salían en las películas de geishas; una boca carnosa y unos labios suaves, como la superficie de una gominola de fresa. Sus pechos eran simplemente perfectos: insinuantes y poderosos, ni grandes ni pequeños. Pero lo mejor eran sus ojos: demasiado bellos para describirlos. Fríos y dominantes, unas veces; cálidos y perturbadores, otras. Eran ojos sabios, que estaban de vuelta de muchas cosas. Inquietantes, en cualquier caso. El resto de su cuerpo... aún no había tenido ocasión de adivinarlo.

Sobre Silvia, en cambio, lo sabía casi todo. Tenía sus cosas buenas y malas, como todo hijo de vecino. Era hermosa, aunque superficial. Al principio,

esta ligereza no le molestaba, pero con el paso del tiempo se había convertido en un obstáculo, en una barrera difícil de franquear. Y no es que él fuera un intelectual. Distaba mucho de esos cerebros sesudos volcados únicamente en el análisis del ser humano y de la existencia misma. Sin embargo, había más cosas que los separaban que los factores que unían. Silvia era demasiado previsible y ya había desaparecido la magia que Alejo sentía cada vez que iniciaba un acercamiento sentimental. Claro que, en el caso de Ana, el acercamiento era puramente sexual. No podía ser de otro modo, ya que no había tenido la oportunidad de tratarla.

Le había extrañado que al encontrársela en The Gargoyle se hubiera dignado dirigirle la palabra. Después del desplante del último día no esperaba que quisiera volver a saber nada más de él. Sin embargo, lo más extraño es que había sido ella quien se le había acercado para decirle al oído: «¿Vamos a tu casa o a un hotel?» Entonces, los nervios le traicionaron y perdió la voz por unos instantes.

«Mejor a un hotel», le contestó sin dudarle siquiera un segundo. Y era eso precisamente lo que le preocupaba: no había habido ni un atisbo de vacilación en su voz. ¿Qué tenía de especial aquella mujer para cautivarle de esa manera?

En cualquier caso, ya era tarde para lamentaciones.

Ana estaba sobre él.

Nada más entrar en la habitación, le había empujado contra la cama, se había tumbado encima y ahora arrancaba su ropa sin miramientos, casi con furia, mientras lamía y besaba su cuello, sus hombros y su torso haciéndole sentir cosas que nunca antes había sentido. Si nadie lo remediaba --y no parecía que eso fuera a ocurrir-- sus cuerpos desnudos acabarían enlazados entre las sábanas de aquella cama de hotel.

Nunca había hecho algo así. Jamás había engañado a ninguna chica. Bueno, sólo una vez, pero se arrepintió tanto que juró no volver a hacerlo. La infortunada fue Teresa, una joven con la que tonteaba cuando era un adolescente. Ambos eran muy jóvenes y, a decir verdad, Teresa no se lo

tomó muy bien. Cuando se enteró, le propinó un sonoro bofetón en medio de una fiesta para después dejarle plantado delante de todo el mundo. Al día siguiente descubrió horrorizado que las amigas de ella tampoco le hablaban. Al parecer, su fama de Casanova se había extendido por todo el instituto. Pasó un par de meses avergonzado sin poder acercarse a ninguna chica.

Sin embargo, no contenta con ello, la tal Teresita telefoneó a casa de Alejo y se lo contó todo a su madre, lo cual le hizo sentir aún peor. Su madre le echó un monumental sermón acerca del respeto al prójimo, la fidelidad y el amor, y Alejo tuvo que prometerle que no volvería a hacer algo así.

«¡Ni que hubiera matado a alguien! ¡Sólo fue un beso!», se justificó por aquel entonces.

Años después, las cosas cambiaron. Cuando el engañado fue él, comprendió cómo se había sentido Teresita. Cuando Paz se lió con uno de sus mejores amigos sufrió mucho. En aquel instante entendió que no era una cuestión del número de besos que se hubieran dado, sino de la sensación de traición y de desconcierto que se apodera de uno cuando se siente engañado.

Pero aquellos recuerdos formaban parte del pasado y ahora sólo las sensaciones eran capaces de regir sus actos. Luchar contra ellas no tenía sentido. Sabía que nada podría detener lo que estaba a punto de ocurrir. El único modo de hacerlo habría sido que Ana se negase a continuar. Pero ella no parecía tener intención de hacerlo, más bien todo lo contrario: cada vez mostraba mayor pasión, más deseo y habilidad. Y, sobre todo, sabía muy bien dónde y cómo tenía que acariciar su cuerpo.

Alejo se dio cuenta de que estaba temblando igual que un niño cuando recibe un regalo por su cumpleaños. La pasión que sentía era más poderosa que su cerebro y terminó de perder el control cuando Ana mordisqueó levemente el lóbulo de su oreja derecha. Su mente se deshizo por completo del recuerdo de Teresita, de Paz y, por último, de Silvia. Y sólo fue capaz de ver el rostro de aquella misteriosa mujer que se acercaba peligrosamente a una zona de su cuerpo a la que sólo algunas mujeres habían tenido acceso.

Cuando despertó, el vacío de Ana lo llenaba todo.

Se había marchado sin decir una sola palabra. Alejo ni siquiera sabía cuándo había ocurrido.

Buscó desesperadamente una nota caída sobre la moqueta de la habitación, un número de teléfono, una pista que indicara que ella estaba dispuesta a volver a verle.

Pero no halló nada.

Lo único que permanecía inalterable era su olor, un olor extraño, a tierra mojada. Y descubrió espantado que el recuerdo de Ana era mucho más poderoso que los remordimientos o la culpa. La desconocida se había instalado en su vida con tanta fuerza que había logrado deshancar a Silvia de un plumazo.

Era muy tarde. Más de las once. Debía darse prisa o le cobrarían otra noche de hotel. Se duchó con rapidez, se vistió y bajó a la recepción con la esperanza de que Ana hubiera dejado algún mensaje al recepcionista. Pero éste no sólo no tenía ningún recado para él, sino que ni tan siquiera recordaba haberla visto salir. A menos que en algún momento se hubiera despistado, por allí no había pasado ninguna mujer de las características de Ana.

Pagó la habitación y salió del hotel en dirección a casa. Al encender el teléfono móvil advirtió que tenía cuatro llamadas perdidas: tres eran de Silvia y una, la más reciente, de Marcial.

Optó por ignorar las llamadas de Silvia. Se sentía demasiado bien para estropearlo con una discusión y demasiado mal para mentirle. Dadas las circunstancias, prefirió llamar a Marcial.

Media hora después se encontraron en una cafetería cercana a su domicilio.

Al verle aparecer vestido con pintas góticas, Marcial no pudo reprimir una sonora carcajada.

--No me extraña que tu padre diga que no te conoce --manifestó con guasa.

--¿Cómo está?

--Como siempre. Ya lo conoces, se pasa todo el puto día quejándose.

--¿Y tú?

--Bien, bien. A ti no te pregunto porque es evidente que vienes de algún sarao de disfraces.

--Te equivocas.

--Entonces, ¿de qué coño vas vestido?

--De gótico.

Marcial hizo un gesto de desaprobación con la cabeza.

--Alejo, cada día me sorprendes más. A veces tengo la impresión de que apenas te conozco. ¿Se puede saber en qué andas metido?

--Sabes bien que me conoces mucho mejor que mi padre. Y da la casualidad de que sobre los góticos quería hablarte.

--Tú dirás --comentó con tono resignado.

--¿Te suena un local llamado The Gargoyle?

--No.

--Hace poco apuñalaron a una chica allí, a una gótica.

--¿Y qué tienes tú que ver con eso?

--Nada, pero me gustaría saber más cosas sobre ella. Se llamaba Alejandra Kramer. ¿Puedes conseguir más información?

--¿Te has creído que trabajo para el CESID?

Alejo hizo una mueca de incredulidad.

--Vamos, vamos, sé que puedes hacerlo.

--Desde que me retiré del cuerpo ya no tengo tantos contactos. Y los pocos que me quedan los reservo para asuntos importantes de verdad.

--Esto es importante... para mí.

Cuando le miraba así, Marcial era incapaz de negarle algo a su sobrino.

--Veré qué puedo hacer --dijo al fin--, pero no te hagas muchas ilusiones. Las cosas ya no son como antes.

--Sé que harás todo cuanto esté en tu mano.

Marcial hizo una pausa, miró hacia el suelo y cambió de tema.

--Alejo, ve a verlo --dijo poniéndose serio.

--¿Qué ocurre? Has dicho que estaba bien.

--Sigue igual de obcecado que siempre, pero creo que no lo está.

--¿Qué le pasa?

--No lo sé. No ha querido decírmelo, pero ha estado haciéndose pruebas médicas. Según él, está como un roble, pero no estoy tan seguro.

--Lo intentaré, aunque la última vez que le llamé me colgó el teléfono.

El éxito de la «prueba de la luz» presentaba para Analisa una serie de ventajas que aún no acertaba a comprender. Si bien la luz --tal como había podido comprobar-- la debilitaba, no era menos cierto que no la había destruido. Tan sólo había advertido una fatiga similar a la que experimenta alguien después de realizar ejercicio físico durante varias horas. Todo ello suponía un paso adelante en su carrera involuntaria hacia la inmortalidad y tal vez indicaba que podría llevar una vida más «normal» que hasta entonces, aunque tuviera que seguir ocultándose entre los mortales. Seguía sin poder confesar su faceta vampírica, pero su calidad de vida se vería mejorada.

Con anterioridad ya había sospechado que la luz y otros mitos relativos a los vampiros no eran del todo reales. Lo intuyó cuando, en cierta ocasión, se vio abocada a tocar un crucifijo y descubrió que no le ocurría nada malo. Sin embargo, no obtuvo una confirmación plena hasta que se atrevió a salir de la oscuridad en la que vivía. Pero lo que la joven ignoraba era que esta ventaja también escondía una trampa: si su naturaleza se veía debilitada en exceso, la *bestia*, a fin de compensar ese desgaste, cada vez le exigiría mayores dosis de sangre.

En algunos aspectos, redescubrir la vida diurna no fue un plato de gusto. Comprobar hasta qué punto la situación política del país había afectado a la población resultaba desalentador. La gente estaba depauperada; se moría de hambre, de miedo y de incertidumbre. El desconcierto se había adueñado de sus compatriotas de tal modo que el pillaje, la rapiña y la picaresca eran las tónicas dominantes de aquel tiempo, un tiempo que tal vez, de haber sido mortal, no le habría tocado afrontar. La miseria que se vivía en el país era tan apabullante que, en más de una ocasión, Analisa llegó a alegrarse de que su dieta no fuera otra que la sangre. Al menos, a diferencia de los alimentos, ésta no escaseaba.

Una tarde, cuando Analisa salió de casa para airearse, observó que alguien había depositado una flor en el alféizar de su ventana. Al principio, pensó que había sido olvidada por error, pero le extrañó comprobar que el tallo estaba colocado con mimo debajo de una piedra, acaso para evitar que la

raquílica florecilla cayera por la acción del viento. Analisa miró en todas direcciones, pero no vio a nadie, así que tomó la flor entre sus manos, se la acercó cuidadosamente a la nariz y aspiró su perfume. Aquella experiencia supuso un placer indescriptible. Después de tantos años había olvidado qué se sentía cuando el delicado aroma de una flor traspasaba sus sentidos. Y por unos instantes volvió a sentirse humana.

Pero ésta no fue la única muestra de afecto que la no-muerta recibió. En los días siguientes encontró otras muchas en su ventana, y todas igual de enigmáticas: una caracola marina, una concha de nácar que la marea olvidó en alguna parte de la playa, un trébol de cuatro hojas y hasta la pluma de un ave.

Eran presentes modestos, pero habían sido dejados con cariño, o al menos eso fue lo que dedujo en un principio. ¿Pero de quién procedían? Esta incógnita la inquietaba. Podía significar que alguien la espiaba, que conocía sus movimientos y que tal vez aquellos regalos, bajo una apariencia de inocencia, escondían aviesas intenciones. Tenía que descubrir quién era la persona que se había fijado en su solitaria y triste existencia.

Los regalos aparecían por la tarde, después de la hora de la comida, así que, fuera quien fuese su autor, debía de colocarlos por la mañana, justo cuando, después de alimentarse, la no-muerta aprovechaba para descansar. Analisa tomó una determinación: lo esperaría oculta para averiguar su identidad.

Al día siguiente permaneció en vela, pero nadie hizo acto de presencia. ¿Sabía aquella persona que estaría vigilando y por eso no había acudido? La no-muerta ignoraba la respuesta, pero aquel asunto trajo a su memoria acontecimientos del pasado que creía enterrados, recuerdos que de nuevo ponían en primer plano a la detestada Emersinda. Sin embargo, pronto desechó aquellas funestas sospechas.

¡Emersinda estaba muerta! Ella misma había podido contemplar el devastador incendio en el cementerio. Aquel ser maligno había sido destruido para siempre.

Con el paso del tiempo la vampira se había vuelto desconfiada. A fin de cuentas, su vida dependía de ello. De otro modo, habría sido destruida hacía años.

Si bien al inicio de su conversión habría dado cualquier cosa por morir, en los últimos años había comenzado a desarrollar un extraño instinto de supervivencia que la llevaba a aferrarse a la vida de manera irracional. Y, en cierto modo, era lógico. Su temprana muerte física la había privado del disfrute de una vida rica en experiencias humanas y las pocas que había tenido habían sido más bien desagradables: el suicidio de su padre, la prematura y extraña muerte de su madre y el funesto encuentro con su tía.

Por otra parte, Analisa estaba cada vez más convencida de que Emersinda no era su tía carnal. Quién sabe si aquel monstruo había acabado con su auténtica tía y la había suplantado. Analisa sabía que aquel razonamiento era absurdo, pero no se resignaba a asumir que en el seno de su propia familia había residido tanta maldad. Por desgracia, quizá nunca podría desprenderse por completo del recuerdo de Emersinda.

Al día siguiente reemprendió su plan de vigilancia.

Y esta vez tuvo éxito.

Con el alba, casi coincidiendo con el momento en el que Analisa solía iniciar su descanso, una figura envuelta en sombras se acercó a su ventana para depositar algo. Se detuvo sólo unos instantes y después continuó su camino.

Analisa siguió a la figura alta y corpulenta que caminaba unos pasos por delante de ella mientras sopesaba cómo afrontar la situación. ¿Qué podía hacer? ¿Atacarla por detrás para evitar su huida? ¿Adelantarse por un atajo y esperarla apostada en un recodo del camino? De pronto, advirtió que no estaba pensando como un ser humano, sino como un depredador. ¡Y todo aquel revuelo por una simple flor! ¿Es que estaba perdiendo el juicio? ¿Era así como quería relacionarse con los humanos? Ahora que tenía acceso a la luz debía empezar a comportarse como un mortal más y no como una *bestia*, y aquéllas no eran maneras de abordar a nadie.

No obstante, su desconfianza y su condición depredadora eran demasiado poderosas, así que finalmente cedió a ellas y lo abordó por detrás, propinándole un fuerte empujón contra el suelo.

Le sorprendió comprobar que su presa no oponía resistencia alguna. Por el contrario, el hombre se arrojó al suelo de inmediato y se llevó las manos a la cabeza.

--¡No me pegue, no me pegue! ¡No he hecho nada!

Su postura era defensiva. Daba la impresión de que aquel sujeto tenía asumido que Analisa iba a golpearlo.

La no-muerta se sintió desconcertada.

--¿Quién diablos eres y qué hacías en mi casa?

--¡Nada! ¡Se lo juro por mi vida!

Su voz sonaba gangosa y entrecortada. Tenía algún problema en el habla que le impedía expresarse con claridad.

Analisa comprendió que aquel muchacho no suponía una amenaza.

--¿Has sido tú quien ha dejado las flores?

El chico fue incapaz de contestar con coherencia. Se limitó a asentir con la cabeza y a emitir una sonora risotada carente de sentido.

--¡Levántate! --ordenó la no-muerta.

El joven obedeció.

¡Era el mismo al que Analisa había defendido días atrás!

--¿Cómo te llamas?

El chico permaneció en silencio, pensativo.

--Me llaman de muchas maneras --comentó sonriendo.

La no-muerta advirtió que una baba se deslizaba por su barbilla.

--Idiota, animal, mulo, inútil...

Analisa sintió lástima y, al mismo tiempo, se sorprendió al comprobar que su corazón parecía estar desarrollando una reacción humana.

--Pero tendrás un nombre, ¿no?

--No, que yo sepa --comentó emitiendo una nueva risotada.

¿Qué le hacía tanta gracia?

La no-muerta estaba cansada. Había sido una noche muy larga y tortuosa, le había costado bastante trabajo encontrar una víctima propicia. Tan sólo deseaba retirarse a dormir.

--Puedes irte a casa.

El muchacho demudó su semblante. Parecía decepcionado.

--¿Es que no va a pegarme?

--No veo por qué habría de hacerlo. Dejar flores en una ventana no es un delito. Bastantes restricciones sufrimos ya por culpa de los franceses.

Al escuchar la palabra «franceses» el joven comenzó a temblar y a proferir terribles alaridos.

--¡Malos! ¡Malos! ¡Malos!

--¡Cállate! ¿No ves que vas a despertar a todo el mundo?

--¡Hombres malos! --dijo llevándose una mano a la pierna derecha.

Analisa no podía permitirse llamar la atención, así que tomó al joven de la mano y lo condujo hasta su vivienda. No resultó nada sencillo, porque el muchacho creyó que iba a pegarle y se replegó como pudo en una esquina del camino.

--¡Tranquilízate de una vez! ¡En Cádiz no hay franceses!

Por algún extraño motivo, las palabras de Analisa ejercieron en el chico un efecto reparador. Tal vez no eran las palabras en sí, sino el tono que empleaba al pronunciarlas. Analisa lo trataba con respeto, cosa que jamás había hecho nadie en el transcurso de su desdichada existencia. El joven estaba acostumbrado a recibir malos tratos y se notaba. Cada vez que Analisa se acercaba a él, se cubría la cara instintivamente con las manos, como si fuera a atacarle.

Ya en el interior de la vivienda trató de averiguar algo más acerca de él.

--Calma, muchacho, calma. No voy a hacerte nada malo. ¿Y tus padres? ¿Dónde están?

--No sé.

--Pero vivirás con alguien... --sondeó. Se temía lo peor.

--¡Sí, con *Carlota*!.

Carlota era una pequeña rana. El muchacho la extrajo orgulloso del interior de uno de sus bolsillos. Después la tomó con sumo cuidado y le dio un sonoro beso que cubrió al batracio con un manto de babas.

--Bonita, ¿verdad?

--Preciosa, sí.

Se hacía tarde y Analisa comenzaba a estar muy cansada.

--Ahora debes irte. Necesito dormir.

El joven guardó a *Carlota* en el bolsillo. Parecía acostumbrado a que lo echaran de los sitios.

--¿Puedo volver otro día?

--Ya veremos --contestó--. ¿Qué día es hoy?

--Hoy, San Jerónimo. Mañana, Santa Teresita del Niño Jesús; pasado, los Santos Ángeles de la Guarda --recitó de carrerilla--. Ayer, San Miguel, San Gabriel y San Rafael arcángeles...

La no-muerta le interrumpió con un gesto.

--Es suficiente --dijo esbozando una sonrisa--. Supongo que no hay nada malo en que *Carlota* y tú, Jeromín, podáis regresar por aquí un día de éstos.

Aquel muchacho ya tenía nombre. Había sido «bautizado» por la no-muerta en un acto impulsivo. No sabía por qué lo había hecho, pero intuyó que quizá podría arrepentirse en un futuro.

Tras sufrir el castigo impuesto por la no-muerta, Violeta regresó a un estado de aparente normalidad. Entonces fue consciente de que se hallaba atrapada en una telaraña de la que, a la postre, le resultaría muy complicado escapar. Detestaba a aquella mujer y la amaba al mismo tiempo, aunque no de una manera carnal, de eso estaba segura. Era algo mucho más «espiritual» y, por tanto, infinitamente más complicado de superar. Aquel sentimiento era irracional. No existía una explicación coherente para lo que experimentaba, pero el hecho era que estaba sometida a un intenso poder: el de su sangre.

Esa mujer era dueña de sus pensamientos, de sus emociones y, en definitiva, de su destino. Los vampiros antiguos, como Ana, eran capaces de introducirse en la vida de las personas hasta extremos insospechados, consiguiendo anular sus voluntades por completo.

Cuando Ana estaba presente, Violeta vivía para ella, para cumplir sus deseos, para acatar sus órdenes y para satisfacer sus necesidades. Pero cuando no se encontraba cerca, la joven gótica fantaseaba urdiendo complejos planes destinados a escapar de su yugo. Sin embargo, hasta ahora no había tenido éxito.

Una mañana, mientras la no-muerta descansaba después de una de sus «cacerías» nocturnas, Violeta sintió la tentación de llamar a su madre. La pobre no había vuelto a saber nada de ella desde que abandonara su casa en Rótova. La gótica tan sólo le había dejado una escueta nota. Lo había hecho para evitar que diera parte de su desaparición a la Policía Nacional. En cualquier caso, si hubiera denunciado el hecho, la policía no habría tomado en consideración su denuncia. Al fin y al cabo, Violeta era mayor de edad y su nota revelaba una huida voluntaria del hogar, no un acto criminal. Sólo se trataba de un caso más. Violeta habría pasado a engrosar las listas de desaparecidos, muchos de los cuales jamás volvían a ser vistos. Tampoco ayudaba mucho a un posible intento de localizarla el hecho de que hubiera formateado el disco duro de su ordenador.

En cualquier caso, la joven sospechaba que su madre no había dado parte a las autoridades. Filo conocía de sobra el extraño carácter de su hija y su manera de proceder le habría parecido rara, pero no inimaginable dentro de su marginal existencia. A su madre siempre le había preocupado todo cuanto hacía Violeta, sobre todo desde que murió su padre.

Al poco de la tragedia, la niña comenzó a sufrir fiebres altas que obligaron a Filo a ingresarla en el hospital. Los médicos no sabían qué le ocurría con exactitud, por lo que se limitaron a mantenerla en observación. Pero no encontraron un motivo que justificara su situación. Como no sabían qué diagnosticar, lo achacaron todo al disgusto sufrido por la muerte de su progenitor.

A pesar de que Filo también se sentía muy afectada por la pérdida de su marido, sacaba fuerzas de flaqueza y permanecía noche y día al lado de la niña. Varios familiares intentaron convencerla de que se marchara a casa a

descansar. La pobre mujer tenía cada vez peor aspecto y en el hospital poco podía hacer por su hija si ni tan siquiera los médicos sabían qué mal la aquejaba. Pero ella se negaba. Decía que ya había sufrido suficiente castigo con la muerte de su marido como para perder también a su pequeña.

Sólo hubo un instante en el que abandonó los pies de su cama para hablar con los médicos y fue justo cuando Violeta se despertó empapada en sudor. La niña se sentía desorientada, pero se encontraba totalmente restablecida. La fiebre había remitido y se aventuró a bajar de la enorme cama en busca de agua. Sin saber bien lo que hacía, se internó por los pasillos del hospital.

Cuando Filo regresó a su habitación, la niña no estaba. Atribulada, comenzó una desesperada búsqueda por el hospital. Lloraba angustiada pensando que algo malo había podido ocurrirle y se culpaba de no haber estado junto a ella cuando se había despertado.

Al fin, Violeta apareció en otra habitación. Charlaba animadamente con un anciano que estaba a punto de ser operado de un tumor. Le preguntaba si tenía miedo de la muerte. Al verla, Filo se abrazó a ella con fuerza y entre sollozos le pidió que la prometiera que nunca volvería a irse de su lado sin avisarla. *Violeta* no comprendía nada, pero lo hizo.

--¿Mamá? Soy yo.

--¿Violeta? Hija mía, ¿dónde estás? --preguntó Filo con voz entrecortada.

La gótica se lo pensó antes de contestar. No podía contarle la verdad. ¿Quién iba a creerla si afirmaba que había sido vampirizada?

--Estoy bien, trabajando mucho.

--¿Pero dónde? ¿Y por qué no me has llamado antes? Estaba muy preocupada.

Violeta hablaba desde una cabina telefónica cercana al domicilio de la vampira. Hacía un frío cortante y tenía las manos enrojecidas. Mientras

conversaba seguía el dibujo de la «T» de Telefónica con la yema del dedo índice.

--Ya me conoces --mintió para tranquilizarla--: soy impulsiva y desconsiderada. Pero me encuentro bien y te echo mucho de menos.

Filo no daba crédito a sus oídos. Hacía tanto que no la escuchaba decir algo así que, de la impresión recibida, tuvo que sentarse en una silla cercana al aparador sobre el que reposaba el terminal telefónico.

--Yo también, Violi. Sé que muchas veces no te he sabido entender, pero ahora todo será distinto. La abuela me pregunta constantemente por ti. Quiere saber cuándo vas a ir a visitarla. La pobre está muy delicada. ¿Es que no piensas venir ni siquiera un fin de semana?

--Pronto --afirmó aun a sabiendas de que quizá no podría hacerlo--. Muy pronto iré a veros. Lo prometo.

Filo escuchó el pitido inconfundible que anunciaba que la conversación se había cortado. Aun así, permaneció unos segundos con el teléfono entre sus manos sin atreverse a colgar el aparato. Acaso pensaba que la voz de su hija podría volver a escucharse de nuevo.

--Darky, querida, vuelves a decepcionarme --dijo Ana mientras pulsaba con la larga uña de su dedo la tecla que servía para interrumpir la comunicación.

La joven gótica ni siquiera la había visto llegar por detrás y tampoco la había oído cuando se introdujo en el interior de la cabina.

«¿Cómo coño lo hará?», se preguntó Violeta.

--Hay muchas cosas que todavía ignoras, Darky. Y a este paso seguirás sin saberlas --comentó haciendo un gesto de desaprobación--. Créeme cuando te digo que quiero llegar a confiar en ti, pero tú no me invitas a ello.

Violeta permaneció con la cabeza gacha, sin atreverse a decir nada.

--Te echo mucho de menos, mamá --dijo la no-muerta imitando el timbre de voz de la joven con una precisión asombrosa--. ¿Desde cuándo te has vuelto tan sentimental? Tú no eres así, querida. ¿O es que quieres que piense que me he equivocado contigo?

Ésa era otra de las cualidades de Ana: era capaz de imitar todo tipo de voces a la perfección, lo que le había permitido salir airoso de más de una situación comprometida.

La joven permanecía con la cabeza gacha. Era incapaz de resistir su mirada gélida y sarcástica.

--¡Ah, querida! Según tú, ¿qué debería hacer contigo? No quiero, pero me obligas a ser mala --susurró a su oído mientras clavaba con fuerza sus afiladas uñas sobre su antebrazo.

Violeta reprimió un grito.

Un señor ataviado con un mono azul golpeaba con los nudillos el cristal de la cabina. No entendía por qué aquellas mujeres se entretenían tanto si no la estaban utilizando.

--Vamos, pequeña --dijo agarrándola del hombro--. Ya sabes que detesto llamar la atención. Para vivir entre los mortales hay que saber cómo guardar las apariencias, y eso es justo lo que tú no respetas.

Ambas mujeres abandonaron la cabina bajo la atenta mirada del operario. Ana pestañeó y después le sonrió con fingida expresión atribulada. Al instante, el hombre pensó que era tímida y que lamentaba haberse entretenido más de la cuenta en hacer su llamada. Nunca habría podido imaginar que acababa de cruzarse con una mujer-vampiro. Pero era lógico, porque los no-muertos, cuanto más pretéritos, más hábiles se vuelven para desarrollar el engaño, la mentira y la capacidad de imitación. Consiguen transformar toda suerte de situaciones en su beneficio.

De camino a casa, Ana seguía manteniendo la presión sobre el brazo de la joven y Violeta tenía la impresión de estar sujeta por una garra de acero.

--Ya que ha salido el tema de tu madre --le susurró al oído--, me gustaría saber hasta qué punto la quieres.

--Es mi madre y la quiero.

--Si tanto la quieres, deberías ser más obediente. No querrás que le pase nada malo, ¿verdad?

--Por favor, no la metas en esto. Bastante ha sufrido ya en la vida.

--No he sido yo quien lo ha hecho, querida. Además, te recuerdo que tu abuela está muy delicada y que si a tu madre le ocurriera algo quizá no lo soportaría.

--¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que piensas hacer?

--Sé lo de las depresiones. Tu abuela nunca ha sido una mujer fuerte. Si yo estuviera en tu situación, procuraría que no se llevara disgustos innecesarios --amenazó al tiempo que esbozaba una sonrisa.

La joven sintió un vuelco en el corazón.

Era cierto lo que decía: su abuela siempre había tenido un carácter depresivo y cuando murió su hijo --el padre de Violeta-- optó por encerrarse en casa. Se negaba a salir y a pesar de que cuando Violeta iba a visitarla intentaba disimular su estado de ánimo, la joven sabía a la perfección que más de una vez había acariciado la posibilidad del suicidio.

--Ya me tienes a mí. ¿Qué más quieres?

--Que dejes de hacer tonterías que pongan en peligro mi supervivencia. Sólo eso --recalcó volviendo a clavar sus uñas en el brazo de la joven.

--Haré lo que quieras.

Al principio las visitas de Jeromín a casa de Analisa eran esporádicas, pero con el paso del tiempo comenzaron a hacerse más frecuentes, sobre todo después de que la no-muerta adoptara la costumbre de alimentarlo cada vez que se presentaba la ocasión. Jeromín no tenía dónde caerse muerto y Analisa se había dado cuenta de que el joven sólo era un alma torturada que vagaba en busca de comida y de cariño. En el fondo, aunque parecían muy diferentes, no lo eran tanto.

Jeromín había tenido una existencia terrible desde el mismo instante en que su pequeño cuerpecito alcanzó la luz. Su madre lo había abandonado en una encrucijada de caminos y de su padre nunca supo nada. Al parecer, lo recogió un tratante de ganado que lo había divisado en medio del camino envuelto en una raída mantita durante uno de sus frecuentes desplazamientos. El ganadero sintió pena y fue incapaz de desentenderse de esa incómoda situación. Temió que las alimañas acabaran por devorarlo o que el frío pudiera terminar con su incipiente vida. Sin embargo, más tarde decidió entregar el niño al párroco del pueblo más cercano. Él no podía hacerse cargo de un bebé, y menos aún de uno «defectuoso».

--Es raro --se justificó ante el párroco--. Mi mujer me echaría de casa si apareciera con un niño así.

Poco después, Jeromín fue trasladado a la Casa de Misericordia en la que transcurriría buena parte de su infancia. Si ya eran difíciles las condiciones que atravesaba el país, más lo eran las de los desamparados que no tenían un techo bajo el que cobijarse.

Aquél no era un niño con muchas luces. Había nacido con alguna suerte de retraso que le impedía integrarse como el resto de los niños. Pronto se convirtió en el hazmerreír y en el blanco de todas las burlas y vejaciones. Si hubiera podido gozar de una educación normal, quizá su discapacidad no le habría supuesto tantos sinsabores. Pero a aquel niño le había tocado afrontar un tiempo en el que las deficiencias y las diferencias entre las personas sólo

contribuían a aislarlas del resto de la sociedad, lo que a la postre las convertía en proscritas.

Al principio se defendía como podía de los ataques físicos que sufría a diario. Sin embargo, al no recibir ningún apoyo de sus cuidadores, sus intentos acabaron por volverse estériles y su infancia se convirtió en un completo infierno.

Por fin, cuando cumplió ocho años fue enviado a una granja a trabajar a cambio de alojamiento y manutención. Si el niño llegó a albergar alguna esperanza de encontrar calor humano, ésta se desvaneció de un plumazo, pues nada más llegar fue encerrado con los animales en el cobertizo. De día trabajaba a golpe de látigo en las tareas de la granja y de noche era atado para evitar que pudiera fugarse. Fue en aquel lugar donde aprendió a desarrollar su amor por los animales. Éstos eran su única compañía y consuelo, ya que se dejaban acariciar sin oponer resistencia y le proporcionaban calor durante las frías noches de invierno. Jeromín poseía una especie de «capacidad especial» para comunicarse con los animales de manera no verbal. Desde luego, esto era algo que muy pronto aprendió a ocultar. Bastantes problemas tenía ya en su vida como para sumarle una revelación de esa naturaleza.

Cuando comenzó su estancia en este nuevo «hogar» se pasaba las noches gimiendo porque la oscuridad le aterraba. Pero el patrón le golpeaba cada vez que lo hacía, así que se acostumbró a lamentarse en silencio.

Su dieta consistía en las sobras que arrojaban a los cerdos. Comía sobre todo mondas de patata mezcladas con hojas de acelga. Con una alimentación así y sometido a trabajos forzados desde el alba, cabría haber esperado que el niño hubiera desarrollado una constitución débil. Pero, contra todo pronóstico, Jeromín creció alto y fuerte.

Por las noches, rodeado de sus amigos los animales, imaginaba una vida mejor. Había llegado a «bautizarlos» a todos y a conocerlos como la palma de su mano, y había ideado también una familia imaginaria en la que su

padre era un asno y su madre una cerda, mientras que el resto de los animalillos cumplían los papeles de hermanos, primos, tíos y abuelos.

Los granjeros tenían dos hijos mayores que Jeromín y una hija más pequeña. Siguiendo el ejemplo familiar, los varones torturaban sin cesar al pobre Jeromín. Cuando éste cumplió 16 años le seguían engañando como a un niño. Le hacían falsas promesas de amistad si cumplía cometidos vejatorios como tragar tierra o comer gusanos. «Jugar con el monstruo» era su máxima diversión. Jeromín, pese a que le habían mentido en numerosas ocasiones, siempre volvía a creer en sus promesas. Poseía un corazón limpio de malicia y de rencor que le hacía olvidar cualquier ofensa recibida, por cruel que hubiera sido.

En cambio, la niña no era mala con él. Quizá era demasiado pequeña para comprender por qué sus hermanos se comportaban tan mal con «el chico del cobertizo» si éste no perjudicaba a nadie, pero también era lo suficientemente mayor para intuir que la amistad que estaba estableciendo con él podría generarles más de una complicación.

A veces se escapaba de casa por la noche para ir a llevarle las sobras de su comida que había ocultado entre la ropa. Jeromín siempre se lo agradecía dando buena cuenta de ellas. Después, la niña permanecía un rato escuchando las historias que Jeromín inventaba sobre su «familia animal» antes de regresar de nuevo a la cama.

Genoveva, su única amiga, fue la que le enseñó a expresarse con cierta soltura. Lo poco que había aprendido en la Casa de Misericordia se le había olvidado por falta de práctica y la vida en la granja no le proporcionaba muchas oportunidades para comunicarse; tan sólo se circunscribía a trabajos forzados. Ella, en cambio, con la paciencia que sólo poseen los niños, le animaba a expresarse con total libertad mediante juegos, canciones infantiles y acertijos.

Una noche, cuando Genoveva acudió al cobertizo para traerle las sobras, encontró al muchacho inconsciente. Ella no tenía ni idea de lo que le había ocurrido, pero supo que era algo malo en cuanto tocó su frente y descubrió

que estaba ardiendo. Le llamó varias veces zarandeándolo por el hombro, pero el chico fue incapaz de contestar. Sólo emitía sonidos ininteligibles que terminaron por asustarla.

La niña no sabía qué hacer. No podía despertar a sus padres o a sus hermanos para decirles que «el chico del cobertizo» estaba enfermo. Este gesto podría acarrear un gran castigo.

--No debes acercarte a él a menos que alguno de nosotros esté presente --le había advertido su padre--. No olvides que es igual que un animal salvaje y nunca puede saberse cómo reaccionará.

--¡Pero papá, él no es malo! ¡Sé que no es malo!

--¿Qué vas a saber tú, si sólo eres una mocosa? Te lo advierto: no debes confiar en él.

Tras sopesar la apurada situación, optó por despertar a su padre. Pensó que un castigo bien merecía la pena si con ello conseguía salvar la vida de su amigo.

Cuando su progenitor se enteró de lo sucedido, montó en cólera. No se explicaba qué hacía su hija en el cobertizo a altas horas de la noche y mucho menos en compañía de ese engendro. Sin embargo, al examinar al chico se dio cuenta de que la pequeña no había mentido: el muchacho se encontraba gravemente enfermo, por lo que consintió en trasladarlo hasta el porche de la casa, donde durante varios días se le suministraron cuidados elementales. Pero sólo accedió a ello motivado por el miedo a perder un valioso «mulo de carga».

Al parecer, Jeromín había ingerido patatas podridas. Por suerte, era un muchacho fuerte y pudo restablecerse en poco tiempo. Sin embargo, aquello supuso que la amistad entre Genoveva y Jeromín se viera truncada. Aun así, la niña nunca se arrepintió de haber obrado de aquel modo. Prefería saber que su amigo seguía bien, aunque fuera en la lejanía.

A su ya de por sí azarosa existencia, vino a sumarse un hecho trágico que obligó a Jeromín a abandonar la granja. La desgracia se desencadenó en verano cuando la niña se bañaba con sus hermanos en un río cercano a la granja. Éstos, que chapoteaban en el agua, se habían despistado del cuidado de su hermana. Nunca supieron bien cómo ocurrió, pero cuando quisieron darse cuenta encontraron a la pequeña Genoveva tendida en el suelo. Tenía una brecha en la frente. Se acercaron corriendo e intentaron reanimarla, pero era tarde: ya estaba muerta.

Los muchachos no imaginaban cómo iban a explicarle a su padre que Genoveva había fallecido. Lo más probable es que se hubiera resbalado con las rocas de la orilla para después caer y golpearse la cabeza contra una piedra. Ante el temor de un castigo ejemplar, decidieron culpar a Jeromín. A fin de cuentas, el joven acudía de vez en cuando a lavarse al río, por lo que no les resultó difícil convencer a su progenitor de que el mozo había sido el responsable de la muerte de su hermana.

Cuando Jeromín regresó a la granja por la tarde, fue molido a palos sin que nadie se preocupara en conocer su versión. El joven quedó tendido en el suelo sangrando sin saber por qué se ensañaban con él hasta que escuchó la noticia de la muerte de su amiga. Entonces se derrumbó y comenzó a llorar sin consuelo. El padre de la niña interpretó en esta actitud una suerte de confesión, un acto de arrepentimiento de una bestia que no sabía lo que hacía, pero que le había arrebatado la vida a su pequeña.

Sin perder un minuto, fue encerrado en el cobertizo y atado con cuerdas para impedir su huida. Al día siguiente sería conducido ante las autoridades para que le aplicaran un castigo ejemplar. Jeromín debería pagar el crimen con su propia vida.

El joven estaba desolado por la pérdida de su pequeña amiga. En la oscuridad del cobertizo sentía tristeza y miedo, mucho miedo, porque sus cortas entendederas no eran óbice para que no supiera lo que se le avecinaba.

En algún lugar del cobertizo guardaba una piedra afilada. La tenía escondida desde hacía mucho tiempo, aunque nunca antes había sentido la necesidad de usarla. Sin pensarlo dos veces, cortó las cuerdas que lo ataban y se deslizó por la puerta sin hacer ruido. Una vez fuera, corrió y corrió hasta que sus fuerzas se lo permitieron. Para Jeromín comenzaba una nueva vida sin su pequeña Genoveva.

Analisa desconocía muchos de los pormenores de su desgraciada vida, pero sentía una lástima infinita por el joven que, sentado a la mesa frente a ella, lamía el plato vacío de lentejas que acababa de devorar.

--Tú nunca comes --le dijo el muchacho sonriendo.

--Porque prefiero que comas tú --mintió mientras le servía otro plato de legumbres--. Tienes que ponerte fuerte para poder defenderte cuando alguien intente hacerte daño.

Aún no sabía por qué hacía eso, por qué se había encariñado tanto con él hasta el extremo de alimentarlo como a un hijo. La no-muerta era consciente de que su actitud acabaría trayéndole más de un quebradero de cabeza. No podía permitirse que Jeromín descubriera su condición vampírica. A pesar de que estaba segura de que el chico no albergaba maldad en su corazón, tal vez podría irse de la lengua sin querer. Sin embargo, cuando el joven la miraba con aquellos ojitos cubiertos de légañas, desarrollaba sentimientos que había creído enterrados para siempre, emociones que lograban que la *bestia* se adormeciera, haciendo que Analisa se sintiera un poco más humana.

Sé que me oculta algo. Lo sé. Le noto cambiado, distante. Algo ha ocurrido o algo le está pasando, y en eso soy una experta. Recuerdo lo que sucedió cuando Darío empezó a mostrar sus «rarezas». Yo fui la única que pareció darse cuenta. Y Alejo se comporta de forma similar: me evita la mirada, apenas me hace confidencias y pone cara de suplicio cada vez que menciono la posibilidad de hacer un plan en común.

No sé en qué momento ha sucedido, pero creo que mi novio ha dejado de quererme. Por algún motivo ya no le intereso como antes y se aburre conmigo. Debes creerme, querido Diario. Me duele tener que escribir estos pensamientos. Dejarlos reflejados por escrito resulta mucho más terrible que formularlos en alto. Tú mejor que nadie sabes lo que he sufrido y siento que mi vida se viene abajo de nuevo, igual que hace años, cuando no me quedó más remedio que dejarlo con Antonio. ¿Qué habrá sido de él? ¿Habrá conseguido superar su problema con las drogas? La verdad es que ya no me importa. Hace tiempo lo hubiera dado todo por recuperarle. Hoy, no.

Y la gente supone que soy Silvia, la equilibrada...

Silvia, la perfecta.

Silvia, la coherente.

Eso es lo que cree todo el mundo. O eso creo yo que creen ellos, aunque sólo tú sabes cuan insegura e imperfecta me siento. ¿Y qué se supone que deberta hacer esa super-Silvia si sospecha que su novio la engaña? ¿Tragar con ello sin más? ¿Aguantar la situación estoicamente con una sonrisa en los labios?

¡No dramaticemos! ¡Aún no sé seguro si me ha engañado! Tal vez todo obedezca a un simple malentendido o eso es lo que quiero creer.

¿Que qué ha pasado? ¡A mí también me gustaría saberlo!

Creo que todo empezó hace un par de meses. ¿Hace tanto que no te escribo?

Habíamos quedado para cenar y Alejo no apareció. El muy capullo tampoco tuvo la deferencia de llamar para decirme que no vendría ni por qué me había dado plantón. Los plantones, todo hay que decirlo, no son algo habitual en él, pero sí lo es llegar tarde a todas partes. Por eso no me preocupé, más bien me cabreé. Me fastidió, es cierto, pero no pensé que le hubiera ocurrido nada malo. Es algo que detesto en él y que le he recriminado más de una vez. Por su culpa siempre llegamos con retraso a los sitios y me fastidia porque yo no soy así y no me gusta la imagen que damos. Ya sé lo que me vas a decir: que siempre estoy pensando en la fachada, en el qué dirán. Ya lo sé. Es cierto, no hace falta que lo digas. Soy un poco maniática con eso, pero es que no me parece bien hacer esperar a la gente por sistema. Y claro que me importa el qué dirán. El tiempo de los demás vale lo mismo que el de uno, ¿no?

Bueno, a lo que íbamos: al principio pensé que estaría con Darío y que se le habría pasado la hora en alguno de esos locales góticos que frecuenta ahora. Y en mala hora se me ocurrió la idea de llamar a mi hermano para preguntarle. ¡Ojalá no lo hubiera hecho! ¡Alejo no estaba con él! Y no sólo no estaban juntos, sino que Darío no tenía ni idea de dónde podía estar.

Ya sé que lo normal habría sido llamarle antes a él, pero no lo hice porque no quiero que piense que me tiene comiendo de la palma de su mano, que no puedo vivir sin él y que, además, pretendo agobiarle. ¡Sólo faltaría eso! Ya tuve bastante cuando salía con Antonio y, ¡qué coño!, no era yo quien le había dado plantón. Lo lógico es que fuera él quien llamara para disculparse, digo yo.

Pero no lo hizo y, pese a mis buenos propósitos, caí.

No quería hacerlo, pero le llamé varias veces. Y... ¿adivinas qué? El muy cerdo tenía apagado el móvil. Al final pasé de él y me fui a dormir con un cabreo que te cagas. Por su culpa tuve hasta pesadillas. ¡Sí! Ahora que lo pienso fue entonces cuando comencé a tener esos horribles sueños que aún hoy me acojonan.

Para colmo, al día siguiente no dio señales de vida hasta después de comer. Y lo más gracioso es que, cuando por fin lo hizo, según él, no habíamos quedado en firme. Pero estoy segura de que sí lo habíamos hecho. Tampoco supo explicarme dónde había estado o por qué había tenido el teléfono desconectado toda la noche. Tras presionarle sólo acertó a decir que había pasado la noche con mi hermano y que se había quedado sin batería.

¡Eso es mentira! ¡Por supuesto que no estuvo con Darío! ¡No sé de qué va ni por quién me toma! El caso es que fui gilipollas porque me callé. ¿Por qué reaccioné así? Tenía que habérselo dicho para que al menos no me tomara por idiota. La verdad es que no sé por qué reaccioné así. No es propio de mí. Lógicamente, ahora ya no tiene sentido que se lo cuente, pensaría que le vigilo.

Empiezo a estar harta de ser yo siempre la que tire de la relación. A él sólo parece importarle su novela y estoy segura de que ni siquiera ha empezado a escribir el libro de cocina que le encargó su editor, aunque tampoco puedo culparle por ello, sé que el tema no le gusta nada.

Desde luego no podrá decir que no he hecho todo lo posible por ayudarle. Ya me supongo que no es fácil escribir una novela, pero creo que se le está yendo la cabeza con esa historia. ¡No piensa en otra cosa y todo lo demás parece importarle un rábano!

Ya ni siquiera salimos a cenar fuera los fines de semana. Todo lo máximo que consigo de él es que cene conmigo en casa para después largarse a esos locales que, de paso sea dicho, empiezan a tocarme las narices.

Vale, asumo que tal vez no me esté engañando con otra. ¿Pero, entonces, por qué me mintió? ¡Algo oculta! Era mucho más sencillo reconocer que se había olvidado de la cita que soltarme una bola que, además, era fácil de comprobar. Para mí que le pillé fuera de juego y que me soltó lo primero que se le ocurrió. De todas formas, hay que ser estúpido para utilizar a Darío como excusa siendo éste mi hermano.

Seguramente estoy exagerando, pero parece que le importo una mierda y que no tiene los cojones de dejarme porque, en el fondo, es un cobarde que

ha terminado por acomodarse a nuestra relación. Lo siento, pero hoy estoy un poco negativa y deprimida. Desearía poder ver las cosas desde otro punto de vista, pero me siento cansada, hundida en oscuros presagios. Y no es sólo por él: tengo la corazonada de que algo nefasto va ocurrir. No me considero una persona intuitiva, pero siento «algo», percibo un peligro inminente que acecha nuestras vidas.

Sé que últimamente estoy demasiado nerviosa, pero es que no consigo entender qué es lo que está pasando. No parece la misma persona ni yo tampoco soy la misma. Tengo miedos que nunca antes había tenido, ni siquiera cuando era pequeña.

¿Y él? ¿Qué le ocurre? ¿Por qué no confía en mí? El otro día faltó al trabajo y me enteré de rebote. Le llamé para una chorrada y me dijeron que estaba enfermo, pero era mentira. En su casa no me cogía el teléfono y, como una imbécil, fui para allá toda preocupada. Tuve que dejar a un cliente a medias y resulta que me lo encuentro con una resaca del quince. A mí no me engaña. Puede que el nazi de su jefe se haya tragado eso, pero yo no. Lo conozco demasiado bien y muy pocas veces ha faltado al trabajo sin una razón justificada.

Le quiero, pero, tal y como están las cosas, sólo le falta volverse un crápula que sale de noche y duerme de día. No estoy dispuesta a cargar con un vago. A bastantes cosas he tenido que renunciar por él, por Darío y por todos. Además, en Regalo+ no se andan con tonterías. Si se descuida, lo echan.

Todo el mundo cree que soy «doña Perfecta». Me empeño en complacerlos a todos: a mis padres, a mis amigos, a mi jefe. Y, francamente, ya empiezo a cansarme de desempeñar este papel. ¿Es que nadie se da cuenta de que también yo tengo mis problemas? Claro, que la culpa es mía por no pararles los pies a tiempo. No lo hice en su momento y ya no sé cómo se supone que debería hacerlo. Mi problema, en el fondo, es que no sé decir «no». Y encima creen que soy una pija superficial. ¿Lo soy?

Y luego están esas pesadillas. Creí que eso sólo le pasaba al pobre Darío. No soy una persona que suela soñar o, mejor dicho, no era una persona que recordase sus sueños, pero llevo noches y noches teniendo sueños espantosos. Sueño demasiado y con cosas que me asustan.

Los argumentos varían, pero ella siempre está ahí... ¿Qué hace una mujer vestida de época paseándose delante del espejo de mi habitación? Me mira, sonrío y me hace un gesto con su dedo índice para que vaya a su encuentro. Quiere que atraviese el espejo con ella, pero ¡me aterra! Su mirada es fría, cruel y despótica, y cuando me mira sé que es capaz de hacer cualquier cosa por atraerme hacia su mundo. Una tierra de sombras y de oscuridad, de tumbas frías y lóbregas. Hay unos nichos excavados en la roca. Están por todas partes. Prefiero no pensarlo. ¡Me da escalofríos!

¡No puedo pasar otra noche así! ¿Cuántas van ya?

¡Estoy harta!

Esta tarde tengo cita con el médico de cabecera. Le pediré que me recete unas pastillas para dormir y esta noche que le den por culo a todo y a todos. Pastillón, vaso de leche caliente que te crió y a la cama.

Más tarde

¡Otra vez!

Creo que ha sido peor el remedio que la enfermedad. Me tomé una pastilla y, aunque al principio me hizo efecto y me quedé dormida, he vuelto a despertarme por su culpa. Esta vez la he sorprendido respirando sobre mi pecho. Me miraba intensamente con esa mirada felina que tanto me inquieta. Tiene unos ojos profundos, cargados de misterio, y cuando se cruzaron nuestras miradas supe que ella... estaba muerta.

Esta noche, por primera vez, he pensado que quizá no sólo forma parte de mis sueños. ¡Creo que es real! No me preguntes cómo he llegado a esta

conclusión porque no lo sé. Tal vez proviene de un universo espectral y logra acceder a nuestro mundo en forma de proyección mental. Se sirve de mis sueños para llegar hasta el mundo de los vivos. Estoy fatal, lo sé, pero es lo que creo.

El médico me ha mandado unos análisis. Dice que no tengo buena cara y tiene razón. Dice que seguramente es estrés. Siempre estoy deseando que llegue el momento de meterme en la cama, pero ahora tengo miedo. Miedo de esa mujer y de sus siniestras intenciones.

A ver si consigo relajarme de una vez. Estoy taquicárdica. Tengo ganas de ir al baño, pero no me atrevo a ir sola. ¡Estoy cagada! ¿Y si está esperándome allí? Me da miedo mirarme al espejo y encontrarla detrás, observándome. Si al menos estuviera Alejo. Últimamente casi no se queda a dormir en casa y cualquiera le llama a estas horas para decirle que estoy acojonada por culpa de un sueño. Seguro que me manda a la mierda. Deben de ser cerca de las tres.

Aquella noche --como venía siendo costumbre desde hacía muchos años-- Analisa había salido a cobrarse una nueva víctima. A pesar del tiempo transcurrido, la no-muerta aún no se había acostumbrado a ello. Todavía sentía pudor ante sí misma. Aunque se lo planteaba como una cuestión de supervivencia, el hecho de elegir a una víctima inocente para alimentarse de su sangre le suponía un grave problema de conciencia, aun cuando supiera que ella misma era otra víctima más de las circunstancias. No se le había permitido escoger su situación ni había tenido la opción de solicitar clemencia ante nadie, y sospechaba que a la propia Emersinda le había sucedido lo mismo.

A veces la no-muerta prefería no albergar sentimientos tan humanos. Pensaba que si se dejaba dominar por completo por la *bestia* no experimentaría ese profundo tormento cada vez que acababa con la vida de una persona. Aquellos remordimientos la hacían sentirse un ser desalmado

y cruel. Sin embargo, paradójicamente, Analisa rogaba cada día que pasaba por no perder por completo su capacidad de emocionarse y sus sentimientos humanos, porque lo que de verdad temía era terminar transformándose en un animal voraz que sólo se mueve por instintos, incapaz de derramar una lágrima por sus semejantes.

Analisa ignoraba de dónde procedía aquella fuente de maldad, la fuente primigenia, la Madre de todos los seres que vivían a costa de succionar la sangre a los vivos. Aunque hasta la fecha no había tenido ocasión de encontrarse con otros de su especie, cada vez estaba más segura de que no era la única que soportaba día tras día aquella larga penitencia. Alguien tenía que haber transmitido la maldición a Emersinda, una suerte de Madre de la Noche que se perdía en las fronteras del tiempo, creadora de todas aquellas criaturas y cuya maternidad llevaba impresa la condena de la eternidad. Tal vez sus suposiciones sólo eran parte de una fantasía elaborada por la no-muerta para poder justificar y soportar su paso por este mundo, pero hasta los vampiros necesitan «algo» en lo que creer y Analisa, en este sentido, no era una excepción.

Sin embargo, la posible existencia de esa Madre de la Noche, de esa creadora voraz y despiadada, no representaba un alivio para ella. Más bien todo lo contrario; eso sí, conllevaba un aliciente para seguir viviendo en las sombras, encerraba una lucha por averiguar su paradero para destruirla, para desterrarla de la faz de la Tierra. Así había creado a sus hijos y así habían crecido, deseando la total destrucción de la perversidad que encerraba su propia Madre, la dadora de la sed eterna.

Analisa suponía que con el paso del tiempo los hijos de la noche habrían sufrido transformaciones. Se habrían vuelto más ágiles, más fuertes y, sobre todo, más adaptables ante situaciones como la presencia de la temida luz. Ella misma había sido capaz de vencerla y, paradójicamente, la claridad se había transformado en su mejor aliada, pues nadie imaginaba que algunos de estos seres de la noche eran capaces de campar a sus anchas a plena luz del día, lo cual los convertía en criaturas todavía mucho más peligrosas y dañinas. Si ya no se podía estar protegido ni de día, ¿qué cabía esperar de la noche?

La no-muerta estaba convencida de que si existían más hermanos-vampiros ninguno de ellos querría ver con vida a la Madre. Incluso existía la posibilidad de que ésta ya hubiera sido arrancada del suelo, igual que se hacía con las malas hierbas. Pero también era factible que la Madre hubiera sobrevivido al feroz ataque de sus sangrientos retoños. En este caso, Analisa no quería ni imaginar cuan inmenso podría llegar a ser su poder.

Ensimismada como se encontraba, Analisa no advirtió que aquella noche tenía compañía. Alguien la espiaba entre la bruma. Estaba más centrada en seguir a aquel hombre que acababa de abandonar una de las tabernas del puerto. Iba tambaleándose, así que --aunque era mucho más alto y fornido que ella-- concluyó que no tendría grandes dificultades para abordarle en el momento oportuno. Cuando la no-muerta estimó que había llegado la hora de atacar, lo empujó hacia un callejón, lo redujo con precisión felina e hincó sus dientes en la garganta del infortunado.

Una vez que había saciado a la *bestia*, la no-muerta volvió a recobrar sus capacidades extrasensoriales, que hasta ese momento habían permanecido pendientes de su alimentación. Entonces reparó en la presencia de un intruso, de alguien que había contemplado toda aquella escena arropado por la oscuridad. Muy a su pesar, y aunque la *bestia* ya no reclamara más sangre por esa noche, no podía dejar escapar con vida a la persona que había osado seguir sus pasos. Y no podía hacerlo porque estaba segura de que la había visto actuar y de que, por tanto, se había convertido en una amenaza para su supervivencia.

No resultó muy difícil darle caza, pero justo cuando se disponía a terminar con su vida, vio de quién se trataba y no tuvo más remedio que detenerse: ¡era Jeromín!

--¿Por qué has tenido que seguirme? --se lamentó Analisa.

--Creí que yendo sola de noche alguien podría hacerte daño. ¡Sólo quería protegerte!

Sus labios y su rostro estaban manchados por la culpa del delito y sus ojos, inyectados en sangre.

--No necesito protección. Eres tú quien precisa protegerse... de mí. ¿Es que no te das cuenta de lo que has hecho? Lo has estropeado todo.

--No contaré nada a nadie.

--No es suficiente, Jeromín. Ahora ya sabes lo que soy y sólo me quedan dos opciones: matarte o dejarte marchar. Y escojo la segunda. ¡Vete! ¡Vete lo más lejos que puedas!

--No quiero irme. Me da igual lo que seas. Tú eres buena conmigo y te quiero.

--Márchate antes de que la *bestia* que llevo dentro me obligue a cambiar de opinión.

--No sé por qué has hecho eso, pero no te tengo miedo. Sé que tú nunca me harías daño.

--Pues te equivocas, Jeromín. No sabes nada sobre mí. Ahora puedo dejarte marchar porque acabo de comer y la *bestia* ha vuelto a dormirse, pero no puedo asegurarte que en otras circunstancias no te hiciera lo mismo que acabo de hacerle a ese pobre desgraciado --dijo la no-muerta señalando el cuerpo sin vida que permanecía tirado en el suelo junto a sus pies.

Jeromín habló presa de la inocencia o quizá de la inconsciencia. No parecía entender bien la situación que Analisa acababa de plantearle.

--Me da igual. No sé quién eres ni por qué necesitas hacer eso, pero no pienso marcharme --dijo con voz gangosa.

--¿Es que no lo entiendes? Si necesito sangre, no dudaré en matarte.

--No me importa. Nadie me ha tratado tan bien como tú. No quiero separarme de ti.

--A mi lado corres un gran peligro.

--Siempre he sido un desgraciado al que todos han maltratado. Contigo soy feliz.

--¡Vámonos! Aquí pueden vernos. A partir de ahora deberemos extremar todas las precauciones.

A Jeromín no le costó demasiado acostumbrarse a su nueva vida al lado de Analisa. Junto a ella tenía asegurado calor «humano», un lugar en el que pernoctar y abundante comida. Eso era todo cuanto podía desear. Sin embargo, la nueva situación requería prudencia y aquélla no era una de las virtudes del muchacho. Por este motivo, Analisa temía que en algún instante no pudiera soportar más su forma de vida y terminara por echarlo todo a perder. Le había instruido, en la medida de lo posible, sobre lo que podía y lo que no podía ir contando por ahí. Asimismo, le había prohibido que volviera a seguirla durante sus salidas nocturnas. No quería ser un mal ejemplo para el chico ni deseaba que éste llegara a sentir horror ante sus acciones.

Jeromín insistía en ayudarla sin importarle lo más mínimo ser transformado para ese fin. Pero la no-muerta se negaba. No podía permitir que por su culpa un alma pura acabara por corromperse. No estaba dispuesta a dejar «discípulos» ni a convertirlo en algo que ella odiaba con todas sus fuerzas.

--No soy un modelo a imitar. A ver cuándo te entra en la cabeza.

--Sólo quiero ayudarte.

--Me ayudas más si te mantienes al margen de esta parcela de mi vida.

--¿Por qué no quieres que sea como tú?

--Porque te quiero, Jeromín. No puedes imaginar lo terrible que es ser así. Daría cualquier cosa por no ser de esta manera. Yo estoy condenada y tú

eres libre. No debes despreciar lo que la vida te ha dado.

--Hasta ahora la vida no me ha tratado muy bien.

--Es posible que ahora no seas capaz de ver más allá, pero créeme cuando te digo que la edad te ayuda a comprender lo que significa el paso por esta vida. Aunque, desgraciadamente, no es mi caso, sólo el tiempo nos muestra lo afortunados que somos por haber tenido la oportunidad de haber vivido como mortales.

El joven no comprendía muchas de las cosas que Analisa solía explicarle. Ella se daba cuenta de sus limitaciones, pero seguía hablándole como lo habría hecho con cualquier otra persona. Había comprendido que la discapacidad que arrastraba Jeromín no era tan grande como en un principio había supuesto. La no-muerta se había percatado de que con un poco de amor y atención el joven era capaz de soltarse y de avanzar en su aprendizaje. Sospechaba que la vida marginal a la que se había visto sometido había impedido que mejoraran sus conocimientos, su manera de expresarse y su capacidad afectiva.

--Quédate en la cama, Jeromín --le dijo Analisa dándole un beso de buenas noches--. Te prometo que cuando despiertes ya estaré de vuelta para prepararte el desayuno.

--¿Y me contarás un cuento sobre *Carlota*?

--Así lo haré.

Nunca habría imaginado encontrarla justo allí. Pero sí, desde luego era ella, la joven que había conocido en The Gargoyle. Desde que la vio en el local noches atrás había sido incapaz de olvidarla. Sólo la presencia invisible de Alejandra Kramer parecía interponerse de manera intermitente entre ambos. Su brutal y extraña muerte le obsesionaba día y noche. Por eso se había

volcado en la búsqueda de un trabajo, para mantener su recuerdo lo más lejos posible, si bien hasta la fecha no había tenido suerte ni con lo uno ni con lo otro.

Las cosas en casa de Alejo tampoco marchaban bien.

Algo inesperado le había ocurrido a su anfitrión. Darío estaba seguro de ello, pero ignoraba de qué se trataba. Sospechaba que su hermana y él estaban a punto de romper su relación o que tal vez habían sucedido cosas desagradables entre ellos. Su hermana tampoco parecía ser la misma de siempre y, aunque le había preguntado, ella se negaba a hablar del tema y se comportaba de manera misteriosa y esquiva. Parecía francamente asustada. ¿Pero de qué podía estarlo? Su hermana era una mujer luchadora y decidida. Siempre había sobreprotegido a Darío frente a toda suerte de adversidades y ahora era ella la que necesitaba ser guarecida contra un peligro tan indefinido como invisible, un peligro sobre el cual Darío no sabía absolutamente nada. Sin embargo, al igual que Silvia había cuidado de su hermano durante toda su vida, ahora que la veía más vulnerable que nunca quería ser él quien hiciera lo propio.

Alejo cada vez pasaba menos tiempo en casa y por las noches se marchaba solo sin dar explicación alguna. A juzgar por su vestimenta, debía de frecuentar los locales góticos, aquéllos en los que se suponía que no conocía a nadie, excepto a Darío y a los amigos de éste, y no regresaba hasta bien entrada la mañana. «¿Con quién comparte ese tiempo?», se preguntaba el joven. Sabía que no era con su hermana.

El aspirante a escritor se había vuelto huraño, desconfiado e irritable, y lo que era aún peor: había dejado patente que estaba harto de la presencia de Darío en su casa. Ya no estaba interesado en que su invitado se quedara con él, pero quizá le faltaba el arrojo suficiente para decírselo a la cara.

Ésos eran los principales motivos que habían conducido a Darío a buscar trabajo en el tanatorio de la M-30. Había tocado cuantos palos estaban a su alcance, pero siempre era rechazado. El joven creía que todo obedecía a su aspecto, pero la verdad era mucho más cruel y tenía que ver con el hecho de

que no poseía estudios de ninguna clase, ni tampoco experiencia demostrable. Si a todo ello se sumaba su presencia lúgubre, no era de extrañar que nadie mostrara el más remoto interés en tenerlo como empleado.

Darío pensó que uno de los pocos lugares en los que podrían apreciar su sobria vestimenta era el tanatorio, pero ni tan siquiera allí le habían permitido abrir la boca. Darío había sido rechazado con un rotundo «no hay vacantes».

El joven se maldecía por su mala fortuna cuando, de repente, la vio. Era ella. De eso no cabía duda. Pero estaba cambiada. Su aspecto parecía tan diferente, tan normal, que dudó antes de acercarse a saludarla.

--¿Darky? --preguntó confundido.

Violeta dibujaba con disimulo una escena real que se desarrollaba frente a sus ojos. Se trataba del traslado de un féretro a una de las capillas ardientes. La familia del difunto lo seguía envuelta en desconsuelo y lágrimas. Al escuchar su nombre se giró sobresaltada.

--¡Darío!

Aún recordaba cómo se llamaba. Aquello era una buena señal.

--Estás... rara.

--En cambio tú estás igual. ¿Qué haces por aquí?

--Buscar empleo. ¿Y tú?

--Suelo venir a dibujar.

--Un buen lugar --ratificó haciendo un gesto de aprobación con la cabeza.

Darío intentó mirar de soslayo el dibujo inconcluso que realizaba Violeta, pero ésta tenía la mano sobre el papel, lo que le impedía verlo con detalle.

--¿Me permites? --preguntó señalando su cuaderno mientras se sentaba a su lado.

Ella le tendió su bloc un poco ruborizada. Normalmente nadie se interesaba por sus creaciones. Y a su madre en concreto la horrorizaban.

--¡No me enseñes estas cosas, que me pongo mala! --le decía cada vez que lo intentaba. Así que con el tiempo dejó de hacerlo. De hecho, la había advertido de que no debía mostrar sus dibujos a la gente o pensarían que estaba trastornada. Entonces Violeta se dedicó a dibujar para sí misma y sus dibujos se volvieron mucho más tétricos, suponiendo que aquello fuera posible. Y ahora el joven que tenía a su lado miraba su boceto con atención e interés, sin escandalizarse, sin que asomara a su rostro ni siquiera un atisbo de asombro. Es más, la joven juraría que su semblante denotaba agrado y satisfacción.

--¡Te felicito, Darky! Sin duda tienes un gran talento.

--Gracias, pero mi madre no opinaba lo mismo. Para ella mis dibujos eran si no el más grande, uno de mis mayores defectos. Nunca los entendió --repuso bajando la mirada al tiempo que ocultaba su cuerpo con el cuaderno.

--¿Nunca los entendió? Hablas como si no estuviera viva. ¿Es que murió?

Sin saberlo, Darío había puesto sobre el tapete el tema preferido de Violeta: la muerte.

--Hay personas que parecen estar muertas en vida y otras, en cambio, viven a causa de la muerte --le espetó de manera enigmática.

Aunque aquella respuesta no aclaraba nada su pregunta, al escuchar esas palabras Darío dirigió sus pensamientos hacia Raúl, su amigo fallecido. ¿Cuánto tiempo hacía desde que lo había visitado por última vez en el cementerio? «Lo tengo un poco abandonado», concluyó.

--Entiendo.

--¿De veras comprendes lo que quiero decir?

--Más de lo que imaginas. Soy de la opinión de que los muertos no siempre abandonan este mundo.

--¡Exacto! --exclamó Violeta maravillada por haber encontrado alguien que era capaz de comprender su actitud sobre la Dama de la Guadaña--. No existe la muerte, sólo cambian las condiciones de vida.

Durante un instante se cruzaron sus miradas, pero ninguno se atrevió a continuar profundizando en aquel espinoso tema.

--Creí que no eras de Madrid y que sólo estabas de paso --comentó Darío cambiando de asunto.

--Y es cierto, pero ahora estoy viviendo en casa de una amiga. ¿Y tú? ¿Has tenido suerte con el trabajo?

--No. Supongo que no quieren a gente como yo.

--Yo también soy como tú.

--En este momento nadie lo diría.

Violeta, siguiendo las indicaciones de Ana, se había puesto unos vaqueros de color azul, una camiseta blanca y una cazadora. Sin embargo, se sentía cercana a Darío.

--No te fíes de las apariencias.

--No creas que te estoy juzgando. No es ésa mi intención. Es sólo que me ha sorprendido verte tan cambiada. Y haces muy bien. Tal vez tengas razón: puede que si me vistiera de otro modo encontrara trabajo.

--No te preocupes y, sobre todo, no te desanimes. Seguro que encontrarás algo muy pronto. A mí me costó lo mío entrar en el videoclub. No me fue nada fácil. No sé por qué la gente es tan soplapollas de fijarse sólo en el aspecto, pero el caso es que lo hace, así que he aprendido que es mejor

pasar desapercibida en esta sociedad de mierda. Que se queden con sus falsas apariencias y con sus prejuicios. En el fondo es como si me hubiera transformado en un «topo» dentro de su sociedad prehistórica y eso les jode aún más. Aunque terminara vistiéndome como la Barbie Superstar nunca podrían arrebatarme esa parcela íntima.

--¿Escondes muchos secretos?

--Algunos.

--Yo también guardo un secreto, pero no puedo hablar sobre ello. No me creerías.

--Puede que sí.

--Hoy no. Tengo que ir a casa de mi hermana. Creo que está enferma.

--Como quieras. Otro día será.

--¿Me das tu móvil?

--No tengo teléfono móvil --contestó Violeta.

Darío se estremeció. Recordaba a la perfección que en su primer encuentro en The Gargoyle, al aproximarse a ella para darle un beso, notó un bulto alargado en su abrigo. Él le preguntó entonces qué era y Violeta respondió que su teléfono móvil. ¿Por qué decía ahora que no usaba aquel tipo de tecnología? ¿Se trataba de una excusa para no facilitarle su número? ¿Pretendía darle esquinazo o había mentido cuando afirmó que aquel bulto era su móvil?

Darío prefirió no averiguarlo en ese instante. La chica le gustaba demasiado como para cuestionarse todo aquello en tan sólo dos encuentros.

--¿Y correo electrónico?

--Eso sí. Apunta mi dirección y yo anotaré la tuya.

Violeta parecía nerviosa. Hacía mucho tiempo que no se relacionaba con nadie que no fuera Ana y la posibilidad de seguir manteniendo el contacto con aquel joven la hacía sentirse un poco mejor, menos prisionera en el mundo de la no-muerta.

Mientras pasaba las páginas en busca de un hueco libre en su bloc para anotar la dirección de Darío, éste reparó en un detalle que llamó poderosamente su atención. Se trataba del rostro de una mujer. Sus facciones no se distinguían bien porque Violeta había dibujado un suave velo sobre su cara. Todo aquello le confería un halo de misterio. Lo más llamativo eran sus ojos rasgados, casi felinos y de mirada turbia e inquietante.

--¿Me permites? --preguntó Darío desconcertado.

Violeta le tendió su cuaderno.

--Esta mujer... ¿quién es?

Era un dibujo de Ana. Violeta solía utilizarla con frecuencia como modelo. De hecho, era la protagonista de casi todos sus dibujos.

Violeta palideció.

--¿La conoces? --se atrevió a preguntar, intrigada por el repentino interés de Darío en la vampira.

--No, pero me suena su cara. Me resulta muy familiar. ¿Quién es?

--Alguien que conocí hace tiempo. No tiene mayor importancia.

La guerra había llegado a su fin. Pero, si Analisa había albergado la esperanza de ver llegar tiempos mejores para España, se equivocaba. Los últimos años de dominio francés fueron aún más oscuros, terribles y

cruentos, aunque no todo estaba perdido. La intervención de las tropas de sir Arthur Wellesley, duque de Wellington, fue decisiva para el desarrollo de los acontecimientos venideros. ¿Quién podía imaginar que Inglaterra, enemiga natural de España, terminaría jugando un papel tan destacado en la guerra? A todo ello había que sumar el coraje y el arrojo de un pueblo que no estaba dispuesto a admitir las órdenes de un rey invasor. A José Bonaparte el cetro de mando le venía demasiado grande y el 17 de mayo de 1813 se vio obligado a emprender su retirada hacia Francia.

La última gran batalla tuvo lugar el 21 de aquel mes y conllevó la liberación paulatina de varias ciudades españolas, que hasta entonces se encontraban bajo el yugo francés. Poco después se produjo el esperado regreso del exilio de Fernando VII el Deseado, el único rey legítimo reconocido por los españoles. Pero con él retornó también el pasado más tenebroso, la oscuridad del Antiguo Régimen y la Inquisición. Lamentablemente, España había dado un paso atrás en el avance del pensamiento liberal.

A pesar de todos estos acontecimientos políticos, Analisa era feliz. Todo lo feliz que podía llegar a ser una criatura como ella, abocada a vivir bajo las sombras de la incompreensión, obligada a cambiar de identidad cada cierto tiempo para no levantar sospechas entre sus convecinos, incapaz de hallar la paz interior ni un solo instante y condenada a depender del humor con que se levantara la *bestia*. Pero para ella lo peor de todo era saberse incapaz de proporcionar a Jeromín un hogar estable. Aun así, era feliz porque ya no estaba sola y porque sabía que el muchacho se sentía contento y a gusto con ella.

¿Qué más podía pedir?

Pero Analisa ignoraba que el destino les tenía reservados otros planes. Ésa era una de las grandes lecciones de la vida que la no-muerta aún no había asimilado... Y quizá también una de las más dolorosas. Todavía no había comprendido que la vida puede arrebatarte todo cuanto tienes con una simple exhalación.

La desgracia cayó sobre la insólita pareja cuando residían en Burgos. Habían ido dando tumbos de una ciudad a otra hasta que encontraron un lugar apropiado para instalarse. A pesar de las penurias que atravesaba el país, Analisa había logrado mantener su fortuna casi intacta y se desvivía porque a su protegido --al que consideraba casi como un hermano pequeño-- no le faltara de nada.

Sin embargo, para cuidar de él se veía forzada a «coquetear» con los reinos de la claridad más de lo deseable. Quería evitar que el joven volviera a sufrir abusos de poder o cualquier clase de humillación por parte de personas intolerantes y de mente cerrada. Por este motivo intentaba acompañarlo siempre que le era posible. El chico no podía permanecer siempre encerrado. En aquel tiempo Analisa todavía ignoraba que para los vampiros el exceso de luz solar constituía un veneno lento y destructivo cuyo único antídoto era la oscuridad.

La no-muerta desconocía que la luz procedente de los rayos del astro rey era acumulativa, por lo que si un vampiro se exponía a ella de manera prolongada y durante demasiados días seguidos su naturaleza comenzaba a debilitarse severamente, lo que se traducía en una incapacidad para cazar y, por consiguiente, para alimentarse.

La luz en sí no era dañina, lo que resultaba perjudicial era el abuso que Analisa hacía de ella. Si su ritmo biológico se veía alterado durante un tiempo excesivo, es decir, si se modificaban sus períodos de descanso diurnos, el instinto vampírico se veía obligado a buscar horarios de descanso nocturnos y el hecho de no poder cazar era en sí mismo un acto suicida que activaba el instinto de protección de la *bestia*, que no estaba dispuesta a ser erradicada de ningún modo.

No obstante, para desgracia de Analisa no existía un mecanismo de aviso ante tal situación. El único que había provenía de la propia experiencia del vampiro, pues el proceso sólo era evidente cuando ya era demasiado tarde para detenerlo. Al igual que el poderoso veneno de la seta más tóxica, sólo mostraba su verdadera faz cuando ya estaba completamente extendido por su cuerpo.

La no-muerta sólo fue consciente de que algo no iba bien tras muchos días de exposición a la luz solar, pero cuando quiso remediarlo se percató de que era tarde. Estaba demasiado débil para salir a cazar y se sentía endeble para hacer empleo de sus capacidades vampíricas, que se negaban a obedecerla. Y cuando éstas desaparecían Analisa se transformaba en un ser vulnerable, exento de defensas. La única solución consistía en conseguir varias presas lo antes posible a fin de regresar a su auténtico ciclo biológico.

--¿Qué te ocurre?

Aunque la no-muerta había intentado ocultar su lamentable situación a Jeromín, el proceso de descomposición física había empezado a tomar cuerpo y las manchas cadavéricas se habían extendido por buena parte de su rostro.

--Quiero... --comenzó a explicar Analisa--. Necesito que te apartes de mí durante un tiempo. --No sabía cómo revelarle que la *bestia* le exigía que la alimentara de inmediato y que temía llegar a hacer algo de lo que más tarde se arrepentiría--. Creo que estoy enferma --prosiguió--. No sé qué me ocurre, pero debes marcharte de esta casa cuanto antes.

--¿Marcharme? ¿Adonde? --balbuceó Jeromín--. ¿Y cómo podría irme sabiendo que no estás bien?

--Te daré algún dinero. Debes ir a casa de la señora Paca. Quiero que le entregues esta nota de mi parte y el dinero que voy a darte. Sólo serán unos días --afirmó intentando tranquilizarlo.

La señora Paca era una vecina que vivía relativamente cerca. Analisa apenas había cruzado unas pocas palabras con ella, pero Jeromín la adoraba porque, a pesar de la penosa situación económica que atravesaban tanto ella como su familia, cada vez que veía al chico le obsequiaba con un dulce. Analisa creía que era una buena mujer, por lo que siempre había evitado acercarse con intenciones aviesas a ella o a sus hijos.

--¡Quieres abandonarme! --afirmó el chico entre sollozos--. Lo que pasa es que te has cansado de mí.

Analisa no estaba en condiciones de enzarzarse en una discusión. Se sentía demasiado lánguida para ello.

--No me discutas, Jeromín. Lo hago por tu bien. Te prometo que muy pronto volveremos a estar juntos.

--¿Cuándo? ¿Cuándo será?

--No lo sé --dijo acariciando su pelo ralo--. Pero ha llegado el momento de que me obedezcas. Pórtate bien, ayuda a la señora Paca en lo que te mande y recuerda que, pase lo que pase, no debes revelar jamás nuestro gran secreto.

Jeromín acató sus deseos de mala gana. Dispuso a *Carlota* para el traslado y se fue cabizbajo a buscar un par de mudas que introdujo con dificultad en el bolsillo de su chaqueta. Después, como siempre, se marchó cojeando, aunque esta vez con el rostro envuelto en lágrimas.

Analisa lo observó marcharse desde la ventana.

Ella no lo sabía, pero aquélla era la última vez que lo vería con vida.

Tan pronto como perdió al muchacho de vista, se derrumbó. ¿Qué iba a hacer si apenas podía sostenerse en pie? Todo le daba vueltas y sólo era capaz de escuchar los reproches de la *bestia* por haber dejado escapar a la única presa fácil y disponible que podía haberle devuelto una brizna de vida.

«¡Ve a por él! Aún estás a tiempo. ¡Dile que regrese y acaba con él! ¡Necesitas su sangre!», clamaba la *bestia* iracunda.

Analisa se negaba a seguir escuchando sus órdenes, pero éstas eran mucho más fuertes y poderosas, tanto que por un tiempo consiguieron ensordecen

sus propios pensamientos. A pesar de ello, aguantó el resto de la tarde como pudo, retorciéndose de dolor, y esperó con impaciencia la caída de la noche. Entonces salió al exterior y se abalanzó sobre la primera víctima propicia que encontró. Le temblaba todo el cuerpo y sus uñas habían comenzado a desprenderse de la carne. Su aspecto era francamente lamentable.

En cuanto probó la primera gota de sangre Analisa supo que no sería suficiente para saciar a la *bestia*, ni tampoco para permitirle recobrar algo de cordura. Actuaba como una sonámbula sin orden ni concierto, sin rumbo y sin destino. La *bestia* lo había logrado. Al fin era la dueña y señora de su cuerpo y de su mente.

Ingerir aquella sangre fue como administrar un calmante a un enfermo. Se podía paliar el dolor, pero no servía para curar la enfermedad que lo provocaba. Y Analisa era presa de una enfermedad vampírica. Por un momento se sorprendió al experimentar una extraña empatía hacia Emersinda. Ahora comprendía por qué su tía jamás se permitió licencias ni juguetes con la luz.

La no-muerta se estremeció y soltó de golpe a su desdichada víctima. De pronto se había sentido horrorizada al comprobar que entre Emersinda y ella no existían grandes diferencias. No era la primera vez que le ocurría, pero en esta ocasión, aunque lo intentó, no pudo obviar una sensación desoladora de desaliento. Había creído advertir la invisible presencia de Emersinda muy próxima a ella, como una sombra que había regresado del Más Allá para alentarla a continuar matando, aplaudiendo su desviada conducta.

Huyó de aquel escenario para refugiarse en la seguridad de su hogar. Aún no estaba saciada por completo. El hambre continuaba llamando a la puerta de su estómago con insistencia. Sin embargo, se sentía tan agotada que prefirió acostarse y dormir. Su naturaleza vampírica lo necesitaba. Una vez más, y a pesar de los años transcurridos, se sentía turbada al comprobar cómo el solo recuerdo de su tía era capaz de hacerla palidecer.

Cuando por fin recobró su condición vampírica habitual habían transcurrido casi dos semanas. Mucho más tiempo del que hubiera deseado separarse de Jeromín. Se preguntaba si el muchacho se sentiría traicionado y abandonado. En cuanto le fue posible se presentó en la casa de doña Paca. Sin embargo, la sorpresa que le esperaba no era nada agradable. Jeromín había muerto.

--¡Eso es absurdo! ¡Usted sólo pretende gastarme una broma de mal gusto! -
-exclamó Analisa al conocer la noticia.

--¡Ojalá lo fuera! Nos fue imposible avisarla, no sabíamos dónde localizarla. En su nota no indicaba cuál sería su paradero --explicó la señora apesadumbrada.

Era cierto. Para evitar posibles complicaciones, la no-muerta le había facilitado a Jeromín una nota en la que le explicaba que por motivos ajenos a su voluntad se veía forzada a abandonar la ciudad. Asimismo, le rogaba que se hiciera cargo del chico durante su ausencia, para lo cual acompañaba una cuantiosa suma de dinero.

La señora Paca prosiguió con su relato de los hechos.

--¡Ay, Señor, qué desgracia más grande! ¡Aún no sé cómo pudo ocurrir tamaña desventura! --dijo visiblemente afectada--. Al día siguiente de llegar les envié a él y a mi hijo a un mandado y... --la voz le temblaba--...y un carro se lo llevó por delante.

--No es posible, no lo es --musitaba la no-muerta haciendo gestos de negación con la cabeza--. Mi Jeromín no puede estar muerto.

--Tal vez la consuele saber que el pobre murió en el acto. No tuvo tiempo ni de quejarse --la señora Paca sacó un enorme pañuelo del bolsillo de su delantal y se sonó la nariz con estrépito.

No, no se sentía en absoluto consolada. Jeromín había muerto solo, como un perro. Era muy posible que el muchacho hubiera abandonado este

mundo con la idea de haber sido rechazado. Era todo cuanto Analisa tenía en la vida y ésta se lo había arrebatado de manera despiadada. No era capaz de imaginar su eterna existencia sin él.

Nunca podría perdonárselo.

¡Nunca!

--Tómese esta amonestación como un aviso, señor Espinal --advirtió Carlos Montañés dando por finalizada la conversación.

Alejo abandonó cabizbajo el despacho de Montañés, más conocido entre los empleados de Regalo+ como *el Goebbels*. Si bien era verdad que Montañés había hecho grandes méritos para ganarse aquel mote, no lo era menos que en esa ocasión le asistía algo de razón, por no decir mucha. Y Alejo lo sabía perfectamente.

Desde que conoció a la misteriosa Ana su apacible vida se había transformado en un cúmulo de despropósitos. No sabía qué le había hecho esa mujer ni por qué su invisible presencia ejercía tanto poder sobre él, pero negar la evidencia habría resultado un sinsentido. A veces tenía la impresión de que le había inoculado un veneno adictivo, una suerte de droga que le impedía disfrutar de la vida sin su imprevisible presencia. Y es que aquella desconocida iba y venía, igual que el Guadiana. Lo utilizaba cuando le venía en gana y al día siguiente desaparecía sin dejar siquiera una nota.

Su inmenso poder le tenía atrapado y no era sólo a causa del sexo, del cual gozaba intensamente cada vez que ella lo deseaba, sino que había algo más, que convertía su relación en un juego dañino, peligroso y excitante.

Aquello no tenía nada que ver con el hecho de estar engañando a su novia. No. Su infidelidad sólo le generaba angustia y sensación de culpabilidad.

En todo caso, podía deberse a la excitación que le proporcionaba saberse deseado por alguien como Ana, alguien que viajaba contracorriente del resto de la sociedad. Sus esquemas mentales no parecían sujetos a las leyes que rigen a los humanos. Vivía su vida al margen de todo y de todos. Era, o al menos a Alejo así se lo parecía, libre.

OceanofPDF.com

ANA, ANA, ANA...

OceanofPDF.com

¡Su nombre lo llenaba todo! No se cansaba de repetirlo, de escribirlo en cada nota que tomaba, en cada apunte para su nuevo libro, que cada vez tenía más arrinconado. Pero ahora no podía derrochar el tiempo con su novela y perderse los acontecimientos que se estaban desarrollando en el presente. Para una vez que le pasaba algo interesante. Por primera vez en mucho tiempo se había convertido en el protagonista de su existencia, no era un simple personaje como la princesa de Aquitania o el mercader de Oriente.

OceanofPDF.com

Ana era especial, distinta a todas las mujeres que había conocido. Era capaz de devolverle la vida o de arrebatársela con tan sólo una mirada. Pero había que tener cuidado con ella, su proximidad resultaba letal. Sin proponérselo había irrumpido en su vida cambiando todas sus creencias y haciendo tambalear de la noche a la mañana los pilares sobre los que se sustentaba su existencia. Aquella mujer encerraba un enigma y él estaba dispuesto a resolverlo. Y eso era precisamente lo que la hacía tan fascinante y atrayente: que no tuviera pasado ni futuro, sólo presente.

Llevaban ya un tiempo acostándose juntos y ni siquiera sabía dónde vivía, a qué se dedicaba o si, al igual que él, tenía pareja. Se negaba a hablar sobre sus cosas. Tan sólo barajar la posibilidad de que estuviera comprometida ponía enfermo a Alejo, se le aceleraba el corazón y sentía que le hervía la sangre a causa de los celos. Pero no podía engañarse: lo más probable era que no quisiera ofrecer datos sobre sí misma porque estaba casada o porque compartía su vida con alguien. Sólo ése podía ser el motivo para mantenerlo lejos de su círculo.

El escritor desconocía qué le estaba ocurriendo, pero su relación clandestina había comenzado a afectar a la que tenía con Silvia (a quien ya no sabía cómo dar largas), a su trabajo en Regalo+ y a sus proyectos con Editamos. Ana no le convenía en absoluto y lo peor era que, aun sabiéndolo, Alejo era incapaz de terminar con esa compleja y extraña relación.

Por otra parte, tampoco se veía capaz de dejar a Silvia para centrarse sólo en Ana. ¿Y si cuando le dijera que había dejado a su novia le mandaba a freír espárragos? Ana era capaz de eso y de otras muchas cosas. Y Alejo tenía miedo al fracaso o padecía «el síndrome de la comodidad más absoluta». ¿Pero quién era él para jugar con los sentimientos de Silvia? Detestaba reconocerlo, pero se había convertido en el perro del hortelano. Tenía que hablar con ella y decírselo de una vez. Además, era absurdo seguir ocultándoselo, entre otras razones porque ella lo sospechaba. Se lo había preguntado cientos de veces, pero Alejo le había ocultado la verdad. Lo acosaba a todas horas para saber qué estaba ocurriendo y parecía

bastante harta de esa situación ambigua.

No habría deseado tener que afrontar aquella conversación justo en ese instante, y menos después de haberse visto sometido al sermón de *el Goebbels* por llegar tarde y poco presentable a su cubículo de trabajo, pero se vio forzado a hacerlo. Cuando Alejo salió del trabajo, Silvia, su todavía novia, le esperaba en la puerta con cara de pocos amigos.

--¿Qué haces aquí?

--Es evidente que esperarte --contestó en tono cortante y con mirada fría--. Vamos a tomar algo. Quiero hablar contigo.

--Mira, ahora no me viene bien. He tenido un día horrible --dijo excusándose al tiempo que encaminaba sus pasos hacia la boca del metro-- y no me apetece volver a discutir por la misma gilipollez de todos los días.

--¡Me da igual si no te viene bien! Quiero respuestas y las quiero ahora --le espetó la joven alterada--. Me he cansado de esperar.

Alejo la miró a los ojos por primera vez en mucho tiempo. Últimamente no tenía valor para hacerlo, así que se limitaba a simular que la miraba, cuando en realidad era su entrecejo o su nariz lo que observaba.

Al hacerlo se dio cuenta de que estaba demacrada y de que había adelgazado al menos cinco kilos. Apreció también que le temblaban las manos y que lucía unas prominentes ojeras. Y, cosa bastante rara, tampoco se había maquillado. Su apariencia distaba mucho de la imagen de pulcritud que por lo común regalaba a los demás.

Y por primera vez el escritor tomó conciencia de que a su novia le ocurría algo grave.

--¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma? --le preguntó con sincera preocupación.

--¿De verdad te importa lo que me pasa?

--¡Claro! Por supuesto que me importa. Lo sabes bien, Silvia.

--¿Y por qué tengo la constante sensación de que todo lo que tiene que ver conmigo te resbala? Has cambiado, Alejo. ¿No te das cuenta? No eres el mismo. Sé que hay otra persona.

El escritor sabía que su novia tenía razón. ¡Claro que no era el mismo! No lo era por culpa de Ana.

--¡Tonterías! --mintió sin mucha convicción--. No soy yo, eres tú quien ha cambiado. ¡Mírate! Te has vuelto una paranoica que ve fantasmas donde no los hay. Siempre con tus insinuaciones. Empiezo a pensar que se te ha pegado algo de tu hermano y de sus vampiros imaginarios.

No quería que así fuera, pero sus palabras sonaron a burla.

Aquél había sido un golpe muy bajo. En seguida se arrepintió de haber hecho ese comentario.

--Lo siento --se disculpó--. No era mi intención decir eso.

--Pero lo has dicho. ¿Es eso lo que en el fondo piensas? --inquirió Silvia mientras extraía las llaves de su coche, que estaba aparcado en la acera de enfrente--. ¿Sabes una cosa? Puede que, como tú dices, mi hermano sea un paranoico, pero al menos es mucho más hombre que tú. Al menos él --afirmó con los ojos brillantes a causa de las lágrimas que ya empezaban a resbalar por su rostro-- es sincero y dice las cosas a la cara. No engaña a nadie.

Después, sin darle tiempo a replicar, cruzó la calle, se introdujo en su vehículo y arrancó a toda velocidad.

Alejo contempló la escena como si no tuviera que ver con su persona, como si no fuera él a quien acababan de dejar plantado. Bien mirado --pensó--

quizá era mejor así. No quería seguir haciéndole daño con su indiferencia.

Ese encuentro había sonado a despedida. De todo cuanto había dicho Silvia tenía razón en una cosa: era un cobarde incapaz de decir adiós.

Cuando se vio frente a la puerta de la casa de su padre estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse. Aquél no parecía el día más apropiado para realizar visitas sociales. Después de su encontronazo con Silvia lo más prudente habría sido retirarse a su casa a emborracharse, pero no sabía si Darío estaría allí y si éste habría sido informado por su hermana de lo que había ocurrido. Quería evitar una confrontación directa y como alternativa no se le había planteado otra cosa mejor que hacer una visita al gruñón de su padre, al que no veía desde las últimas Navidades.

Una buena parte de sus complejos y de sus carencias afectivas procedían de la opresiva relación que mantenía con su progenitor. Por algún motivo, éste nunca lo había aceptado. Y cuando le comunicó su idea de convertirse en escritor, se había mofado de él llamándolo inútil y vago. Su padre no concebía que alguien pudiera ganarse la vida disfrutando al mismo tiempo con su trabajo.

--¿Y para qué sirve ser escritor? Con eso te morirás de hambre.

El caso es que se negó a pagarle los estudios y Alejo no tuvo más remedio que ponerse a trabajar y a estudiar al mismo tiempo. Su madre, su única defensora, había muerto víctima de un cáncer, así que el joven tuvo que arreglárselas solo. Fueron unos años duros, en los que aceptó trabajos desagradables y mal pagados.

Quería demostrarle a su padre que era capaz de tomar las riendas de su vida sin necesidad de acudir a su dinero. Soñaba con escribir una gran novela de la que todos hablaran para que supiera cuan equivocado estaba. Pero Alejo no era consciente de que no se escribe por despecho. Escribir es algo totalmente diferente. Nunca debe hacerse para complacer a los demás o para vengarse de ellos. Escribir es un acto mucho más íntimo, que nace en

el alma y que pugna por salir desde las mismas entrañas. Es una necesidad y nunca debería convertirse en una obligación.

--Aquí no quiero vagos --le dijo un día--. O estudias o trabajas, pero nada de medias tintas. Y si trabajas tienes que apechugar, igual que lo hice yo con mi padre.

Así que Alejo se marchó.

Al final tuvo que abandonar los estudios. Puesto que no ganaba lo suficiente para mantenerse, necesitaba emplear el tiempo que invertía estudiando en trabajar. A partir de entonces, la relación entre ambos se enfrió. Y Alejo dejó de visitarle porque cada vez que lo hacía tenía que escuchar los mismos reproches y las mismas palabras hirientes que sólo contribuían a recordarle que no había logrado alcanzar su sueño.

Alejo se quedó sorprendido.

Hacía tiempo que no veía a su padre y lo encontró bastante desmejorado. Sin embargo, pronto comprobó que su lengua continuaba igual de mordaz que siempre, lo cual le tranquilizó.

Después de que su padre le sirviera una cerveza se sentaron en el salón. Aquel piso era acogedor. Tenía mucha luz y estaba situado en una zona tranquila de la ciudad. *Pitu*, el canario, llevaba una tarde movidita. No paraba de cantar sin importarle lo más mínimo que otros pudieran sentirse molestos por ello.

--Me ha dicho tu tío que últimamente vas con un grupo de travestidos que se pintan los ojos y la cara --dijo tras dar un sorbo a su cerveza.

--Góticos, padre, se llaman góticos.

--Me da igual cómo se llamen. Travestidos o góticos, lo mismo son. Debes dejarte de estupideces y sentar la cabeza de una vez. No siempre voy a estar

aquí para sacarte las castañas del fuego.

Alejo se contuvo.

Tenía gracia que dijera eso precisamente él. ¿Dónde se había metido cuando no tenía ni para pagar el recibo de la luz? Si no hubiera sido por su tío Marcial, más de una vez se habría visto incapaz de hacer frente a los pagos de la casa. Por fortuna esa época había quedado atrás y ahora no necesitaba de la ayuda de nadie para poder mantenerse.

--¿Por qué no te casas con esa niña rica con la que sales? --prosiguió--
¿Cómo se llamaba? ¿Sara? ¿Sonia?

--Silvia, padre. Silvia Salvatierra. Y no es rica.

--Comparada contigo, como si fuera la baronesa Thyssen. Además, es una buena chica, me gusta para ti. Lo que no sé es qué ha podido ver en alguien como tú.

--Padre, no he venido a discutir. Me dijo el tío que se había hecho unas pruebas médicas y quería saber cómo está.

--¡Tonterías! Tu tío siempre exagera. Pero ya que has venido te diré que estoy como un roble. Estoy mejor que tú y que él juntos.

--Me alegra saberlo.

--No. De momento no iré a hacer compañía a tu madre. --Dijo levantándose y tomando una foto de ella que había sobre el aparador de la sala. Después, añadió:-- La pobre, que en gloria esté, sufrió mucho.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando comenzó a toser violentamente. Se puso como un tomate y su rostro se congestionó. No paró de hacerlo hasta que Alejo, asustado, le trajo un vaso de agua de la cocina. Después, el viejo extrajo un pañuelo del bolsillo de su chaqueta raída y escupió con rabia sobre él.

--¡Maldito tabaco! ¿Tú fumas?

--Ya sabe que no, padre.

--¡Bien hecho! Eso --dijo señalando un paquete de tabaco que estaba sobre la mesa-camilla-- es una trampa, un veneno mortal. ¡Ni se te ocurra probarlo!

Después se sentó en su butaca y comenzó a hablar sobre cosas intrascendentes. Al poco tiempo se quedó dormido, con la cabeza ladeada cayéndole sobre el hombro derecho. Alejo no quiso despertarlo. Los músculos del rostro se habían relajado tanto que hasta parecía feliz. Así que el aspirante a escritor le dejó una nota de despedida y se marchó.

Ana se reclinó en el sofá y espiró profundamente.

Estaba preocupada. Y mucho.

Sopesaba las posibilidades que existían de haberse quedado embarazada de Alejo.

Desde luego, no era algo probable, pero tampoco imposible. Y, en caso de estarlo, no se trataría de su primer embarazo.

Sí. Ya había pasado por ello con anterioridad y la experiencia de la maternidad era, con diferencia, el más doloroso de todos sus recuerdos.

El embarazo vampírico era un fenómeno atípico y desconocido incluso para los propios vampiros. Ni siquiera Ana, que ya había protagonizado uno, sabía en qué consistía el proceso por el cual una mujer-vampiro era capaz de acceder a una capacidad, la de concebir, reservada en principio sólo a las

mujeres vivas. Pero lo cierto es que los embarazos vampíricos se producían de vez en cuando a lo largo de la vida de algunas no-muertas, si bien la mayoría no conseguían llegar a completarse.

El primer embarazo --recordaba Ana mientras se acariciaba el vientre intentando dilucidar si había vida allí dentro-- fue algo nuevo para ella, un proceso misterioso sobre el cual, al igual que sucedía con todo lo concerniente a los no-muertos, apenas existían referencias escritas fiables, sólo leyendas y fábulas sacadas del imaginario popular. Ni siquiera la literatura de terror consagrada a los vampiros, salvando algunas excepciones, se había ocupado del incómodo asunto. Cinematográficamente hablando, existían algunas películas como *La hija de Drácula* (1936), de Lambert Hillyer, una secuela del filme de la Universal *Drácula* (1933) en la que se daba continuación a la figura del enigmático conde transilvano a través de las andanzas de su hija, la condesa Mary Zaleska. Sin embargo, en la película no había forma humana de saber de dónde le había salido al vampiro aquella enigmática hija, ya entradita en años.

Los primeros síntomas, a decir de la experiencia de Analisa, fueron unos fortísimos dolores abdominales que la paralizaron por completo, así como una necesidad perentoria de obtener mayores dosis de sangre. La no-muerta se vio obligada a cazar con mayor profusión para calmar las molestias que la aquejaban noche y día.

Durante ese primer embarazo la joven pensó que todos esos síntomas eran nuevas exigencias de la *bestia*, que por algún motivo había despertado de su letargo tornándose aún más despótica con su frágil y castigado cuerpo. Sin embargo, sólo el tiempo la hizo comprender que llevaba «algo» dentro, una criatura que tenía vida propia e incluso capacidad para pensar. Esto lo sabía porque la no-muerta podía acceder a sus pensamientos. Lo que ignoraba por aquel entonces es que aquel bebé también poseía la facultad de llegar a los suyos.

Ese primer embarazo la aterró.

Lo recordaba a la perfección. Se había producido mucho después de la

muerte de su amigo Jeromín, al que, pese al paso del tiempo, no había podido olvidar.

¿Cómo iba a traer al mundo una criatura de la cual no sabía nada?, se preguntaba Analisa por aquel tiempo. Lo desconocía todo, excepto que el padre era un humano con el que había mantenido relaciones sexuales.

Sí, Analisa había copulado con un hombre vivo. Aquel verbo sonaba frío. Pero se trataba sólo de eso: de un acto de copulación. Hasta los vampiros tienen necesidades sexuales. La sangre y el sexo siempre han estado íntimamente relacionados y la ingestión de sangre a veces les proporcionaba sensaciones parecidas a prolongados orgasmos. No siempre, claro, pero en ocasiones sí. Y los no-muertos, como es de suponer, querían conservar algunas sensaciones humanas placenteras, como la de enamorarse o los placeres del sexo.

Lo primero, debido a sus condiciones de vida, era muy difícil de alcanzar. Y Analisa lo sabía. Ella, por ejemplo, se negaba a compartir su vida con sus conquistas amorosas. Temía terminar haciéndoles daño, así que se limitaba a obtener placer sexual de sus amantes para luego abandonarlos sin pudor. De hecho, muchas veces las circunstancias la obligaban a acabar con ellos. El placer que obtenía casi nunca era satisfactorio del todo y hallar la persona propicia para sus devaneos sexuales no siempre era sencillo.

Ana se revolvió en el cómodo sofá de su residencia madrileña. Sus viejos recuerdos habían aflorado sin ella proponérselo. Resonaban aún en su mente las inquietudes que se habían adueñado de ella por aquel entonces. Se había preguntado --al igual que lo hacía ahora-- si aquel niño sería normal o si, por el contrario, tendría capacidades vampíricas adscritas a su diminuta naturaleza. Por mucho que algunos de sus súbditos y acompañantes se lo hubieran rogado, Analisa siempre se había negado a convertir a nadie en lo que ella era. Creía que ése era un castigo demasiado severo, por no decir una maldición que nadie, por muy mal que hubiera actuado en la vida, merecía sufrir.

Quienes aspiraban a convertirse en vampiros, como era el caso de Violeta,

su actual «invitada», eran simple y llanamente unos ignorantes que desconocían lo que de verdad significaba pertenecer a la legión de los no-muertos. De otro modo, habrían rogado al Creador --si es que éste existía-- no verse en aquel trance jamás. Y Analisa, por paradójico que pudiera resultar, era una gran creyente. Estaba convencida de la existencia de una Jerarquía Vampírica dependiente de un Ser Universal creador de todos los seres no-muertos que pueblan la Tierra. Dicha jerarquía --creía la no-muerta-- tenía que estar dividida en niveles en los que la antigüedad del vampiro era un grado.

Durante su largo periplo por este mundo jamás había tenido ocasión de toparse cara a cara con otros vampiros, exceptuando a la inefable Emersinda, a la cual, por motivos obvios, no podía considerar su Madre Universal, sino una víctima más de la Castigadora Eterna. Pero Emersinda --pensaba Analisa-- tuvo que haber sido convertida por alguien o por algo. Y, por lógica, esa Madre Universal tenía que haber propiciado la capacidad de la maternidad quizá en algunas no-muertas, pero no en todas.

A falta de otra hipótesis más convincente, la joven necesitaba explicar de algún modo su primer embarazo. Y no se le ocurrió nada mejor que aceptarlo como un designio de carácter divino. La explicación no podía ser más simple: si todas las mujeres no-muertas hubieran tenido la facultad de procrear, la raza humana estaría extinguida por completo.

Así de sencillo y así de complejo, ya que en caso de ser cierta su teoría surgía una pregunta aún más abrumadora: ¿por qué había sido «tocada» ella con ese don y no, por ejemplo, su tía? Claro, que sobre el auténtico pasado de Emersinda lo desconocía todo. Sólo sabía lo que ella había querido revelarle, lo cual, viniendo de un personaje como aquél, podía ser una gran mascarada. Emersinda bien pudo haber tenido hijos y después comérselos.

En cualquier caso, Analisa decidió aceptar su insólita situación como quien acepta un regalo divino, o tal vez un castigo. Aunque esto no siempre fue así. Al principio, antes de llegar a esta conclusión, intentó interrumpir su primer embarazo en varias ocasiones.

Quiso hacerlo, sí, por el bien del niño.

Sonaba monstruoso, pero no se le ocurría otra solución para afrontar una circunstancia como aquélla.

Traer al mundo una criatura entrañaba una gran responsabilidad y ella ni siquiera sabía cómo sería aquel bebé. ¿Y si nacía con la condena eterna agregada a su naturaleza? No podía permitir que su bebé sufriera ese calvario. Antes --pensó en aquel entonces-- era partidaria de sacrificarlo. Ella no había tenido oportunidad de elegir, pero si alguien le hubiera explicado lo que iba a pasarle después de su traumática conversión, habría preferido morir antes que verse transformada en una asesina.

Pero también cabía la posibilidad de que el niño fuera normal. En ese caso, su preocupación era aún más fundada, ya que temía que la *bestia* le exigiera algún día que se lo diera para satisfacer sus depravados apetitos. Y aquélla sería una carga demasiado difícil de soportar durante toda una eternidad.

Por suerte o por desgracia, la decisión no dependía de ella.

Cada vez que había intentado interrumpir el embarazo, el feto --de algún modo que Analisa no podía comprender-- se había dado cuenta y había obrado en consecuencia para evitar ser destruido. Le enviaba terribles dolores de cabeza que paralizaban por completo cualquier actuación que pudiera dañarlo. Existía una comunicación de carácter telepático entre la madre y el feto. Ésa era la única explicación plausible. Desde luego, Analisa sabía lo que el bebé sentía en cada momento, así que no tenía nada de extraño que éste también pudiera sentir que lo amenazaba un peligro como el que suponía que alguien quisiera acabar con su incipiente vida.

Todo aquello resultaba muy inquietante, ya que si el bebé disponía de capacidades tales como la telepatía era porque estaba destinado a nacer vampiro y porque había desarrollado un fuerte sentido de supervivencia antes siquiera de haber visto la luz.

En ese instante Violeta apareció en la sala de estar interrumpiendo sus

pensamientos. Había pasado buena parte de la tarde en su habitación dibujando.

--Acércate --le ordenó la no-muerta con voz lánguida.

Violeta obedeció. Entre sus manos llevaba su cuaderno de dibujo.

--¿Has dibujado mucho, Darky querida?

--Sólo el retrato de una mujer mayor.

Ana tomó el cuaderno y pasó las páginas con fingido interés. Violeta no dibujaba mal, pero a la no-muerta la aburrían sus creaciones monotemáticas. Aquella chiquilla --pensaba la vampira-- estaba obsesionada con la muerte hasta extremos enfermizos. Ataúdes, lápidas, nichos y esqueletos eran sus motivos favoritos. Sin embargo, tal y como ya había anunciado, en la última página había dibujado el retrato de una anciana.

La no-muerta observó aquel dibujo unos instantes. Después, se encolerizó repentinamente, arrancó la hoja con furia, agarró a Violeta por el pelo y le puso el dibujo frente a ella a tan sólo un centímetro de su rostro.

--¿Quién es? ¡Di! ¿Dónde la has conocido?

Violeta se asustó. Nunca la había visto en ese estado. Ni siquiera cuando la castigaba por su desobediencia se había mostrado tan agresiva.

--¡Contesta! ¡No te quedes callada como una puta! ¡Quiero saber dónde la has conocido ahora mismo!

Ana estaba fuera de sí.

--No sé de qué me hablas. No es nadie --respondió Violeta aterrada--. ¿Se puede saber qué te pasa? No entiendo nada. ¿Qué he hecho mal?

--¡Lo sabes perfectamente! No intentes tomarme por estúpida o lo pasarás mal. Aún no has probado un ápice de mi poder. ¡Contesta a mi pregunta! --dijo restregándole el dibujo por la cara--. ¡Habla de una vez! ¿Dónde la has conocido?

Los ojos de Ana habían cambiado de color. Ahora eran carbones incandescentes a punto de salirse de sus órbitas. Violeta intentó desasirse, pero la vampira se lo impidió clavándole las uñas en el cuero cabelludo.

Violeta no entendía qué estaba pasando por la cabeza de la no-muerta. Aquella mujer era una sádica y estaba rematadamente trastornada.

--¡Te juro por mi madre que no la conozco de nada! --dijo al fin--. Sólo es una mujer que aparece en mis sueños de vez en cuando. ¡No es real! ¡No existe!

Ana se estremeció y soltó a la joven como quien arroja un saco de patatas al suelo.

--¿Qué es lo que has dicho? ¿Esta mujer se aparece en tus sueños? ¿Es eso lo que has dicho?

--Sí --repuso Violeta sollozando--. No sé por qué me tratas así. Intento portarme bien y complacerte en todo y tú, tú... --dijo balbuceando--... sólo me demuestras desprecio.

Violeta se dio cuenta de que la no-muerta ni siquiera la escuchaba. Ésta se había levantado, había cogido el dibujo y lo había roto en mil pedazos. Después, abandonó la casa dando un sonoro portazo.

La mujer que se aparecía en sueños a Violeta y cuyo rostro había quedado plasmado en su dibujo era Emersinda.

--¿Mama?

--Dime, cariño.

--¿Puedo?

--Ya te he dicho que no.

--¿Y por qué no?

--Porque hay gente mala afuera.

--Pero están los niños. Puedo oírlos desde aquí.

--Es eso precisamente lo que me preocupa. Debes alejarte de ellos. ¿Lo entiendes, Mariana?

--Sólo quiero jugar.

--Los niños son chismosos, curiosos y entrometidos. Y sin proponérselo pueden resultar dañinos.

--Yo también soy una niña y no soy así.

--Tú eres diferente. Anda, sigue con las matemáticas.

--Vaaaale, ya me callo.

--No hace falta que lo hagas. Basta con que no me preguntes lo mismo cada día. No te haces una idea de lo agotador que resulta.

Mariana era una niña con mucha energía.

Demasiada quizá.

Y aún era pequeña para entender que su vida corría peligro entre los vivos. ¿Cómo explicarle a una niña de tan sólo siete años la crueldad de su destino? ¿Cómo hacerle entender que ella no era igual que los otros niños? ¿Cómo revelarle que en realidad estaba muerta?

Nada había sido normal en Mariana. Ni siquiera el parto. Aquella criatura vino al mundo de manera prematura y nada más nacer, acaso para recuperarse físicamente, ya empezó a reclamar grandes dosis de sangre. Analisa se sentía demasiado débil para «cazar» para ella, así que no tuvo más remedio que darle a beber de la suya. Eso estuvo a punto de acabar con ella. Entre la debilidad que suponía un alumbramiento como aquél, que le hizo perder momentáneamente algunas de sus cualidades vampíricas, y la sangre que tuvo que proporcionarle, la no-muerta se sentía desfallecer. Y todo ello hubo de hacerlo sola. ¿A quién iba a pedirle ayuda ante semejante ordalia?

Ya desde niña los ojos de Mariana eran los de un auténtico vampiro: almendrados, profundos y... rojos. Mucho más penetrantes que los de la propia Analisa. Con el tiempo, por suerte, el color se suavizó tornándose gris oscuro y sólo volvían a su color natural cuando la niña tenía hambre o estaba muy enfadada.

A pesar de toda la incertidumbre que la había asaltado durante el embarazo, Analisa no dudó un segundo de que aquel bebé pertenecía a su estirpe. Incluso así, encontraba a su hija hermosa e inocente. La pobre, a fin de cuentas, no había pedido nacer en esas condiciones, así que Analisa tuvo que quererla por fuerza y no vaciló en volcar todo su amor en ella.

Aquél era un sentimiento nuevo para la no-muerta. No se parecía mucho al cariño que había experimentado por Jeromín. A él siempre lo llevaría en su corazón, igual que a un hermano, pero habían pasado muchos años desde su muerte. Y ya era hora de dejarlo descansar en paz. Mariana era sangre de su sangre. Había nacido condenada a la eternidad, a la oscuridad y al silencio. Analisa al menos había podido gozar de algunos años de cierta normalidad humana. Mariana nunca conocería lo que era aquello. Y por eso mismo

estaba destinada a quererla aún más, a cuidarla hasta la extenuación si hacía falta y a prepararla para poder hacer frente al mundo de los vivos.

La niña era inteligente y avispada en extremo. A pesar de que sólo tenía siete años, Analisa se había dado cuenta de que sus reacciones no siempre eran las de una niña de su edad. Era ingenua, claro, pero en absoluto tonta. Y toda aquella sobreprotección que la no-muerta le ofrecía, convencida de que era lo mejor para ella, no acababa de gustar a la niña, que, como cualquier infante, estaba ávida de las nuevas y excitantes experiencias de un mundo por descubrir, de un mundo que le había sido vedado desde el mismo instante en que nació.

Mariana no acababa de entender por qué había que dormir de día y permanecer encerrada todo el tiempo en la casona de Galicia. Con lo bonito que era el mar. O así se lo parecía, ya que no había tenido ocasión de verlo muchas veces, y las que lo había hecho siempre era de noche. Pudo sentir, eso sí, la brisa marina acariciar su rostro y las gotas de agua salada salpicar su pelo.

Analisa aún no había previsto qué le contaría a Mariana acerca de su naturaleza vampírica cuando la niña empezó a bombardearla con preguntas incómodas. Eso había ocurrido dos años atrás, cuando sólo tenía cinco años.

--¿Estoy enferma?

--No.

--¿Y entonces por qué no puedo salir de día?

--Puede ser peligroso.

--¿Porqué?

--Porque lo dice mamá.

--¿Pero por qué? ¿Qué hay tan malo en el exterior?

--Algún día lo entenderás.

--¡Quiero saberlo ahora!

--Ahora no puede ser.

--¿Y por qué no?

--Porque lo digo yo. ¡Y basta ya de preguntas!

Analisa no quería que Mariana saliera con ella a cazar por la noche. Consideraba que aún era demasiado pequeña para asistir a un espectáculo tan espantoso. Así que no tuvo más remedio que hacer grandes esfuerzos para asegurarse de que la niña se alimentaba de la manera correcta.

Al principio, tras dar muerte a la víctima de turno, se dedicaba a llenar botes de cristal con su sangre, pero había algo en aquel método que fallaba: la sangre no aguantaba fresca mucho tiempo y para cuando la no-muerta regresaba a casa con los recipientes, su contenido se había coagulado casi por completo, lo que convertía el preciado líquido rojo en no apto para su consumo.

Otro método consistía en atraer a alguien hacia la casa. Aquello no era demasiado complicado para alguien como Analisa, acostumbrada a utilizar sus capacidades mesméricas. Una vez allí lo atontaba y le abría una herida en el cuello mientras Mariana esperaba impacientemente en la habitación contigua. Después, cubría el cuerpo del desdichado con un mantel dejando sólo visible el cuello. Cuando todo estaba dispuesto para el banquete, traía a la niña para que chupara cuanta sangre precisara.

Y requería mucha. Siempre quería más de la que había.

La niña no era tonta y hacía muchas preguntas.

--Mamá, ¿qué hay debajo del mantel?

--Nada que te interese.

--Pues se ha movido.

--Anda, no digas tonterías y bebe de una vez.

--¿Puedo mirar debajo?

--No.

--¿Por qué?

--Porque no. Y se acabó.

--Bueno, pero sigo pensando que se ha movido.

Además de alertar a la niña, este procedimiento implicaba una serie de riesgos. En caso de que se iniciara una investigación siempre podría aparecer un testigo que afirmara haber visto entrar al desaparecido en casa de la no-muerta. Y a Analisa nunca le había gustado llevar las presas a su guarida. Muy al contrario, prefería deshacerse de los cuerpos de otra forma. Uno de sus métodos preferidos, por considerarlo limpio y seguro, consistía en atraer a las víctimas hacia un acantilado. Allí, tras dar buena cuenta de ellas, las arrojaba sin pudor a la mar embravecida.

En vista de las circunstancias, Analisa optó por alimentarse por partida doble. Después transmitía parte de esa sangre a Mariana. Total, a quién podía importarle que lo hiciera si la maldición de la sangre eterna ya corría por sus venas. ¿Qué más daba el sistema empleado siempre y cuando éste fuera viable y cómodo? Haría cuanto fuera preciso para alimentar a su retoño.

Analisa, sin embargo, ignoraba una vez más que el sistema sí podía tener importancia... y mucha. Al transferirle su sangre, de alguna manera, sin

saberlo, estaba transmitiendo a la pequeña buena parte de sus vivencias y de sus conocimientos, una información que tal vez no era conveniente que conociera una niña de tan corta edad.

Sin embargo, la no-muerta sólo empezó a ser consciente de que aquello había sido un gran error cuando, estando dormida en medio del sueño eterno, se sintió caer en una espiral que la absorbía hacia un abismo de oscuridad, bruma y frío. Era como descender a las garras de la misma muerte.

Intentó salir de aquella situación, pero había algo que se lo impedía, que pugnaba a brazo partido por demostrar su fuerza. Al fin logró zafarse y al abrir sus ojos la vio, abalanzada sobre ella, chupándole la sangre de las venas de su brazo. Lo que más inquietud le produjo es que Mariana, al saberse descubierta, ni siquiera se inmutó.

Analisa apartó a la niña de su brazo y, todavía sin dar crédito a lo que veían sus ojos, se incorporó en la cama.

--¿Se puede saber qué haces?

--Tenía hambre y tú estabas durmiendo, así que me he servido yo misma.

--¿Cómo que tienes hambre? Pero si acabas de comer. Deberías estar durmiendo.

--Pues tenía hambre. ¿Es eso también malo?

--Cariño, debes acostumbrarte a unos horarios, no puedes comer cuando te venga en gana. No siempre tengo reservas para ti y mamá podría enfermar.

--Emersinda me habría dejado --le espetó la niña de sopetón.

--¿Qué? ¿Qué es lo que has dicho?

--Sí, mamá. Seguro que ella me lo habría permitido.

--¿Qué sabes tú acerca de ella?

--No sé quién es, pero sé que la odias.

--¿Cómo? ¿Cómo puedes saberlo?

--Porque tú piensas en ella cuando duermes.

Analisa se levantó de un respingo.

--¡Vamos! --dijo agarrándola de la mano--. Ya es hora de que aprendas a alimentarte por ti misma.

--¡Hola chavalote! Soy Marcial. Tenemos que hablar. He averiguado cosas sobre tu «amiguita», la tal Alejandra Kramer. Me voy de viaje esta noche, así que te adelanto lo principal: no fue asesinada con un vulgar cuchillo. El criminal empleó una daga muy afilada. Por si no lo sabes, este dato podría convertir el caso en un crimen ritual, así que ándate con ojo y vigila las compañías con las que te mueves. Y otra cosa: aunque de momento no estén oficialmente conectados, me he enterado de que el crimen de la Kramer no es el único sin resolver que puede tener tintes esotéricos. No se le está dando mucha publicidad, pero la policía sospecha que hay un asesino en serie suelto. Y, «casualmente», algunas de sus víctimas también frecuentaban el ambiente gótico.

El mensaje registrado en el contestador de su anfitrión logró sorprender a Darío. Y, aunque ahora se sentía culpable por haber vulnerado la intimidad de Alejo, tenía unas ganas feroces de decirle cuatro cosas bien dichas. Sin embargo, debía abstenerse. Se supone que la gente no se dedica a escuchar los mensajes privados de los demás y si se enteraba de lo ocurrido podría

echarle de su casa.

En circunstancias normales no se habría dedicado a espiarle. Su vida privada le importaba bien poco, pero se sentía muy angustiado por su hermana. Aún no había logrado averiguar qué le pasaba, pero pensaba que tenía que ver con su relación con Alejo. ¿Con qué otra cosa si no?

«¿Quién coño será Marcial? --se preguntaba el gótico de camino al cementerio-- ¿Y quién le habrá dado permiso para meter las narices donde nadie le llama?»

¡Estaba furioso!

¡Alejo les había echado a la policía encima!

Alejandra Kramer era su particular secreto y su amada silenciosa. Y debía seguir siéndolo, a menos que aquella noche consiguiera sonsacarle a Darky alguna información. Tal vez ella supiera algo al respecto. El joven continuaba preguntándose qué llevaba oculto en el bolsillo de su abrigo la noche que se conocieron. ¿Una daga quizá?

Aún no sabía cómo, pero, a pesar de sus reservas, había conseguido convencerla para que asistiera con él y sus amigos a una sesión de ouija en el cementerio en el que Alejandra estaba enterrada.

La idea no podía ser más morbosa.

Habían de darse prisa. Corría el rumor de que pronto sería trasladada a Estados Unidos y entonces se quedaría sin ella para siempre. Al parecer, su padre, el mismo que había contratado al detective privado que le había atosigado a preguntas en The Gargoyle, estaba empeñado en llevársela a su país. La madre de Alejandra, que era española, se oponía, lógicamente, a la exhumación del cuerpo de su hija y a su posterior traslado, pero el dinero era capaz de obrar milagros y su ex marido había removido Roma con Santiago hasta lograr los permisos necesarios para hacerlo.

Por supuesto, a Darky no le había dicho nada del macabro marco en el que se desarrollaría la sesión. Sólo le había comentado que iban a practicar una ouija en un camposanto. De saber que se haría sobre la tumba de la Kramer quizá no habría accedido a acompañarlos, y su presencia era imprescindible. Darío quería sopesar la reacción de Darky cuando se encontrara frente a la lápida de la joven asesinada. ¿Cómo actuaría? ¿Qué diría? Lo más probable era que la joven no tuviera nada que ver con ese asunto. Al menos, Darío rogaba que fuera así. Le costaba reconocerlo, pero había empezado a sentir algo más que simpatía por la gótica. De ahí su imperiosa necesidad de saber si estaba implicada de algún modo en su muerte. No podía seguir encariñándose con ella sin saber si era una asesina.

Era noche cerrada cuando al fin llegó frente al lugar acordado. Allí le esperaban dos chicos y dos chicas, todos vestidos igual que cuervos. Sus ropas estaban confeccionadas a base de látex, cuero, vinilo y lycra. Si alguien hubiera pasado aquella noche frente al Cementerio del Santo Ángel de la Guarda de Pozuelo de Alarcón, sin duda habría salido corriendo despavorido.

Darky aún no había aparecido.

El grupito parecía haber bebido más de la cuenta. Los chicos mataban la espera haciendo bromas tétricas, aunque quizá sólo intentaban ocultar su nerviosismo.

Darío les pidió que guardaran silencio.

--¡Schhhh! ¡No metáis ruido! ¡Fijo que hay un segurata!

--¿A qué leches estamos esperando?

--Falta Darky.

--¿Quién es?

--No la conocéis. Es una amiga mía.

Mientras caminaba, Violeta sopesaba lo que podría ocurrir en el caso de que Ana llegara a enterarse de su escapada nocturna.

«¡Me matará! Estoy segura de que lo hará.»

Aún no sabía muy bien qué le había impulsado a desobedecerla. Tal vez el aliciente de ver a Darío una vez más o sus ganas de experimentar por fin una sesión de ouija, un «juego» que siempre la había atraído pero que nunca había podido practicar debido a que carecía de amigos con los que compartirlo.

Al fondo se recortaba ya la siniestra silueta del cementerio, un lugar tenebroso para mucha gente; no así para Violeta, que recordaba sus visitas nocturnas a los camposantos próximos a su hogar en Rótova. El peculiar olor a tierra le devolvió viejos recuerdos que creía extinguidos. Desde pequeña había frecuentado este tipo de recintos con la esperanza de despejar la duda de si existía o no vida más allá de la muerte. Por aquel entonces se había dedicado a formular preguntas al viento por si alguno de sus moradores tenía a bien responderle. Como jamás obtuvo contestación, concluyó que no existía el Más Allá. Sin embargo, con el tiempo cambió de opinión y la propia existencia de Ana terminó de convencerla del todo.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por unas risitas nerviosas. Violeta miró hacia el lugar de donde procedían y a duras penas fue capaz de distinguir el funesto grupito agazapado cerca de la tapia que separaba el territorio de los vivos del de los muertos.

--Siento llegar tarde.

--No importa. No llevábamos mucho aquí. Chicos, os presento a Darky.

Ninguno de los presentes se acercó a saludarla. Se limitaron a hacerle un gesto con la cabeza.

--¡Bien! Pues entremos, ¿no?

--¡Alto! --Una de las chicas parecía arrepentida--. ¿Estáis seguros de que queréis entrar ahí? --hizo un gesto señalando hacia la espesa oscuridad que lamía los esbeltos cipreses.

--¡Mystica, no me jodas! --Shadowboy la agarró de la mano en un intento por retenerla--. ¡Lo sabía! ¿No irás a rajarte ahora?

--No sé...

Su voz sonaba apagada y temblorosa. Después tragó saliva y añadió:

--¡Tengo un mal presentimiento! ¿Y si nos pillan o si pasa «algo» ahí dentro?

--¡Nadie va a pillarnos si dejáis de hacer gilipollices! --intervino Darío--. Mystica, si no quieres entrar, no lo hagas. Ahora bien, te vas solita a casa. El resto hemos venido a esto.

La joven sopesó su situación. La eventualidad de tener que regresar sola a su domicilio a esas horas de la noche debió de parecerle incluso peor que internarse en el fosco cementerio, así que dio un paso al frente y dijo:

--Bueno, pero a mí no me dejéis ni la primera ni la última.

Ayudado por linternas, el grupito fue saltando la tapia sin dificultad. De hecho, no era la primera vez que algunos de los presentes se colaban en un recinto sagrado por la noche. Darío dirigía la insólita expedición y parecía saber muy bien hacia dónde tenían que ir. No en vano había reconocido el lugar el día anterior, por lo que tenía la tumba de Alejandra Kramer localizada.

La lápida era sencilla. No presentaba ornamentos de clase alguna. Darío

pensaba que se merecía algo más, una losa acorde a su filosofía. Pero, claro, ella no había podido opinar de qué manera deseaba ser enterrada.

--¡Pues vaya cagada de tumba! ¡Con lo forrado que está su viejo! --comentó uno de los presentes.

Violeta se aproximó a la lápida y leyó en voz alta:

--ALEJANDRA KRAMER SILVA. LOS QUE LA CONOCIERON LA AMARON. ¿La conocíais? --preguntó intrigada. Aquella situación le resultaba de lo más morbosa.

--Todo el mundo sabía quién era --contestó la chica que había permanecido callada hasta ese momento y cuyo apodo era Deadly.

--¿Y de qué murió?

--Fue asesinada --Darío esperaba la reacción de Violeta, que no se hizo esperar.

--¿Asesinada? ¿Y no os parece de mal gusto hacer una ouija aquí?

El grupo la miró atónito, como si hubiera proferido una gran blasfemia. A ninguno de los presentes se le había pasado nada semejante por la cabeza. La situación evidenciaba que aquello les parecía bastante normal.

Ante sus inquisitoriales miradas, Violeta no tuvo más remedio que ofrecer una explicación:

--Bueno, a mí me da igual. Yo no la conocía, pero me parece un poco fuerte hacer una ouija sobre la tumba de una amiga que ha muerto, y más de esa manera tan horrible. Si fuera alguien desconocido, sería diferente. ¿No me estaréis engañando? --Violeta empezaba a pensar que tal vez era víctima de una broma pesada. A fin de cuentas, excepto a Darío, no conocía de nada al resto de los presentes y, por tanto, ignoraba cómo era su sentido del humor.

--¿Una broma? Desde luego que no lo es. No era amiga nuestra --aclaró alguien--. Su maquillaje blanco resultaba excesivo. A la luz de la linterna y en contraste con la oscuridad parecía un auténtico cadáver. Se hacía llamar Skeletor. Sabíamos quién era porque frecuentaba el ambiente, pero no pertenecía a nuestro grupo.

Entre tanto, Darío había colocado un tablero de ouija en el centro de la lápida. Todas las linternas apuntaban hacia él. Los participantes se sentaron formando un círculo alrededor de éste y se cogieron de las manos formando una cadena.

--¿Y quién la mató?

--No se sabe. Eso es lo que queremos averiguar esta noche --contestó Deadly en tono tétrico.

--Empieza tú, Mystica. Contigo siempre responden --interrumpió Darío.

--Yo paso, que hable otra persona. Tengo un mal rollo que te cagas.

--Vamos, por favor --suplicó Darío--. A ti suelen hacerte bastante caso.

Mystica había conseguido acaparar la atención. Todas las miradas permanecían fijas en ella. Sabiéndose protagonista, guardó silencio unos instantes. Después comentó:

--Está bien. Pero nada de bromitas pesadas, que ya nos conocemos. Si vamos a hacerlo, hagámoslo en serio.

Mystica cerró los ojos, se concentró e hizo un par de inspiraciones y de exhalaciones profundas. Entonces extrajo una copa de coñac de su mochila en forma de ataúd y, tras colocarla sobre el tablero, preguntó con voz firme:

--¿Hay alguien aquí? Si estás entre nosotros, ve hacia el «sí».

La copa permaneció inmóvil como si nada de aquello fuera con ella.

Tras una pausa silenciosa Shadowboy, que llevaba un buen rato intentando contenerse, se vio incapaz de hacerlo por más tiempo y soltó una leve risita, que contagió a su vez a Deadly.

Todos rieron, excepto Darío y Violeta.

--Joder, ¿queréis callaos de una puta vez? Esto es algo serio. La que yace aquí debajo es Alejandra, una de los nuestros. Por mi parte, no tengo intención de seguir perdiendo el tiempo --afirmó Darío retirando su dedo de la copa bruscamente--. Reíos todo lo que queráis, pero apuesto a que todos queréis saber quién lo hizo, así que no pongáis vuestro dedo ahí a menos que no deseéis conocer la verdad sobre su muerte.

Acto seguido se levantó del suelo y se apartó del grupo. Sin embargo, sus palabras no causaron mella entre sus compañeros, que continuaban dando rienda suelta a su nerviosismo.

Violeta se sentía desconcertada. No entendía lo que estaba ocurriendo. Le siguió y se sentó junto a él en una de las lápidas vecinas a la de la gótica asesinada.

--Se te ve muy afectado. Creía que apenas la conocías.

--Es cierto, pero no consigo quitármela de la cabeza. Su muerte me obsesiona.

De repente, el joven escrutó con fijeza el rostro de Violeta.

--Darky, necesito preguntarte algo.

--¿Por qué me miras así?

--Y, si vas a mentirme, es preferible que no respondas.

--Tú dirás. ¿Qué ocurre? Me estás asustando.

--Una vez dijiste que guardabas un secreto.

--Sí. ¿Y qué? Todos escondemos alguno. Tú mismo dijiste que tenías uno.

--¿Qué tipo de secreto?

--No sé a qué te refieres. Todos los secretos son iguales o dejan de serlo.

--¿Un secreto capaz de matar?

--Sinceramente, no sé adonde quieres llegar.

--Está bien. Iré al grano: necesito saber si el día que nos conocimos llevabas una daga en tu abrigo.

--¿Cómo se te puede ocurrir algo así?

--Cuando te pregunté, explicaste que era un móvil. Pero no sólo no lo parecía, sino que el día que nos encontramos en el tanatorio, al pedirte tu número de teléfono, aseguraste que no tenías teléfono móvil.

--¿Estás loco? ¡No llevaba una daga! ¿Crees que la gente va paseándose por ahí con un arma, como si tal cosa?

--No lo sé. Quiero pensar que no, pero alguien mató a Alejandra y lo hizo precisamente con una daga.

--¿Qué estás insinuando?

--Nada. Sólo quiero saber qué llevabas en el bolsillo aquel día.

--¡Maldita sea! ¡No lo recuerdo! Pero, desde luego, no era una daga. Yo no tengo nada que ver con la muerte de esa chica. Ni siquiera había oído hablar de ella hasta esta noche. Soy incapaz de matar una mosca. --Sus últimas palabras sonaron poco convincentes, tal vez porque acababa de recordar

el episodio del gato al que había cosido a puñaladas para después cortarle la cabeza.

--¿Y por qué me mentiste sobre lo del móvil?

--Ésa es otra historia. Y no tiene nada que ver con Alejandra.

--¿Y bien? Me gustaría escucharla.

--No puedo darte explicaciones, no me las pidas. Ella... --dijo casi en un susurro-- me mataría.

--¿Ella? ¿Quién?

--¡Nadie! Olvida lo que acabo de decir.

--No pienso hacerlo. Quiero saber qué ocurre.

Violeta dudó unos instantes, no sabía qué hacer.

--Mi señora.

Mientras tanto, el grupito había comenzado a impacientarse.

--¿Se puede saber qué coño hacéis ahí? --inquirió Mystica al darse cuenta de que ya no era la protagonista de la noche.

Darío miró a Violeta con inquietud.

--Ya hablaremos.

Cuando regresaron junto a los demás, ya no reían. Su semblante estaba serio.

--Nos ha parecido escuchar un ruido por allí --explicó Shadowboy

enfocando su linterna hacia una lápida profusamente ornamentada. Pero no se veía nada anormal, sólo dos angelotes que coronaban la cruz del finado. La luz les confería un aspecto diabólico.

--Será algún animal. Lo mejor es que empecemos de una vez, en serio y sin coñas. No tengo ganas de pasar la noche en la comisaría.

Todos asintieron y Mystica volvió a preguntar al tablero, pero nada había cambiado. Aquella copa no parecía tener intención de moverse ni a tiros.

Lo intentaron varias veces, pero la ansiada respuesta no llegaba.

--¿Hay alguien aquí? ¡Por favor, contesta! --rogó Mystica por quinta vez.

De nuevo silencio.

--¡Es inútil! Hoy no quiere moverse --dijo Deadly empezando a cansarse de la situación--. ¿Por qué no nos vamos a fumar unos petas?

De pronto, sin que nadie lo esperara, la copa empezó a moverse con lentitud hacia el «sí».

--¿Quién eres?

Todos estaban expectantes.

La copa se movía despacio, con dificultad. Se deslizaba letra a letra hasta completar una frase:

--M-I N-O-M-B-R-E Y-A L-O S-A-B-E-S.

--No, no lo sé. ¿Cómo te llamas? --insistió Mystica.

La copa ya no se desplazaba con tanta lentitud como al principio. Parecía estar recibiendo energía de algún lugar o de alguien, quizá de los propios participantes.

--P-R-E-G-Ú-N-T-A-L-E A V-I-O-L-E-T-A.

--Nos está vacilando. No tiene sentido --señaló Shadowboy--. Nadie se llama así.

Violeta dudó. No sabía si intervenir.

--Yo soy la primera sorprendida. Violeta es mi verdadero nombre, pero casi nadie me llama de este modo. De hecho, lo odio.

--Pues el tablero lo conoce.

Antes de que Violeta pudiera decir nada, la copa comenzó a deslizarse con mucha más rapidez que antes.

--V-I-O-L-E-T-A L-O S-A-B-E.

--¡No es cierto! No tengo ni idea de quién puede ser --replicó la joven angustiada.

--¡Dinos tu nombre! --Mystica empezaba a impacientarse.

--E-R-E-S M-U-Y C-U-R-I-O-S-A. D-E-M-A-S-I-A-D-O.

Aquella alusión tan directa a su persona consiguió asustarla.

--Bueno, no nos digas tu nombre si no quieres --rectificó--, pero dinos al menos quién mató a Alejandra.

--T-Ú M-O-R-I-R-Á-S T-A-M-B-I-É-N.

--¿Quién?

La copa se desplazó con rapidez hacia Mystica. Ésta retiró su dedo. Estaba aterrada.

--No hagas ni caso --intervino Darío--. ¿No ves que nos está vacilando?

--N-U-N-C-A M-I-E-N-T-O.

Al ver el estado en el que se encontraba Mystica, Darío dijo:

--Lo mejor será que lo dejemos. Esto ya no tiene sentido.

--Y-A E-S T-A-R-D-E. T-U H-E-R-M-A-N-A S-E-R-Á L-A S-I-G-U-I-E-N-T-E.

--¡La culpa la tiene Darky! --sentenció Shadowboy. Nunca había pasado nada de esto.

Mystica comenzó a temblar.

Darío observaba a Violeta con inquietud y ella, sin saber qué decir, se limitaba a evitar su mirada.

--¿Quién es, Darky? ¡Tú lo sabes! --acusó Deadly.

--¿Y cómo pretendes que lo sepa? ¡No tengo ni idea! --se justificó--. Además, me tengo que ir. Esto no me gusta nada y se me está haciendo muy tarde.

En ese momento, aunque ninguno de los presentes tenía colocado el dedo sobre la copa, ésta comenzó a trazar círculos sobre el tablero a toda velocidad. Después, ante la incrédula mirada de los jóvenes, se elevó en el aire y estalló en mil pedazos.

Enseñar a «cazar» a Mariana fue una de las tareas más difíciles a las que

Analisa tuvo que enfrentarse, no tanto por la desolación que para ella significaba tener que instruir a alguien para que aprendiera a matar (y no alguien cualquiera, sino a su propia hija), sino porque aquella experiencia le sirvió para constatar de manera definitiva y aterradora algo que ya sospechaba: que la niña era una auténtica depredadora.

En su diminuta naturaleza no se apreciaba un ápice de humanidad y no parecía importarle en absoluto lo que tuviera que hacer con tal de conseguir sangre. Mariana carecía de toda moral, así como de la capacidad de emocionarse, del sentido del arrepentimiento y de la empatía suficiente para ponerse en la piel de sus víctimas. Lo único que podría obligarla a hacerlo era la necesidad de adelantarse a sus reacciones a la hora de plantearse un ataque.

Sonaba terrible, pero ésa era la cruda realidad.

Analisa se sentía inquieta frente a hipotéticas situaciones futuras. No podía olvidar que, a fin de cuentas, Mariana era un vampiro nacido, no como en su caso, que había sido convertida por la inefable Emersinda. Sin embargo, con el tiempo se percató de que esa falta de expresividad humana era lo único bueno que a la niña podría pasarle. Casi con total seguridad constituía un escudo protector frente a su propia naturaleza monstruosa.

Si no existía arrepentimiento, tampoco habría sufrimiento.

Visto de esta manera, Analisa habría preferido no conservar emociones humanas de ninguna clase, no tener sentimientos como la piedad, la compasión, el remordimiento o el arrepentimiento.

Sin embargo, todas las dudas que había albergado con respecto al futuro de su hija se disiparon en el mismo instante en que la pequeña dio muerte a su primera víctima. Pese a su lógica inexperiencia, la niña se comportó como una auténtica cazadora, sin vacilar un solo instante a la hora de usar su parte instintiva y sus cualidades vampíricas.

Todo sucedió una noche ventosa en la que el mal tiempo era el único dueño

y señor de la oscuridad. Analisa habría querido retrasar más aquel momento, pero ya no era posible. No desde que despertó y se encontró a la niña agazapada sobre su brazo chupándole la sangre sin piedad. Sin embargo, no podía culparla por ello. Tal vez se debiera a su potente naturaleza vampírica, que era más pura que la suya, o a que estar en fase de crecimiento la hacía reclamar mayores dosis de sangre, pero Analisa ya no podía obviar por más tiempo el hecho de que Mariana necesitaba aprender a alimentarse por sí misma.

La no-muerta comenzó por explicarle cosas acerca de su insólita naturaleza.

--Ya sabes que no eres igual que los otros niños.

La niña asintió.

--Tampoco eres igual que las personas mayores. Ni tú ni yo lo somos.

--Aja...

Mariana parecía despreocupada, como si aquella charla no le interesara.

--Atiéndeme bien, Mariana --Analisa intentaba que la niña comprendiera su situación--. Nadie debe saber que nos alimentamos a base de sangre. ¡Nadie! ¿Lo entiendes?

La niña era mucho más inteligente de lo que aparentaba.

--Sé perfectamente lo que intentas decirme. Lo sé desde hace tiempo, así que no te esfuerces más. --Mariana jugaba con su cabello lacio y oscuro, lo enroscaba una y otra vez hasta conseguir ondularlo. Por un momento detuvo su actividad, se acercó a su madre y le asió la mano.

--Mamá, no te preocupes. Sólo me hace falta una oportunidad para demostrarte que sé cómo deben hacerse las cosas.

Analisa estaba sorprendida, aunque sólo en parte. Con el tiempo se había

dado cuenta de que su hija poseía una capacidad de comprensión extraordinaria, así que no consideró oportuno realizar más comentarios. Era mejor dejar que la niña hiciera las cosas a su manera.

--Bien. En ese caso, salgamos. Así podrás enseñarme cómo lo harás de ahora en adelante.

Aquella noche, debido al mal tiempo reinante, no había un alma por las calles. Los más afortunados estaban dentro de sus hogares, a resguardo de la lluvia fina que embarraba los caminos. Al darse cuenta de que no había mucho donde escoger, la niña explicó su plan.

--Entraremos allí. --Su diminuto dedo señalaba hacia una casa situada a unos cien metros.

--¿Y por qué ahí, precisamente?

--Porque en ese lugar vive una mujer sola.

--¿Cómo puedes saberlo?

--No sé por qué. Sólo sé que puedo olería desde aquí y sé también que no está acompañada.

La niña no se equivocaba. Aquella casa pertenecía a la viuda de un pescador. Vivía sola desde hacía un par de años, cuando un golpe de mar se llevó para siempre a su marido y a su hijo. Subsistía a duras penas gracias a la caridad de los pescadores que cada día le traían algunas sobras. Pasaba su existencia envuelta en lágrimas y viejos recuerdos de tiempos en los que la vida aún no le había mostrado su cara más amarga. La viuda Carballeira -- así la llamaban en el pueblo-- había terminado por refugiarse en el aguardiente.

Aquella noche era más fría que de costumbre. A la humedad que había

provocado la lluvia había que sumar el hecho de que en la casa de Josefina la única fuente de calor provenía de la cocina de leña. Y aquella noche no la había prendido más que para calentarse las sobras de la sopa de pescado del día anterior. La había tomado con desgana, acompañándola con un trozo de pan de maíz. Lo único que de verdad la hacía entrar en calor era el aguardiente, el *aqua vitae*. Así había sido definido por los mercaderes holandeses que habían tenido la oportunidad de conocerlo en sus viajes a tierras gallegas. Años más tarde, a finales del siglo xix, caería en desgracia y sería prohibido por culpa de una absurda leyenda que rezaba que el llamado «licor de los pobres» poseía un componente letal. Pero, entre tanto, la gente hacía uso de él para «curar» sus males.

De seguir así, Josefina acabaría convirtiéndose en un despojo humano. La tristeza y el dolor habían minado su existencia y, en aquel instante, le importaba bien poco morir de frío o de hambre. Cualquiera de esas cosas habría resultado un gran consuelo. Por eso mismo, cuando escuchó que alguien tocaba con sus nudillos a la puerta, no hizo esfuerzo alguno por levantarse de la vieja silla de madera, la misma en la que todas las noches hundía sus orondas posaderas en espera de que pasara una noche más, lo que a todas luces suponía un día menos en su particular cuenta para reunirse con su venerado y querido esposo y su no menos amado hijo.

Pero pasado un rato alguien seguía llamando a la puerta con persistencia, alguien que insistía con dedicación, que no estaba dispuesto a irse sin rendir batalla.

--¿Quen é? --preguntó Josefina entre molesta y sorprendida.

--O teu Amadeo --respondió la voz--. *Abre a porta. Fora a choiva abonda.*

Al escuchar esa súplica, Josefina dejó de golpe la garrafa de aguardiente en el suelo. Sin duda pensó que esa bebida endiablada le hacía oír cosas sin sentido. ¿Cómo iba a ser su hijo muerto el que llamara a la puerta? Sin embargo, aquella voz... ¡parecía su voz!

--*Ti non podes ser Amadeo* --replicó Josefina abrumada por la situación--. O

meu fillo morreu na mar.

Pero la voz no estaba dispuesta a tirar la toalla.

--¿É que non pensas abrir a porta ao teu fillo?

Josefina se levantó con dificultad, caminó hacia la puerta y puso su mano sobre el picaporte, pero se abstuvo de girarlo.

En el fondo de su corazón algo le decía que no debía abrir. No era la primera vez que escuchaba historias parecidas referentes a los ahogados en la *Costa da Morte*. Era bien sabido que algunos demonios se aprovechaban de la situación de desamparo en la que vivían las familias de los difuntos para introducirse en sus vidas y arrebatárles el alma.

Josefina acercó su rostro a la vieja puerta de madera y permaneció a la escucha. Su respiración sonaba agitada y entrecortada y su corazón palpitaba con fuerza.

«¿Y si de verdad fuera mi hijo?», se preguntó.

--Finita, por favor. Son o teu fillo.

Aquellas palabras y su voz terminaron por convencerla. ¡Era él! Tal vez no murió como le habían contado y sólo había estado perdido. A fin de cuentas, su cuerpo nunca había sido hallado. Y, sobre todo, ¿no era eso lo que siempre había deseado desde que su hijo desapareció, reencontrarse con él?

Josefina giró el picaporte dispuesta a abrazarlo, pero cuando lo hizo al otro lado de la puerta sólo halló una niña de corta edad. Tal vez el aguardiente le había jugado una mala pasada. Antes de que pudiera volver a cerrarla, la niña se abalanzó sobre ella de un salto. Su diminuto cuerpo era ágil como el de un lince y no tardó en encaramarse sobre su vientre. Josefina intentó quitársela de encima, pero perdió el equilibrio. La mujer cayó al suelo y se golpeó contra la silla de madera.

Para su desgracia, a pesar del fuerte golpe, no había quedado inconsciente, sólo había sufrido un corte en la frente. La niña lo lamió con furia. Entonces, Josefina observó que otra persona, una mujer de cabello largo y oscuro, se introducía en su casa cerrando la puerta tras de sí. Mientras la pequeña la atacaba, ésta corría las cortinas para que nadie pudiera ver lo que estaba pasando en el interior de la vivienda.

Había poco más que hacer o decir. Ante tanto horror, Josefina se sentía incapaz de gritar, sólo se le ocurrió mirar a los ojos a la extraña niña apelando a su compasión. Tal vez podría convencerla para que la dejara marchar.

Entonces supo que iba a morir.

¡Sus ojos no eran humanos! ¡Eran como los de uno de esos demonios a los que hacían referencia las leyendas locales! Y comprendió que aquel ser era incapaz de sentir piedad por el simple hecho de que no pertenecía a su misma especie.

--Si te resistes, sufrirás más --la oyó decir con su vocecita de niña mientras acercaba la boca peligrosamente hacia su cuello.

La sangre lo había manchado todo. Al fondo, en la penumbra, Analisa contemplaba la escena en silencio, horrorizada. Aquella niña no podía ser carne de su carne.

Pero lo era.

Después de la accidentada sesión de ouija, todos excepto Darío y Violeta salieron corriendo hacia sus casas. Mystica estaba tan asustada que ni siquiera demostró interés en recuperar su tablero, así que Darío lo cogió del

suelo y se lo guardó. El joven no era partidario de dejar nada sobre la tumba de Alejandra que pudiera delatar su presencia en el cementerio. Bastantes problemas había tenido ya con la ley.

Violeta se sentía muy inquieta.

--¿Qué te ocurre? Pareces nerviosa.

--¿Cómo quieres que esté después de lo que acabamos de presenciar?

--No le des mayor importancia. No la tiene. Fuera quien fuese nos estaba vacilando. ¿De verdad no sabes quién hablaba a través de la copa?

--Ya os he dicho a todos que no. No sé por qué no me creéis.

--Sí te creo, pero tal vez si haces memoria recuerdes alguna cosa importante.

Pero Violeta tenía otras preocupaciones mucho más acuciantes. Temía encontrarse con Ana cara a cara. La sola idea de verla con el rostro encendido por la ira era un motivo más que suficiente para marcharse cuanto antes.

--Lo pensaré, pero ahora tengo que irme. Se me ha hecho muy tarde.

Habían pasado dos días desde la siniestra sesión de ouija en el cementerio y Mystica aún era incapaz de dormir con la luz apagada.

--Hija, ¿te ocurre algo? --le preguntó su madre alarmada.

--No, mamá. No me pasa nada.

--Te noto rara. Apenas has probado bocado.

--Estoy bien. Es la tensión de los exámenes.

--Buenas noches, hija.

Su madre apagó la luz y cerró la puerta. Nada más irse, Mystica alargó el brazo hasta el interruptor y volvió a encenderla.

Tenía el miedo metido en el cuerpo, pero no podía contar nada de lo ocurrido a su madre. ¿Cómo explicarle que se había internado en un cementerio por la noche para hacer una ouija sobre la tumba de una chica asesinada? No lo comprendería en absoluto. Su madre era muy tradicional. Tampoco entendía su forma de vestir ni sus compañías, ni mucho menos que hubiera sustituido su verdadero nombre, Pilar, por otro inventado. Aún recordaba la primera vez que Deadly la había llamado por teléfono.

--¿Está Mystica?

--Lo siento, se ha equivocado --la oyó responder.

--Mamá, ¿por quién preguntan?

--Por una tal Mystica.

--Dame el teléfono. Soy yo.

--¿Cómo que eres tú? --dijo sorprendida. Después colgó el aparato sin miramientos.

--Mamá, ¿por qué has hecho eso?

--Porque tu nombre es Pilar. Que pregunte por Pilar y entonces podrás hablar con ella.

--Pero todo el mundo me llama así.

--Pues les dices que te llamen Pilar, que para eso es tu nombre.

--Pilar no me gusta.

--No sé qué tiene de malo. Era el nombre de mi abuela y de mi madre y también es el mío. Que no me entere yo de que vas por ahí diciendo otra cosa a la gente.

Pero, por fortuna para Mystica, todo aquello cambió cuando se compró el móvil. Su madre ya no podía controlar sus conversaciones. Bastante tenía la joven con verse obligada a cambiarse de ropa en las casas de sus amigos. Y es que su progenitora pretendía que vistiera como las ursulinas, y todo porque tenía una tía que años atrás se había hecho monja de clausura.

No. No podía explicarle nada de lo ocurrido. No sólo no lo entendería, sino que era posible que incluso la reprendiera.

Mystica abrió el cajón de su mesilla de noche y extrajo el teléfono móvil. No era muy tarde para llamar a Deadly, su mejor amiga. No había podido hacerlo antes. Se había sentido demasiado aterrada para revivir lo ocurrido. Ahora que estaba un poco más tranquila buscó su número en la agenda de contactos.

--¿Diga?

--¿Deadly? Soy yo. ¡Estoy cagada!

La joven reconoció de inmediato la voz de su amiga Mystica. Sonaba agitada, nerviosa.

--Yo también.

--¿Recuerdas lo que dijo la ouija?

--¿Lo de que ibas a morir? --preguntó en tono titubeante.

--Sí.

Se hizo una pausa. Ambas permanecieron calladas. Sólo era posible escuchar sus respiraciones entrecortadas.

--No lo pienses más --se aventuró a decir Deadly--. Igual sólo pretendían meternos miedo. Puede que la chica ésa que vino, la amiga de Darío, estuviera compinchada con él para gastarnos una broma.

--No lo creo. Tú viste su cara. Parecía tanto o más asustada que nosotras.

--Tal vez sólo fingía estarlo para darle más rollo al tema. Además, ¿quién de los presentes sabía que se llamaba Violeta?

--Nadie.

--¡Exacto! Pudo ser ella quien movió la copa ayudada por Darío.

--Eso no tiene mucho sentido. ¿Por qué iba a querer Darío asustarnos así? Además, te recuerdo que la copa dijo que su hermana también moriría.

--Quizá lo hizo para que nos tragáramos la bola y no sospecháramos de él ni de la tía ésa. Ella era bastante rarita, ¿no crees?

--No sé. ¿Y qué me dices de lo que pasó al final? La copa levitó y estalló en el aire. Estoy segura de que aquello no fue un truco.

--Llevo dándole vueltas a eso dos días --confesó Deadly--. No sé qué explicación darle, pero seguro que la tiene.

--¿Y si no la tuviera? ¿Y si la única explicación no procediera de este mundo?

--¡Tía, no pienses eso! Al final vas a acabar obsesionada.

--¡Ya lo estoy! ¡Llevo dos noches sin dormir! No puedo evitar pensar que seré la siguiente en morir.

--¡Joder! Pues no le des más vueltas --hizo una pausa para tragar saliva y después prosiguió--. ¿Vas a presentarte al examen de mañana?

--No sé. No he podido estudiar nada. No puedo concentrarme.

--Si quieres, después podemos ir a una iglesia para hablar con un cura. Tal vez sirva de algo.

--No sé. No confío mucho en ellos.

--Mi primo me ha dicho que una vez les pasó algo parecido, no tan fuerte, claro, y que fueron a una iglesia y el sacerdote les dijo que rezaran tres avemarias y cuatro padrenuestros, y que se les quitó el acojone.

--Bueno, haré lo que sea con tal de olvidar esta pesadilla.

Después del examen, que por cierto resultó un completo desastre para Mystica, las dos amigas se dirigieron a una iglesia cercana a la facultad. A pesar de que justo enfrente de la casa de Mystica había una, ésta se negó a acudir a ella.

--Mi madre va allí casi todos los días y el cura me conoce. Si me ve con estas pintas, seguro que se lo larga todo a mi vieja.

Cuando llegaron frente a la puerta de la iglesia, Mystica agarró por el brazo a Deadly para impedir que entrara.

--¡Espera! ¿Hablarás tú? A mí me da corte.

--Sí, no te preocupes.

Ya en el interior, buscaron al sacerdote para exponerle lo ocurrido. Éste se sorprendió al ver su aspecto. Sin embargo, evitó hacer comentarios.

--¿Y decís que esas amigas vuestras hicieron la ouija en un camposanto? --preguntó el hombre sorprendido.

--Sí. Así fue --explicó Deadly.

--Pues no debieron hacer algo semejante. Habéis de saber que la ouija es un instrumento peligroso del que a menudo se sirve Satanás para ganar adeptos.

Ante aquella respuesta tan poco tranquilizadora, Mystica, que hasta el momento había permanecido en silencio, se vio obligada a intervenir:

--¿Y qué pueden hacer nuestras amigas, padre? Están muy asustadas.

--Para empezar debéis decirles que no se preocupen y que confíen en la Virgen María y en su hijo, Nuestro Señor Jesucristo, que recen todas las noches antes de acostarse y que jamás vuelvan a «jugar» con la ouija.

--¿Y si aun así no se les pasa el miedo?

--Entonces, les decís que vengan a verme. Yo las estaré esperando para darles la bendición.

--Padre, ¿podría darnos la bendición a nosotras también? Al estar en contacto con ellas, se nos ha pegado el miedo.

Mystica abandonó la iglesia cabizbaja. Las palabras del sacerdote no le habían servido de mucho. Deadly, en cambio, se sentía un poco más aliviada después de haber recibido su bendición, quizá en parte porque las respuestas del tablero no se habían cebado con ella.

Ya en el metro, hablaron sobre lo ocurrido.

--¡Vamos, ánimate! Ya has oído lo que ha dicho el cura. Si confiamos en Dios, todo se pasará.

Pero Mystica era mucho más escéptica.

--También ha dicho que la ouija es un instrumento del Diablo. No debimos jugar con ella.

Deadly cambió de tema. Quería que su amiga se sintiera más relajada.

--¿Nos veremos mañana? Vente a comer y hablaremos con más calma. Mis padres no van a estar. Se marchan esta noche con mi hermana a la sierra.

--Vale. Nos vemos sobre las dos y media --le confirmó Mystica antes de bajarse del tren para hacer transbordo en Avenida de América.

Al día siguiente, Deadly amaneció a las once y media. Aquella noche había podido descansar algo mejor. Era sábado y sus padres no estaban en casa. Para ella era la situación ideal: un fin de semana sola y con la casa a su entera disposición. Desayunó con tranquilidad mientras veía viejos videoclips de The Cure y vagueó por la casa sin dar ni golpe. La única condición que le había puesto su madre para que pudiera quedarse sola en Madrid era que limpiara el polvo del salón. Por supuesto, no lo hizo. Ya lo haría el domingo, suponiendo que no se levantara demasiado tarde, ya que el sábado por la noche tenía previsto salir. Seguramente, convencería a Mystica para que se quedara a dormir allí. Así no tendría que regresar sola en el taxi.

Pero hacia las tres de la tarde Deadly comenzó a impacientarse. Mystica aún no había llegado y la pasta empezaba a endurecerse. Había cocido espaguetis y había preparado una salsa con tomate, queso y atún. Era el único plato que sabía cocinar.

La llamó al móvil para saber por qué se retrasaba.

--¿Dónde estás?

--Enfrente de tu casa. Voy a cruzar. Ahora te veo. Tengo que contarte algo que me ha pasado esta noche. ¡No te lo vas a creer!

Y colgó.

Pocos segundos después se escuchó un frenazo seguido de un gran estruendo. En aquel instante Deadly supo que había ocurrido algo terrible. Corrió hacia el balcón y se asomó. Lo que vio la dejó atónita y sin palabras: Mystica estaba tirada en el suelo. Un coche la había atropellado. Tenía el cráneo machacado, pero no cabía duda de que era ella.

Bajó las escaleras de dos en dos. No tuvo paciencia para esperar la llegada del ascensor. Quizá su amiga no había muerto y sólo estaba inconsciente. Pero cuando llegó abajo descubrió con horror que los oscuros presagios se confirmaban. Había muerto en el acto.

Deadly empezó a sentir que todo giraba a su alrededor, que los objetos y las personas se movían en su cabeza al tiempo que escuchaba un pitido en sus oídos, un sonido que cada vez se hacía más fuerte e intenso. Tuvo que sentarse. Le flaqueaban las piernas y su visión se había nublado.

--¿Qué ha pasado? --oyó que preguntaba alguien a su alrededor.

--¡Yo lo he visto todo! --afirmó un peatón--. La chica se ha tirado al coche.

«No se ha tirado, no se ha tirado», pensó Deadly en estado de *shock*.

--Habíamos quedado para comer juntas. Ella nunca habría hecho algo así --balbuceó antes de perder el conocimiento.

A la naturaleza despiadada y brutal de Mariana vino a sumarse un factor inquietante: su entrada en la pubertad. Si éste es ya de por sí un período

conflictivo y de rebeldía para muchos adolescentes, lo es aún más para una niña-vampiro.

La pubertad vampírica no se caracteriza por la aparición de la menarquía, sino por un aumento progresivo de la agresividad y del sentido de la territorialidad. Analisa, claro está, debido a que había sido convertida después de haber atravesado esta etapa, no había padecido jamás este «síndrome» vampírico, así que no sabía cómo explicarle a su hija los cambios que se estaban obrando en ella, transformaciones a las que asistía igual de atónita que la propia niña.

A medida que el tiempo transcurría Analisa se daba cuenta de que su retoño se había convertido en un ser deletéreo que no estaba dispuesto a detenerse ante nada ni nadie. Al menos cuando era más pequeña tan sólo buscaba satisfacer sus instintos primarios, su sed de sangre, pero ahora, con doce años, a su ya no tan diminuto cuerpo había que añadir una mente sofisticada y retorcida.

Analisa contemplaba este espectáculo entre sorprendida y horrorizada. No entendía de quién podía haber heredado Mariana tanta crueldad gratuita. Al parecer, su hija no sólo se alimentaba por necesidad, sino que disfrutaba haciendo sufrir a los humanos, a los que en cierto modo consideraba inferiores. Jugaba con ellos igual que lo hacía con su peonza. Y es que Mariana no huía de las situaciones que a su madre le horrorizaban. Muy al contrario, las buscaba y se recreaba en ellas.

Mariana no era parte de la *bestia*... Era la *bestia* misma.

Todo aquello quedó patente el día que Analisa descubrió la presencia de una intrusa en el viejo caserón al que acababan de trasladarse. Se trataba de un inmueble antiguo no muy lejano a un selecto colegio para señoritas. Apenas llevaban allí una semana cuando la niña descubrió un pasadizo que se comunicaba con el vetusto y descomunal edificio. De haberlo sabido antes, Analisa habría desechado la posibilidad de vivir ahí, pero con lo que había costado llevar a cabo todos los trámites necesarios para convertir aquel caserón en su nuevo hogar, no era cuestión de mandarlo todo al garete sólo

porque existía una red de túneles que conducían al viejo internado.

--Dame tu palabra de que jamás traspasarás esta trampilla.

--¿Nunca jamás? --preguntó la niña con expresión de inocencia.

--Nunca jamás.

--Está bien. Si ése es tu deseo, me mantendré alejada.

Pero los vampiros son mentirosos, manipuladores e intrigantes y Mariana no era una excepción en este ni en otros sentidos.

Celia se sentía muy sola en aquel lugar debido a que sus compañeras le hacían el vacío. Provenía de una familia humilde. Su madre se ganaba la vida limpiando en aquel colegio y, aunque podría decirse que estar ahí era todo un privilegio al que pocas niñas de su clase social tenían acceso, no podía sentirse a gusto.

Su madre decía que el director se había mostrado muy generoso al permitir que asistiera a las clases como si fuera una alumna más y que, por tanto, no debía defraudarle portándose mal u obteniendo malas calificaciones. Su madre jamás había tenido la posibilidad de estudiar en ese ni en otros colegios, así que cuando el señor Merino le brindó a su hija esa oportunidad, la limpiadora no cupo en sí de gozo, tornándose desde aquel mismo instante en una esclava a su servicio. La única condición que el director había impuesto era que la niña ayudara a su madre con las tareas de limpieza los fines de semana.

--Mujer, no es necesario que se incline cada vez que paso por delante de usted.

--No es ninguna molestia, señor. Ya sabe que estoy aquí para cuanto desee mandar.

--Vaya, vaya usted a faenar y déjese de ceremonias.

--Dios le bendiga, señor Merino.

En cuanto se corrió la voz de que Celia era la hija de la limpiadora, el resto de las niñas, procedentes de las más acaudaladas familias de España, comenzaron a meterse con ella, haciéndole la vida imposible.

Había una niña que la atacaba con especial crueldad. Parecía que su único empeño era dejarla en evidencia delante de todos.

--¿Quién sabría explicar por qué el cielo es azul?

Silencio sepulcral en la clase.

--¿Marta, lo sabes tú?

--Yo no, pero quizá lo sepa la hija de la fregona. Pregúntele a ella.

El resultado de todo esto era que Celia no se atrevía a hablar, ni siquiera para preguntar las dudas que le surgían durante las explicaciones que ofrecían los profesores. Podría decirse que casi ansiaba la llegada del fin de semana para poder hacer las tareas para las que, al parecer, estaba predestinada una niña de su clase social.

Aquel sábado Celia se hallaba limpiando los cristales de la planta baja mientras su madre hacía lo propio en los pisos altos. Pasado un buen rato, advirtió que necesitaba más trapos, pues los que tenía estaban negros, así que bajó al sótano en busca del armario de la limpieza. Aquella planta le imponía cierto respeto. Sin saber muy bien por qué, sentía un estremecimiento cada vez que se veía obligada a descender allí. Tal vez se debía a que en el sótano no se desarrollaba actividad escolar alguna. De hecho, las alumnas tenían prohibido el acceso.

Celia bajó las viejas escaleras de madera con rapidez. Quería terminar

cuanto antes aquel trámite, pero al pasar por delante del almacén, creyó escuchar algo, un susurro tal vez. Se detuvo un instante, lo justo para darse cuenta de que debía de tratarse de una equivocación. Aquel lugar le producía escalofríos. Era siniestro, lúgubre y muy oscuro. Sin embargo, a pesar del lógico rechazo que le provocaba, sentía una extraña atracción que le obligaba a aminorar el paso cada vez que pasaba por delante del enorme almacén.

Al regresar con los trapos, volvió a escucharlo.

--Pstt, pstt...

Ahora estaba casi segura de que había oído algo.

--¿Hay alguien ahí? --se atrevió a preguntar asomándose un poco.

--Sí.

La voz parecía de niña. ¿Podría ser alguna de sus compañeras?

--¿Quién eres?

--Entra y lo verás.

--Lo tenemos prohibido.

--No pasa nada por entrar. Prometo no decírselo a nadie.

Celia sopesó la situación. Dentro todo estaba en completa oscuridad. En ese instante, la niña sintió que su corazón se aceleraba.

--¿No tendrás miedo? No hay motivo para ello.

La voz sonaba dulce y encantadora.

Al final, decidió internarse en la lóbrega sala.

--¿Dónde estás? No veo nada.

--Al fondo.

La niña caminó con cuidado, esquivando los enseres almacenados, hasta que tropezó con un cuerpo de su misma estatura. Sus ojos ya empezaban a acostumbrarse a la penumbra, lo que le permitió contemplar las gráciles facciones de aquella niña desconocida.

--¿Quién eres tú?

--Mariana.

--¿Y estudias aquí? --preguntó Celia sorprendida--. No recuerdo haberte visto nunca.

--Soy nueva. Seguramente estamos en clases distintas.

Aquel razonamiento le pareció bastante lógico.

--¿Y qué haces aquí sola? ¿No te da miedo este lugar?

--En absoluto. Aquí nadie se mete conmigo. No tengo muchas amigas, ¿sabes?

--Yo tampoco.

La pequeña permaneció muda unos instantes. Después añadió:

--Te lo diré antes de que te enteres por otra persona: soy la hija de la fregona.

--¿Y qué?

--¿No te parece mal que alguien como yo estudie aquí?

--Claro que no. Y quien se meta contigo por eso merece un castigo. Si quieres, yo puedo ser tu amiga.

--¿De veras? --era la primera vez que alguna de sus compañeras la trataba con amabilidad, de igual a igual--. Me siento muy agradecida, pero ahora tengo que marcharme. Debo seguir limpiando.

--De acuerdo, pero no le digas a nadie que me has visto. Sólo conseguirías que me castigaran por haber estado aquí.

--No te preocupes, no diré nada a nadie.

Al día siguiente, la noticia se extendió por el internado como un reguero de pólvora: Marta Recarte Laorden había desaparecido sin dejar rastro. Lo último que se sabía sobre ella era que había cenado con el resto de sus compañeras y que después de recitar sus oraciones se había acostado con normalidad. Su cama estaba revuelta, por lo que resultaba evidente que se había levantado por alguna causa. Sus zapatillas de dormir no estaban junto a su cama, así que había tenido que calzárselas, lo cual sugería que, en principio, la niña podía haberse alejado de su cama de manera voluntaria, quizá para ir al baño.

Después de poner patas arriba el colegio y ante la aplastante evidencia de que la pequeña no se había escondido en ninguna de sus estancias, una a una, todas las alumnas fueron conducidas al despacho del director para ser interrogadas. Sin embargo, nadie había visto nada. También se preguntó, con idéntico resultado, al personal interno y externo. Al final del día, la hipótesis que cobraba más fuerza era la de una fuga voluntaria. Sin embargo, había un detalle que no encajaba: la niña no se había llevado consigo absolutamente nada, lo cual resultaba bastante extraño, a no ser que hubiera sufrido algún tipo de enajenación mental que la hubiera conducido a desarrollar una conducta ilógica.

Cuando Violeta llegó a casa de Ana, ésta aún no había regresado. Una vez más había tenido suerte. Pero ¿se trataba sólo de suerte o de que Ana ya no era tan controladora como antes?

A los ojos de la joven, la vampira llevaba varios meses desarrollando un comportamiento huraño e incomprensible. Desconocía los motivos de aquel cambio en su carácter, pero apenas se dejaba ver y casi no prestaba atención a sus salidas, ni siquiera para reprenderla. Por otra parte, le resultaba extraño el hecho de que llevara meses sin suministrarle ninguna dosis de su sangre inmortal, sobre todo teniendo en cuenta que ésta servía para mantener a la joven esclavizada. Había descubierto que éste era el poder que la mantenía «atada» a ella: su sangre. Cuando dejaba de proporcionársela, la joven pasaba unos días infernales, terribles, en los que lo único que ansiaba era la muerte. Sin embargo, tarde o temprano Ana volvía a darle a beber una o dos gotas de su sangre. Entonces todo aquel sufrimiento se transformaba en un momento sublime, mágico, único e irrepetible y sus desprecios y humillaciones se veían compensados sólo por haber logrado una gota más, una simple gota de su preciado fluido *vitae*.

Pero todo aquello había cambiado en los últimos meses. Por alguna causa que Violeta desconocía, Ana había cortado de manera radical ese vínculo de sangre. Había dejado de «alimentar» su pasión vampírica y, aunque la joven había sufrido lo suyo, ahora se sentía un poco más «libre» para ser ella misma, un poco menos esclava.

La presencia de Violeta en casa de Ana parecía importarle bien poco. Dormía durante buena parte del día, mucho más de lo acostumbrado, o quizá no lo hacía, ¿pero quién podía saberlo si permanecía encerrada en su habitación secreta casi todo el día? Daba la sensación de que vivía en otro mundo, ajena a lo que ocurría en el exterior.

Al caer la noche abandonaba su habitación como una exhalación dándole la espalda, sin despedirse. Violeta tenía la impresión de que la no-muerta le

ocultaba algo.

Violeta se puso el pijama y se acurrucó en su cama. El gran alivio que había sentido al comprobar que Ana no estaba había dejado paso a una sensación agridulce debida a la extraña experiencia vivida en el cementerio. Lo que habían presenciado no tenía explicación racional alguna y eso le inquietaba. Aunque no era la primera vez que sentía la presencia invisible de lo insólito, la imagen de la copa levitando y estallando en el aire se le había grabado a fuego.

Claro que Violeta había sido testigo de lo sobrenatural. La misma existencia de Ana era una prueba fehaciente de que había otros mundos y otras formas de vida diferentes, pero, a pesar de que sabía que Ana era un ser no-muerto, la imagen que proyectaba no resultaba en absoluto chocante. Para empezar, no vivía en un castillo alejado del mundanal ruido, ni poseía afilados incisivos --y, si los tenía, no se los había visto jamás-- y era capaz de salir a plena luz del día sin sufrir, al menos en apariencia, perturbaciones físicas. Pero lo más chocante era que jamás había mostrado interés por succionar su sangre mortal. ¿Desde cuándo los vampiros se habían vuelto tan selectos y remilgados a la hora de alimentarse? ¿Y desde cuándo bebían también sangre congelada? Al parecer, Ana sólo la quería como esclava y poco más. Desde luego, no era el prototipo de vampiro al que la literatura y el cine nos tienen acostumbrados.

A la joven no le costaba entender por qué la no-muerta aún no había sido eliminada de la faz de la Tierra. Era poco probable, por no decir casi imposible, que los humanos detectaran su presencia a menos que ella deseara que lo hicieran. No se hacía notar entre la multitud, no estaba interesada en darse a conocer ni quería fundar un grupo de acólitos --lo que podría despertar el interés de la policía-- y, en cierto modo, se movía en ambientes marginales en los que se jugaba con la estética vampírica. Todo ello le ofrecía la posibilidad de camuflarse igual que lo hace un camaleón.

Ana era, en definitiva, una depredadora solitaria. ¿Habría más como ella?

Violeta tenía la cabeza embotada y sus pensamientos regresaron de nuevo a la sesión de ouija y también a Darío. ¿Habría sido víctima de una broma pesada? ¿Se habrían puesto todos de acuerdo para asustarla? Si era así, habría que felicitarlos por una actuación tan convincente y lograda. Aunque deseaba pensar que lo ocurrido tenía una explicación racional, en el fondo no quería plantearse que Darío sólo la hubiera invitado a unirse a sus amigos para reírse de ella. No quería sopesar la posibilidad de que fuera igual que los demás, que sólo quisiera mofarse a su costa. No deseaba hacerlo porque se había dado cuenta de que empezaba a sentir algo muy especial por él.

Darío había oído historias similares en torno a los peligros de la ouija, pero jamás se había visto obligado a hacer algo tan drástico. Sin pensarlo dos veces tomó el tablero de Mystica con decisión y lo rompió en pedazos. Había sido fabricado con cartón fuerte y estaba adornado con símbolos esotéricos y astrológicos. Después, lo introdujo en un cubo metálico y lo roció con alcohol de quemar. Acto seguido encendió una cerilla y la dejó caer en su interior. Pronto una llama azulada se extendió con rapidez por el cubo y al cabo de un rato el tablero «mortífero» había quedado reducido a cenizas.

Era la primera vez que observaba la ouija como algo más que un simple juego mental. Había asistido a numerosas sesiones y jamás había tenido problemas con ella. De hecho, había leído varios artículos sobre el tema y hasta que recibió noticias de Deadly había vivido con el convencimiento de que la energía de los participantes era la única responsable de «dar vida» a la copa.

La pesadilla dio comienzo el domingo, cuando Darío atendió una llamada de Deadly en su teléfono móvil. Parecía histérica, totalmente descontrolada. Su voz temblaba, lo que evidenciaba su precario estado anímico.

--¡Está muerta! ¡Ha muerto!

Darío no entendía nada.

--¿Se puede saber qué te pasa? Tranquilízate y habla un poco más despacio. ¿Quién ha muerto?

--¡Mystica! La ouija no mentía.

--No digas tonterías. ¿Todavía seguís con la bromita? ¡Pues tiene la gracia en el culo! --masculló antes de colgar el teléfono con rabia.

No podía entender por qué la gente gastaba bromas tan pesadas. Sospechaba que sus amigos se habían dedicado a mover la copa la noche que hicieron la ouija sólo para fastidiar a Violeta. Es más, estaba seguro de que Mystica --a quien siempre le gustaba ser la protagonista de esas reuniones «esotéricas»-- había sido la autora intelectual de toda aquella pantomima. Como broma era más que suficiente.

No obstante, pasados unos minutos, Deadly volvió a telefonarle. Darío pensó que quería disculparse.

--¿De verdad crees que bromearía con la muerte de Mystica?

--Más de una vez lo habéis hecho con la de Alejandra Kramer. ¿Qué coño os pasa a las dos? Dile a Mystica que se ponga ahora mismo.

Darío estaba convencido de que las amigas estaban juntas, pasando la tarde y divirtiéndose a su costa.

--¿No me has oído? ¡Está muerta! La mató un coche ayer --explicó entre sollozos.

De repente, el joven tuvo la certeza de que su amiga no mentía.

--Deadly, lo siento. Perdóname. ¿Dónde estás?

«¿Por qué tuvimos que hacer la puta ouija?», se preguntaba Deadly, incapaz de controlar las lágrimas que brotaban de sus ojos. No había podido parar de llorar desde que vio el cuerpo de su amiga tendido sobre la calzada igual que una muñeca de trapo rota.

Darío y Deadly estaban sentados en la cafetería que había debajo de la casa de ella, la misma desde la que uno de los camareros, testigo ocular de lo ocurrido el día de autos, había telefoneado al Samur.

Pero, por desgracia, su llamada de nada sirvió.

Mystica se había roto el cuello. El impacto contra la furgoneta de reparto había sido tan brutal que su cuerpo había volado --literalmente-- varios metros hasta que su cabeza se estampó contra uno de los bolardos colocados por el Ayuntamiento para impedir que los coches aparquen en la acera.

El joven le tendió su pañuelo antes de responder.

--Es terrible. No sé qué decir. Aún tengo su tablero. Me lo llevé a casa para no dejar nada que pudiera delatarnos. Me desharé de él.

--Darío, estoy muy asustada. Me da igual lo que digan los testigos, sé que ella no se arrojó a la furgoneta.

--Si estaba tan obsesionada como dices.

--Lo estaba, pero no tiene sentido que hiciera algo así. Justo antes de morir iba a decirme algo. Si hubiera querido suicidarse no se habría tomado la molestia de venir hasta mi casa. Se habría tirado bajo el primer coche que pasara al salir de la suya.

Lo que decía su amiga tenía lógica, pero Darío no terminaba de aceptar que la desgracia estuviera conectada con la ouija.

--Visto así...

--¿Es que no recuerdas lo que la copa dijo sobre tu hermana?

--Sí. Lo sé, pero me niego a creerlo. De todos modos, quemaré el tablero. No sé qué más puedo hacer.

--El cura dijo que rezáramos, aunque después de lo ocurrido no sé si servirá de algo.

Por proximidad con el internado para señoritas María Auxiliadora del Buen Suceso, uno de los primeros lugares a los que acudieron los investigadores que seguían el caso de la desaparición de la niña Marta Recarte fue la casa de Analisa, que en aquel tiempo se hacía llamar Esmeralda de Luna. No fue fácil dar con ella, ya que se presentaron de día, justo cuando las no-muertas aprovechaban para descansar. De hecho, se vieron obligados a insistir una y otra vez hasta que su reclamo fue atendido.

Ya en ese momento Analisa tendría que haber sospechado algo extraño, algo que relacionaba aquella enigmática desaparición con su propia hija, pero las explicaciones que ésta le ofreció le resultaron tan convincentes y bien argumentadas que no pudo por menos que reconocer que su coartada era sólida, sin fisuras que pudieran hacer presagiar nada anormal. Su voz no tembló un ápice al decir que ella no estaba involucrada y al final añadió un componente demoledor: el chantaje emocional aderezado con el sentimiento de culpa.

A los investigadores les resultó muy poco habitual que no fuera la doncella quien les recibiera, así como que una mujer de la condición socioeconómica de doña Esmeralda viviera sola con su hija. De igual modo, no entendían cómo, teniendo recursos económicos suficientes, no deseaba que su pequeña aprendiera las nociones básicas para comportarse en sociedad a las que toda dama estaba obligada. Tampoco les pasó desapercibido el hecho de

que fuera la propia doña Esmeralda la que administrara sus cuantiosos bienes y posesiones sin precisar el concurso de un varón que entendiera de aquellos ministerios.

Sin embargo, a pesar de todas estas extravagancias, no las asociaron con la desaparición de la pequeña Marta. Al fin y al cabo tan sólo se trataba de una mujer y de una niña, lo que supuestamente las incapacitaba para desarrollar complejos entramados por poseer --según su instruida opinión-- mentes «simples» e «ingenuas». En aquel tiempo la mujer era considerada un cero a la izquierda y, viva o no-muerta, Analisa no constituía una excepción. Asimismo, tampoco existía un móvil que conectara la desaparición de la niña con aquellas damas, así que tan pronto abandonaron la casona descartaron esa pista falsa que sólo les había conducido a perder buena parte de un tiempo del que carecían, no sin antes exhortarlas a que cerraran bien todas las puertas y las ventanas de la casa.

En cuanto se despidieron, Analisa se giró hacia Mariana.

--Te lo preguntaré una sola vez --le dijo con gesto adusto--: ¿tienes algo que ver con la desaparición de esa niña?

--¡Por supuesto que no! --protestó enérgicamente--. Te prometí que no me acercaría a la trampilla que conduce al pasadizo y he cumplido mi palabra a rajatabla. ¿Cómo puedes pensar algo así?

--Es que parece bastante sospechoso que haya desaparecido del colegio justo cuando acabamos de mudarnos a esta casa.

--Tú misma lo has dicho: ha desaparecido. Por tanto, nadie puede saber dónde se encuentra ni cuál es su estado. Tal vez sólo se haya extraviado. Mamá, debes creerme cuando te digo que no tengo nada que ver con eso.

Mariana permanecía sentada frente al piano que había en la sala de estar. Aparentaba tranquilidad y despreocupación. Analisa, en cambio, caminaba por la habitación, nerviosa, como una fiera a la que le falta espacio en su jaula. Su hija, que tenía un oído excelente, se dedicaba a imitar sus

movimientos con las teclas del piano.

--¿Quieres dejar de hacer eso? Me pones nerviosa.

La niña hizo caso omiso y continuó aporreando el piano.

--No tienes por qué estarlo. Nosotras no somos responsables de esa desaparición. ¿Crees que podría hacerle algo a una niña de mi edad? Sería incapaz de acercarme a un niño con intenciones aviesas. En cambio, tú...

Analisa nunca le había referido el amargo episodio que había protagonizado al comienzo de su carrera como vampira y que había desembocado en la muerte de la hija de Patro. ¿Cómo podía estar al tanto?

Aquella niña era insondable. Era imposible saber si hablaba en serio o si interpretaba un papel. Muchas veces tenía la impresión de que sabía cosas que nadie le había referido y que dosificaba dicha información de la manera más conveniente a sus intereses. Analisa intentó introducirse en su mente como lo hacía en la de muchas de sus víctimas. Necesitaba saber si mentía, pero Mariana había logrado crear una barrera invisible entre ambas. Estaba claro que sus capacidades telepáticas eran superiores a las de Analisa, por lo que era capaz de proyectar pensamientos intranscendentes que nada tenían que ver con la conversación que mantenían, pensamientos como «parece que va a llover» o «me encantan los días lluviosos». Mariana ya no era su pequeña. Disponía de la autonomía suficiente para impedir que su propia madre adivinara sus verdaderas intenciones.

Ante la imposibilidad de conectar con su verdadero yo, Analisa prosiguió con su argumentación.

--No quiero problemas de nuevo. Ya nos hemos visto forzadas a huir de otros lugares. No podemos bajar la guardia. Hay que mantener el engaño a toda costa.

Por un momento, Mariana dejó de prestar atención al piano para posar sus ojos en el rostro de su madre. Su mirada era fría y había algo en ella que a

la propia Analisa le producía escalofríos.

--¿Crees que me gusta esto? ¿Lo crees de verdad? Mi vida está aquí --hizo un gesto señalando las paredes del salón--, sin poder llevar una existencia normal, como el resto de los niños. Siempre huyendo, siempre mintiendo. Y ahora tengo que escuchar tus falsas acusaciones. No puedes imaginarte lo aburrido que resulta estar aquí sola, contigo como única compañía, de día y de noche.

La niña sabía dónde tenía que dar el golpe. Había cosas por las que Analisa se sentía culpable y ésa era una de ellas. Se lamentaba por haberle privado de una vida normal y Mariana lo sabía a la perfección.

--¡Eso no es justo! --exclamó herida--. Yo nunca deseé esta situación para ninguna de las dos.

Mariana no se inmutó y prosiguió con sus reproches.

--Tú, al menos, has tenido la oportunidad de vivir de otra manera, de un modo que yo jamás podré siquiera imaginar. A veces sueño que soy normal y que no necesito sangre para sobrevivir, pero cuando despierto vuelvo a encontrarme dentro de la pesadilla más horrible.

Entonces, la niña comenzó a sollozar bajito, se acurrucó en una butaca cercana al piano y se colocó en posición fetal. Se tapaba la cara con las manos quizá para evitar ser testigo de esa realidad que tanto odiaba. Su respiración sonaba entrecortada, sumida en el dolor. Analisa no pudo resistirlo más. No podía verla sufrir de esa manera, así que se acercó a ella, la abrazó con ternura y le susurró al oído:

--Ven aquí, mi pequeña. No sé cómo he podido dudar de ti. Puede que todo se deba a una confusión y que la niña se haya extraviado. Tal vez aparezca muy pronto.

Analisa no se equivocaba. Marta apareció, pero nadie pudo preguntarle

dónde había estado. Estaba muerta. Ante este giro de los acontecimientos, el director del internado adoptó nuevas medidas de seguridad: ninguna alumna podría entrar o salir del colegio sin el permiso expreso de alguno de los profesores, las niñas deberían desplazarse por el recinto en parejas y por las noches se cerrarían todas las puertas del internado, incluso las de acceso a los retretes. Las niñas tendrían que arreglárselas con los orinales hasta que se esclareciera la muerte de la pequeña Marta.

Como es lógico, el miedo y la psicosis se extendieron entre las niñas y los profesores e incluso algunos padres, a petición de las pequeñas, se llevaron a sus hijas consigo, no sin antes elevar una airada queja al director. Pero de poco sirvieron estos clamores, ya que las investigaciones se encontraban en punto muerto. A falta de pistas, poco se podía hacer. La niña había aparecido muerta sin una sola gota de sangre en su cuerpo, pero no había signos que evidenciaran lucha o forcejeo, sólo un par de extrañas marcas violáceas en su cuello. Además, el asesino le había cortado las uñas, el pelo a trasquilones y había maquillado su rostro con polvos de arroz y colorete rojo. ¿Quién podría haber cometido semejante barbaridad?

Aunque las nuevas normas de seguridad se hicieron extensivas a todas las niñas, Celia se encontraba en una situación especial. Si bien entre semana era una alumna más, los fines de semana se convertía en una empleada que debía faenar en las instalaciones del colegio. Y, aunque su madre intentaba acompañarla en todo instante, no siempre era posible. Por supuesto, la niña estaba igual de asustada que las demás y sufría cada vez que tenía que descender al sótano para buscar los trapos y las esponjas.

El domingo por la tarde se vio obligada a hacerlo. Su madre estaba limpiando los excusados. Celia decidió esperarla, pero, como no regresaba, no tuvo más remedio que internarse en la oscuridad que bañaba la escalera de caracol, pues se le hacía muy tarde. La escalera era estrecha y de madera muy oscura, lo que contribuía a que aún hubiera menos luz.

Al pasar por el almacén, la niña escuchó un sonido que le resultó familiar. Celia se detuvo un instante y entonces se dio cuenta de que alguien la llamaba.

--Celiaaaa, Celiaaaa --susurró una voz cantarina.

La niña se detuvo y se quedó muy quieta, como si de este modo pudiera impedir ser vista. Se sentía confundida. Aquella voz le resultaba conocida, pero su corazón latía con fuerza, como una advertencia silenciosa de que algo no iba bien.

--¿Quién anda ahí?

--Soy yo. Tu amiga Mariana.

Al escuchar la voz de su única amiga, se tranquilizó.

--¿Qué haces ahí? Puede ser peligroso.

--Ven conmigo --susurró.

La niña obedeció, como atraída por un imán.

--¿No tienes miedo? Mi madre dice que Marta Recarte ha aparecido muerta. ¿Quién es tu pareja de pasillo?

--A ti no te gustaba Marta, ¿verdad?

--No --confesó ruborizada.

Su madre le había advertido de que no se debía hablar mal de los muertos, pero lo cierto es que cuando Celia se enteró de la noticia fue incapaz de sentir consternación. No se la podía culpar por ello, aquella niña siempre se había mostrado odiosa con ella. Pero la muerte de Marta no había contribuido a disminuir su calvario, sino más bien a acrecentarlo. Su testigo lo había tomado Adelina Morante, la mejor amiga de Marta y la peor alumna de la clase, a juzgar por sus calificaciones.

--A mí tampoco. Era taaaan aburrida. ¿Cumpliste tu palabra?

--¿Cuál?

--La de no decir a nadie que me habías visto aquí, ni siquiera a tu madre.

--Sí. Nadie lo sabe.

--Así me gusta. Y, en recompensa, puede que esta semana te lleves una gran sorpresa.

--¿Qué sorpresa?

--No puedo decirlo, igual que tú no puedes decir que me has visto. ¿Lo entiendes? Es muy importante. Sólo conseguirías que me castigaran.

--No diré nada. Lo prometo.

Dario escribía una nota con rapidez. Su letra era inarmónica, picuda, invertida y bastante menuda. Casi había terminado cuando escuchó un ruido de llaves y la puerta abrirse y cerrarse.

Alejo había regresado.

«Mejor --pensó--. Así se lo digo a la cara.»

El escritor pareció sorprenderse al ver al gótico sentado a la mesa con todas sus pertenencias en el suelo a su alrededor.

--¿Qué pasa?

--Me voy.

--¿Adonde?

--A casa de Silvia. Ya no tiene sentido que siga aquí, ¿no crees? --la mirada de Darío era desafiante. Nunca le había tragado, y menos aún desde que le había destrozado el corazón a su hermana.

Alejo no contestó. Estaba claro que era una pregunta retórica.

--¿Y tus padres? ¿Lo saben?

--No, pero a estas alturas me da igual que se enteren. Mi hermana me necesita. Es lo único que ahora me importa.

--¿Qué le ocurre?

--Si de verdad te preocupara su salud, la habrías llamado.

Alejo agachó la mirada. Sabía que Darío tenía razón. Desde que ella lo había dejado plantado en medio de la calle, y de eso hacía ya bastante tiempo, no había vuelto a llamarla ni siquiera para reclamar algunas de sus pertenencias, que todavía estaban en su casa. Para el joven escritor había sido la excusa perfecta para acabar con su relación. Sabía que se había comportado como un cobarde, pero la sombra de Ana era demasiado alargada para permitirle actuar de otro modo. Cuando lo pensaba fríamente, se sentía como un gusano. ¿A quién quería echar la culpa? ¿A Ana? Sólo él era responsable de aquella situación. Pensaba que si ya no la quería tendría que habérselo dicho. Debió afrontar esa tesitura con valentía, sin dobleces.

En ese momento, frente al hermano de Silvia, tampoco supo reaccionar de manera consecuente.

--Bueno, no voy a discutir contigo sobre eso, pero para tu información fue ella la que me dejó.

--Y a ti te hizo un favor, ¿verdad?

Alejo permaneció en silencio. Se limitó a soltar las llaves y a depositar el correo sobre la mesa.

En vista de su actitud cobarde, Darío continuó.

--¿Me tomas por gilipollas? Yo también me muevo por el ambiente. Fui yo quien te introdujo allí, ¿recuerdas? Y he oído los rumores sobre ti y esa tía.

--Ya no estoy con tu hermana. Ahora soy libre para hacer lo que me dé la gana. Además, ¿no habías dicho que te ibas?

--Tienes razón. Ya me voy --dijo levantándose de la silla al tiempo que arrugaba con su mano la nota. Tenía la impresión de que, después de todo, darle alguna explicación era andarse con demasiadas consideraciones. Y Alejo no las merecía. Tras ello se dirigió hacia la puerta de la calle, pero antes de abrirla se volvió y le espetó con ironía:

--¿Y dónde está ahora? Andas detrás de esa mujer como un perrito faldero y ella escapa de ti como lo haría de la peste.

La reacción de Alejo no se hizo esperar. Sin embargo, no saltó por la provocación que suponían las palabras de Darío, sino por la posibilidad de descubrir algo, por mínimo que fuera, que le condujera al paradero de Ana. Hacía meses que la buscaba sin éxito. La mujer de la que se había enamorado parecía haberse volatilizado sin dejar rastro.

--¿Qué sabes de ella? ¿Dónde vive?

Darío no sabía nada sobre ella. Pero, al ver la cara de desesperación del escritor, que no ocultaba su incertidumbre ante el hermano de su ex novia, sintió la tentación de herirle, de hacerle daño deliberadamente, sólo por obtener la satisfacción de verle sufrir, un deleite que Silvia no había podido experimentar. Sería su venganza silenciosa.

--Te ha dejado, ¿verdad? Como hace con todos. No eres el primero al que se ha follado en su cama ni tampoco serás el último. No lo hacía mal del todo -

-añadió ante la desesperada mirada de Alejo--, aunque, para mi gusto era demasiado guarrilla.

Alejo sintió la rabia crecer en su interior.

«¡Por eso no quería que me acercara a ella la primera noche que coincidimos en The Gargoyle! --pensó Alejo-- ¡Ya se conocían y tenía celos de mí!»

Sintió deseos de partírla la cara, pero ante el asombro de Darío y el suyo propio, reaccionó con increíble sumisión. Por encima de todas las cosas necesitaba averiguar dónde vivía esa mujer y, si tomaba represalias contra el gótico, éste se negaría a facilitarle información alguna.

--Ana será todo lo que tú quieras, pero, por favor, necesito saber dónde vive.

OceanofPDF.com

El gótico lo ignoraba. No sabía nada sobre su vida. Sólo lo que sobre ella se especulaba. En el ambiente tenía fama de rara. En realidad, nadie la conocía. Jamás aparecía acompañada y con el único que intercambiaba un par de frases era con el camarero de turno. Aquella mujer era un enigma.

A Darío la situación le producía una sensación indescriptible de poder y de placer. La cara del escritor delataba que habría sido capaz de dejarse cortar un dedo por conocer el paradero de la mujer que lo tenía subyugado. «¡Ni de coña! --concluyó para sus adentros--. Bastante ha sufrido Silvia por tu culpa.»

El gótico lo miró con fijeza y, con toda la frialdad que fue capaz de transmitir, masculó con deleite:

--¡Que te jodan! Si ella no ha querido llevarte a su casa, por algo será. Pero, descuida, cuando la vea le daré recuerdos de tu parte --añadió antes de dar un portazo.

--¡Joder!, ¿te has mirado al espejo? --inquirió Darío al ver a Silvia--. Mañana mismo vamos al médico. No puedes seguir en este estado.

--Estoy bien --repuso la joven--. Es por culpa del estrés.

--Eso ya no cuela. Llevas varios meses así, desde que lo dejaste con ese soplagaitas de Alejo.

El joven sintió tentaciones de anunciarle que su querido ex novio estaba liado con otra, pero se contuvo. ¿Para qué hacerle más daño? Ya tenía suficiente sin su ayuda y en aquel instante no procedía entonar el «ya te lo advertí».

--Es por culpa de las pesadillas --dijo mientras extraía un vaso del armario de la cocina. Darío se dio cuenta de que apenas podía sujetarlo. Las fuerzas

no la asistían. Tuvo que sentarse de inmediato. De nuevo la poseía aquella debilidad extrema.

--Déjalo, anda. Yo prepararé la cena.

--No tengo hambre.

--Me da igual. No voy a discutir contigo. Vas a cenar y punto.

Pero las preocupaciones de Silvia iban por otros derroteros.

--¿Has visto a Alejo? ¿Qué tal le va?

--No --mintió--. Le he dejado una nota. No quiero seguir allí. He venido a cuidarte y no me importa lo que digan papá y mamá. Tú no estás bien. Necesitas ayuda. Si he aguantado tanto tiempo en su casa ha sido por ti.

--Darío --su voz temblaba y sus manos, otrora finas y delicadas, parecían haber envejecido cien años--, tengo miedo.

La salud de Silvia Salvatierra había atravesado diferentes etapas en los últimos tiempos. Todos sus males habían dado comienzo varios meses atrás, coincidiendo con el final de su relación sentimental con Alejo. A partir de entonces, su salud fue a peor. Adelgazó varios kilos, sufría mareos constantes y desvanecimientos, y horribles pesadillas con una mujer vestida de época.

Aunque no era una gran partidaria de los doctores, decidió acudir a su médico de cabecera. Éste le prescribió unos somníferos y le mandó hacerse unos análisis de sangre y orina, pero ella nunca llegó a hacérselos. Conducida por una extraña fuerza que la guiaba, mintió a todos, y afirmó que los análisis habían concluido que todo estaba en regla y que lo único que en realidad le pasaba era que estaba estresada.

Así pues, la joven se tomó unos días de vacaciones y se fue con unas amigas a la playa. Allí pareció restablecerse por completo. Engordó los

kilos que había perdido, recuperó el apetito y el sueño perdidos y los mareos y las debilidades desaparecieron de su vida.

Al regresar de nuevo a Madrid, las cosas continuaron bien durante varios meses. No volvió a tener pesadillas, ni mareos, ni alucinaciones. Para entonces, Silvia creía que todo había sido sólo eso, un ofuscamiento de su mente que le hacía ver fantasmas donde no los había. La mujer del espejo había pasado al olvido, pero su miedo había sido muy real. De hecho, su sola evocación le producía auténtico pavor.

Sin embargo, desde la noche del sábado, todo había vuelto a repetirse: los mareos, las pesadillas, la espantosa mujer de sus sueños. ¡Había regresado! ¡Aquel ser había vuelto! Ya no sabía qué pensar y, por primera vez en mucho tiempo, Silvia se derrumbó. Aquel peso era demasiado grande para seguir ocultándolo por más tiempo. Ya no podía continuar aparentando una perfección y un equilibrio de los que carecía.

--¡Tengo miedo! --repitió ante la mirada atónita de su hermano.

Darío interrumpió su tarea. Depositó sobre la encimera el bol con los huevos que estaba batiendo para preparar la cena a su hermana y se acercó a ella. La abrazó y la tomó de las manos. Ella no solía mostrar sus debilidades. Si ahora lo había hecho era porque se encontraba mal y Darío lo sabía.

--¿Qué te pasa? Cuéntamelo.

Entonces, Silvia *la Perfecta* le refirió con pelos y señales todo cuanto le había ocurrido sin omitir detalles, sin obviar nada.

Darío la escuchaba con paciencia, sin demostrar la preocupación que en su fuero interno crecía, sonriéndole para quitar importancia a sus palabras, pero aportándole el consuelo que necesitaba para aliviar su espíritu atormentado.

--Me crees, ¿verdad?

--Claro que te creo. Y ya no volverás a sufrir más pesadillas. Ahora estoy contigo y sé lo que hay que hacer.

--¿No me estoy volviendo loca?

--No, Silvia. No lo estás.

--¿Y si regresa? Estoy aterrada.

--Yo la estaré esperando.

Tras contarle a su hermano todo lo que había estado ocultando durante meses, Silvia se sentía mucho más aliviada. Cenó, tranquila, la tortilla de jamón que Darío le había preparado, se comió unas tostadas untadas con quesitos e incluso se bebió el vaso de leche con un chorrito de coñac que le tendió su hermano cuando ya estaba metida en la cama.

--Eres tan bueno conmigo.

--Tú siempre has cuidado de mí. Ahora me toca a mí hacerlo.

--Por favor, no le digas una palabra de todo esto a mamá y papá. No quiero que se enteren de que tengo miedo de... --se interrumpió. No sabía cómo calificar la situación.

--Tranquila, tampoco me creerían. No tienes nada que temer --la apaciguó antes de besar su frente--. Yo estaré en el salón despierto, haciendo guardia. Nadie podrá acercársete sin pasar por delante de mí.

--De acuerdo, pero no te vayas hasta que me haya dormido.

--Te lo prometo. Si me necesitas a lo largo de la noche sólo tienes que llamarme. Vendré en seguida.

Darío cumplió su palabra y permaneció con ella hasta que la joven se quedó dormida por completo. Cuando creyó que ya estaba en brazos de Morfeo, se

acercó a ella para examinar su cuello en busca de alguna marca que delatara la presencia de un vampiro. Todo cuanto su hermana le había referido era propio del ataque de un ser no-muerto sediento de sangre.

Sin embargo, no le contó nada acerca de sus sospechas. No quería alarmarla más de lo que ya parecía, pero estaba convencido de que sus terrores nocturnos sólo podían deberse a la obra de un vampiro. ¿Cómo podía haber estado tan ciego? Se había pasado media vida leyendo sobre los seres que pueblan la noche y cuando su hermana había sido atacada por uno ni siquiera era capaz de darse cuenta.

Sin embargo, tras examinar con detenimiento el cuello de Silvia, se sintió confundido; no había marca alguna en su piel, ni siquiera un cardenal antiguo o un simple arañazo. No había nada que delatara la presencia de un chupador de sangre, lo cual dejó al joven sumido en la incertidumbre. ¿Sería todo una fabulación de su mente? ¿Sufría alucinaciones y por eso se había inventado algo así? En aquellos instantes era imposible dilucidarlo.

Atacada por un vampiro o no, montaría guardia en el salón. Ya estaba decidido. Se sentaría en la butaca frente a la puerta y velaría a su hermana toda la noche. Nadie podría atravesarla sin su conocimiento. Al día siguiente, con la claridad del día, la llevaría al médico y que éste decidiera qué era lo que en realidad le ocurría.

Ya con la certeza de que su hermana dormía, Darío se preparó una jarra de café a la que añadió un generoso chorro de leche condensada. Después, comprobó puertas y ventanas y rebuscó en los cajones hasta encontrar un crucifijo. Sabía que había uno, regalo de una tía-abuela por parte materna con poco ojo para los regalos. Silvia no era creyente, así que estaba escondido en un sitio poco accesible. Tras colocarlo cerca, se sentó en la butaca dispuesto a encarar una noche muy larga.

«¿Qué estoy haciendo? --se preguntó--. Parezco un caza vampiros moderno o más bien un lunático. Me pregunto qué haría el verdadero Van Helsing en mi situación.»

Restaban muchas horas para el amanecer y el joven estaba cansado. Bebió una taza de café tras otra y, cuando había ojeado todas las revistas de moda que reposaban sobre la mesa del salón, hastiado, agarró la Biblia, otro regalo de la misma tía-abuela, y comenzó a leer algunos de sus pasajes al azar.

Se entretuvo en el Apocalipsis y se sorprendió al llegar al capítulo 17. En el versículo 6 podía leerse lo siguiente: «Y vi a la mujer emborracharse de la sangre de los santos y de los mártires de Jesús, y al verla me quedé estupefacto.» ¿Se refería aquel pasaje a una mujer-vampiro? La Biblia, a fin de cuentas, era un libro que recogía todos los sucesos que habían acontecido sobre nuestro planeta y que narraba la vida de toda suerte de personajes que habían poblado la Tierra, desde los más corrientes a los más extraordinarios. Asimismo, era una obra en la que se describían infinidad de fenómenos extraños. Aunque él no era practicante, sentía respeto por aquel libro; siempre le había impresionado cómo se daba respuesta a un sinfín de problemas mundanos de la manera más variopinta.

De pronto, algo reclamó su atención en la puerta. Estaba sentado justo enfrente, lo que le permitía advertir cualquier movimiento del exterior gracias a la luz del descansillo que se filtraba a través de la rendija que existía entre la puerta de la calle y el suelo; una rendija, quizá --le parecía ahora-- demasiado grande, de modo que cuando alguien encendía la luz ésta se colaba por ella. Pensando en esto, el joven reparó en que el edificio de Silvia poseía un dispositivo de iluminación encargado de detectar la presencia de los vecinos. Si alguien caminaba por el descansillo la luz se activaba de manera automática, lo que les ahorra tener que pulsar el botón cada vez que salían de sus casas. Lo más probable era que algún vecino hubiera regresado o salido de su hogar. Sin embargo, no se había escuchado ningún sonido de llaves ni ruido de clase alguna.

Silvia vivía en un edificio bastante moderno y su apartamento era lo que se denomina una «casa de diseño». La decoración no podía ser más vanguardista. A ella le encantaban las nuevas tendencias y creaciones artísticas cuyo sentido sólo ella, y posiblemente el artista que les había dado vida, eran capaces de entender.

«Falsa alarma», pensó el joven mientras se servía otra taza de café.

Entonces la volvió a ver. Darío juraría que algo o alguien había pasado por delante de la puerta de la casa de su hermana. Acababa de ver una sombra deslizarse bajo el umbral de la puerta y aquello no había sido una alucinación.

¿Significaba eso que había alguien al otro lado? ¿Alguien que espiaba sus movimientos? ¿Alguien que aguardaba con paciencia a que él se durmiera y apagara la luz del salón?

«No seas paranoico», se dijo cada vez más inquieto.

Darío creía en la existencia de vampiros y en que éstos vivían ocultos entre nosotros, como sugería el juego de rol Vampiro: La mascarada, pero, por algún extraño motivo, le costaba asociarlos a un lugar como la casa de su hermana. ¿Por qué un vampiro podría sentirse atraído por alguien como ella? Era su hermana y la quería, pero tenía que reconocer que era una pija y no se imaginaba a un ser de la oscuridad acudiendo a su domicilio con intenciones aviesas. ¿Qué podría buscar allí? «¡Su sangre! No te dejes engañar: todas las sangres son buenas», pensó.

Al cabo de unos segundos, cuando volvió a ver la sombra pasearse por detrás de la puerta ya no le cupo duda alguna de que había alguien --vivo o no-muerto-- al otro lado.

Decidió acercarse hasta la puerta para otear el descansillo y saber así a qué se enfrentaba. Sin embargo, justo cuando aproximaba su ojo a la mirilla la luz, que disponía de un temporizador, se apagó, lo que le impidió saber qué había afuera.

Entonces tomó la determinación de abrir la puerta, aunque sin quitar la cadena de seguridad. El joven estaba asustado. Sin embargo, sabía que si no lo hacía no podría estar tranquilo pensando que había alguien acechando sus movimientos.

Darío abrió la puerta con precaución. Sus ojos se encontraron con la oscuridad más absoluta. Ni un ruido, ni una sombra, allí no había nada. Pero justo cuando iba a cerrar la puerta unos ojos rojos endiablados se encararon a los suyos. Estaban muy cerca, tan sólo a un palmo. No se veía figura humana alguna, sólo esos inmensos ojos llameantes que emergían de la oscuridad.

Intentó cerrar la puerta, pero a partir de ese momento ya no fue capaz de obedecer otra voluntad que no fuera la que acababa de subyugarle. El joven empujó la puerta, pero sólo lo hizo para poder retirar la cadena que impedía el libre acceso al piso. Después, la abrió de par en par y esa cosa entró con facilidad.

Silvia Salvatierra se despertó sobresaltada. Le parecía haber escuchado el ruido de la puerta de la calle cerrarse y temía que Darío se hubiera marchado dejándola sola.

--¿Darío? ¿Eres tú? ¿Estás ahí?

Pero su hermano no contestaba. «Quizá se ha quedado dormido --aventuró-. Pero, entonces, ¿por qué ha sonado la puerta como si alguien hubiera salido o entrado de la casa?»

Aquel pensamiento le heló la sangre. No quería hacerlo porque estaba aterrada, pero, en vista de que Darío no respondía, decidió abrir un poco la puerta de su habitación para asomarse y ver lo que ocurría en el salón.

Se aproximó con cuidado y empujó el picaporte muy despacio, sin hacer ruido. Entonces la vio. Era ella, la mujer vestida de época. Iba toda enlutada. Parecía un holograma y no un ser de carne y hueso. Tenía el rostro arrugado y cubierto de gusanos; las cuencas de los ojos, vacías; la mandíbula, corroída; las manos, esqueléticas. Aquella mujer estaba al lado de su hermano y éste le tocaba los pechos y el sexo de manera obscena, con lascivia. No parecía darse cuenta de lo que tenía frente a sus ojos. De otro modo, ¿cómo podían éstos reflejar deseo por aquella cosa?

De pronto, la mujer espectral reparó en su existencia y se volvió hacia ella.

--¿Qué miras, querida? ¿Te gustaría unirse a nosotros?

Su hermano no reaccionaba. Estaba embobado.

Silvia dio un respingo y cerró la puerta de golpe. Estaba claro que Darío no iba a ayudarla, por lo que corrió hacia la mesilla de noche y cogió su teléfono móvil (era un aparato de última generación, que había comprado porque le hacía juego con los zapatos) con el fin de llamar a alguien. Pero ¿a quién podría llamar a esas horas para contarle la ordalía que estaba sufriendo?

A la policía, no. Nadie iba a creerla; a Alejo, menos. ¡A sus padres! ¡Llamaría a sus padres! No quería alarmarlos, pero se le acababan las opciones.

Silvia Salvatierra se escondió dentro del armario y trató de hacer una llamada, quizá la última que haría en su vida, pero comprobó con horror que dentro del armario su maravilloso móvil no disponía de cobertura.

«Sólo emergencias», rezaba la pantalla del aparato. ¿Es que acaso aquello no lo era?

No hubo tiempo para más. De pronto, Darío irrumpió en su escondite, abrió la puerta que la cobijaba de esa cosa aterradora y durante unos segundos Silvia albergó la esperanza de estar a salvo. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que su hermano tenía los ojos en blanco, igual que un zombi, y que obedecía las órdenes de la mujer de negro como lo haría un autómatas.

Entre los dos la sacaron del armario. Silvia seguía aferrada a su teléfono móvil intentando establecer comunicación con el exterior, pero estaba demasiado nerviosa para atinar con los botones. Y cuando quiso darse cuenta tenía al ser espantoso encima y nada, absolutamente nada, iba a detenerlo.

La joven supo que todo había terminado. En aquellos momentos, sus últimos instantes de vida, Silvia miró a su hermano, que permanecía a un lado, de pie, en espera de nuevas órdenes que cumplir. Habría jurado que en sus labios se esbozaba una leve sonrisa.

Silvia sintió que la vista se le nublaba y muy pronto la luz se oscureció. Todo había acabado. Su última sensación fue su teléfono móvil deslizándose de su mano inerte.

--¡Esto es intolerable! No les confiamos a nuestras pupilas para esto. Y sepa usted, señor mío, que haremos todo cuanto esté en nuestra mano para que cierren este recinto laico --fueron las últimas palabras del tutor de Martina de Casariego y de la Flor.

Después, tomó sus guantes, su bastón y su sombrero y salió con la cabeza muy alta y gesto airado del despacho del director del internado María Auxiliadora del Buen Suceso. Y junto a él lo hizo la pequeña Martina, bastante aliviada por no tener que pasar un solo día más entre las paredes de aquel lóbrego lugar, que las alumnas habían bautizado como «el colegio tenebroso».

Desde la desaparición de Adelina Morante nadie se sentía seguro allí. Había sido un duro golpe para todos, ya que las esperanzas de que la muerte de Marta Recarte se debiera a un hecho desgraciado pero casual se habían desvanecido igual que el humo. Aunque la pequeña Adelina aún no había aparecido, todos --entre ellos Agustín Merino, el director del centro de enseñanza-- estaban convencidos de que muy pronto lo haría, aunque sospechaban que, al igual que sucedió con Marta Recarte, estaría muerta.

Agustín Merino salió de su despacho cabizbajo, pero con la cólera dibujada en sus ojos. Le había costado Dios y ayuda convencer a las altas instancias para que le facilitaran la licencia que le permitía tener abierto el colegio, que, pese a su nombre, no era un centro regido por religiosas. Aquella

excepción sólo había sido posible gracias a su anciana abuela, cuyo excelso capital y su buen nombre habían servido para abrirle las puertas necesarias para llevar a cabo tal empresa. Y ahora todo podía venirse abajo debido a aquellos horrendos crímenes que tenían aterradas a las alumnas, a los padres y a los profesores. La desconfianza se había instalado en todas y cada una de las almas que habitaban el enorme internado.

Merino llegó a la casa de su abuela un poco más tarde de lo habitual. Se había entretenido escuchando las quejas del tutor, a quien, sin embargo, tenía que admitir que le asistía más razón que a un santo. ¿Qué padres iban a permitir que sus hijas siguieran estudiando en un lugar en el que merodeaba un asesino? Ya tenía cuatro peticiones, cinco si contaba la del tutor de Martina, para sacar a sus hijas del internado. Pero no serían las únicas, sin duda llegarían más. Era sólo una cuestión de tiempo.

Cuando Merino se sentó a la mesa no pudo ocultar su turbación. Su abuela era una maestra en interpretar las expresiones de su rostro.

--¿Un mal día, hijo?

Lo trataba igual que a un vástago desde que los padres de Agustín fallecieron siendo él apenas un niño.

--Hoy se han llevado a otra niña. De seguir así, tendremos que cerrar el centro --contestó atusándose un mechón de pelo rebelde que venía molestándole toda la mañana.

Acababan de servirles la sopa, pero a él se le había quitado el apetito por completo.

--Come, hijo, que las penas con pan son menos penas.

Aquella mujer sabía de lo que hablaba. No en vano había perdido a su marido, a su hijo --el padre de Agustín-- y a su nuera en el mismo año. Además del dolor por las pérdidas, se había visto obligada a hacerse cargo de todo. Hoy, muchos años después de la experiencia amarga, podía decir que había superado la prueba con creces.

--No tengo hambre, abuela. Ya sé que lo hace por mi bien, pero no hago más que darle vueltas a todo lo ocurrido y, por más que lo pienso, menos lógica le encuentro a este asunto.

--A veces las cosas no obedecen a la lógica de la razón, sino a la voluntad del Altísimo.

--Abuela, con todos mis respetos, me niego a creer que el Señor desee que esas pobres niñas sufran un destino tan terrible.

--Desde luego que no --dijo persignándose--, pero «el otro», «la serpiente que se arrastra», siempre está al acecho y busca las debilidades de la gente para entrar en sus vidas.

--Abuela, siempre está igual --le dijo en tono resignado--. Aquí no hay diablos ni brujas, sólo un asesino de carne y hueso despiadado y cruel.

A la hora de los postres se conoció la desagradable noticia. Dos hombres se presentaron en la casa de Merino. Agustín ya los conocía, eran los mismos que investigaban --sin mucho éxito, hasta el momento-- la muerte de la niña Marta Recarte. Merino se temió lo peor.

--Hágalos pasar a la biblioteca.

--Lo siento, señor, pero insisten en hablar con usted y con la señora --repuso la doncella.

--Bien. En ese caso, dígales que entren.

El investigador Torres era un hombre bastante corpulento, ya entrado en años. Su ayudante, en cambio, era un muchacho que no sobrepasaría la veintena y que no aparentaba tener demasiadas luces, pero a Torres le servía para descargar en él las tareas más pesadas y desagradables.

--Buenas tardes, señora --habló el inspector.

La dama hizo un gesto con su cabeza.

--Buenas tardes, señor Merino.

--Buenas tardes, investigador Torres. Espero que no traiga malas noticias.

--Me temo que sí, señor Merino. A veces odio este trabajo --dijo preparándoles para lo peor-- y esta tarde es una de éstas. Adelina Morante ha aparecido asesinada, como ya nos temíamos.

--¡Santo Dios! --exclamó la dama mirando hacia arriba, acaso en busca de una señal divina.

Merino, por su parte, sintió un dolor en el pecho, como una punzada, lo que le obligó a volver a sentarse. Aquella niña era tan pequeña y hermosa, ¿quién podría haber hecho algo así?

--¿Cómo ha sido? --preguntó haciendo acopio de valor.

--La han encontrado en una acequia cercana al internado. Todo ha sido igual: tenía las uñas y el pelo cortados a trasquilones y la cara manchada de polvos de arroz y de carmín... --el inspector se interrumpió. Había un detalle que tenía que comunicarles y que resultaba especialmente escabroso--. Bueno, hay algo diferente esta vez: el criminal ha escrito con carmín algo en su brazo derecho.

--¿Algo? ¿De qué está hablando?

--No sé si es correcto referir este detalle delante de una dama.

--Por favor --rogó la mujer.

--De acuerdo. La frase que ha escrito es «Las niñas malas no van al cielo».

Durante unos instantes se creó un incómodo silencio durante el cual todos parecieron embebidos en sus propios pensamientos. Después de unos segundos, Torres preguntó algo en apariencia intrascendente, como quien se interesa por el tiempo que va a hacer.

--¿Le suena de algo esa frase, señor Merino?

--Pues, no. No recuerdo haberla oído con anterioridad.

--Es curioso, señor director --explicó el investigador mirándole fijamente--. Es muy curioso, porque una de sus ex alumnas sostiene que en cierta ocasión le oyó pronunciarla.

El rostro de Merino demudó.

¡Aquello era el colmo! ¿Es que acaso pretendían buscar un chivo expiatorio ante su ineptitud manifiesta?

Su reacción no se hizo esperar.

--Señor investigador, no sé lo que insinúa y, en realidad, tampoco quiero saberlo. Tan sólo deseo que indague y encuentre cuanto antes al malnacido que ha hecho esto. Y le recomiendo también que busque testigos sólidos y que no se deje llevar por habladurías o...

Agustín se vio interrumpido por su abuela, quien se había puesto en pie --no sin cierta dificultad-- apoyándose en su bastón de marfil.

--O de lo contrario, haré uso de todas mis influencias para que le cesen en el cargo --su voz era tajante y su gesto lo suficientemente adusto para obligar al investigador Torres a bajar la mirada--. Y ahora márchese de una vez a investigar pistas fiables y no maledicencias y chismes.

Por extraño que parezca, la noticia de la muerte de Adelina Morante no contribuyó en absoluto a suavizar el trato de algunas de las alumnas del colegio hacia la pequeña Celia. Como si de una víctima de sacrificio se tratara, la comunidad decidió que alguien debía ser el responsable de todas las desgracias y Beatriz Ramírez del Campillo, amiga de Adelina y de Marta, empezó a ensañarse con Celia como lo habrían hecho ellas mismas de continuar vivas.

Celia era considerada uno de esos «peleles» de los que se sirven en los pueblos para calmar la ira de los «malos espíritus». Bajo la inocente fiesta del «pelele», que se viene realizando desde hace siglos y que finaliza con el desmembramiento a palos de esta figura, se esconde un miedo ancestral a las malas cosechas, a las enfermedades, a la hambruna y a toda suerte de males que pueden aquejar a una comunidad.

Y para las niñas del internado María Auxiliadora del Buen Suceso, el hecho de que se hubieran variado las reglas para que la hija de una fregona pudiera estudiar con ellas constituía una violación flagrante de las leyes no escritas del Universo, lo que podría acarrear toda suerte de desgracias en la comunidad.

Lo cierto es que las investigaciones no progresaban gran cosa. No podía ser de otro modo. Existían demasiadas cortapisas para que el investigador y su ayudante pudieran averiguar algo. Si el propio director utilizaba la influencia de su abuela para parar el avance de las pesquisas, ¿qué podría esperarse de los familiares de las muchachas asesinadas? A nadie le agradaba que se husmeara en su vida, sobre todo si se disponía del ringorrango suficiente para evitarlo.

Así pues, el investigador Torres, consciente de que luchaba contra un muro de silencio, comenzó a hacer averiguaciones en torno al personal del centro, buena parte del cual residía en el propio internado. Si de una cosa estaba convencido era de que el criminal tenía que ser alguien muy próximo a las pequeñas. El hecho de que el asesino se entretuviera en cortar el pelo y las uñas y en maquillar a sus víctimas sugería premeditación y facilidad de actuación. ¿Se habrían llevado a cabo los crímenes en alguna estancia del internado de las muchas que permanecían inactivas? No había que olvidar que aquello era igual que un enorme laberinto.

Había otro detalle que tenía fascinado a Torres y que no sabía bien cómo interpretar y era el hecho de que ninguna de las niñas hubiera opuesto resistencia ante su agresor. ¿Significaba esto que las ataba? No. Eso no era posible, pues no existían marcas de cuerdas o de ligaduras de clase alguna.

¿Conocía el criminal a las niñas y por eso confiaron en él hasta el extremo de no sospechar que iban a ser asesinadas? De ser así, las pistas apuntaban de nuevo a una cierta proximidad. ¿Y quién podía tener la suficiente confianza con las alumnas para que éstas le obedecieran de manera tan sumisa?

Aquella situación la había cogido totalmente desprevenida. Al principio pensó que se trataba de una falsa alarma, pero con el tiempo se hizo evidente que en el vientre de la no-muerta crecía una nueva vida.

Este embarazo no podía llegar en peor momento. Justo cuando Ana descubrió que se encontraba en estado, su naturaleza se vio alterada de manera demoledora y sus capacidades vampíricas se atrofiaron de la noche a la mañana. ¿Podía existir una tragedia mayor para un no-muerto? Experimentar de nuevo la «normalidad» era una experiencia peligrosa y extraña. Podría suponer que Ana llegara a cometer errores de principiante, lo que quizá contribuyera a su destrucción. Esta nueva situación la volvía vulnerable y, en cierta manera, dependiente. Aunque la fastidiara reconocerlo, necesitaba la presencia de Violeta, al menos, de momento.

La no-muerta ignoraba a qué podía deberse este cambio en su estructura, pero ya no era capaz de anticipar los movimientos de sus presas, de leer sus pensamientos ni de moverse con la agilidad, la rapidez y el sigilo que solían caracterizar a los de su estirpe. Con los años se había acostumbrado a utilizar estas capacidades como quien se ayuda de una calculadora para realizar multiplicaciones, y era francamente cómodo poder viajar a otra ciudad en la misma noche sólo para darse la satisfacción de cazar una presa de su interés. Había aprendido que por lo general era preferible alimentarse lejos de su refugio. Asimismo, había descubierto que no siempre era preciso eliminar por completo a sus víctimas. En ocasiones era más fácil atontarlas mediante hipnosis, extraerles sangre y después dejarlas tiradas, inconscientes, en cualquier cuneta. Al despertar, eran incapaces de recordar lo ocurrido. Tan sólo sentían una debilidad similar a la que se experimenta

tras donar sangre y una gran desorientación que les impedía explicar lo que les había sucedido.

Claro, que esto no siempre era posible. Al principio de descubrirlo intentó proceder así. La no-muerta procuraba no eliminar a nadie de manera innecesaria. Pero los «años de sangre» --como denominaba Ana a su existencia sobre la Tierra-- transforman a los vampiros en verdaderos sociópatas. Los convierten en seres desprovistos de toda moral a los que no les supone ningún problema asesinar a quien se cruza en su camino. Es decir, que si para alimentarse les resulta más sencillo matar a su víctima en lugar de atontarla, lo harán sin dudar un segundo y sin experimentar sentimiento de culpabilidad alguno. De la joven Analisa, cuya vida se había visto truncada de manera inesperada hacía ya muchos años, apenas quedaba nada.

Regresando al asunto del bebé, Ana se temía lo peor: sospechaba que estaba desarrollando una naturaleza aún más vigorosa que la de Mariana y que tal vez había conseguido activar un mecanismo de defensa tan potente que era capaz de anular el suyo.

«¿Un bebé más fuerte e inteligente que Mariana? Eso es imposible. Tiene que serlo», se repetía para tranquilizarse. Pero sus dudas y temores no se verían disipados hasta que el bebé naciera, y para ello ya no quedaba demasiado tiempo. Los meses habían pasado como un suspiro. Al contrario de lo que había sucedido durante el embarazo de Mariana, este bebé no le había provocado dolores intensos de cabeza ni otras molestias que no fueran las propias de cualquier embarazo humano, aunque Ana tampoco había intentado acabar con él, así que no sabía cómo habría reaccionado de haberlo hecho. «¿Para qué? --se dijo--. Seguro que me neutraliza si lo intento.»

Como es de suponer, la no-muerta no estaba por la labor de confesar sus debilidades a nadie, y mucho menos a Violeta. La joven le servía de comodín para algunas cosas, pero ya llevaba un tiempo planteándose acabar con ella y buscar un nuevo esclavo. El motivo era que la muchacha no respondía a sus demandas con la sumisión que Ana deseaba. En su opinión,

era desobediente y reincidente, lo que la convertía en alguien peligroso, así que durante un tiempo intentó ocultarle su nueva condición y en ningún caso pensaba revelarle que había perdido sus capacidades especiales. No convenía que la joven supiera que ahora era casi tan vulnerable como cualquier humano.

No obstante, al cabo de unos meses, cuando el embarazo se hizo evidente, se dio cuenta de que la necesitaba más de lo que había imaginado. Cada día que pasaba se sentía más vulnerable y, con ello, la presencia de la gótica se volvía menos prescindible. Por todo esto la no-muerta había determinado que la tendría a su lado el tiempo justo, hasta que diera a luz. Después, la mataría y buscaría un nuevo esclavo. Quién sabe si Alejo, al que ya tenía subyugado y del que se había distanciado de manera voluntaria hacía meses, podría ser un buen candidato.

Pero lo peor de su embarazo no eran los vómitos, ni la pérdida de energía ni de sus capacidades vampíricas. Lo más angustioso de todo era que le había removido temores escondidos en los recovecos de su mente; terrores que tenían como protagonista a Emersinda y su oscuro mundo de sombras. La recordaba con frecuencia hasta el extremo de sentir auténtico pánico sólo al evocar su nombre. Sus sueños se veían asaltados por su siniestra presencia. En ellos siempre permanecía agazapada para apoderarse de su bebé y a pesar de que Ana sabía que Emersinda había desaparecido, no podía evitar sentir una angustia indescriptible al despertar. Entonces se acariciaba su cada vez más voluminoso vientre y respiraba aliviada al comprobar que todo se encontraba en perfecto orden.

En apariencia, el embarazo se desarrollaba con normalidad, pero no podía bajar la guardia. Aquel proceso la había sumido en la desesperación provocada por la incertidumbre de no saber cómo sería el bebé que llevaba en su interior.

¿Sería humano o nacería vampiro?

Aunque no hay dos embarazos iguales, Ana no tenía motivos para creer que el bebé iba a ser normal: el hecho de que sus capacidades vampíricas se

hubieran visto interrumpidas hacía presagiar que el feto ostentaba una naturaleza fuerte, lo cual encajaba con la de los vampiros. Sin embargo, al no tener la certeza de que lo fuera, Ana se había planteado qué haría si su pequeño resultaba ser humano. ¿Debía acabar con él tan pronto hubiera visto la luz o abandonarlo a su suerte en cualquier parte lejos de ella? La posibilidad de quedárselo no entraba dentro de sus planes. La *bestia* era demasiado poderosa para permitírselo.

Esta nueva situación disgustaba a Violeta tanto o más que a la propia Ana. Descubrir el embarazo de la no-muerta no había sido un plato de gusto para la gótica, pues significaba que para Ana Violeta no constituía en absoluto el centro de su interés. Esto no era una novedad, pero sí un serio varapalo para la joven, ya que ésta siempre había albergado la esperanza de no ser sólo su esclava, sino de llegar a formar parte de la familia de los eternos, convertirse en alguien especial para la vampira, cuya única preocupación parecía ser ahora ese bebé que se estaba gestando en su vientre. Quizá a ello se debía el hecho de que Ana hubiera dejado de controlarla como hacía antes. Ya no la castigaba cada vez que incumplía alguna de sus directrices o lo hacía a través de la indiferencia.

Sin embargo, Violeta no era una estúpida y la venda que cubría sus ojos había caído desde el mismo instante en que supo que Ana estaba encinta. Por eso había comenzado a plantearse algunas cosas --antes impensables-- acerca de su particular relación con la vampira.

¿Por qué la mantenía aún a su lado si ya no le importaba? El desdén y la indiferencia con la que aquella mujer trataba a la gótica demostraban que la no-muerta no sentía nada de carácter emotivo por ella. Entonces, si no era ésta su motivación, ¿por qué no la había eliminado ya?

«Seguro que sólo me quiere para que la ayude con el bebé --especulaba Violeta atenazada por un sentimiento de terror--. Ahora me necesita porque está débil, pero en cuanto dé a luz me matará y buscará otra víctima más propicia.»

Sus pensamientos no podían ser más acertados.

La falta de interés por fiscalizar a la joven que mostraba Ana había desencadenado en Violeta un sentimiento de odio hacia la no-muerta. Podía soportar ser maltratada, controlada y humillada, pero la indiferencia era algo que nadie le había enseñado a asumir, así que Violeta transformó toda su devoción en un odio feroz difícil de controlar, y no sólo hacia la no-muerta, también hacia el bebé que --creía ella-- se interponía entre ambas.

No comprendía cómo podía haberse producido el embarazo. Tenía entendido que los vampiros eran incapaces de procrear, aunque durante el tiempo que había convivido con la no-muerta se había dado cuenta de que existían infinidad de mitos asociados a ellos que no tenían fundamento alguno y que habían sido alimentados por las supersticiones de la gente, por el cine y la literatura de terror. Por ello intentó enterarse de cómo se desarrollaba el proceso preguntándole a la propia interesada, pero ésta sólo respondía con evasivas. Resultaba evidente que desconfiaba de ella y que quizá por eso se negaba a facilitarle información sobre el asunto.

Violeta deseaba que aquel bebé jamás llegara a ver la luz. La estorbaba, pero, por supuesto, no se atrevía a decir nada. Aunque debido a algunos detalles sospechaba que Ana se había vuelto más frágil con el embarazo, seguía temiendo reacciones agresivas y despóticas, y la joven sufría porque la no-muerta se negaba a proporcionarle el *maná* eterno.

Uno de los detalles que le impulsó a creer que Ana estaba más débil que de costumbre era que de vez en cuando padecía náuseas y vómitos de sangre. No podía ser de otro modo, ya que su dieta consistía sólo en eso. La no-muerta intentaba restarle importancia a este hecho, pero cuando sucedía se veía obligada a consumir algo de la sangre congelada que atesoraba en el sótano y eso sólo podía significar una cosa: que se había vuelto vulnerable. Tenía vómitos oscuros y desagradables, de un olor similar al de la sangre evacuada por las mujeres humanas durante el período, aunque mucho más intenso, y Violeta se veía obligada a limpiarlo todo, lo que le resultaba repulsivo.

«Y todo por culpa de ese engendro --pensaba Violeta--. A saber quién será el padre del monstruo.»

--¿Adónde vas tan temprano? --preguntó doña Angélica--. Aún es pronto para ir a trabajar.

No le faltaba razón. Apenas eran las seis de la mañana. A aquella mujer no se le escapaba nada que tuviera que ver con su nieto. Desde la prematura muerte de su hijo y de su nuera, su única preocupación en la vida se había reducido a satisfacer los deseos de Agustín y en los últimos días lo veía agitado, preocupado.

--Quiero registrar yo mismo el internado. No me fío del investigador Torres ni del resultado de sus averiguaciones. Si esto sigue así me veré obligado a cerrar el centro --contestó Merino mientras hacía un gesto a la doncella para que no le sirviera más café--. Y no estoy dispuesto a permitir que eso ocurra.

--¿Y qué esperas encontrar?

--No lo sé, abuela. Una pista, supongo. La cuestión es que no soporto estar de brazos cruzados mientras las niñas continúan desapareciendo. Está claro que Torres es un inepto: intentar inculparme de los crímenes demuestra su incompetencia.

--Es cierto que no tiene muchas luces, pero no creo que debas inmiscuirte en su labor. A fin de cuentas, él está acostumbrado a tratar con la peor ralea y tú...

Agustín la interrumpió.

--Abuela, no podré dormir tranquilo hasta que el asesino sea apresado. Le ruego que no ponga más piedras en mi camino. Bastantes preocupaciones

tengo ya.

--Está bien, Agustín. No diré nada más sobre este asunto, pero, por Dios santo, mantenme informada. Estoy preocupada por ti.

--¿Preocupada? No tiene por qué estarlo. Sólo quiero cerciorarme de que Torres está haciendo lo que debe. ¡Ese hombre es un desastre!

--Ya lo sé, pero anoche tuve una de esas visiones infernales --le confesó con voz titubeante. No sabía si debía contárselo--. Por eso estoy despierta. No he podido volver a conciliar el sueño.

Su cara denotaba tensión. Su nieto se dio cuenta de que la comisura de sus labios temblaba. Le ocurría lo mismo cada vez que sufría esas terribles pesadillas o «visiones», como ella solía denominarlas.

Agustín tenía un bollito de pan recién hecho entre las manos. Con la ayuda de un cuchillo lo abrió por la mitad y lo untó de mantequilla.

--Abuela, ¿otra vez con esas historias? --inquirió enarcando las cejas--. Ya sabe que el médico le ha recomendado que no se altere.

--¿Y qué se supone que debo hacer si las visiones me asaltan sin yo desearlo? Nunca las he buscado y, por desgracia, me persiguen desde niña.

--No lo sé --contestó encogiéndose de hombros--. Acaso no darle tanta importancia. Los sueños no significan nada.

Se hizo el silencio. Al cabo de unos segundos Agustín se atrevió a preguntar:

--¿Y qué ha soñado esta vez? --a pesar de su tono desenfadado, en su voz había un matiz de inquietud. Merino sabía perfectamente que los sueños de su abuela no siempre eran simples sueños. A veces se habían cumplido con una exactitud aterradora. Así había sido desde que tenía memoria y eso fue lo que sucedió cuando fallecieron sus padres en accidente de carruaje. Su abuela soñó con ello.

Doña Angélica meditó unos segundos antes de responder. No quería asustarlo, pero debía prevenirle.

--Pues te veía en el interior de un laberinto --explicó presa de la congoja--. Lo recorrías una y otra vez sin hallar la salida. Y una gran araña seguía tus pasos. Al principio parecía que estaba muerta porque no se movía, pero luego quería devorarte. Entonces me desperté.

Si Agustín se sintió intranquilo por sus palabras, evitó reflejarlo en el rostro.

--Se preocupa tontamente por mí, abuela --comentó quitándole hierro al asunto--. Sólo pretendo registrar el internado e interrogar a todo el personal. No creo que eso vaya a exponerme a peligro alguno.

--Lo sé, hijo, lo sé. Pero no olvides que un criminal anda suelto y nadie tiene la menor idea de quién es, lo que no descarta que pueda tratarse de alguien de tu confianza, de quien menos te lo esperas.

La última reflexión de su abuela no le había dejado indiferente. En todo ese tiempo se había forjado la idea de que el asesino tenía que ser alguien desharrapado, ajeno por completo al colegio. Sin embargo, ese «alguien de tu confianza» le había hecho plantearse otras posibilidades. El criminal había buscado sus víctimas sólo en el internado. ¿Qué le impulsaba a actuar allí? ¿Por qué no se había fijado en otro tipo de presas que no fueran las niñas? Dándole vueltas a todo el asunto cayó en la cuenta de que en los últimos meses se habían producido algunas desapariciones misteriosas en la región. Sin embargo, como no habían encontrado más cadáveres que los de las pequeñas, nadie se había planteado la posibilidad de que todos esos casos estuvieran conectados entre sí.

Mientras pensaba en todo esto recorría una a una todas las dependencias del internado. Cuando hubo acabado, extrajo el reloj de bolsillo de su chaleco y miró la hora. Eran cerca de las ocho. Había tardado casi sesenta minutos. A

esa hora las niñas ya estarían en el comedor, dispuestas para el desayuno. Después iniciarían la jornada escolar.

Merino se sentía desalentado. No había descubierto nada que le sirviera para centrar su investigación. Y tampoco podía confiar en ninguno de los trabajadores para que le ayudara en sus pesquisas. El hombre se dirigió a su despacho y se sentó a la mesa para escribir una nota destinada a su amigo Celso Castro. Él sí era de toda confianza. Castro siempre se había distinguido por su inteligencia lúcida y su sentido del humor punzante. Con un poco de suerte, podría estar allí en un par de días. A continuación, le entregó la nota lacrada al jardinero y le pidió que la llevara a la Estafeta lo antes posible.

Después, mandó llamar por orden alfabético a las alumnas del internado. A los profesores y al resto de los empleados los reservaría hasta la llegada de Castro, pues los consideraba más difíciles de manejar. Para él todos eran buenas personas --de otro modo no los tendría a su cargo--, pero Castro, que no los conocía, podría hacer las veces de abogado del diablo en caso de que fuera preciso. Él sabría ver ahí donde sus ojos no alcanzaban.

En ésas estaba cuando escuchó unos golpecitos suaves en la puerta de su despacho. Era Tristana, una de las alumnas pequeñas que estudiaba en el curso menos avanzado, y también una de las más apocadas. No sabía qué número hacía ya en la larga lista de entrevistas.

--¿Da su permiso? --preguntó con timidez.

Tristana era una niña morena de tez muy pálida y constitución esquelética. Muchas veces se negaba a comer porque decía que la comida era repugnante, por lo que solía recibir duras reprimendas de los vigilantes de comedor.

--Claro, Tristana, te estaba esperando.

Merino la hizo sentar. Quería que la niña se sintiera cómoda y no amedrentada, pero el director se dio cuenta en seguida de que movía las piernas con nerviosismo. Tal vez pensaba que había hecho algo malo.

--Tranquila, pequeña. No tienes de qué preocuparte. Sólo quiero hacerte un par de preguntas. ¿Estás cómoda?

--Sí, señor.

--Bien. Entonces dime: ¿has visto o notado algo raro en los últimos días?

--¿Raro? --Tristana hizo un gesto de asombro.

--Me refiero a que si has advertido algo anormal, algo que te haya llamado la atención de manera especial.

La niña se echó a temblar como una hoja. Por su reacción, Merino dedujo que Tristana ocultaba algo. Tal vez había infringido alguna norma y tenía miedo de ser reprendida, o quizá había visto algo que no quería confesar.

--No, señor --dijo al fin.

--¿Estás segura?

No, no lo estaba. La niña parecía cada vez más nerviosa, pero se negaba a reconocerlo. Ante esta situación, el director adoptó una estrategia consistente en tratarla con la máxima delicadeza.

--Si guardas silencio por temor a ser castigada, tienes mi palabra de que nadie lo hará.

Entonces empezó a derrumbarse.

--Es que... Es que...

--¿Qué ocurre, Tristana? ¿Qué es lo que has visto?

--Es que, si se lo digo, no me creerá.

--Sólo quiero saber lo que has visto. Nadie te hará mal alguno.

La niña inspiró profundamente y se armó de valor.

--Vi algo en los retretes --confesó abrumada--. La noche que desapareció Marta me levanté para orinar. Estaba todo muy oscuro, pero en un rincón me pareció ver unos ojos tan rojos como las llamas del infierno.

Tristana parecía verdaderamente aterrada.

Merino se sentía desconcertado. ¿De qué hablaba la niña? ¿De un animal? ¿En el internado? ¡Imposible! Si la pequeña no mentía --y no parecía que lo estuviera haciendo--, tenía que tratarse de otra cosa.

--¿Unos ojos? ¿Cómo eran?

--No lo sé. Me asusté tanto que salí corriendo, así que no pude verlos bien.

--¿Estás segura?

--Sí.

--¿Y dices que eso fue la misma noche de la desaparición de Marta Recarte?

--Sí, señor.

--¿Y le contaste esto al investigador Torres?

--Sí que lo hice --comentó bajando la mirada, avergonzada--, pero él no me creyó. Dijo que el asunto era muy serio para andarse con bobadas y también dijo que si volvía a mencionar algo sobre esto haría que me castigaran un mes de rodillas con los brazos en cruz y mirando a la pared.

--Entiendo. Puedes retirarte, Tristana. Has sido una niña muy valiente. Le diré a la cocinera que esta noche te sirva dos raciones de postre en lugar de una.

La niña se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta. Una vez pasado el mal trago, su semblante se había relajado.

Antes de abrir la puerta se giró y le preguntó a Merino:

--¿Usted me cree?

--Claro, pequeña, claro que te creo.

Se lo dijo para no hacerla sentir mal, ¿pero cómo iba a darle crédito a una historia tan fantasiosa como aquélla? Sin embargo, Merino no pensaba que se tratara de una invención. Eso tampoco tenía sentido. Quizá lo había soñado y al despertar había confundido sus sueños con la realidad.

La mano le temblaba cuando presionó el timbre, y eso que antes de salir de casa se había tomado un ansiolítico para combatir la fuerte ansiedad que padecía desde la muerte de su hermana. Después de tantas semanas de apatía no entendía bien qué le había impulsado a presentarse ante la puerta de la casa de la señora Silva. Ni siquiera sabía si ella estaba allí y --en el caso de que estuviera-- si querría recibirle, pero de todos modos se había propuesto intentarlo.

El joven había pasado tres semanas sumergido en la más absoluta apatía, hundido en la más negra de las tormentas, sumido en los presagios más terroríficos, que le invitaban una y otra vez a dar el paso necesario para hacer compañía a su hermana y a su amigo Raúl... para siempre.

Para lo único que Darío había abandonado la casa de sus padres --a la que se había trasladado después de los últimos acontecimientos-- había sido para acudir al entierro y al posterior funeral por el alma de su hermana y para visitar al médico, pues se sentía incapaz de descansar más de dos horas seguidas.

La noticia había caído como un mazazo en el seno de la familia y sus padres no estaban mejor que él. Su madre también precisaba atención médica. Al igual que Darío, pasaba largas horas en silencio, un silencio roto sólo por el

llanto, y su padre, el que más fuerte se mostraba, intentaba sacar fuerzas de flaqueza para impedir que la familia se desmoronara por completo.

Aún no acababa de dar crédito a la noticia, pero era un hecho: Silvia había muerto. Y lo peor de todo era que no recordaba lo que había ocurrido la noche que murió. Lo único que sabía es que había abierto la puerta de la vivienda a alguien. «¿Por qué lo hice? ¿Quién llamó al timbre? ¿Era alguien conocido? ¿Qué ocurrió esa noche?», se preguntaba de manera obsesiva sin hallar respuesta alguna.

El certificado de defunción no podía ser más explícito: Silvia había fallecido a consecuencia de un paro cardíaco. Pero a Darío no le convencía este dictamen. Era evidente que en los últimos meses se sentía aterrada por algo. Ella creía que alguien o algo la perseguía. Algo --era más bien «algo»-- capaz de asustarla hasta extremos insospechados. Si su muerte había sido tan «normal» como sostenía aquel papel, ¿por qué, entonces, era incapaz de recordar nada? ¿Qué o quién había conseguido sesgar sus recuerdos de esa manera? Según el médico, el estrés postraumático bien podría ser el causante de su incapacidad para recordar lo ocurrido. Según le explicó, ante un suceso traumático se puede desencadenar este trastorno, que causa, entre otros síntomas, palpitaciones, sudores y dificultad para respirar cada vez que se rememora el hecho que ha causado el *shock*. Hay quien revive una y otra vez lo ocurrido, pero tampoco es infrecuente que --como en el caso de Darío-- los recuerdos se encuentren adormecidos bajo llave. No obstante, él sabía que las cosas no siempre son lo que parecen y quizá la verdadera explicación era que alguien o algo había conseguido arrebatarse sus recuerdos. Como un felino sigiloso, había logrado colarse en su mente para transformarla a su antojo y en esa mutación se había llevado lo más preciado que tenía: su memoria.

Darío estaba convencido de que un no-muerto había estado allí la noche de autos. Pero ¿por qué nadie había encontrado marcas en el cuerpo de su hermana, en su cuello, para ser más exactos? Quizá por el mismo motivo por el que él tampoco había sido capaz de hallarlas cuando examinó a su hermana después de la cena. ¿Significaba eso que el ser que tenía

aterrorizada a Silvia era demasiado inteligente como para dejar visible su siniestra firma?

Aquella posibilidad le inquietaba aún más.

Por otra parte, Darío daba gracias a Dios por que no hubiera marcas misteriosas en su cuerpo. De otro modo, quizá ahora, en lugar de encontrarse frente a la casa de la señora Silva, estaría entre rejas, acusado de un crimen.

--¿Quién es?

--¿Señora Silva? Disculpe que la moleste, pero necesito hablar con usted -- la voz de Darío sonaba apremiante, angustiada.

--No sé quién es usted. Por favor, márchese. No estoy interesada en comprar nada.

--Me llamo Darío Salvatierra. Le ruego que me reciba. Sólo serán un par de minutos. ¡No pretendo venderle nada!

--¿Qué es lo que quieres, entonces? --inquirió tuteándole, pues al contemplarle a través de la mirilla se había dado cuenta de que aquel hombre era más joven de lo que su voz reflejaba. Por otra parte, era cierto que no tenía pinta de vendedor, sino de «oscuro», como su niña.

--Hablar sobre Alejandra, sobre su hija.

Sin dudarle un instante, la mujer replicó:

--No quiero hablar de eso. Mi hija está muerta. ¿Por qué no podéis dejarla descansar en paz?

--Ya lo sé. Por favor --rogó el joven--, es importante porque...

--¿Es que no me has oído? --le interrumpió--. Ya he sufrido bastante. No tienes ni idea de nada --masculló dolida.

Parecía evidente que no estaba dispuesta a escuchar más, y Darío oyó cómo se alejaban sus pasos.

--¡La comprendo mejor de lo que imagina! --gritó en un intento desesperado por recuperar su atención--. ¡No hace ni un mes que perdí a mi hermana! Tan sólo quiero preguntarle una cosa y después me iré.

La mujer no respondió, pero Darío pudo escuchar cómo los pasos se detenían en seco para después regresar al punto de origen. A continuación oyó el sonido inconfundible de la cadena que franqueaba la vivienda deslizándose sobre el marco de la puerta.

--¿Eras amigo de Alejandra?

--No exactamente. La conocía, pero por desgracia no demasiado bien.

--Entonces no lo entiendo. ¿Qué es lo que quieres?

--He leído la noticia en los periódicos, pero no acabo de creérmela. ¿Es cierto?

La mujer le hizo pasar a la sala de estar. Darío la seguía por el pasillo, atónito, mientras observaba la decoración de la vivienda, las fotos, el suelo de parquet, los cuadros a juego con el tono de las paredes... ¡Era la casa en la que había vivido su adorada Alejandra! ¡Por fin se encontraba en el mismo lugar en el que ella había respirado, comido, dormido y soñado! Intentó contener las emociones que le asaltaban.

La madre de Alejandra sólo respondió a su pregunta una vez que se hubo acomodado en uno de los sofás, en el que estaba más cerca del enorme ventanal que daba a la calle. Desde allí podían escucharse los gritos y las chanzas de los niños que jugaban en el parque. Afuera había vida, pero dentro sólo se respiraba dolor.

--No sé mucho más de lo que se ha publicado. Nadie me informa de nada, y eso que era mi hija --explicó con rabia contenida--. Pero, sí, por lo visto han

cogido a ese malnacido.

--¿Pero tienen alguna prueba? ¿Quién era? ¿Qué relación tenía con Alejandra?

--Oye, ¿tú no serás periodista? No estoy dispuesta a que se haga un circo de la muerte de mi hija. Ya se han publicado suficientes barbaridades. No sabes la de cosas horribles que he tenido que escuchar y leer sobre ella.

--No lo soy. Le doy mi palabra de que no tengo nada que ver con la prensa.

--¡Menos mal! No tienes pinta de periodista, pero nunca se sabe. Esos carroñeros han convertido la muerte de mi hija en algo sucio al dar a entender que ella se lo buscó, como si la gente fuera por la calle gritando «¡matadme!».

La madre de la Kramer hizo una pausa. Estaba demasiado crispada y dolida para continuar. Entonces, como si de pronto hubiera reparado en la presencia de Darío, comentó:

--¿Me decías? Lo siento, he perdido el hilo.

--Le preguntaba que si la policía tiene alguna prueba.

--Digo yo que sí. Él se entregó. Si no, ¿de qué iban a haberle detenido? Después, al parecer, durante el registro de su casa, encontraron una daga manchada con la sangre de mi pobre pequeña.

Al pronunciar «mi pobre pequeña», la señora Silva fue incapaz de controlarse por más tiempo y rompió a llorar.

Darío le ofreció su pañuelo al tiempo que intentaba consolarla.

--Tranquilícese. Al menos el criminal ya está en prisión. ¿Qué relación tenía con su hija? ¿Quién es?

--Un antiguo novio. Eso me han dicho, pero una ya no sabe qué pensar. ¡Es indignante! Resulta que toda la información se la filtran antes al padre de

Alejandra, a mi ex marido. Como tiene influencias... Mi Alejandra era tan joven y tan tierna... Esto es lo peor que me ha pasado en la vida. No hay nada más doloroso que la pérdida de un hijo, y más aún de este modo tan espantoso. ¡Por Dios santo!, ¿qué he hecho para merecer esto?

Después se hizo un silencio opresivo.

Darío no sabía qué hacer o decir para consolar a esa mujer con la que la vida se había ensañado de manera tan brutal.

--Si puedo hacer algo por usted...

--No hay consuelo para esto. No lo hay, aunque al menos ahora sé que ese asesino no volverá a hacer algo parecido a otra niña.

--Eso sí.

--¿Pero y la mía? ¿Quién me la devuelve?

El joven tenía ganas de decirle lo mucho que había amado a su hija y también lo terrible que había sido para él la noticia de su muerte, pero no sabía si era oportuno hacerlo. La mujer ya estaba lo bastante destrozada como para añadir algo así a su carga. No sabía cómo se lo tomaría, así que se dedicó a escucharla, a estar con ella para que expulsara toda la rabia acumulada. Así fue como se enteró de que el presunto criminal ni siquiera pertenecía a la comunidad gótica, lo que le produjo un gran alivio. Aunque él no se considerara «gótico», estaba harto de leer artículos sensacionalistas sobre ellos. En muchos de éstos se les achacaba toda suerte de perversiones, como si por ir vestidos de negro pertenecieran a otro planeta o como si esto los convirtiera en adoradores de Belcebú. Un gótico casi nunca reconocerá que lo es, porque lo que muchos de ellos buscan es ser diferentes. Por eso mismo detestan verse englobados en una «tribu».

--Él no es como vosotros. No es gótico.

«Yo tampoco», pensó Darío.

--Al parecer se disfrazó de negro para poder entrar en ese maldito local. El muy cabrón había planeado matarla días antes, así que espero que le caigan muchos años para que sufra como yo lo hago.

--No la conocía demasiado, pero a mí me parecía una chica fantástica. Lo siento mucho, de veras.

--Mi hija era un ángel. No se merecía morir así. Nadie lo merece, ni siquiera ese bastardo. Mi ex marido, en cambio, no piensa igual. Su abogado dice que si esto hubiera ocurrido en Estados Unidos le caería pena de muerte, pero eso a mí no me consuela. A veces en mis sueños la siento tan cerca que quisiera poder tocarla, pero luego me despierto en mitad de la noche y sé que ya no sucederá jamás.

Darío asentía con la cabeza. Sabía lo amarga y cruda que podía resultar esa sensación de vacío. La había padecido cientos de veces en las tres últimas semanas y también la sufrió cuando se enteró de la muerte de *su* Alejandra.

--Tú la querías, ¿verdad?

«¿Tan evidente es? ¿Tanto se me nota?», se sorprendió el joven.

Ya no tenía sentido ocultarlo más.

--Sí. La amé en silencio durante mucho tiempo, pero nuestros destinos no llegaron a cruzarse.

--Lo supe en cuanto atravesaste la puerta. Ven, muchacho, quiero hacerte un regalo.

Entonces, la madre de Alejandra se levantó del sofá y Darío la siguió como atraído por un imán. Se acercó a una de las estanterías de la sala de estar y tomó un álbum de fotos de piel.

--Después de su muerte hice muchas copias --dijo tendiéndole una fotografía de la difunta--. Ahora podrás llevarla siempre en tu corazón.

La foto era espectacular. Alejandra posaba vestida de negro e iluminada tan sólo por la luz de una vela. El blanco y negro confería un aire enigmático a la imagen.

--No sé cómo agradecerle esto.

--No tienes que hacerlo. Te la doy porque quiero. Y acéptame un consejo: guarda bien todos y cada uno de los recuerdos que de tu hermana te queden o un día te darás cuenta de que ya no tienes prácticamente nada.

Darío abandonó la casa con su tesoro entre las manos. Aquél era el mejor regalo que le habían hecho jamás. Ahora Alejandra siempre estaría junto a él. Salió con tanta rapidez que no reparó en que alguien lo vigilaba, escondido, detrás de una furgoneta que había estacionada en la esquina. Pero ese individuo no estaba interesado en seguirle, sino más bien todo lo contrario; esperó con paciencia a que el gótico se marchara para llamar al timbre. A fin de cuentas, ya no tenía prisa alguna. Alejo ya no tenía que cumplir un horario porque había sido despedido de Regalo+ la semana anterior.

«¿Será ésta la casa de Ana? Tengo que encontrarla como sea», se dijo mientras pulsaba el timbre.

A pesar de que Darío regresó pronto a casa de sus padres, éstos ya se habían acostado. «¿Para qué alargar el día?», se decían. Lo mejor era tomarse un somnífero y meterse cuanto antes en la cama. Darío, en cambio, no pudo dormir en toda la noche. Esta vez no fue a causa del insomnio, sino debido a un descubrimiento aterrador.

Siguiendo los consejos de la madre de Alejandra, se había armado de valor y había abierto el cajón del salón en el que estaba guardado el teléfono móvil de su hermana. Desde su muerte no había sido capaz de encenderlo, y no porque no supiera cuál era su pin --ella siempre usaba su fecha de nacimiento para esos menesteres--, sino por temor a encontrarse con los mensajes de conocidos y amigos que --ajenos a su muerte-- podrían haberla llamado. Sabía que escucharlos no le haría bien, pero quería revisar los

vídeos y las fotografías obtenidos con el aparato para pasarlos al ordenador a fin de conservarlos. Sin embargo, lo que encontró le dejó atónito: entre las imágenes almacenadas había una más que inquietante: en ella aparecía aquella tía rara de The Gargoyle que había provocado la separación entre su hermana y Alejo, y la foto había sido hecha en la propia habitación de Silvia.

«¡No es posible! --se decía una y otra vez mientras buscaba las "Propiedades" de la imagen para saber cuándo había sido tomada--. ¿Qué hace ella en su casa si no se conocían?»

Pero lo que de verdad le asustó fue comprobar que la fecha y la hora coincidían con las de su muerte. Cuando por fin descargó la imagen en el ordenador y pudo ampliarla con más detalle (la resolución de la cámara era de 2 megapíxeles, como no podía esperarse otra cosa de un teléfono móvil que había pertenecido a su hermana), se dio cuenta de que la fotografía era translúcida: el cuerpo de la mujer se transparentaba, lo que permitía ver a través de él los objetos que había en la habitación.

Darío sintió un escalofrío que le recorrió la columna vertebral de arriba a abajo, notó que el corazón se le aceleraba, que sus manos empezaban a sudar y que le faltaba el aire. Otra vez le estaba pasando. La maldita ansiedad no le concedía una tregua. No le quedó más remedio que tumbarse en la cama para intentar tranquilizarse. ¿Dónde había metido los ansiolíticos?

Tumbado como estaba, con el corazón a cien, era incapaz de retirar su mirada de la imagen. La percibía como un desafío, como un reto que le invitaba a descubrir la verdad, a conocer lo que había ocurrido aquella noche. Las palpitaciones iban en aumento, los sudores se habían transformado en «goterones» que empapaban su pijama y su cabeza parecía un tiovivo en día festivo. Y, cuando creía que estaba a punto de darle algo, una tormenta de imágenes sacudió su mente haciéndole recordar todo.

¡TODO!

Ahora sabía la verdad.

Obligado o no, había participado en la muerte de su hermana.

No era de extrañar que lo hubiera borrado de su mente. ¿Quién querría recordar algo así?

La última imagen que desfiló por su cabeza alocada fue el cuaderno de dibujo de Violeta. «Esta mujer... ¿quién es?», le había preguntado aquel día en el tanatorio. Ella la conocía, pero no quiso revelárselo. «Alguien que conocí hace tiempo. No tiene mayor importancia», respondió evitando su mirada.

Pero sí la tenía. ¡Y mucha!

Violeta ocultaba algo. Otro día le había dicho: «No puedo darte explicaciones, no me las pidas. Ella... me mataría.»

Ella, ella, ELLA.

--¿Quién es? ¿Qué hace aquí? ¡Por Dios santo!, ¿es que te has vuelto loca?

La sonrisa de Mariana reflejaba autosuficiencia.

--Se llama Beatriz y es mi convidada. Sólo quiero jugar con ella un poco antes.

--¿Antes de qué?

--De matarla, por supuesto.

Analisa la miraba atónita. Acababa de darse cuenta de que ya no podía confiar en la palabra de su hija. Mientras tanto, la «invitada» de Mariana seguía sin decir ni mu, y eso que la pequeña no-muerta había esparcido por el suelo varios mechones de su larga melena. Estaba subyugada, tenía la

mirada ausente, como si la conversación que se desarrollaba en la habitación le fuera ajena.

--Parece no enterarse de nada --observó su madre pasando la mano por delante de la cara de Beatriz.

--La tengo, digamos, «fascinada».

--¿Es alumna del internado?

--Es evidente que sí --contestó Mariana soltando sobre la mesa la cuchilla con la que había estado trabajando.

--¿Pero qué has hecho? Lo has estropeado todo una vez más. No puedo confiar en ti, nos has puesto en peligro.

Mariana se levantó de la silla para encararse a su madre.

--Es la única diversión que tengo en este aburrido lugar y no pienso renunciar a ella. Déjame que disfrute un poco más. Luego la mataré y la enterraré en el bosque. Nadie sabrá jamás lo que ha pasado.

--¡Las cosas ya no funcionan así! Estamos en pleno siglo XIX y los crímenes ya no quedan tan impunes como antes. Te lo he explicado mil veces: la buscarán y al final darán con ella. Deshazte de esta niña cuanto antes. Mientras tanto, iré al pueblo para preparar nuestro traslado. Por desgracia, ya no podemos permanecer más tiempo aquí.

--Pero, mamá...

--No quiero oír una sola palabra. ¡Haz lo que te digo y hazlo inmediatamente!

Celso Castro llegó al internado justo cuando acababa de producirse la desaparición de Beatriz Ramírez del Campillo. El cierre del centro era ya inevitable. No habría influencia alguna capaz de detenerlo y Merino

empezaba a tener la convicción de que quizá era lo mejor para todos: alumnas, padres y profesores.

A pesar de que el investigador Torres aún no había llegado, decidieron no esperarle para registrar el internado. En estos casos, el tiempo podría ser vital, así que se pusieron manos a la obra y --a diferencia de otras veces-- en esta ocasión sí hallaron una pista: una zapatilla olvidada en el sótano. Aquello desató la alarma.

--¿Seguro que pertenece a la niña desaparecida? --preguntó Castro.

--No es seguro, todas las zapatillas que usan son iguales. Pero la cuestión es que nadie la ha reclamado --contestó Merino.

--Es un sitio extraño para perder una zapatilla, ¿no crees?

--Lo es. Además, las niñas tienen prohibido descender al sótano. ¿Qué te sugiere esto?

--No lo sé, estoy pensando --dijo Castro acomodándose en uno de los sillones cercanos a la chimenea.

Merino le imitó y se sentó frente a él. Castro se preparaba una pipa con parsimonia. Tenía la costumbre de hacer este ritual cuando tenía que dilucidar un problema de cierta relevancia. Y aquél lo era.

Merino respetó su silencio. Mientras su amigo cavilaba, se dedicó a escuchar el crepitar del fuego y a contemplar, absorto, las llamas que desprendía.

--Lo primero que hay que tener claro es si la zapatilla es de la pequeña. No se pueden lanzar conjeturas sin saberlo. Es posible que alguna interna haya desobedecido las normas y que no se atreva a confesar que la ha perdido allí.

--Es posible, pero improbable. Las niñas están aterradas. Van en parejas a todas partes. Ni siquiera quieren ir solas al baño.

--Entonces, si la zapatilla pertenece a Beatriz, el asunto se vuelve mucho más complejo.

Agustín Merino caviló unos instantes. Después debió de darse cuenta de algo importante, porque se levantó de la butaca como si alguien hubiera accionado un resorte, salió de la habitación y dio orden de que hicieran venir a Celia.

--La única niña que está autorizada a bajar al sótano es ella --dijo al fin.

--¿Y eso por qué?

--Se trata de un caso especial: es hija de la fregona. Es una buena mujer y le tengo cariño. Por eso accedí a que su hija estudiara con las demás niñas siempre y cuando ayudara a su madre en las tareas de limpieza.

Al cabo de unos minutos se escucharon unos golpes en la puerta.

--¿Se puede entrar?

--Adelante.

La niña entró despacio, sin saber para qué se la requería.

--¿Quería verme?

--Sí, Celia. Te presento al señor Castro. Te he mandado llamar porque hay algo que queremos preguntarte. ¿Es tuya esta zapatilla?

La niña la miró y acto seguido negó con la cabeza.

--No, señor. No es mía.

--¿Estás segura? Apenas la has mirado.

--Sí, señor. No tengo ningunas zapatillas de dormir, sólo estos zapatos --la niña se miró los pies.

--Entiendo.

--¿Puedo retirarme entonces?

--Aún no --intervino Castro, que hasta el momento había permanecido en silencio--. ¿Sueles bajar al sótano muy a menudo?

--Sólo cuando no me queda más remedio --repuso la pequeña--. No me gusta porque está muy oscuro.

--¿Y alguna vez has notado algo extraño?

--¿A qué se refiere, señor?

--A cualquier cosa que se salga de lo normal.

--No, señor --dijo cruzando los dedos.

¿Cómo iba a contarles que había visto varias veces a su amiga Mariana? Ésta le había hecho prometer que no diría nada a nadie y, para una vez que alguien se portaba bien con ella, no iba a traicionarla.

--Está bien, puedes retirarte.

Con la ayuda de Castro, los interrogatorios se llevaron a cabo con mayor celeridad. Agustín Merino quería darse prisa porque sabía que el investigador Torres estaba al caer. Por un momento dudó si debía darle cuenta de su hallazgo.

--Yo no se lo diría --expuso Castro--. Si ese hombre es tan inepto como dices --y debe de serlo para intentar acusarte a ti de los crímenes--, puede levantar la liebre y acabar con nuestra única pista fiable.

--Ocultar información de esta naturaleza es un delito.

--Si se lo dices, pondrá el internado patas arriba. Asustará innecesariamente a las niñas y al profesorado, y es posible que alerte al criminal. Imagina que es alguien cercano. Sin duda, tiene que serlo. ¿Qué harías tú en su lugar?

--Huir y ocultarme.

--¡Precisamente! Eso hará. Se esconderá hasta que pase la tormenta, pero volverá. Alguien así querrá más, no se conformará con lo que ha hecho. Sea quien sea, es una mala bestia.

--Está bien. No le diremos nada a Torres, por lo menos de momento. Así ganaremos algo de tiempo.

--¿A quién le toca ahora?

--A la cocinera.

Parecía que iba a ser un interrogatorio más. Sin embargo, lo que la cocinera contó los dejó confundidos.

--Quería que Celia me trajera un saco de patatas, pero estaba en clase, así que tuve que bajar yo misma al sótano. ¡Esa niña nunca está cuando se la necesita! Si quiere saber mi opinión, creo que no debería estudiar con las demás.

--Prosiga, por favor --la interrumpió Merino--. ¿Qué es lo que vio en el sótano?

Pero aquella mujer era incapaz de ir al grano.

--Ese sitio no me gusta nada. Está tan oscuro y frío que parece una tumba. Por eso suelo mandar a Celia. Además, tal y como tengo la pierna, no debería bajar y subir escaleras.

--Severiana, ya sabemos que el sótano no le gusta, pero, por favor, cuéntenos de una vez qué fue lo que vio.

--Pues los vi con mis propios ojos... Los suyos. Quiero decir los de esa cosa que habita ahí abajo. Yo, desde luego, no he bajado más, ni pienso hacerlo. Que vaya la muchacha y que se deje de tanta pamplina. Para lo que le va a servir. Haga lo que haga, siempre será la hija de la fregona.

Castro no pudo aguantar más y estalló.

--Señora, déjese de zarandajas y cuéntenos lo que vio aquel día.

Por fin se dio cuenta de que estaba hablando de más.

--Unos ojos como los de Satanás, rojos como las llamas de esa chimenea --dijo la mujer haciendo grandes aspavientos--. Estaban en un rincón, observándome. Como pueden imaginar, solté el saco y salí corriendo. ¿Y se puede creer que esa cosa se carcajeó de mí? ¡Pues lo hizo! La oí desde la escalera.

--¿Y por qué no me comunicó nada en su momento? --inquirió Merino alarmado.

--Usted no me habría creído --protestó la cocinera--. ¡Nadie lo habría hecho! Tenía miedo de que me despidiera.

--Entonces, ¿tampoco se lo contó al investigador Torres?

--¡Antes muerta! Que una ya tiene una edad para que la tilden de mentirosa o de loca. Ésta es la primera vez que lo cuento.

Durante el almuerzo, Castro y Merino apenas prestaban atención a doña Angélica, por lo que la mujer dedujo que algo les preocupaba.

--¿Qué es lo que ocurre? Estáis muy callados.

--Nada, abuela. No sucede nada.

--Agustín...

Aquella mujer le conocía demasiado bien.

Castro salió en su ayuda.

--Doña Angélica, el faisán está exquisito. Seguro que la cocinera ha seguido alguna de sus deliciosas recetas.

Pero la anciana no tenía un pelo de tonta.

--Celso, no intentes distraer mi atención. Conozco a mi nieto como la palma de la mano y sé perfectamente que le pasa algo.

--Es que no quiero que se preocupe por naderías --repuso éste.

--No será tanta nadería si a vosotros os tiene tan cabizbajos. Al final terminaré por imaginarme algo mucho peor.

Agustín Merino cedió. A fin de cuentas, le había prometido mantenerla al tanto de sus pesquisas. Una vez que la anciana tuvo conocimiento de lo ocurrido, su rostro se ensombreció. La dama se quedó igual de pensativa que ellos.

Después de un prolongado y embarazoso silencio, Castro intervino:

--Recapitulemos: las niñas desaparecieron por la noche, cuando las puertas del internado estaban cerradas con llave, y éstas no fueron abiertas o, al menos, estaban cerradas por la mañana; una de las niñas, Tristana, afirma haber visto unos ojos rojos la noche que desapareció la primera niña; la cocinera también los vio, pero esta vez en el sótano; la zapatilla de dormir que hallamos también estaba allí...

--Todo parece girar en torno al sótano --afirmó Merino--, pero lo hemos registrado concienzudamente y allí no hay nada. Además, lo de los ojos rojos me desconcierta. ¿Puede tratarse de un animal?

--¡Imposible! Con los datos que tenemos, esa hipótesis no se sostiene.

--¿De qué estamos hablando entonces?

--Yo sé por dónde entra esa cosa --dijo doña Angélica con tono lóbrego--. Porque sólo puede ser una «cosa», un engendro.

--¿A qué se refiere doña Angélica?

--Tu abuelo mandó construir el internado --afirmó con la mirada perdida. La tenía fija en el pasado, en los viejos recuerdos--. Tú no podías saberlo, tampoco el investigador Torres, pero yo tendría que haberlo imaginado. ¡Maldita memoria!

Agustín nunca la había visto perder la compostura como ahora, ni siquiera cuando murieron sus padres, porque ella se había asegurado de evitarlo. Cuando se produjo la desgracia, él aún era un niño. Su abuela se encerró en una habitación. Allí lloró, gritó y maldijo, pero nunca permitió que la vieran hacerlo.

--Abuela, ¿de qué está hablando?

--Me refiero a los túneles que tu abuelo mandó construir. Él era un hombre muy pesimista y siempre se ponía en lo peor. Decía que quizá un día necesitaríamos utilizarlos, pero no fue así y los viejos túneles cayeron en desuso. Ni siquiera sé adonde conducen. Jamás me permitieron entrar en ellos.

--¿Quiere decir que existen galerías que conducen al exterior desde el internado?

--Supongo que seguirán ahí. ¡Y la entrada debe de estar en algún rincón del sótano!

Violeta estaba inquieta. Hacía casi un mes que no sabía nada de Darío, desde que se produjo la extraña muerte de su hermana, tal como les había

vaticinado la ouija. Y ahora estaba a punto de reunirse con él en un viejo café cercano al metro de Bilbao.

A pesar del tiempo transcurrido, la joven aún se preguntaba quién era el «espíritu» --si es que se trataba de eso-- que se había hecho con el control de la sesión. «Violeta lo sabe», había dicho, pero ella no tenía ni la más remota idea de quién podía tratarse. Primero vaticinó la muerte de Mystica, después la de la hermana de Darío. Y ambas se habían cumplido con siniestra exactitud. Ahora tenía muy claro que ninguno de los presentes aquella noche en el cementerio había movido el vaso, pero, entonces, ¿quién lo habría hecho?

Su primera sospechosa fue Ana. Ella era la única que tenía poder para hacer algo así, para castigarla de una manera tan cínica y retorcida, pero pronto descartó esta posibilidad. La no-muerta estaba demasiado pendiente de su embarazo, avanzadísimo ya, como para dedicarse a mortificarla a distancia. Ana era mucho más directa en sus actuaciones. Por su forma de ser --Violeta se jactaba de conocerla un poco--, no se andaba con miramientos a la hora de reprenderla.

Sin embargo, saber que ella no había sido la causante de esas muertes no contribuyó a que Violeta la odiara menos de lo que ya la detestaba. Aquel ser la estaba matando lentamente por dentro, podía sentirlo cada día que pasaba. Las arrugas nacían sin piedad alguna en su rostro y en sus manos y Violeta estaba convencida de que todo era por culpa de su *sangre eterna*. Uno no podía esperar ingerir sangre no humana sin sufrir a cambio alguna penalización.

«Beber sangre no es un placer, es una necesidad», le había dicho la vampira en más de una ocasión. ¡Y cuánta razón tenía! Mientras Ana le suministraba gotas de su sangre, todo fue placer y bienestar. Su piel parecía mucho más tersa; sus energías, renovadas; su ánimo, eufórico. Pero desde que decidió desentenderse de sus necesidades, creadas a fin de cuentas por la vampira, Violeta se sentía como un desecho. Su vitalidad había caído en picado, las arrugas --a pesar de su juventud-- habían hecho acto de presencia de manera

prematura y su estado anímico era depresivo, por no hablar del rencor y del odio que había comenzado a sentir por Ana.

La detestaba con los cinco sentidos por haberle arrebatado su vida anterior. Una vida sórdida y solitaria, pero suya a fin de cuentas. Y quizá, de no haberse topado con la no-muerta, podría haber llevado una existencia más normal. Lo había abandonado todo por ella. ¿Y para qué? ¿De qué le había servido si ahora Ana no le hacía el menor caso? Sólo le preocupaba ese maldito bebé.

La gótica sabía que si aún la mantenía a su lado era porque la necesitaba para ayudarla en el parto. ¿Pero qué pasaría una vez que hubiera dado a luz? La joven se temía lo peor. Sospechaba que, tan pronto dejara de serle útil, acabaría con ella para vivir su maternidad en solitario. Tal vez la matara para proporcionarle sangre fresca al bebé. Ana le había confiado que tras el parto se sentiría demasiado débil para moverse, para salir a «cazar» o para cualquier otro tipo de acción que precisara fuerza. Por eso le había advertido de que debía tener preparadas varias bolsas de sangre para que pudiera alimentarse inmediatamente después del parto.

Pero ahora no era el momento para pensar en eso. Darío ya asomaba por la puerta.

--¿Cómo estás? --preguntó Violeta.

--¿Y tú? No tienes buena cara --repuso Darío--. No es por ser grosero, pero te veo muy desmejorada. ¿Te encuentras bien?

Cuando Darío le envió un mensaje para quedar, Violeta estuvo a punto de rechazar el encuentro. No quería que la viera de esa manera, pero no le parecía adecuado decirle que no después de todo lo que había pasado con su hermana.

--Sí, ya lo sé. Me han salido arrugas. Pero estoy bien, no te preocupes --dijo tapándose la cara con el pelo, como si con ello pudiera disimular su aspecto.

Darío se había quedado de piedra, pero no dijo nada más sobre el asunto. Era evidente que la joven no quería hablar de eso.

--¿Lo has traído?

--Sí, aquí está.

El joven tomó el cuaderno de dibujo de Violeta y comenzó a pasar sus páginas con brusquedad.

--¿Qué es lo que buscas?

--A esa mujer.

Muertos, ataúdes, lápidas, el tanatorio de la M-30, varios dibujos de una anciana vestida de época, y por fin, ella. ¡Ana!

--¿Quién es?

--Nadie. No sé.

--Tú la conoces, ¿verdad? ¿Qué sabes de ella?

--Ya te he dicho que no es nadie.

--Eso no es cierto. Te pregunté por ella cuando nos encontramos en el tanatorio y me dijiste que era alguien a quien habías conocido hacía tiempo.

--Pues te mentí. No es nadie a quien conozca.

--¡Sí lo es! --exclamó Darío al tiempo que extraía de su cartera la foto tomada por Silvia el día de su muerte--. Sólo sé que se llama Ana y que frecuenta --o, mejor dicho, frecuentaba-- The Gargoyle. Y tú también la conoces. Sabes algo sobre ella, ¿verdad?

Violeta empezaba a inquietarse. No podía contarle quién era Ana, pero intuía que estaba a punto de descubrir algo importante sobre la no-muerta.

--Por favor, no me pidas que te hable de ella. ¡No puedo!

--¡Sí puedes! ¿Sabes quién sacó esta fotografía y dónde fue tomada?

--¿Cómo quieres que lo sepa? No estaba ahí.

--Pues yo te lo diré. ¡La hizo mi hermana justo antes de morir! Esa noche esta mujer estuvo en casa de Silvia, en su habitación. ¡Ella la mató!

--Eso es absurdo. ¿No me dijiste que tu hermana murió de un paro cardíaco? Lo que estás contando no tiene sentido. Además, tú estabas con ella cuando ocurrió. La habrías visto.

--¡Y la vi! Pero ella se encargó de borrar mis recuerdos. Por eso no lo comprendí hasta que vi la fotografía. Tienes que creerme. Esa mujer no es humana. No sé lo que es, pero sospecho que pertenece a la legión de los no-muertos. Darky, necesito que me ayudes. Si sabes algo sobre ella, éste es el momento de contarlo.

Violeta no sabía qué hacer. ¿Debía contarle la verdad?

--No puedo hablar sobre Ana, me mataría. Tú no la conoces. Es capaz de cualquier cosa con tal de salvaguardar su secreto.

--Por favor...

Darío la miraba con ojos de cordero degollado. ¿Cómo podría negarse? Además, estaba harta de Ana. La odiaba por completo.

--Ella no es humana --dijo al fin--. Se alimenta de sangre y yo vivo en su casa.

--Pero tú...

--¡Yo no! Ella me esclavizó, me obligó a hacer cosas terribles, como matar a un gato para probarle mi lealtad. ¿Recuerdas la noche del móvil? Cuando me preguntaste qué llevaba en el abrigo. En realidad, tenías razón: guardaba una daga. Pero yo no maté a Alejandra Kramer.

Cualquier otra persona la habría tomado por una demente. ¿Quién podría escuchar semejante relato sin pensar que estaba enferma? Esa muchacha no sólo creía en la existencia de vampiros, sino que aseguraba vivir con uno. ¡De locos!

Sin embargo, a Darío no había que convencerle de nada. Él ya creía en la presencia de vampiros entre nosotros desde hacía muchos años, así que sus palabras no podían resultar menos chocantes que las de Violeta.

--Eso ya lo sé. Han cogido al asesino hace poco. Pero no entiendo por qué llevabas eso en el bolsillo.

--Es de Ana. La guarda en una caja y esa noche la cogí para sentirme segura. Tenía miedo de que me pillara al regresar a casa. Ella me tiene prohibido frecuentar los locales góticos. ¡Y me descubrió cuando volví! Pero fui incapaz de usarla contra ella.

--¡Entonces fue Ana!

--No pienso que ella haya matado a tu hermana. Créeme cuando te digo que Ana es demasiado inteligente para dejarse fotografiar. No va dejando pruebas de su existencia por ahí. Por eso nadie ha logrado acabar con ella todavía.

--Yo lo haré. Acabaré con ese monstruo.

--¡No podrás! Es mucho más fuerte que cualquier humano. ¡La luz no la afecta! Posee poderes que nosotros no tenemos: lee tus pensamientos, tiene mucha más fuerza física, es capaz de imitar voces a la perfección y puede hacer otras muchas cosas que la convierten en un ser indestructible.

--Todo el mundo tiene un punto débil, incluso los vampiros. Lo averiguaré y la destruiré.

--Es posible que lo tenga, pero no podrás hacer nada sin ayuda. Y nadie te ayudará por la sencilla razón de que nadie te creerá.

--Tal vez tú podrías...

--No puedo, y no por falta de ganas, te lo aseguro, pero ella me produce espanto. Y eso que ahora, con lo del embarazo, está mucho más permisiva.

--¿Embarazo? ¿Has dicho embarazo?

--Sí, está a punto de dar a luz. Yo creía que las no-muertas no tenían la capacidad de quedarse preñadas, pero te puedo asegurar que su «bombo» es tan real como mis arrugas.

Darío sonrió enigmáticamente. Quizá, después de todo, aún existiera una oportunidad para acabar con la no-muerta.

Aquella tarde Alejo no hizo una buena elección.

Había pasado toda la tarde observándolos a través del cristal y al final se había decantado por seguir a Darío. «La otra seguro que no sabe nada», se dijo cuando vio que los jóvenes se disponían a salir del viejo café.

Su única obsesión era encontrar a Ana. ¿Dónde se había metido? Parecía que se la hubiera tragado la tierra. Había estado en todos los locales góticos de la capital y nadie recordaba haberla visto. Se había desvanecido igual que un fantasma.

«Aquí todo el mundo viste igual. No sabría decirte si ha estado o no», le explicó una de las camareras del Dark Hole.

«Si la hubieras visto, la recordarías --pensó mientras abonaba la consumición--. ¡Como para olvidarla!»

Ojalá pudiera hacerlo. Deseaba desterrarla de su mente para siempre, pero no podía. Ana le había destrozado el corazón y la vida. O, mejor dicho, lo había hecho él solito, sin ayuda de nadie. Su padre tenía razón. Era un completo desastre, un perdedor que nunca llegaría a nada. Y ahora ni

siquiera tenía trabajo. Suerte que disponía de algunos ahorros para ir tirando.

De Silvia no había vuelto a saber nada. Seguro que ya habría encontrado a otro mejor que él. No podría reprochárselo. La había llamado un par de veces al móvil, pero la primera vez que lo hizo saltó el buzón de voz, mientras que la segunda ni siquiera pudo dejarle un mensaje. Tenía el buzón lleno. Ella no le había devuelto la llamada, así que suponía que no quería volver a saber nada de él.

A su padre aún no le había hablado del despido. No tenía ganas de escuchar sus reproches. Seguro que pondría el grito en el cielo. No le diría nada hasta que encontrara otro empleo, pero eso era difícil. «Mírate. Son las tres de la madrugada y aquí estás, tomándote una copa en el Dark Hole. Mañana no habrá quien te levante para llamar a los anuncios.»

La vigilancia a Darío no había sido productiva: éste se había limitado a salir a tomar un café con una amiga. Después, el joven gótico había regresado a casa de sus padres y a Alejo no le quedó más remedio que regresar a casa para esperar a que se hiciera de noche. Cuando oscureció, se cambió de ropa y se dirigió al Dark Hole. Era el que tocaba esa noche. ¿Pero para qué engañarse? El verdadero motivo por el que estaba allí era por si a Ana se le ocurría aparecer.

--¡Santo Dios, no podemos dejarla ahí! --susurró Merino mientras Castro le arrastraba de la levita.

--¿Es que no has visto lo que acaba de hacerle? La niña está muerta --le apremió su amigo--. Ya no podemos hacer nada por ella, sólo salvar nuestras vidas e idear un plan para acabar con esos monstruos. ¿Has visto sus ojos?

--No es seguro que esté muerta.

--¡Sí lo es! ¡Son revinientes! Le ha succionado la sangre y después le ha roto el cuello. La pequeña Beatriz está muerta y...

Súbitamente, Mariana giró la cabeza y permaneció atenta, a la escucha ante cualquier sonido extraño. Quizá su instinto había detectado la presencia de los intrusos. Los hombres vieron sus pies aproximarse a la rejilla que les protegía. Instintivamente, se apartaron de ella. Sus zapatos de niña contrastaban con la monstruosidad de sus actos. Un mechón de la pequeña Beatriz colgaba de su mano. Mariana estaba furiosa, quizá por la discusión que acababa de mantener con su madre.

Merino y Castro enmudecieron. Lo único que podía oírse era el latido de sus corazones y sus respiraciones entrecortadas. Estaban aterrados ante el horrendo espectáculo que se les mostraba al otro lado de la trampilla. La niña permaneció allí unos instantes, inmóvil. Después regresó junto al cadáver para continuar su juego macabro. Le estaba cortando el pelo al cero, «sabe Dios con qué oscuras intenciones», pensó Merino. Sus espectadores lo ignoraban --quizá, de haberlo sabido, se habrían sentido aún peor--, pero Mariana se estaba confeccionando una almohada con el pelo de sus víctimas.

--¡Vamos! Antes de que sea tarde. No quiero ni pensar lo que ocurrirá si regresa la otra.

Los hombres retrocedieron a tientas por la galería angosta y mohosa. Habían apagado sus antorchas ante el temor de ser descubiertos por las no-muertas y avanzaban rápido, en completa oscuridad --a pesar de que el miedo casi les inmovilizaba las piernas--, por instinto de supervivencia.

Recorrieron el túnel como almas en pena. Si la luz hubiera permitido a Castro contemplar el rostro de su amigo, habría advertido que en sus ojos se acumulaban lágrimas de impotencia. Cuando por fin divisaron la salida que conducía al sótano del internado, ambos respiraron aliviados, conscientes de que tal vez habían salvado la vida de manera milagrosa.

Sin decir una palabra y sin mirarse a la cara se dirigieron al despacho de Merino. Allí, en uno de los cajones de su buró, el director del internado guardaba una petaca del más puro brandy. Merino sirvió dos copas que apuraron de un trago. Después, otras dos, pero éstas las saborearon con más calma, sentados junto al fuego. Sus ropas aún olían a moho y tenían el frío metido en los huesos.

--Dime que lo que acabamos de presenciar es sólo una pesadilla. Despiértame si es preciso --rogó Merino a su amigo.

--Me temo que esos monstruos son tan reales como tú y como yo.

--Sigo pensando que no debimos dejar allí a Beatriz.

--No había otra opción. La niña ya estaba muerta y nosotros no podíamos hacer frente a esa «cosa» sólo con nuestras manos --explicó Castro aún con el rostro desencajado--. Durante los años que pasé en París tuve la oportunidad de leer un tratado escrito en 1746 por un famoso abate, el padre Agustín Calmet. Su obra estaba dividida en dos volúmenes, uno de los cuales dedicó por completo a los revinientes o vampiros. Así los llamaba.

--Yo nunca he creído en ese tipo de leyendas --le interrumpió Merino.

--Ni yo... hasta hoy. Sin embargo, algunos de los casos descritos por Calmet en su tratado recuerdan a lo que hemos presenciado hace apenas un rato.

Las manos le temblaban cuando extrajo su pipa del bolsillo, pero a pesar de ello comenzó a preparársela con toda la calma que era capaz de mostrar, que no era mucha.

--Por lo que leí, la única forma de terminar con los revinientes es clavándoles una estaca en el corazón, pero para mayor seguridad hay que cortarles la cabeza a continuación.

--¡Eso es una locura! ¿Pretendes acaso...?

--¿Te parece de cuerdos lo que ha hecho esa bestia? Son peores que lobos. ¡Mézetelo de una vez en la cabeza! Y seguirán actuando a menos que tomemos cartas en el asunto.

--¿Y por qué nosotros? Trasladémosle esa responsabilidad al investigador Torres. A fin de cuentas, él representa a la autoridad. Que se las arreglen él y su ayudante.

--Porque nadie va a creernos. ¿No te das cuenta? Ni tú mismo sospechabas que existieran seres como éstos hace tan sólo unos minutos. Además, ¿recuerdas su reacción cuando Tristana le contó lo que había visto en el baño? No sólo no le dio crédito --tampoco nosotros lo hicimos--, sino que amenazó con castigarla de manera severa. No otorgará la menor credibilidad a nuestro testimonio. Y mientras tanto puede morir otra niña más.

--Pero...

--Agustín, si quieres salvar a las alumnas y evitar el cierre de este centro, debes ayudarme a acabar con esos demonios. De otro modo, ellos lo harán con nosotros.

--No sé qué decir, no me veo capaz de hacer algo así.

--Yo lo haré. Será suficiente con que me cubras las espaldas.

--¿Y cómo?

--Entraremos por la trampilla, igual que hicieron ellas. No sabemos dónde se encuentra esa casa. Sin duda tiene que estar cerca del internado. Pero hemos de actuar rápido y con cautela, no hay tiempo para averiguarlo.

En ese momento los hombres fueron interrumpidos. Alguien llamaba con insistencia a la puerta.

--Señor, disculpe que les moleste, pero el investigador Torres está aquí --anunció una de las profesoras--. Insiste en hablar con usted.

Merino miró a Castro y éste le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

--Está bien, hágale pasar.

Cuando la profesora se marchó, Castro se volvió hacia su amigo.

--No se te ocurra revelar nada de lo que hemos descubierto. En caso contrario, ese hombre se empeñará en declararte no apto para dirigir este internado.

Merino asintió mientras Torres y su ayudante entraban en la sala.

--Me parece que no conozco a su amigo --dijo Torres a modo de saludo.

--Le presento al señor Castro. Ha venido a pasar unos días con nosotros.

--Bien, tanto mejor --dijo triunfante--. Así podrá ayudarle con los preparativos. Traigo una orden para el cierre provisional de este centro. Como comprenderá, después de la última desaparición no se puede hacer otra cosa.

En el fondo, Torres era un acomplejado y no había olvidado el desplante que le habían hecho él y su abuela días atrás. Odiaba a la clase pudiente y, además, seguía obcecado con la idea de que el criminal tenía que ser alguien muy cercano a las niñas. Y, de momento, no se le ocurría mejor sospechoso que el propio director.

--No se saldrá con la suya, Torres.

Celso Castro le interrumpió.

--No se preocupe, investigador Torres, hoy mismo iniciaremos los preparativos para el cierre. Avisaremos a los padres y tutores de las niñas para que vengan cuanto antes a buscarlas. Y ahora, si no le importa, tenemos mucho trabajo por delante --apostilló al tiempo que abría la puerta invitándole a salir.

Merino miró a su amigo con sorpresa. ¿Es que acaso iba a ponerse de su parte?

Torres se quedó desconcertado y, como no se esperaba su reacción, fue incapaz de hacer o de decir nada. Así que, cuando quiso darse cuenta, la puerta se había cerrado ante sus narices.

--Mejor así. ¡Al cuerno con Torres! --exclamó Castro--. De este modo tendremos más libertad de acción. Lo importante era quitárnoslo de encima para que no meta sus narices en este asunto.

--Pero él cree que yo las maté.

--Déjale que crea lo que le plazca. Cuando todo esto termine, no le quedará más remedio que venir arrastrándose a pedirte perdón. ¡Confía en mí!

La noche no pudo ser más larga. Habían decidido actuar con la luz del sol, así que aún les restaba toda una noche para iniciar su plan. Sin embargo, temían que durante este tiempo alguno de los monstruos decidiera regresar para cobrarse una nueva víctima, así que no les quedó más remedio que instalar su centro de operaciones frente a la trampilla. Otra solución habría sido bloquear la entrada al edificio, pero no lo estimaron oportuno: si las no-muertas volvían y encontraban la entrada sellada, sospecharían que habían sido descubiertas y tal vez decidieran huir. Y lo que ellos deseaban era acabar con las revinientes, querían evitar que se convirtieran en un azote para la región.

--Descansa un poco si puedes. Yo montaré guardia --comentó Celso Castro a su amigo.

--¿Crees que puedo pegar ojo en estas circunstancias?

--Al menos debes intentarlo. Tenemos que estar frescos mañana.

--En tal caso, duerme tú. Yo haré el primer turno.

Aquella misma tarde habían confeccionado un par de estacas con madera de roble y se habían provisto de un crucifijo y de una maza de gran tamaño, pero no estaban muy seguros de cómo debían actuar una vez que tuvieran enfrente a alguno de esos seres, que, a fin de cuentas, eran del todo desconocidos. ¿Y si con la estaca no bastaba para darles muerte?

--Por eso llevamos la espada, para cortarles la cabeza --comentó Castro.

A pesar de que las horas pasaban con lentitud, la noche resultó tranquila. Merino miraba sin cesar su reloj de bolsillo, pero no por ello el tiempo transcurría con mayor rapidez. A medida que se acercaba la hora de despertar a su compañero, que dormitaba en el suelo con la cabeza apoyada en unos sacos, la tensión iba creciendo. En algún momento creyó escuchar un sonido extraño procedente del túnel, pero por más que miró por la trampilla no vio nada, así que lo achacó a la presencia de ratas. No era de extrañar que allí las hubiera. Nadie en su sano juicio se internaría por esa galería a menos que le fuera la vida en ello.

Cuando llegó la hora estipulada, Merino despertó a su compañero e intercambiaron los puestos. Agustín sabía que no podría dormir, pero al menos relajaría los ojos.

Sin embargo, poco a poco, sin darse cuenta, fue cayendo en un sopor que terminó por conducirlo a un sueño breve aunque profundo. Las emociones que habían vivido en las últimas horas se tradujeron en una pesadilla en la que la sangre, que corría como un río por la galería secreta, era la protagonista. Cuando quiso darse cuenta, su amigo lo estaba zarandeando del hombro para que se levantara.

Sentir miedo provoca aún más temor. Cuando se instala en las personas no hay nada capaz de frenarlo y Merino tenía demasiado presentes las imágenes del monstruo succionando la sangre de la pobre Beatriz. Sentía escalofríos cada vez que recordaba la ligereza con la que la niña-vampiro le había roto el cuello. Aquella «cosa», aunque pequeña y en apariencia frágil, debía de tener gran fortaleza. Así que, tan pronto se despertó, el terror volvió a apoderarse de su mente. ¡Ésa era la realidad! Estaban a punto de

enfrentarse a algo fiero y desconocido, aunque al menos les quedaba el consuelo de saber que por fin era de día.

Después de un copioso desayuno, que tomaron en la cocina del internado y no con doña Angélica, a la que habían acordado mantener al margen, los hombres se internaron en el túnel armados con las estacas, el crucifijo, la maza y la espada.

A pesar de que ya no había tantas telarañas, pues buena parte de ellas habían quedado adheridas a sus ropas la primera vez que atravesaron el pasadizo, aquel lugar era lúgubre, oscuro e insano. La humedad acumulada durante años había convertido el suelo en un lodazal repleto de moho resbaladizo y maloliente. Respirar se hacía pesado y desagradable, por lo que habían cubierto sus caras con unos pañuelos. Pero esto no impedía que el olor a moho se filtrara a través de la tela.

Cuando por fin consiguieron apreciar algo de claridad, apagaron las antorchas y las dejaron apoyadas contra la pared.

Sus corazones comenzaron a latir con fuerza.

--¡No perdamos los nervios ahora! --exclamó Castro.

A medida que se iban aproximando a la rejilla el silencio se hacía más intenso, tanto que casi podía «escucharse». Temían ser descubiertos, así que procuraron no hacer ruido. Después de comprobar que no había nadie esperándolos tras la rejilla, la apartaron con cuidado y se introdujeron en la habitación en la que horas antes Mariana había ejecutado a la pequeña Beatriz. A pesar de que ya era de día, todo estaba oscuro, así que Merino extrajo dos velas y las encendió.

A la luz de las candelas comprobaron que allí no había nadie. Lo único que evidenciaba que se había producido una macabra orgía de sangre eran algunos mechones de pelo olvidados en el suelo.

--¡Vamos! --susurró Castro--. Registremos la casa.

Su amigo le siguió en silencio.

Una a una fueron inspeccionando todas las estancias. Todo parecía en perfecto orden. Nadie podría sospechar que allí se escondían unos seres tan sanguinarios. Las cortinas de las habitaciones estaban echadas, así que tenían que andarse con tiento para no tropezar con los muebles.

Entonces, al abrir la puerta de una de las alcobas, la vieron. Era ella, la «niña». Por fortuna, dormía con placidez en una cama. En ese estado, su rostro parecía angelical, pero sabían que la perversión se escondía detrás de sus dulces facciones.

Por un momento, Mariana, aun estando dormida, consiguió manipular la mente de Agustín Merino.

--¡Por Dios santo, si es sólo una niña! --le dijo a su amigo al oído.

--No es una niña, es un ser monstruoso. ¡Dame la estaca!

--¡No puedo hacerlo! No puedo hacer algo así.

--Agustín, mírame --le dijo Castro sujetándole la cara con las dos manos--. No permitas que te engañe su aspecto inocente. ¡No es una niña! ¡Es un no-muerto y nosotros vamos a devolverle la paz!

Pero su amigo no reaccionaba, así que Castro se vio obligado a quitarle el saco para extraer la maza y la estaca él mismo. También sacó el crucifijo y se lo entregó a Merino.

--Sujétalo. Puede hacernos falta.

Sin esperar más, Celso Castro colocó la estaca sobre el pecho de la pequeña y, con ayuda de la maza, la golpeó con todas sus fuerzas. El primer impacto la despertó. Mariana abrió los ojos de golpe. Jamás habían estado tan rojos, ni siquiera cuando se enfurecía. Sin embargo, fue incapaz de detener el brazo de Castro antes de que éste lo dejara caer por segunda vez.

La sangre lo salpicó todo. A pesar de que Mariana intentaba defenderse y gritar, el preciado líquido salía de su boca a borbotones. Mientras tanto, Castro golpeó la estaca una tercera, una cuarta y hasta una quinta vez, hasta que la no-muerta dejó de moverse, de patalear...

Mariana había muerto.

Celso Castro tenía el rostro cubierto de salpicaduras de sangre. Se sentía exhausto, aunque satisfecho por haber dado muerte al engendro. Lo primero que hizo fue limpiarse la cara con la manga de su camisa. Después, se giró en busca de la mirada cómplice de su amigo, pero no la halló. Merino yacía desplomado sobre la alfombra de la habitación. Castro corrió hacia él pensando que había sufrido un desmayo, pero cuando observó su rostro se dio cuenta de que estaba muerto. Alguien le había cercenado la garganta de una dentellada.

Al ver a su amigo fallecido, Castro no pudo contener las lágrimas. Había muerto solo, sin tiempo de emitir ni un grito de ayuda. Su pesar sólo era comparable al terror que sentía en aquellos instantes. El joven alzó la cabeza y miró a su alrededor. En apariencia, no había nadie. Eso sólo podría significar que la madre de aquella «cosa» a la que acababa de dar muerte se hallaba escondida en algún lugar de la casa, protegida por las sombras. Celso sopesó la situación: las posibilidades de salir vivo de aquella casa eran bastante remotas. La otra reviniente debía de estar clamando venganza por la muerte de su hija.

Castro se levantó de un salto, agarró el crucifijo y se pegó a la pared. En esas circunstancias la estaca no tenía valor alguno. Sólo podía utilizarse en caso de que el vampiro estuviera dormido; si no lo estaba, se precisaba la ayuda de al menos otra persona para que lo sujetara. Así que Celso avanzó despacio hacia la puerta esgrimiendo el crucifijo en la mano. El silencio era tal que podía escuchar la sangre que bombeaba su corazón.

Salió de la estancia y se encontró con un pasillo en el que no había luz. Las velas se habían quedado dentro de la habitación, así que Celso se vio

obligado a avanzar a tientas, expuesto al ataque del monstruo en cualquier momento. Pero éste no se presentó.

Al final del pasillo halló una puerta cerrada. El joven la abrió con cautela. Dentro había un gran salón en el que se intuía la presencia de un piano. La sala era demasiado grande para sentirse seguro. La vampira podría estar en cualquier lugar. De repente escuchó un ruido y le pareció observar que algo se movía al fondo. Castro se quedó inmóvil. Sus piernas no le obedecían.

--Bienvenido a mi hogar --la voz sonaba cínica.

Castro hizo un esfuerzo por saber de dónde procedía la voz, pero no logró averiguarlo.

--¿No me ve?

El joven no se atrevió a contestar.

De pronto, alguien encendió un candil junto al piano y su rostro, de una belleza felina, se iluminó aunque sólo de manera parcial.

«Es ella, la otra», pensó Castro.

--¿Sabe ya que jamás saldrá con vida de aquí?

Castro decidió jugar su última carta. Venciendo el pánico que sentía se deslizó hacia el ventanal y descorrió las cortinas al tiempo que blandía el crucifijo como si se tratara de una espada. La verdadera había quedado en el saco, junto a la cama en la que habían acabado con la pequeña. ¡Ojalá la hubiera cogido antes de abandonar la habitación! Pero el miedo también nos hace cometer estupideces y por aquel entonces creyó que el crucifijo le sería más útil.

Cuando terminó de descorrer las pesadas cortinas de terciopelo verde, ella ya se había situado junto a él. Entonces fue cuando se dio cuenta de que la luz no parecía incomodarla.

--¿Sorprendido? Son muchas las cosas que desconocen sobre nosotros.

--¡Aparta, demonio! --gritó acercándole la cruz a la cara.

--Vamos, por favor, ¿cree que eso me asusta? --le preguntó con voz seductora--. Ya lo intentó su amigo.

Analisa se aproximó más a él, hasta rozarle el cuello con su boca.

--Debieron de pensarlo mejor antes de entrar en esta casa.

Después, de un zarpazo, le arrebató el símbolo sagrado y se abalanzó sobre él igual que lo haría una hiena.

Tras la muerte de Mariana, Analisa jamás volvió a ser la misma. Aun sabiendo que aquellos hombres la habían matado para protegerse de la *bestia* que escondía, la no-muerta desarrolló un odio visceral hacia los vivos, a los que veía como una plaga. Éstos, curiosamente, siempre habían pensado lo mismo acerca de los vampiros, por lo que la convivencia entre unos y otros resultaba imposible. Por eso la no-muerta, al saberse en minoría, optó por esconderse, por continuar viviendo en silencio. Ése parecía su sino.

Analisa había perdido a su única hija y también la tabla de salvación a la que aferrarse para no volverse loca.

Sí. Por increíble que parezca, a pesar de que Mariana era mucho más perversa que su madre y consideraba a los vivos seres inferiores, para la vampira era alguien con quien compartir las experiencias de la no-muerte, alguien a quien amar de manera incondicional, por encima de todas sus ignominias, alguien a quien enseñar las diferencias entre el Bien y el Mal y, en definitiva, alguien frente a quien mostrar los últimos retazos de una humanidad que se empeñaba en escapar por la puerta trasera.

Pero Mariana era sobre todo su hija, su propia sangre. Su naturaleza la había obligado a ser cruel, a tratar a su progenitora de manera irrespetuosa y

altiva, pero una madre le perdona todo a un hijo. Y, aunque Analisa era consciente del mal trato que le daba su pequeña, prefería eso a verla atravesada por una estaca.

Por eso, cuando acabó con su asesino fue corriendo a buscarla. Su cuerpo, aunque yerto, aún no se había descompuesto. Mariana había nacido de un vientre muerto, animado de manera artificial mediante la sangre de los vivos, pero técnicamente no abandonó este mundo hasta el instante en que fue estacada.

Todo estaba preparado para el traslado y Analisa no pensaba dejar a su hija sola.

Dario está decidido. Antes de cerrar la bolsa revisa su contenido. Lo tiene todo. Ya puede irse, Darky le espera. Mientras se dirige a la casa piensa en lo que va a hacer. Está tranquilo, quizá demasiado teniendo en cuenta las circunstancias. Ha dejado de plantearse si es correcto o incorrecto. Ya ha tomado una decisión y espera que ella no se arrepienta en el último minuto. Eso sería peligroso.

Anteayer recibió un *e-mail* de su amigo epistolar Michael Carrigand en el que le animaba a llevar a cabo su plan. Carrigand le explicaba que él haría lo mismo, pero también le advertía de que tendría que tener mucho cuidado o acabaría entre rejas. Nadie excepto ellos debe conocer sus intenciones.

Cuando llega a la taquilla del metro su mirada se cruza con la de la empleada y ésta piensa: ¡qué chico más extraño! Darío no se da cuenta, pero la gente se va apartando a su paso. Les asusta el brillo de su mirada, el color de su ropa y la decisión con la que agarra su bolsa.

«Ya queda menos», piensa cuando se sienta en el vagón. A medida que las estaciones se suceden ante sus ojos, el joven repasa su estrategia. No

pueden existir fallos a causa de la improvisación. Todo ha sido calculado al detalle.

--¿Lo tienes todo preparado?

--Sí.

--Pues ven, creo que ya ha llegado el momento.

Violeta está mucho más nerviosa que Darío, pero no quiere que Ana lo advierta. Tiene que aparentar normalidad.

«Tranquilidad y, sobre todo, mucha calma --se dice después de colgar--. No debe notarme nada raro.»

Y la verdad es que no lo nota. Ana es incapaz de percibir nada, vive de las rentas desde que comenzó el embarazo y no puede permitirse que Violeta lo sepa. Pero Ana ignora que ha cometido un grave error: le ha dicho que prepare varias bolsas de sangre para alimentarse tras el parto. Le ha confiado que después de dar a luz se sentirá demasiado débil para moverse, que perderá su fuerza. Y Violeta ha tomado buena nota de ello.

Ana ha roto aguas y las contracciones son cada vez más fuertes y seguidas -menos de dos minutos entre una y otra--, pero Violeta no se inmuta. Sus nervios se deben a otra cosa. No tiene miedo a que algo vaya mal durante el parto porque le da igual el resultado. «Si el bebé muere --se dice--, mejor, eso que nos ahorramos. Para que salga igual que su madre... Y, en cualquier caso, ella no va a morir a consecuencia de un mal parto, porque ya está muerta.»

La vampira sí se siente intranquila. Le habría gustado acudir a un hospital, pero no puede. «¡Que se joda!», piensa Violeta mientras prepara los utensilios: guantes, toallas, tijeras, todo lo que la no-muerta le ordenó que comprara días atrás.

«¡Va a abrir la puerta blindada! ¡Por fin veré lo que hay dentro!»

Eso es lo único que le hace ilusión ahora.

Ana introduce la clave numérica y abre la puerta. A continuación se tumba en la cama. Sobre ella ha puesto un gigantesco hule y varias toallas. Tiene muchos dolores, pero siente que el parto será distinto al de Mariana.

--Darky, ¿dónde estás? ¡El bebé ya está aquí! --grita desde la cama, desesperada.

--Ya voy.

Pero, antes de ir se dirige a la puerta de la calle y la abre. No mucho, lo justo para que Darío entre. Después pone un papel doblado para evitar que se cierre.

Violeta entra al fin en la habitación secreta y ve lo que hay en su interior. Ana está demasiado preocupada por el bebé para darse cuenta del brillo de su mirada. La joven observa los objetos, parece una habitación corriente. En ella hay otra puerta que conduce a un baño de grandes dimensiones. Pero Violeta se fija bien; no todo es tan normal: en una esquina hay una gran vitrina de cristal y dentro de ella, una momia.

Es la momia de una niña, o eso parece. Está mal conservada y no se distingue bien, pero su tamaño no es muy grande y está vestida con ropa de cría. Además, tiene un lazo en la cabeza, sujetando los cuatro pelos que le quedan. Le fascina, pero le repugna al mismo tiempo.

«¡Qué asco! --piensa Violeta--. A saber quién será y por qué la guarda aquí. Ana está más loca de lo que parecía.»

--¡Darky, ayúdame! --grita Ana--. ¡No puedo más!

Violeta se dirige hacia la cama y se pone los guantes. Tiene que extraer el bebé como sea. De lo contrario, Ana conservará su fuerza. ¿Y Darío dónde está? Tiene que estar a punto de llegar.

«¿Adónde irá esta vez? --se pregunta Alejo-- ¡Espero que no se trate de otra visitita al cementerio!»

Después, tira a una papelería su gofre a medio mordisquear. No hay cosa que más deteste que hacer tiempo, y últimamente le ha dado por comer durante las esperas.

«Lleva un maletín de cura, parece un exorcista», piensa mientras desciende las escaleras del metro sin perderlo de vista un segundo.

A estas alturas ya debería de haberse acostumbrado a su aspecto, pero no es así. Darío le sigue produciendo escalofríos y hoy, en especial, parece distinto. Mucho más serio y decidido. Su mirada tiene un brillo extraño que no sabe interpretar.

Alejo ignora que su ex novia ha muerto. Ha seguido a Darío siempre que le ha sido posible, pero se le han escapado algunos momentos. «No soy Dios. No puedo estar en todas partes y siempre pendiente de lo que hace», se justifica.

El gótico está a punto de volverse y Alejo se oculta detrás de un periódico gratuito que alguien ha abandonado sobre una de las papelerías del metro. Aunque se hubiera girado, Darío no le habría reconocido: su aspecto es desaliñado y ha perdido varios kilos. Hace días que no se afeita. «¿Para qué? Ya no tengo que ir a trabajar», se dice.

Su única prioridad es encontrar a Ana. Quiere que ella le diga a la cara lo que ya es más que evidente: que pasa de él. Es así de masoquista o está así de «enganchado», como Violeta a causa de su *sed eterna*. No se puede practicar sexo con una no-muerta y pretender que nada ha cambiado. Su vida ha dado un giro de 180 grados y sería capaz de ofrecer un brazo por volver a estar con ella.

Darío asoma por la puerta cuando el niño acaba de nacer. Ana se encuentra exhausta, pero feliz. Por suerte, parece que todo ha ido bien. Se siente débil

y le pide a Violeta que le traiga sangre, pero la joven no obedece, se limita a sonreír de manera enigmática, como si guardara un as debajo de la manga. Acto seguido le quita el niño, lo envuelve en la mantita y lo coloca en el canastillo. La no-muerta observa la escena con estupor, sin poder hacer nada.

--¡Devuélvemelo! --grita con furia.

--Gritar es todo lo que puedes hacer, ¿verdad?

Su tono es burlón, quizá le ha perdido el miedo.

Entonces es consciente de que pretende matarla de hambre, de *sed*.

En ese instante Darío entra en la habitación secreta y Ana se da cuenta de su plan, pero sigue sin poder moverse. Oye llorar al pequeño en la lejanía.

--¡El niño me necesita!

--Yo también necesitaba a mi hermana --afirma Darío dando un paso al frente--, pero tú la mataste.

Violeta se oculta detrás de él. Ana la ve sonreír. Parece divertida con la situación.

--Yo no he matado a tu hermana.

Ana acaba de recuperar sus capacidades vampíricas. Ahora sabe a quién se refiere. Sin embargo, continúa demasiado débil para moverse. Es consciente que a menos que ingiera sangre, no podrá abandonar esa cama.

--Soy culpable de otras muchas muertes, pero no de ésta --le explica.

--Yo estaba allí y lo vi todo.

--¿Por qué habría de mentirte en eso? Darky sabe que no fui. ¿Verdad, cariño?

Aunque se esconda detrás de Darío, la no-muerta ha leído su pensamiento. La joven duda, pues aún existe un vínculo invisible y sutil entre ellas.

--¡No la escuches! Sólo quiere manipularte. Pronto volverás a ser libre.

--Darky, querida, dile que no crees que fui yo quien mató a Silvia --dice Ana dirigiéndose a la joven.

Violeta calla.

Se hace un silencio que sólo se ve interrumpido por el llanto del niño, que reclama la presencia de su madre.

--Ya te lo dije, no creo que ella matara a tu hermana, ni tampoco a Mystica. No es su estilo --confirma Violeta--, pero la odio por lo que me ha hecho.

--¡Me da igual si fuiste tú o no! Terminemos con esto de una vez.

Darío abre su maletín y extrae una estaca de hierro y una maza.

--Darky, necesito tu ayuda. Sujétale la cabeza mientras yo la ato. No quiero sorpresas desagradables.

Ana intenta moverse, pero no puede. Siente como si el peso de un yunque la aplastara contra la cama. Se revuelve mientras Violeta intenta inmovilizar su cabeza. Entre tanto, Darío ha sacado unas cuerdas y comienza a atar sus manos al cabecero de la cama. Después sigue con los pies. Ana grita, blasfema y patalea, pero de nada le sirve.

Cuando la no-muerta está inmovilizada, Darío toma la estaca y la coloca sobre su pecho. Ha traído una de hierro porque ha leído que para poder atravesar el corazón tiene que romper antes la caja torácica, y eso no es sencillo. Le tiembla el pulso y oírla chillar lo pone aún más nervioso.

--¡Tápale la boca con algo!

Violeta obedece y coloca un trapo en la boca de la no-muerta.

«El corazón es la fuente de la vida y sin él no puede existir eternidad», se dice Darío antes de dejar caer la maza. Violeta observa la escena, satisfecha; con cada golpe se siente mejor, un poco más libre. Mientras tanto, el niño continúa llorando.

Una vez, otra y otra. A cada golpe Darío consigue introducir la estaca un poco más. Analisa ya no respira. No ha podido ganar esta batalla.

Pero el joven quiere más. No se conforma con haberle atravesado el corazón con una estaca de hierro. Desea asegurarse de que Ana jamás volverá a caminar entre los vivos, así que se dirige a su maletín, extrae un hacha y de varios golpes le corta la cabeza.

--Ahora hay que quemarla. ¿Lo tienes todo preparado?

--Sí. Bajemos al sótano. Allí están el cubo y la gasolina.

Darío agarra la cabeza por el pelo. Aún chorrea sangre.

--Vamos, después haremos lo mismo con el niño.

Alejo está intranquilo. Ha escuchado gritar a una mujer y no sabe qué hacer. Observa el edificio una vez más. Parece una casa normal, pero los alaridos que salen de ella no lo son.

«¿Entro o no entro?», se pregunta.

Después de un rato, los gritos cesan, pero algo le dice que debería entrar. No sería difícil hacerlo, si quisiera. Darío ha penetrado con tanta precipitación que ha olvidado cerrar bien la puerta. «Sólo tendría que empujarla», se dice.

Alejo se acerca un poco a la puerta y permanece a la escucha. Ahora no se oyen gritos, sólo el llanto desesperado de un bebé. «Aquí pasa algo raro», piensa antes de empujar la puerta con el brazo. Se dispone a entrar.

El aspirante a escritor registra la casa con sigilo. Absoluta normalidad. «Vaya casa --piensa--. ¡Vaya nivel! ¿Quién vivirá aquí?» Busca al niño guiándose por su llanto y llega a la habitación secreta.

Alejo se queda horrorizado. Hay sangre por todas partes. ¡Menuda carnicería! El joven siente náuseas al ver el cuerpo decapitado de una mujer sobre la cama. Se gira para no tener que hacerlo, le han entrado arcadas. Al fondo, la momia de una niña parece observarle con ojos desafiantes.

--¡Joder, joder, joder! ¿Qué es todo esto?

Se arrepiente de haber entrado y aunque no quiere mirar, es incapaz de apartar los ojos del cadáver que yace sobre la cama. Entonces se fija en sus manos, en sus uñas largas y cuidadas y en sus anillos. Esos anillos... ¡son los de Ana! Y de repente lo comprende todo.

--Darío, ¿qué le has hecho? ¿Por qué?

Atónito, observa cómo el cuerpo empieza a consumirse, a arrugarse, a descomponerse ante sus ojos hasta transformarse en polvo y huesos. Alejo no da crédito a lo que ve. Durante unos segundos es incapaz de reaccionar, de moverse, de escuchar el llanto del bebé, pero de pronto éste se hace mucho más fuerte y lastimero, lo que le obliga a acercarse al canastillo.

«No puedo dejarlo aquí --se dice--. Darío está loco y puede regresar en cualquier momento.»

Alejo no lo piensa más: coge el canastillo y se aleja de la casa a toda velocidad.

EPILOGO

OceanofPDF.com

«La presencia de un bebé lo cambia todo. Quien diga lo contrario, miente o es un inconsciente», piensa Alejo mientras se dirige hacia el hospital. Y, en su caso, pese a las extrañas circunstancias en las que halló al pequeño Fabián, su vida se ha modificado de manera positiva. Le gusta sentir su respiración en la oreja, su olor, el tacto de sus deditos cuando le agarra del pulgar y la sonrisa que le regala cada vez que se acerca a su cuna. Nunca había pensado en ser padre, pero si alguien le hubiera ofrecido la opción de borrar los acontecimientos acaecidos en los últimos meses, no la habría aceptado. Este niño es su hijo, y no sólo por el evidente parecido físico que existe entre ambos, sino porque ahora por fin tiene los papeles que lo acreditan.

Para Alejo fue una suerte contar con la ayuda de su tío Marcial. Parece que ser sobrino de un ex policía es una garantía de credibilidad. También ayudó la pequeña mentira de la que se sirvió. Ni siquiera su tío, que es de toda confianza, sabe lo que ocurrió. ¿Cómo iba a darle crédito alguien en su sano juicio?

Cuando abandonó la casa de Ana estaba desesperado. No sólo había perdido a la mujer a la que amaba --si es que a ella se la podía denominar «mujer»--, sino que sin saber cómo se había encontrado con un bebé entre los brazos. No podía ir a la policía. De haberlo hecho, se habría visto involucrado en una historia turbia y misteriosa de la que apenas empezaba a intuir los primeros retazos. Lo habrían acusado de un crimen que no había cometido, o de secuestro.

Por otra parte, sabía que Darío y su cómplice --con el tiempo había llegado al convencimiento de que en la casa había alguien más ese día-- no denunciarían la desaparición del bebé ni acudirían a las autoridades bajo circunstancia alguna. ¿Cómo iban a hacerlo? Estaban atados de pies y manos, igual que él.

De momento no ha aparecido ninguna noticia rara en la prensa, por lo que deduce que Darío y su cómplice huyeron de la casa después de terminar su macabra misión, dejándolo todo cerrado a cal y canto. Pese a ello, el joven tiembla cada vez que abre la sección de sucesos del periódico.

La historia que contó era más sencilla y, sobre todo, mucho más creíble. Según la versión que ofreció, alguien había abandonado al pequeño en la puerta de su casa y, aunque no sabía de quién podría tratarse, pensaba que tal vez él era el padre del niño, así que estaba dispuesto a salir de dudas haciéndose las pruebas de paternidad. Y las pruebas habían resultado positivas. El niño era suyo. En consecuencia, después de algunos trámites, Fabián se había convertido legalmente en su hijo y Alejo estaba encantado.

Al principio no resultó nada fácil hacerse cargo del niño: le habían despedido de Regalo+, se sentía muy deprimido por la muerte de Ana --aunque sabía que era lo mejor que había podido ocurrir-- y de la noche a la mañana se encontraba con otra boca a la que alimentar. Sin embargo, el propio Fabián le había curado la depresión. Y es que por un hijo se hace lo que sea.

Por fortuna, uno de sus miedos tardó muy poco en disiparse. El reconocimiento médico había sido normal. Fabián era un bebé sano, como cualquier otro. No había heredado nada de su madre. Alejo había intentado no plantearse interrogantes acerca de la naturaleza de Ana, pero aún tenía grabada en la retina la desmaterialización de su cuerpo. Por supuesto, era consciente de que todo cuanto había presenciado el día de autos era más que anómalo, pero, por alguna razón que se le escapaba, el niño no lo era, así que sólo se le ocurría dar gracias a Dios.

El caso es que el pequeño era una bendición. Le había ayudado a salir del pozo oscuro en el que se encontraba, le había proporcionado una motivación para levantarse todos los días. Se habían acabado los libros por encargo y sus sueños literarios, pero al menos había conseguido empleo en una gestoría. No era gran cosa, pero le permitía disponer de un horario estable y de tiempo para estar con el bebé. Marcial le había prestado algo de dinero para ir tirando e incluso su padre le había ofrecido ayuda. Su corazón se había ablandado al descubrir que padecía cáncer de pulmón. Por desgracia, las pruebas habían sido concluyentes.

Alejo había decidido repartir su tiempo entre Fabián y su padre. No le gustaba mucho la idea de alejarse de su hijo, pero su progenitor también le necesitaba. Por eso había contratado a Luzmila, una mujer mayor que ejercía de niñera por las noches, mientras él atendía a su padre. Durante el día Marcial se hacía cargo del bebé. Por desgracia, su progenitor estaba bastante mal, así que, pese a las diferencias existentes entre ambos, Alejo se había propuesto hacerle todo lo agradable que pudiera el tiempo que le restaba.

El joven se sentía tranquilo con Luzmila. La había escogido entre varias candidatas por su experiencia. Una mujer mayor como ella debía de estar acostumbrada a tratar con niños. Alejo había desechado a dos adolescentes porque no se fiaba de sus cuidados. «Las niñas de hoy en día te plantan al novio en casa y se olvidan del bebé», había pensado al ver a Luzmila por primera vez. Ella, en cambio, sabía qué hacer en caso de que el pequeño se pusiera enfermo en mitad de la noche.

«El corazón es la fuente de la vida y sin él no puede existir eternidad», había dicho Darío antes de clavarle la estaca a Analisa. ¡Y cuánta razón tenía!

Durante todos estos años, Emersinda había estado «dormida», aunque no muerta, ya que su corazón nunca había llegado a fenecer. Su cuerpo había permanecido sepultado bajo una montaña de escombros y cenizas, pero el órgano vital no había sufrido daños irreversibles.

Sin embargo, le faltaba la energía precisa para traspasar el mundo de las sombras en el que se hallaba para volver al de los vivos. Por tanto, su energía sólo era mental... hasta que ideó la manera de recobrar su antigua condición: si conseguía manipular la mente de otros para que dieran muerte a Analisa, recuperaría todo su antiguo poder; no en vano había sido ella quien se lo había transmitido. Así que, siguiendo su retorcido plan, primero utilizó a Violeta a través de sus sueños, después logró manipular a los participantes de la ouija y por fin acabó con la vida de Silvia, a la que asustó hasta conducirla a la muerte.

El resto sólo había sido la consecuencia de todo ello.

--Si ocurre cualquier cosa, no deje de llamarme al móvil --le ha dicho Alejo antes de marcharse al hospital.

--Váyase tranquilo, señor. El niño está en buenas manos.

Tan pronto cierra la puerta, Luzmila se dirige a la habitación del ordenador, ya transformada en el cuarto del niño, y lo coge en brazos.

--Eres un niño precioso.

El niño recibe cualquier carantoña con una sonrisa.

Tiene todo preparado para el baño. Cuando termina, lo viste y lo lleva a la cocina, donde le da el biberón y se espera a que el niño eche el aire, para regresar con él al dormitorio, que Alejo ha pintado de azul cielo y ha decorado con lunas y estrellitas. Luzmila canta por el pasillo una vieja nana, así prepara al pequeño para el sueño. Lo coloca en la cunita y lo observa con devoción.

A continuación se lleva las manos a la nuca para desabrocharse el colgante. El niño observa su brillo con curiosidad mientras ella se lo coloca alrededor del cuello. Es un camafeo antiguo con una efigie tallada en ónice.

--Ahora te pertenece a ti --susurra Emersinda/Luzmila.

Después, mete las cosas del bebé en una bolsa, se acerca a la cuna y toma a Fabián en brazos.

--¿Estás listo, mi niño? Es hora de irnos.

FIN

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
03/02/2009

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com